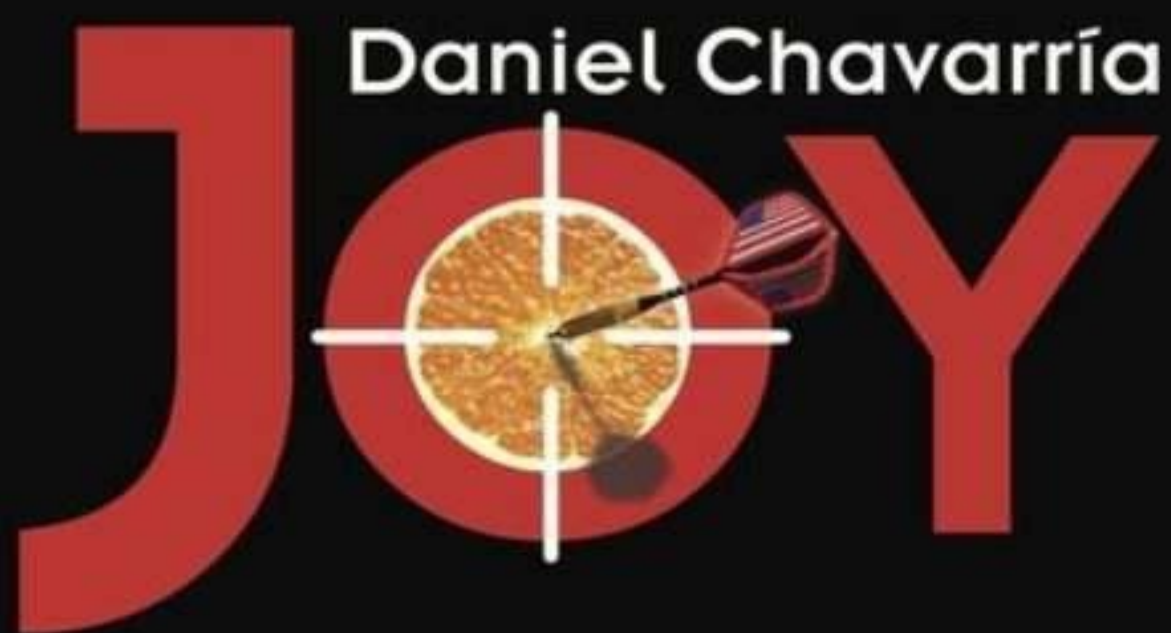


Daniel Chavarría

# JOY



Lectulandia

Joy tiene como tema el modo en que el imperialismo utiliza una de sus muchas armas silenciosas, en este caso, las de carácter bacteriológico, con el fin de lograr un sabotaje a gran escala contra la industria citrícola cubana. Con esta obra, el autor obtuvo en 1978, el Premio Capitán San Luis, a la mejor novela policíaca de la década de los setenta-ochenta.

**Lectulandia**

Daniel Chavarria

**Joy**

ePub r1.0

Titivillus 08.12.2017

Daniel Chavarria, 1978

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Alexis de Bernard y todos los compañeros  
del INRA que me asesoraron en esta novela*

*Para Carlos Ojeda Gómez, in memoriam*

**1974**

# 01

## Enero

Para Felipe Carmona la calle era como una hembra. A unos no les daba nada y a otros se los daba todo. Él, Felipe Carmona, era uno de sus mimados. Le conocía todos los secretos y de ella vivía a todo tren.

Desde niño se había ganado la vida en La Habana caliente. A los dieciséis años había comenzado a vender chucherías. Le había ido bien. A los dieciocho consiguió una plaza como promotor (ese era el término) de artefactos electrodomésticos, puerta por puerta. También le fue bien. Tenía la agresividad de los ungidos para el milagro de las ventas; y adquirió tal confianza en sí mismo, que ya al final, cargaba un camión con diez o doce máquinas de coser y salía a trabajar «en frío». Era raro el día en que no realizaba tres o cuatro ventas. Más de una vez había regresado con el camión vacío.

Aquello de salir por la mañana a tocar timbres, meterse en las casas, hablar con desconocidos, buscarse la vida con energía e ingenio, le parecía la más viril de las profesiones. Por eso la calle se le antojaba una hembra. Y a él se lo daba todo. En sus peores jornadas le arrancaba cien pesos en comisiones, que la inmensa mayoría de los pobres diablos no se ganaban en un mes.

Sin duda, Felipe Carmona tenía dotes persuasivas que embelesaban a sus potenciales compradores. En sus días de mayor inspiración su palabra promocional caía sobre la clientela como mazazos irrefutables; y la gente, con la mirada perdida, asentía, sonreía y se metía la mano en los bolsillos para comprar lo que no necesitaba. Otras veces salía por la mañana, llegaba a la esquina de su casa, comprendía de pronto que aquel no sería su día, y sin vacilación, regresaba y se echaba a dormir. Y la prueba de que lo movían fuerzas cuyo origen desconocía, lo demostraba sobre todo en los mediodías del verano impío, cuando los buscavidas de las calles se refugian en la sombra de los bares, cuando el sol de Cuba los obliga a meditar muy bien antes de decidirse a cruzar una calle. En esos momentos, muchas veces Felipe Carmona se levantaba de la mesa del bar y proclamaba, lleno de decisión: «¡Esta es la hora de la pega!». Con esa repentina inspiración, había establecido sus mejores récords.

Sí, en la calle la plata estaba botada, regalada. ¿Cómo era que la gente no la veía? Bueno, todos los hombres no eran iguales. Ahí estaba la cosa, bobo.

En 1957 Felipe comenzó a trabajar para el Trust Insurance. En los seguros también hizo gala de sus artes carismáticas. Tenía un cierre de ventas tan abrumador que le valió el mote de *la Aplanadora*. Sus jefes lo ponían como ejemplo a los compañeros; lo consideraban un creador de riqueza, un impulsor del progreso, un representante de las fuerzas vivas de la nación, según rezaba en los diplomas que se

ganaba cada tanto.

En enero de 1959 Felipe Carmona tenía veinticinco años. Era socio del Vedado Tennis y del Miramar Yacht Club. Siempre había buscado relacionarse con la crema, con la *high*. Cuando estaba gestionando el ingreso al Yacht Club, alguien le aconsejó no meterse en camisa de once varas. No iba a poder sostener el tren de gastos que exigía el trato con aquella gente; pero mientras Felipe Carmona vivió en Cuba, jamás le tuvo miedo a los gastos. Más ganaba y más gastaba. Desoyó aquellos consejos, se metió al Yacht Club, hizo amigos y vio crecer sus negocios y sus ingresos.

En el 59, cuando aquella gente comenzó a marcharse, a Felipe no le faltaron ofertas para trabajar en el Norte; pero en aquel momento no aceptó, ni tampoco después, cuando quisieron llevárselo los directores del Trust Insurance. A su madre le habían detectado un cáncer en los ganglios y en cualquier momento se moría. Él debía estar a su lado. Era lo menos que podía hacer.

Además, estaba seguro de que no necesitaba ir a ningún lugar, ni abandonar su apartamentico del Vedado, ni hacer ningún sacrificio fuera de Cuba. Los gringos no podían permitir por mucho tiempo lo que estaba ocurriendo en su país. Sencillamente: ¡no lo permitirían! ¿En qué cabeza cabía, chico, que cualquier pelagatos pretendiera vivir como él, que era una máquina de hacer billetes, un impulsor del progreso? Él sacaba los billetes de abajo de las piedras. Los sacaba por tubería, vaya. Y entonces, ¿iban a venir ahora los muertos de hambre, incapaces de ganarse un peso, a que Agustín Batista, los Falla, los Gómez Mena, repartieran con ellos? ¡No, hombre, no! Ahí estaban las fuerzas creadoras de empleos, bienestar y riqueza. Claro, esa gente robaba lo suyo; y él también; y todo el mundo robaba lo que podía, porque así era la vida, chico. ¿Y acaso los comunistas no eran los peores ladrones, que le quitaban a la gente hasta la herencia de sus padres, sus abuelos? ¡Qué va! Aquello no podía durar. Los americanos no lo permitirían: estaba seguro.

Después de Girón, su seguridad comenzó a flaquear. Su compañía ya se había retirado del país y su madre no acababa de morir. Se vinculó con elementos contrarrevolucionarios y colaboró en algunos sabotajes menores.

Se sentía asfixiado. Cuba cambiaba de día en día. Las calles de La Habana ya no se dejaban seducir; ya no soltaban los billetes como antes. Sus extraordinarias capacidades de vendedor comenzaban a ser obsoletas en aquel mundo trastocado. Y luego, cuando recrudeció la chiveta aquella de los CDR, ya no pudo más. Que la vieja lo perdonara, pero Felipe ya no resistía aquello. Estaba decidido a irse, como fuera. Anunció a su madre que había presentado sus papeles porque sabía que si no se marchaba iba a cometer alguna barbaridad; y si ella prefería irse con él...

La vieja prefirió morir del disgusto a finales del 62, y en febrero del 63 Felipe Carmona salía de Cuba por Camarioca, impaciente por volver a estar otra vez entre la gente del Yacht Club, y sobre todo, por juntarse de nuevo con los mazos de billetes, con los verdes benditos, como en sus buenos tiempos. ¡Cosa más rica! Cuando ya el barco cogió distancia, sintió que nacía de nuevo.



Se llevó un gran chasco. Mejor dicho: dos chascos. De entrada, todos los pejes gordos del Yacht Club le tiraron la puerta en las narices, y los verdes no estaban tan botados, como él había creído.

Mientras se ambientaba, y hasta tanto se le ofreciera algún renglón de ventas que le gustase, se puso a vender lo primero que encontró, por un anuncio del *Miami Herald*: papel higiénico Waldorf, suave como plumón de ánade. ¡Compre caricias Waldorf y ríase de la vida!

Aunque andaba entre cubanos, y entre latinos en general, algo había en aquella ciudad, quizá en aquel país, que no dejaba que le bajara la musa de la venta. Pensó que sus malos resultados se debían quizá a la poca nobleza del producto, aunque él siempre había dicho que un gran vendedor, vende lo que le pongan por delante, desde mierda en polvo hasta un submarino.

Soltó el papel higiénico y se puso a vender juguetes. ¡Qué va! Tampoco marchó aquello.

Supuso que no saber inglés representaba un freno y una gran desventaja. Si quería vivir de la venta y la muela, tenía que ser en español. Pero en los barrios más cubanos de Miami, en calles donde la gente gesticulaba, hablaba, discutía o bromeaba como en los dorados años de Batista, faltaba no obstante algo. Sí, qué maldición; faltaba algo que él no podía definir, pero que lo privaba de su carisma, de su convicción, y lo que lograba vender era una miseria que apenas le daba para subsistir.

Así se le pasó el año 63. Ganaba comisiones misérrimas, que apenas le alcanzaban para vivir en un hotelucho atestado de maleantes y marihuaneros. ¡Y que eso le ocurriera a él, que en Cuba no bajaba de treinta mil billetes por año! Cómo lamentaba no haber sabido ahorrar. ¿Por qué no habría aprendido inglés?

Decidió probar suerte en Nueva York, lejos de la atmósfera cubana de la Florida. Quizá al verse obligado a aprender inglés, todo su problema se resolviera. Y allí descubrió que el dominio de aquel idioma, para poder vender con la misma labia que él se gastaba en Cuba, le tomaría muchos meses, quizá años; y descubrió también que en la misma medida en que le sobraba talento para vender, era duro de oído, incapaz de lograr ciertos sonidos, y a los dos meses desistió de aprender inglés, y tuvo que ir a morir al Barrio, porque en inglés nunca podría ganarse la vida.

Además, el frío de Nueva York lo acobardaba; y el ex *champion salesman* del Trust Insurance, se encerraba ahora a llorar en su *furnished-room* sin calefacción, de la calle 111 y Lexington Avenue.

Un socio que se consiguió en el edificio, y que trabajaba como camarero en una cafetería de Columbus Circle, le consiguió un puesto para ganar cuarenta dólares a la semana como lavaplatos. Felipe tuvo que aceptar. A los pocos días lo pasaron al salón a atender público y a ganar veinticinco dólares a la semana, pero con las propinas pasaba de cincuenta. Estimó que lo mejor era quedarse allí y hacer un segundo intento por aprender el cabrón idioma aquel, que se le hacía tan difícil. Mientras tanto se atiborraba de películas de Rock Hudson y Robert Mitchum. Por momentos llegaba

a recobrar un poco de su antigua confianza, y a sentir fugazmente que allí también los dólares, los benditos dólares, los verdes amados, estaban botados en la calle; y que la calle seguía siendo una hembra, y que el macho era él, Felipe; pero cuando se encendían otra vez las luces, y salía a enfrentar el frío cortante del invierno neoyorquino, se le encogía el espíritu, se sentía solo, y hasta pensaba en su madre. Y lo peor del caso era que cuando se llenaba de decisión y coraje, cuando volvía a ser por un instante el macho de las cálidas calles de La Habana, comprobaba que aquella tremenda hembra que era Nueva York, no se dejaba cuentear por él, ni le daba nada. Para caerle encima, tenía que ser en inglés.

Una tarde llegó a la cafetería Alvarito Fernández Puig, y se sentó a una de las mesas que atendía Felipe. Alvarito tendría unos cincuenta, pero parecía mucho más viejo. Felipe conocía su edad, porque en el 57 le había vendido una póliza de vida a favor de una querida que tenía en La Víbora, y después lo convenció de que tomara un seguro colectivo por sus tres centrales. Aquello lo dejó a cubierto de robo, incendio, desfalco y otras eventuales peripecias; pero lamentablemente, el Trust Insurance no aseguraba a su clientela contra las revoluciones. En verdad, Alvarito había hecho un mal negocio con aquel seguro.

Felipe lo había encontrado luego varias veces en el Yacht Club, e incluso una vez estuvieron juntos en una fiesta en casa del coronel Paredes (por cierto, íntimo de Alvarito), que vivía muy cerca de la casa de Felipe, en El Vedado. Al salir de la fiesta Alvarito se había sentido mal, y Felipe lo montó en su carro para hacerlo dormir en su casa.

Aquella tarde, cuando Felipe lo vio entrar a la cafetería, estuvo a punto de ir a esconderse en un baño, pero el patrón andaba por ahí e iba a ser peor. Decidió pasar el mal momento y acudir a cumplir su obligación. ¡Qué vergüenza! ¡Un *star promoter* como él!, ¡de camarero!

Mientras pasaba el trapo para limpiar la mesa que acababa de abandonar otro parroquiano, se echó al bolsillo los quince centavos que le habían dejado de propina. Cuando Alvarito levantó la vista del periódico para pedir su chocolate y lo miró al rostro, Felipe deseó que se rajara la tierra y él pudiera abismarse entre sus grietas. Pero, por suerte, Alvarito no lo había reconocido. No hizo un solo gesto de sorpresa. Luego del chocolate pidió un *brandy* y estuvo como media hora sin levantar la vista del *New York Times*. Aquello tranquilizó a Felipe; y al mismo tiempo, la cercanía del hombre le trajo una inmensa amargura.

Cuando Alvarito lo llamó para pagarle, le pasó un billete de cinco dólares; y mientras Felipe le daba el vuelto, oyó su voz con la cabeza baja: «No me hables ahora. Llámame hoy a las siete y treinta al número que te dejo aquí».

Felipe se alejó unos pocos metros y al mirar de reojo hacia la mesa, lo vio ponerse de pie y colocar un papel bajo el pincho de los *tickets*.

«Pregunta por Frank», añadió sin mirarlo, al pasar a su lado.

Cuando Alvarito le propuso lo de la CIA, aceptó de inmediato. Ganaría

trescientos dólares mensuales, más viáticos, y la Agencia le depositaría a su nombre, en una cuenta a plazo fijo, que Felipe podría abrir en cualquier banco, treinta mil dólares. Felipe podría cobrar ese dinero, el 14 de mayo de 1970, todo junto. No era mucho. Eran solo seis mil dólares por año; pero al cabo de cinco, los podría coger en mazo e iniciar una nueva vida. En caso de que Felipe muriera antes de esa fecha, el dinero podría cobrarlo Mr. Ralph Murdock, ministro de los Adventistas del Séptimo Día, de la parroquia de Searsport, Maine, o quienquiera ocupase ese cargo, el 14 de mayo de 1970.

¿Qué otra cosa podía hacer Felipe? La perspectiva de exponer la vida y la libertad durante cinco años, no le resultaba halagüeña; pero el tiempo pasaba rápido, y él tenía que buscar alguna forma para salir de aquel *slump*.

Antes de firmar el contrato, pasó un *test* y luego seis meses de entrenamiento básico. Entre 1966 y 1967 hizo tres viajes cortos a Cuba, para cumplir misiones de enlace y coordinación entre grupos contrarrevolucionarios. Durante esos viajes nunca permaneció más de una semana en Cuba. En 1968 y 1969 trabajó en Puerto Rico y Venezuela. Le encantó el ambiente de Caracas. Pensó que allí podría haber buenas perspectivas para él, y decidió radicarse en Venezuela, cuando cogiera el paquete de los treinta mil dólares. Allí se dedicaría otra vez a las ventas, en español.

Durante los cinco años del contrato, enfrentó peligros y estuvo a un tris de que lo cogieran en dos oportunidades. De seguro, si llegaba con vida al año 70, no renovarían el contrato con la CIA.

Al vencimiento del término, le ofrecieron la posibilidad de mantenerse dentro de la Agencia en un puesto regular, con mejor sueldo; pero a esas alturas, tras cinco años de zozobras, el tesoro más anhelado para Felipe Carmona, era vivir en paz, despertarse sin sobresaltos ni pesadillas. Firmó una declaración de todo lo que había hecho en esos años; pasó una semana internado en un campamento, donde se le instruyó con lujo de detalles, y con toda clase de documentos, fotos, grabaciones, etcétera, sobre la conveniencia de mantener el pico bien cerrado al salir de la CIA. Por fin, el 14 de mayo, a las ocho de la mañana, cobró sus treinta mil dólares y se marchó a Venezuela.

Trató de vender seguros, pero de inmediato notó que allí la cosa tampoco marchaba. Evidentemente, su musa se había quedado en Cuba. El *slump* seguía y ya no tenía el pretexto del idioma. ¿Qué le habría pasado?

Desde que saliera de La Habana, Felipe no volvió a ser el vendedor estrella de los años 50. Quizá estuviera algo más viejo, pero eso no podía ser determinante en sus reiterados fracasos. Lo cierto era que nunca logró recuperar la confianza en sí mismo. Y él era un vendedor inspirado, un vendedor emotivo. Si no tenía la musa consigo, todo resultaba inoperante. Y la musa de Felipe Carmona, se había quedado en La Habana.

Decidido a no insistir con las ventas, compró un puesto de arepas en el barrio del Silencio y alquiló un apartamento en Colinas de Bello Monte. Durante los años 70 y

71, vivió del negocio, pero sin poder aumentar su capital nada más que en doce mil dólares. Cuando comprendió que estaba trabajando un mínimo de catorce horas diarias para obtener aquellos magros resultados, liquidó el puesto, montó una oficina de publicidad, se metió a representante de artistas y se hizo desplumar por una cantante. En noviembre de 1973 todos sus haberes sumaban cuatro mil ochocientos dólares y sus deudas ascendían a más de quince mil.

Sin decir nada a nadie, salió por la frontera colombiana de Cúcuta y desde allí se dirigió a Bogotá, donde tomó el primer avión para Nueva York. Buscó a Alvarito, que seguía con su *recruiting agency* cerca del Madison, y le encargó volver a buscarle pega en la Agencia. Se sentía joven. Tenía treinta y nueve años y aún podía volver a coger otro plazo fijo.

Alvarito le dijo que en ese momento no tenía nada, y le advirtió que desde hacía un tiempo los negocios con la CIA venían mermando. De todos modos, le pidió que le dejara alguna forma de comunicarse con él, por si aparecía algo.

Cuando salió de la entrevista con Alvarito, Felipe fue a un casino de Coney Island, adonde solo acudía gente muy adinerada, dispuesta a pagar cien dólares por la entrada al local, manejado por unos *gangsters* italianos. La ruleta tenía cero y doble cero y en vez de pagar treinta y seis dólares por cada dólar acertado en los plenos, únicamente pagaba treinta y cinco; pero aceptaba apuestas de hasta mil dólares a los plenos y de treinta y cinco mil a las chances mayores.

Felipe puso los primeros mil dólares al ocho. Cuando el *croupier* cantó en mal francés su *rien va plus*, Felipe cerró los ojos, e imploró a la virgen de Regla que le dejara oír un dulcísimo negro el ocho. Aquello le reportaría treinta y cinco mil dólares salvadores, que lo eximirían de la miseria o de la CIA; en fin, que le devolverían la vida y el optimismo. «Dime si no me lo merezco, virgencita linda...». ¡Colorado el diecinueve!, cantó el *croupier*, con implacable indiferencia.

La segunda vez le cantaron el doble cero y cuando puso los tres mil dólares en el veintitrés, le cantaron: ¡Negro el ocho! En aquel momento estuvo a punto de sollozar como un niño. La suerte estaba contra él. ¿Qué había hecho él para merecer esa saña del destino? ¿Sería un castigo de Dios por lo de su madre? ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

Los últimos mil no se atrevió a jugarlos a pleno. Los puso a rojo y se doblaron; puso los dos mil a mayor y se doblaron; puso los cuatro mil al par y salió impar. ¡Justo cuando estaba por resarcirse de lo perdido!

En el bolsillo le quedaron diecisiete dólares con setenta y cinco centavos, pero se sintió mejor. Haber perdido aquellos cuatro mil dólares era como quitarse un peso de encima.

Al otro día se dedicó a vender una nueva marca de emulsiones para los callos, que le permitieron ganar, en el curso de la semana, veintitrés dólares de comisiones, parte de los cuales tenía que destinarlos a adquirir para su propio uso las famosas emulsiones, pues al llegar la noche sentía los pies como brasas, de tanto que

caminaba durante el día de farmacia en farmacia. Con el resto, costeaba sus gastos de perros calientes y hoteluchos.

Unos días después supo de Alvarito. Había una oferta para pasarse un año y medio en Cuba, en lo calentico sabroso de verdá. Había que firmar un contrato a plazo fijo por treinta y seis mil dólares con diez mil de adelanto. «¿Treinta y seis mil dólares por un año y medio? ¡Claro que sí, volando!». A esas alturas, y con dinero por delante, Felipe Carmona estaba dispuesto a celebrar los contratos más riesgosos.

Los trámites se hicieron en Nueva York, con un poder para la misma parroquia de Searsport, Maine, en el caso de óbito, y se abrió una cuenta en el First National Bank of New York, pagadero el 31 de julio de 1975.

## 02

### Febrero

—El gringo le puso interés a la cosa desde que le hablé —dijo el coronel, mientras encendía un tabaco—. Enseguida me pidió una relación bien detallada de lo que hacía la Fiera en Cuba.

—¿Y usted cómo se enteró de lo de la Fiera, coronel? —preguntó Felipe.

—Vi las fotos en una revista cubana, hace algunos meses, y mandé hacer unas averiguaciones allá para ver si de verdad era él.

—Parece cosa de película que usted lo haya sacado por una foto...

El coronel escupió en la hierba, se quitó una chancleta y reventó una mariposita que se había posado en la baranda del columpio. Luego se echó hacia atrás, entrecerró los ojos y sin soltar la chancleta, se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Es que fueron muchos años, bobo. La Fiera estuvo conmigo... desde el 50 hasta el 58. ¡Son muchos años! Me lo sé de memoria. Además, uno se ha pasado toda la vida mirando caras de prontuarios, fotos de presos y el cará.

—Pero así y todo —contestó Felipe—, después de tanto tiempo...

—Bueno, la verdad: si no hubiera estado riéndose en la foto, tal vez no lo saco. Él ha cambiado mucho: perdió pelo, está más flaco, más viejo; y con ese bigotón que se deja y el pelado de preso que usa... Figúrate: no es fácil reconocerlo...

—¿Y por qué usted dice lo de la risa? —preguntó Felipe.

—Es que cuando la Fiera se ríe, se le arruga el labio de arriba por un costado —se puso a imitarlo—, y se le cierra el ojo del otro lado así, y entonces se frunce todo, que parece que está cagando.

Felipe lanzó una risotada al ver las muecas que hacía el coronel, y sin dejar de reírse, encendió un cigarro.

El coronel se divirtió también con su propia gracia. Se calzó la chancleta que tenía aún en la mano, y comenzó a mecerse repantigado en el columpio.

—La verdad es que el tipo tiene que ser un bicho, porque si estuvo en el Escambray, como usted dice, y consiguió pirarse de allí, tiene que ser un bárbaro... —comentó Felipe.

—¡No digo yo! Algunos de los que trabajaron para mí, eran duros de verdá.

—Lo que más raro parece es que se haya quedado en Cuba, trabajando en una granja, ganando emulaciones y el cará. ¿Se habrá vuelto ñángara?

—¡No seas bobo! Él está allí guillao. Además, no es fácil reconocerlo, porque en los interrogatorios se cuidaba mucho. Bueno, en realidad, él no interrogaba: él daba. Yo nunca le entregaba los recién llegados. Era muy bruto y me los descojonaba enseguida. Te digo que se cuidaba porque siempre se ponía algún trapo en la cabeza o

espejuelos oscuros. En realidad, él más bien remataba que otra cosa. Cuando ya no había nada que hacer con algún preso, se lo dábamos a la Fiera. A veces la cosa resultaba, pero en general los que pasaban por él ya salían medio guisados; y un tipo así nunca se vuelve comunista. A eso ponle el cuño.

El coronel cogió la botella de Chivas Regal y la acercó al vaso de Felipe, que hizo un gesto de rechazo.

—¿No tiene por ahí un poco de *bourbon*, coronel?

—¿*Bourbon*? ¡Coño: hay gustos que merecen palos! Estás hecho un gringo completo —comentó el coronel, divertido, mientras se servía su *scotch* de doce años, a la roca. Luego se volvió en el columpio y silbó con dos dedos en la boca, vuelto hacia la casa.

De inmediato se acercó un perrazo gris, al que el coronel acarició con un gesto infantil, estúpidamente tierno. Luego gritó dos o tres frases en el alemán perruno del Kennel Club, y el animal —un pastor de unos cuatro años— se tendió a sus pies, pulcro y feroz. El coronel estiró la mano hacia la mesita de hierro forjado, cogió un vademécum de cuero verdoso, repujado en oro, extrajo del hueco del lomo un lapicillo rojo, arrancó una hojita y se puso a escribir algo en ella.

Para Felipe Carmona, el contraste entre aquel objeto tan bonito y femenino y el rostro rudo y las manotas gruesas del coronel, contribuía a darle mayor ferocidad a su figura. Siempre le habían impresionado esos exboxeadores, llenos de cicatrices en sus rostros, vestidos de impecable *smoking*, a la entrada de los *cabarets* y de los garitos. Así vestidos, parecían mucho más terribles que montados en un *ring* con un atuendo de boxeador. Y aquel lapicito rojo en las manazas del coronel le producía el mismo efecto. Recordó que en Cuba siempre andaba con objetos de los más picúos y a veces hasta un poco amariconados, como una pitillera de oro labrado, con cajita de música, o aquella boquilla larga de marfil que había usado la noche de la fiesta en casa de la querida de Papo Batista.

El coronel escribió: «Old Grand Dad, otro vaso, hielo». Ajustó el prendedor que el perro tenía en el collar, le colocó la hojita escrita y lo despidió con otra germanía canina. El perro salió como un bólido en dirección a la casa.

—¿Ese es el que le hace los mandados? —preguntó Felipe divertido.

—Por lo menos trae los tragos y no chivatea, ¿sabes? Y volviendo a lo nuestro —añadió el coronel, pensativo—. Los gringos están que son una seda. Más amables que nunca, después de que nos han tirado a mierda durante casi dos años.

—Deben de andar en algo gordo...

Los interrumpió la llegada del perro. Con un trote gallardo y sereno, traía colgado del hocico un cesto con la botella de *bourbon*, el vaso y el hielo. Felipe se sirvió un trago largo, cogió dos cubitos de hielo, pinchó un saladito, se echó hacia atrás y preguntó:

—Bueno, coronel, por fin, ¿pa qué me quieren los gringos? ¿Cómo sería el negocio ese con la Fiera?

## 03

# Octubre

Huidobro vuelve a mirar su viejo reloj de ferroviario. Las dos y un minuto. «Faltan seis minutos. ¡Mira que estos militares tienen cada cosa! ¿Por qué tiene que ser a las dos y siete? ¿No da lo mismo a las dos y cuarto?».

El viejo avanza por la calzada de Rancho Boyeros y cuando va a cruzar hacia la Plaza de la Revolución, se detiene para dejar pasar una guagua 212. El viejo se queda un instante contemplando a su derecha el monumento a Martí. Vuelve a mirar la hora: las dos y cuatro. «Faltan tres minutos».

Atraviesa la calzada con paso firme; demasiado firme para sus sesenta y dos años. Pasa frente a la Biblioteca Nacional José Martí y se dirige hacia el edificio de las FAR. Junto a la garita de la agente del tránsito, vuelve a mirar su reloj de bolsillo. Dos y seis. Comienza a ascender la rampa que lo conduce a la entrada del edificio de las FAR, cuando oye a su derecha los frenos de una máquina y un portazo.

—¡Compañero!

Huidobro se vuelve.

¿Lo llamaban a él? Sí, a él. ¿Era el compañero Huidobro? Sí, sí, el mismo, para servirlo.

El militar tenía un recado de parte del capitán Sepúlveda. ¿El capitán no estaba en el Ministerio? Así era, el capitán no había podido llegar a la hora prevista y el amable uniformado estaba ahí precisamente de parte de Sepúlveda para trasladarlo a su hotel. Que montara en la máquina, por favor. No, no, ninguna molestia. Eran órdenes del capitán. ¿Al compañero Huidobro le parecía bien que la entrevista se efectuara en su hotel, a las nueve? ¿En el hotel de Huidobro? Sí, en el hotel Nacional. De la oficina del Ministerio le habían reservado una habitación. Por parte de Huidobro, no había ningún problema. ¿Podía ser entonces a las nueve? Con mucho gusto. A las nueve.

Huidobro no visitaba La Habana desde 1971, cuando se jubiló de los ferrocarriles. En el hotel Nacional no se había hospedado nunca.

Son las dos y cuarto. El carro penetra en los jardines del hotel. Al entrar al vestíbulo, el ambiente decimonónico le produce una sensación confortante. A su edad, los grandes hoteles modernos, como el Habana Libre o el Riviera lo hacen sentirse un guajiro fuera de lugar y eso no le gusta. ¡Qué lástima! A esa hora ya no vale la pena ir al zoológico. Le han contado que a la jaula grande de los pájaros han llevado unos guacamayos lindísimos.

El militar se dirige a la carpeta del hotel y menciona el nombre de Sepúlveda. Le dan la llave a un *bellboy*, que lo acompaña a una habitación del tercer piso.

—A las nueve, el capitán lo llamará por teléfono al cuarto.



—Bien —responde Huidobro—, yo estaré aquí esperándolo.

El militar se despidió cortésmente al pie del ascensor que ya ocupaban varias personas. Al dar el número de su piso el viejo ferroviario no supo si sentirse ridículo o importante.

## 04 Octubre

Myriam conducía a gran velocidad. ESSO, FIRESTONE, COCA-COLA. Aquel viaje semanal Miami-New Orleans ya le resultaba detestable. ¡Tendría que hablar con Tony! Que se dejara de tanta evasiva. ¡Qué diablos! JOHNNY WALKER. Las luces de la carretera y las vallas luminosas se reflejaban en el capot del carro. Aquella vida de su marido, aquel hermetismo de los dos últimos años, ella no lo iba a tolerar mucho tiempo más. AVIS RENT-A-CAR. ¡Que él trabajara cuanto quisiera! ¡Que se matara trabajando! *Oh, yes.* CHANNEL No. FIVE. Ni siquiera un perfumito le había regalado el día del aniversario de bodas. Ya ni de eso se acordaba. Tony lanza un ronquido. ¡Cerdo dormilón! Y todos los años inventando pretextos para no ir de vacaciones a Europa, como hacían antes. BEEFEATER'S. ¿Se creía que ella se lo iba a seguir aguantando? Ella quería vivir su vida, no la de él. BRANNIFF, WALDORF-ASTORIA. En Nueva York la había hecho aburrirse tres días. ¡Qué va! Ella no aguantaría más esa vida. ¿Creería que la iba a tener de chofer y desahogo una vez por semana? ¡Que se buscara una sirvienta barata! Si por lo menos en lo otro fuera como Dick... ALASKA HILTON. ¡Qué frío! Mire que hay sueños cómicos... Dick se veía de lo más gracioso con el gorro de cazador restallando en el trineo. Y Tony uncido al tiro... ja, ja, ja... era todo un espectáculo. ¿Cómo se llamaba el animal aquel? Ah, sí: «el reno astado de las tundras». ¡Qué cómico! En verdad aquella cornamenta no le quedaba mal al rostro de Tony. Había leído el artículo en *American Science*. DUPONT. El nombre le había gustado: «reno astado de las tundras». Un bello animal, además; pero en verdad que era para morir de risa. ¡Mire que soñar con el propio marido uncido a un trineo! ¡Ja, ja! Había que verlo agitando la cornamenta y resoplando en medio de la estepa mientras Dick chasqueaba el látigo.

—¡Despiértate, Tony!

Se oye un ronquido y Tony abre los ojos con expresión de sobresalto.

—¿Qué pasa, *darling*?

—Ya estamos llegando.

Un minuto después vuelve a oírse la respiración pesada de Tony.

*Darling, darling...!* ¡Y todavía tener que dormir a su lado! Si por lo menos no roncara... Dick sí, era un bárbaro para aguantar el sueño. En aquella escapada a Georgia, habían estado tres días de parranda, sin dormir... Bueno, sin dormir normalmente. Era un atleta, Dick. LA PAUSA QUE REFRESCA. Sí, el divorcio podía ser la solución. ¿Crueldad mental? Quizá se podría... Ya había aguantado aquella situación durante dos años, y él seguía con sus encierros y sus misterios. BOEING 707. Por setecientos dólares mensuales... ¡Bah...! Que se lo aguantara otra. JOHN DEERE.

«El reno astado de las tundras». ¿Mil doscientos? No. Con el ronquido incluido le pediría mil quinientos mensuales, y si no le gustaba, divorcio. Sí, eso le pediría: mil quinientos dólares de *pocket-money*. WELCOME TO NEW ORLEANS.

—¡Tony!

—¿Qué pasa?

—¡Despiértate, marmota!

## 05 Octubre

A las nueve menos cinco sonó el teléfono.

—Diga.

—¿Huidobro?

—Sí, capitán; estoy esperándolo.

—Subo enseguida.

Sepúlveda no subió. Bajó. Bajó del cuarto al tercero.

Por la mañana Sepúlveda y Mena habían instalado un sistema de escuchas entre la habitación que ocuparía Huidobro en el tercero, y la que ocupaban ellos en el cuarto. Desde su habitación, Sepúlveda había seguido los movimientos de Huidobro. Antes de hacer otra cosa, el viejo había llamado al zoológico; luego había salido durante veinte minutos —se comprobó que a la cafetería— y al regresar telefoneó a un tal Perlado, pero sin mencionar los ferrocarriles, ni el chequeo médico que se había hecho en Pinar del Río. Luego, se escucharon los sonidos que producen las pilas del baño y el papel al plegarse. Sin duda, había estado leyendo algún periódico. Se oyó también el crujir de la cama y algunos ruidos sordos, tonitruantes, característicos de los estados de plétora e intimidad. Habría que seguir vigilándolo durante un par de semanas más, para comprobar su discreción. Desde el domingo se instalarían escuchas en su finca.

Se sentaron frente a frente.

Sepúlveda apoyó su maletín sobre una mesita de centro y extrajo de él diez láminas de colores. Tenían cuidadosamente recortados los bordes y no aparecía en ellas ninguna leyenda.

—Estas láminas han sido extraídas de un álbum de ornitología. ¿Puede usted identificar algunos de esos ejemplares?

—¡Claro que sí! —dijo, rebosante de entusiasmo infantil—. Estas cuatro son palomas mensajeras. A este pelaje le llamamos mosaico, este es un empedrado, este otro un canelo, este un azul de barras...

De pronto se interrumpió, con una expresión de perplejidad, y escrutó el rostro de Sepúlveda, que lo miraba divertido.

—Pero, ¿cómo sabían ustedes...?

—Nosotros sabemos muchas cosas, compañero Huidobro —sonrió indulgente el militar.

—No sé... como usted solo me había hablado de ferrocarriles...

—Sí, no queríamos ir directo al grano, hasta estar seguros de su discreción. Para nuestros planes ese es un factor decisivo. Déjeme decirle además, que antes de

decidimos por usted, hemos investigado otros seis casos de gente que habría podido servirnos.

—Bien. Usted dirá —dijo Huidobro expectante.

—Por el momento queremos saber si usted se siente en condiciones físicas de instalar y mantener un palomar en su finca.

—¿Palomar de mensajeras?

—Por supuesto.

—¿Criarlas y entrenarlas?

—Exactamente —repuso Sepúlveda.

—¿Para qué distancia?

—No más de quinientos kilómetros, ida y vuelta.

—En fin... creo que sí. El único problema son mis sesenta y dos años, porque una responsabilidad como esa...

—¿Su carro funciona bien? —interrumpió Sepúlveda.

—Bueno; sirve para los mandados en la zona; pero ya para un viaje largo...

—No, eso no será necesario. Cuando haya que soltar palomas a más de cien kilómetros, nosotros nos encargaremos de hacerlo. Además, le vamos a proporcionar un carro en buen estado.

—Lo único que me preocupa, capitán, es la responsabilidad ante ustedes; porque atender un palomar es un trabajo fuerte, y a mi edad...

Sepúlveda lo interrumpió con un ademán tajante. Encendió un cigarro y le dirigió a Huidobro una sonrisa benévola.

—Si nosotros, es decir el Ministerio, se ha atrevido a dar este paso, es porque sabemos que la tarea está perfectamente a su alcance.

—Sí, pero imagínese...

—¡Déjeme hablar! —le interrumpió Sepúlveda autoritario—. A la edad de dieciséis años, usted ganó su primer premio de colombofilia con la paloma Mejorana...

«¡Coño, qué bárbaros!», pensó Huidobro, ignorante de que en la Biblioteca Nacional José Martí de La Habana, cualquier lector podía consultar el Anuario Cubano de Colomofilia de 1928.

—... y casi sin interrupción —prosiguió Sepúlveda— ha seguido en contacto con las palomas hasta 1962. Además, conocemos su integración revolucionaria, su expediente laboral y no nos cabe ni la menor duda de que si la Patria o el Partido reclaman su colaboración, usted no vacilará en dar el paso al frente.

A Sepúlveda le había costado bastante trabajo aprenderse de memoria aquel párrafo, pero ahora que lo acababa de soltar, le pareció que lo había hecho con gran naturalidad. Quedó satisfecho.

Por su parte, Huidobro, cada vez que se emocionaba, trataba de tragar saliva y no podía. «Integración revolucionaria... la Patria... el Partido».

¡Claro que sí! Haría lo que le pidieran.

—Además, nos ha interesado el que usted no haya mantenido recientemente ningún vínculo con la Asociación de Colombófilos. Eso contribuirá a manejar esta operación con mayor reserva. Usted ya sabe cuánta importancia, nosotros le damos a eso.

—En ese sentido, pueden estar tranquilos —se apresuró a decir Huidobro.

—Quiero recordarle que desde el momento en que usted comience a trabajar para nosotros, será considerado un miembro más de los servicios secretos del país, y cualquier confidencia sobre nuestro trabajo, constituye una falta gravísima...

Sepúlveda se retiró a las diez y media de la noche.

A las seis de la mañana del día siguiente, vestido de civil, viene a recoger a Huidobro el teniente que lo había trasladado al hotel el día anterior. Mientras recorren el *lobby*, el hombre alecciona a Huidobro sobre los pasos inmediatos que debe dar y le pide las llaves del cuarto. En ese momento Huidobro se da cuenta de que las llaves se le han quedado adentro. El hombre se dirige a la carpeta y habla algo en voz baja.

Lo de la llave no importaba. Ya estaba resuelto. Huidobro debía, por favor, sentarse en los asientos de atrás. Era un carro contratado por ellos hasta San Juan y Martínez. Desde allí, Huidobro cogería otro transporte para trasladarse a su finca. ¿Huidobro estaba de acuerdo? Sí, Huidobro estaba de acuerdo. Por aquí, por favor. Muy amable. Que Huidobro tuviera muy buen viaje.

Al cerrar la puerta trasera del carro, el hombre miró al chofer y entornó imperceptiblemente los ojos. El carro se alejó y el hombre lo siguió con la vista hasta que dobló por la calle O en dirección a La Rampa. Luego volvió a subir la escalinata y regresó a la habitación del cuarto piso, donde lo esperaba Sepúlveda.

Se había dado el primer paso en el plan Joy.

«El centro no podrá quejarse», pensó Sepúlveda. «Hemos demorado apenas cuarenta días en reclutar al colombófilo».

Media hora después, Mena retiraba el sistema de escuchas en el cuarto de Huidobro y a las siete los dos hombres desayunaban en la cafetería del hotel. A las siete y veinte liquidaban su cuenta en la carpeta y montaban en un Chevrolet 57, con Mena al timón.

**1975**

**Febrero 15, sábado**

Antes de bajar del carro, Dick se aseguró de que nadie del barrio lo observara. Era por pura rutina. No había por qué suponer que alguien estuviera atisbando detrás de una ventana, a la una de la mañana. Aquella noche hacía mucho frío en New Orleans.

Dick caminó hasta la puerta de la vivienda de Tony Vermeer, sacó el duplicado de la llave y penetró como en su propia casa. Caminó a oscuras hasta el gabinete, con paso decidido, sin ningún tropiezo. Una vez allí, cerró con cuidado puertas y ventanas, y encendió una lamparita portátil de luz difusa ubicada en el tercer estante del librero de la derecha. Luego hizo girar hacia fuera la primera sección del librero y, con la destreza adquirida en casi tres años, montó la combinación de la caja fuerte, extrajo el maletín de Tony, puso en el piso una serie de documentos y una gruesa libreta de notas. Tomó las fotos con una cámara no mayor que una fosforera. Sus movimientos eran lentos y cuidadosos.

No tenía por qué apurarse: seguramente «el reno astado de las tundras» (desde que Myriam le contara aquel disparate, Dick ya no podía llamarlo de otra forma) no regresaría antes del amanecer, como era inevitable cuando uno trasnochaba con la ávida Myriam. Además, desde que Myriam había reeditado la luna de miel, sin duda «el reno» se sentiría a gusto en la parranda.

Para Dick, aquel trabajo era ya una rutina sencilla. «Debo de haber hecho esto mismo no menos de cien veces», pensó. Le había ayudado el sueño profundo de Myriam y un poco de barhipnós en los tragos.

Después de cada *clic* del obturador, Dick hacía una marquita imperceptible con un alfiler en uno de los extremos inferiores de cada página fotografiada, para estar seguro de no repetir en otra oportunidad la foto de un mismo material.

Dos años más y luego se jubilaría. Pensaba comprar una finca en Alabama y dedicarse a pescar. Ya estaba bueno de sustos y peligros. Cuarenta años era una buena edad para retirarse a una vida apacible. Si no hubiera sido por el dinero lo habría decidido antes.

En realidad, gracias a Myriam, espiar a Tony había sido un trabajo fácil. Ahora, desde el otoño anterior, cuando la pareja se reconciliara, se le había complicado un poco. ¿Se estaría poniendo viejo? En ese momento sonó la señal en el audífono que tenía en la oreja. El vigía que había quedado en su carro, le anunciaba la proximidad de un vehículo. Guardó rápido en el maletín del «reno» el último manuscrito que le quedaba por fotografiar y esperó un instante. Se oyó el ruido de un carro y enseguida la señal de que podía continuar.

Diez minutos después, Dick volvía a montar en la máquina parqueada antes de



llegar a la esquina, en la acera de enfrente. El otro le preguntó lacónico:

—¿Okey?

Dick asintió. Se ubicó al volante y encendió el radio. *Strangers in the night*. La voz de Frank Sinatra, sonaba a denuncia. Dick y Ralph se miraron y sonrieron al pensar en la coincidencia. Dick apretó el acelerador, trarái lará lará, y abrió la ventanilla para sentir, un momento en el rostro, el aire limpio y el aroma de las coníferas en aquel lujoso barrio residencial.

## 07

### Mayo 15, jueves

Cuando la arcilla Matanzas se seca, un bermellón pegajoso se entroniza ubicuo e implacable en los campos de Cuba. Cubre los animales, los vehículos, las hojas de los árboles, los rostros de la gente.

Una camioneta avanza. Polvo y camino. Adelante, el chofer. Lleva varias horas de marcha. Tiene polvo en las manos, las cejas, los intersticios de los dientes. Atrás, a cubierto de toda mirada, viaja furtivo un pasajero insólito. ¿Qué hace allí? Hace algo que no debe verse.

Pero veamos: en su peluda y arremangada diestra, blande una pistola. Una potente pistola de aire comprimido. Introduce con precisión el caño en un orificio de cinco milímetros, perforado en la carrocería. En la chapa lateral derecha de la camioneta. Aprieta el gatillo y proyecta una cápsula hacia los campos de Cuba. Después, retira la pistola, abre el cargador, abre también un pequeño congelador de pilas, adosado a la pared de la camioneta. Del congelador saca otra cápsula, la introduce en el cargador de la pistola y vuelve a disparar.

A veces se enciende un bombillo rojo a su izquierda. Cuando eso ocurre, el hombre no dispara. Espera la luz verde. Luego, vuelve a disparar otra cápsula sobre los campos de Cuba. Los calores de mayo bastan para disolver totalmente la cápsula en menos de tres minutos. De ella no queda ningún rastro. Solo queda, sobre los campos de Cuba, su contenido.

## 08

### Mayo 29, jueves

Por lo general, el mayor Alba se acostaba a las once y se levantaba a las cinco. Los jueves, el mayor Alba se levantaba a las tres de la mañana.

Mientras el servicio no le impusiera alguna variante, respetaba con puntualidad esos horarios. El madrugón del jueves se lo había impuesto desde que comenzara su carrera en Seguridad Científica. Lo había aprendido de un discípulo georgiano que compartía su cuarto con él en la Universidad de Leningrado. «Si quieres estar lúcido el día del examen, cánsate mucho durante la víspera».

Aquello le dio buenos resultados desde el comienzo: pero con los años perfeccionó la receta, conforme a lo que fuera aprendiendo sobre sus propias reacciones orgánicas. Al estudiarse a sí mismo con datos estadísticos arribó a conclusiones muy precisas sobre la conducta de su cuerpo.

En primer lugar, observó que podía tolerar un cansancio físico muy intenso, mientras no sintiera al otro día molestias musculares. Si cumplía tal condición, su lucidez mental de los viernes era proporcional a la intensidad del cansancio provocado los jueves.

Descubrió también que lograba sus mejores resultados cuando incluía intensos ejercicios visuales y movimientos muy rápidos de todo su sistema muscular. El cansancio obtenido mediante un sostenido esfuerzo muscular, como el de las pesas, o respiratorio, como la natación, no le producía buenos resultados.

Su rutina gimnástica diaria era fuerte: quince minutos de suiza, cuarenta tracciones de bíceps en suspensión de barra, cien cuclillas, cien abdominales con dos kilogramos de contrapeso en la nuca, cuarenta planchas; todo ello precedido de cinco minutos de calentamiento y seguido de cinco de distensión. No era nada del otro mundo, pero le bastaba para gozar de una magnífica forma física, y era sobre todo, muy económica de tiempo. Aquella rutina tenía la ventaja de poder realizarse en la casa, sin aparatos, o en el cuarto de cualquier hotel, cuando estaba de viaje. El mayor Alba la cumplía diariamente desde hacía varios años, excepto jueves y sábados. Los sábados porque tenía que reservar energías para una sesión vespertina de karate, a la que rara vez faltaba; y los jueves, porque prefería destinar esa energía a la práctica de otros ejercicios, mediante los cuales lograba el cansancio apetecido que le propiciaba su lucidez de los viernes.

Los jueves, de seis y cuarto a nueve de la noche, el mayor Alba se dedicaba al ping pong. «Sí, al ping pong», respondía molesto, cuando algún cultor extremista de las artes marciales se burlaba de lo que consideraba un desperdicio de tiempo. Un estudio acucioso de años lo había convencido de que el ping pong era el deporte más

completo para la educación de reflejos rápidos. Requería, además de reflejos, una elevada inteligencia estratégica, un control milimétrico del tacto y, ante todo, habilidad para la desinformación del contrario y viceversa, no dejarse engañar por los equívocos movimientos del rival. El ping pong de alto nivel permitía simular un raquetazo de efecto arriba y lanzarlo hacia abajo; se podía fingir haber impreso a la bola una rotación a la izquierda cuando se había lanzado un lateral derecho; o aparentar el disparo de una bola sin efecto y en realidad ponerlos; en fin, con brazos, ojos y caderas, se podía despistar constantemente al contrario.

Solo en saques, Alba dominaba doce golpes puros que, con movimientos de engaño, sumaban veintisiete. Comparados con el ping pong, otros deportes más prestigiosos en el consenso público, eran en verdad juegos anodinos. En muchas disciplinas deportivas surgen campeones mundiales y olímpicos con solo un par de años de práctica. En el ping pong no existen jugadores internacionales con menos de diez de práctica.

Alba sabía lo que hacía. Por cada golpe específico del tenis de campo, por ejemplo, el ping pong tenía doce. Cualquier golpe de campo, que a lo sumo podía imprimir a la bola una moderada rotación hacia arriba o hacia abajo, y sin posibilidad de engaño, también se podía dar en ping pong, pero con cuatro posibles rotaciones, tres grados de intensidad en los efectos, a tres distancias relativas de la mesa, y todo ello con posibles movimientos de engaño. Cuando ya tenía ocho años de práctica, Alba llegó a la conclusión de que no existía ningún otro deporte tan lleno de sutilezas y con tanta exigencia de reflejos rápidos y aptitudes intelectuales. Quizá nunca se le hiciera justicia porque quien no llegara a jugarlo con pleno dominio de su variedad técnica, jamás entendería lo que estaba sucediendo sobre una mesa de alto nivel. Y por el contrario, la facilísima visibilidad de las incidencias futbolísticas ganaban de inmediato el interés de los niños y de las grandes multitudes.

Además, por estudios de medicina deportiva, se había establecido que un 5-3 de ping pong internacional, podía consumir tanta energía como dos *rounds* de boxeo olímpico. Desde el punto de vista de la educación física solo tenía el inconveniente de su unilateralidad y podía incluso provocar escoliosis, pero desde la época de su aprendizaje sistemático, el mayor Alba jugaba un set con la mano izquierda y otro con la derecha.

En fin, era el ejercicio que mejor le permitía extenuarse los jueves, sin complicaciones ulteriores. Y él, los viernes, necesitaba su plenitud física, los nervios en calma chicha, el mayor deseo concebible de trabajar y una lucidez augural.

Los jueves Alba regresaba a su casa a las nueve y media. Llegaba directo a lavarse las manos y se sentaba a la mesa, servida para dos. Durante los diez minutos que insumía la cena frugal, Carmen dejaba de trabajar y se sentaba a comer con él. Luego, solían sentarse para una breve sobremesa en la sala. Bueno, en realidad no podía hablarse de sala en aquella casa; ni de comedor, ni de dormitorios. De las piezas convencionales de toda vivienda, allí solo conservaban su aspecto original, la

cocina y el baño. En las paredes había grandes libreros, cuadros (en su mayoría originales), nichos con cerámica, un par de tapices y algunos *collages*. De cualquiera de aquellas habitaciones podía salir, como un *Deus ex machina*, una mesa, una tabla pupitre o una colchoneta. Las colchonetas eran para algún huésped eventual, porque la familia Alba, bajo la asesoría de Carmen, que era ortopedista, dormía sobre esteras en el piso, a la manera japonesa. Aquella austeridad redundaba no solo en salud sino también en espacio vital. Libraba a la casa de armatostes y creaba un ambiente alegre, despejado.

Los jueves por la tarde, pues, Carmen trataba siempre de estar muy ocupada en algo, para que cuando Fernando llegase, pudiera acostarse temprano, sin verse forzado a prolongar la sobremesa. Carmen sabía lo de los viernes, aunque sin conocer detalles. No sentía celos de su reserva. Sabía que si llegaban a viejos, se lo contaría todo.

Aquel jueves, Fernando Alba se levantó de la mesa a las nueve y cuarenta y cinco; encendió un tabaco y puso en el tocadiscos *El mar* de Debussy. La música impresionista le producía, según decía él, un efecto sedante, pero en realidad la usaba como somnífero.

Antes de acostarse fue a ver al niño, que dormía abrazado a sus juguetes, con la despatarrada placidez propia de su edad. Luego se preparó una limonada en la cocina y se sentó en su estera, tras apagar el tabaco. Antes de tenderse al lado de su mujer (Alba nunca dormía en el mismo lugar) la obsequió con un trago de limonada y un beso. Y cuando aún no había terminado de salir el sol sobre *El mar*, ya estaba dormido.

## 09

### Mayo 29, jueves

¿Sara? No, no había venido a merendar, compañero. No, tampoco la había visto. Muchas veces ella no venía a merendar a la cafetería y se quedaba en el campo, pero si el compañero director quería verla, podía coger con el jeep por atrás de aquel bajareque y seguir por el trillo hasta la ceiba quemada, que seguro seguro, allí mismitico la encontraba.

Hacía varios días que los técnicos de Sanidad Vegetal estaban trabajando por allí. Sí, el compañero director provincial sabía. Sabía que allí se estaban haciendo conteos de rutina entre la población de insectos. Él, precisamente, dirigía y controlaba esos conteos. Sí, sí, muchas gracias, él ya había estado allí y conocía el camino.

¡Qué raro estaba aquello! Una muchacha tan callada, tan sobria como Sara, con aquella urgencia y aquel misterio. La nota la había encontrado sobre su buró, dentro de un sobre cerrado con lacre. ¿De dónde habría sacado el lacre? Seguro que lo había pedido en la oficina de correos de Pinar.

Compañero Enrique Cárdenas.  
Director de Sanidad Vegetal.  
Pinar del Río.

No, Enrique no creía que la muchacha aquella hubiera enloquecido. Pero, ¿por qué tanto misterio? Para hacerle saber que tenía urgencia de hablar con él no necesitaba dejarle un sobre lacrado. Si era tan urgente, ¿por qué no le había adelantado algo en la nota? ¡Que no le fuera a salir ahora con una bobería!... ¡Coño! ¿Qué le pasaba al carro? No debía haberse metido hasta allí con el jeep. Había tremendos baches. Ella debió de viajar a Pinar desde San Luis, en alguno de los carros del plan. ¡Qué lástima! Él pasó cerca del Dos de Diciembre y estuvo a punto de entrar. Si lo hubiera hecho se habrían ahorrado dos viajes. Y ahora, lo mejor era apearse allí y caminar hasta la zona del censo. No fuera a pasarle algo al carro de Eduardo. Había quedado en devolvérselo a mediodía.

¡En qué mal momento se le ocurrió a aquella muchacha mandarlo a llamar! Justo el día precedente había entrado su carro en mantenimiento, y hasta el lunes no se lo entregarían. Si Sara se le aparecía ahora con algún despiste, le iba a meter tremenda descarga. Bueno, después de todo, era preferible que fuese un despiste... Pero si era, tenía que regañarla igual.

Enrique sabía muy bien una cosa. Como agrónomo y dirigente de Sanidad Vegetal, él estaba allí para mandarse a correr cada vez que se prendiera un bombillo

rojo en los campos de su provincia. Fuera donde fuese. Y a pie, en carro, en bicicleta, debía presentarse donde lo llamaran. Para estar alerta y al acecho lo habían formado y ubicado en aquel puesto. ¿Y aquella muchacha de la pañoleta amarilla? ¿No era Sara? Sí, ella misma era. Estaba recogiendo las trampas del censo. ¿Quién sería la que estaba con ella? A Sanidad Vegetal no pertenecía. Y pensándolo bien, ante tanta reserva de Sara, lo mejor era sugerirle que fueran hasta el jeep, para poder hablar a solas en el camino.

¡Vaya, compañero! ¡Qué milagro él por ahí!

Bueno, de vez en cuando había que estirar un poco las piernas... ¿Y por qué Sara le guiñaba el ojo? ¡Qué raro estaba aquello!

Bueno, y los conteos, ¿qué?

Todo bien, compañero. ¿Quería ver cómo se habían dispuesto las trampas del censo? ¿Mary la disculpaba un momento? Sí, sí; de todas maneras, Mary ya se estaba por marchar. ¡Qué cara tan inteligente! ¡Qué ojazos los de aquella mulata! ¿Cómo era que Enrique no se había dado cuenta antes? Que mirara con disimulo. Sí, director, que mirara con disimulo el cuarto árbol de la hilera de la derecha. Sí, que se fijara junto a los brotes tiernos, por el envés de las hojas.

¿El cuarto? ¿Qué se traería aquella muchacha? ¡Co... ñó! ¿No le parecía raro al director?

Sí, sí, sin duda, estaba rarísimo. ¿Aquellos áfidos no eran pulgones del melocotón? Eso mismo. Ella los había examinado al microscopio. En ese árbol, Sara contó más de trescientos; pero lo más raro, compañero, era que en los árboles vecinos no había casi ninguno. Y entonces ella había dicho, qué raro está esto, y siguió mirando. Y oiga, compañero, siete árboles más allá, otra tonga de pulgones... ¡Qué linda era! Y en los árboles vecinos, nada; y esa misma situación la encontró luego en otros veinticinco árboles. ¿Quién sabía cuántos más podría haber así? ¿Al compañero aquello no le parecía rarísimo?

¿¡Que si qué!?! ¿Con quiénes había comentado aquello? ¡Qué va, compañero! ¿Cómo se le ocurre? Sara no comentó el caso con nadie del plan. ¿Y de afuera? Tampoco, compañero: solo él y ella lo sabían.

Ya decía Enrique que aquella muchacha iba a salir buena. Desde que la viera en el cursillo tan atenta siempre, tan inteligente en las preguntas, él pensó que sería un buen técnico. ¿Pulgón del melocotón en los cítricos? ¿En aquellas cantidades? Seguro que debía mandarse a correr... Y luego aquel fenómeno: la población distribuida en uno de cada siete árboles. Eso no era obra de la naturaleza sino de una mano peluda. Aquella misma tarde saldría para La Habana. Sí, sí, como fuera.

# 10

## Mayo 30, viernes

Fernando Alba penetró en la sala principal del CIDMI a las ocho y seis de la mañana y se detuvo ante el reloj que estaba sobre la puerta del gabinete de credenciales. Según lo establecido para los viernes, él podría pasar a las ocho y ocho, cuando la puerta del gabinete se abriera.

Ya adentro, llenó una papeleta en clave, anotó un número al pie; oprimió el pulgar derecho sobre la almohadilla y luego sobre el ángulo superior derecho de la boleta, para la comprobación dactiloscópica. Depositó la papeleta en un buzón y en otro la lista de documentos e información que solicitaba del Centro. Movié una palanqueta, y por una ranura cromada salió una tarjeta que se guardó en el bolsillo. Pasó al lavabo, se lavó y secó las manos, y salió por otra puerta, a un pasillo.

Los usuarios del Centro de Información y Documentación del MININT, debían redactar por anticipado la lista de materiales que desearan consultar. Para llenar la ficha y cumplir la rutina de identificación, disponían de treinta segundos, tras los cuales sonaba un timbre y debían abandonar el local. Nunca podía haber dos usuarios al mismo tiempo en el gabinete de identificación ni en otro aposento. El Centro trabajaba veinticuatro horas diarias y tenía capacidad para atender dos mil ochocientos ochenta solicitudes de información en una jornada.

Los miembros del MININT que requiriesen una información constante, disponían de un cubículo durante cuatro horas, una vez por semana. Cualquier información adicional o urgente, los miembros debidamente acreditados como usuarios del Centro, podían obtenerla de inmediato, mediante otro trámite, a cualquier hora del día o de la noche, de lunes a domingo.

Alba recorrió el pasillo hasta el final; bajó una escalera; a la entrada de otro pasillo se identificó y mostró la tarjeta que extrajera de la computadora del gabinete de credenciales. La posta se cuadró. Era la señal de que podía entrar. Si Alba hubiera llegado después de las ocho y diez, no lo habrían dejado pasar. Por ese procedimiento nunca se encontraban dos usuarios en el Centro.

La zona de los cubículos era una verdadera ciudad subterránea. A Alba le tocó el número 136, en el pasillo catorce entre siete y nueve. Verificó en la tarjeta el número de su pieza y la abrió con la combinación que venía anotada. Podría permanecer en el cubículo hasta las dos y diez de la tarde.

En cuatro metros cuadrados disponía de aire acondicionado, gabinete higiénico, lupa, microscopio, proyector, grabadora, una litera plegable adosada a la pared, material de escritorio y un timbre para el servicio de cafetería.

Como responsable de la Sección Biológica del Departamento de Seguridad



Científica, el mayor Alba tenía acceso automático al grado séptimo de confidencialidad en el Centro de Información. Para ello había llenado la papeleta de las contraseñas en la computadora de identificación. Hasta ese grado séptimo el Centro le ponía a su disposición todo lo que pidiera. Para acceder a cualquier información evaluada de mayor nivel, Alba necesitaba el permiso de la Superioridad.

En cinco minutos, por un complejo mecanismo de computación, la oficina verificaba las credenciales y le asignaba un cubículo con una clave que variaba automáticamente cada vez que la puerta se abría, conforme a un programa predefinido. Una vez que los usuarios entraban a los cubículos, nadie, absolutamente nadie más que la computadora, podía saber cómo abrir por fuera aquellos templetes del secreto estatal.

Por un tubo neumático los usuarios recibían los microfilms, documentos, grabaciones solicitadas. Nadie veía a nadie ni era visto por nadie, excepto las postas de turno, gente especializada por cierto, en no conocer tampoco a nadie. Los pedidos de cafetería bajaban por un pequeño elevador y se efectuaban marcando con crucecitas las diferentes ofertas de la carta del servicio.

El mayor Fernando Alba Granados atribuía a aquella actividad suya de los viernes una parte importante de su éxito como funcionario del Servicio de Contrainteligencia. La naturaleza eminentemente preventiva y documental de su cargo le exigía estar al tanto de cualquier novedad que incidiera en su esfera de acción. En cuanto a materiales estrictamente científicos, leía en español, inglés, francés y ruso, extractos de las publicaciones más importantes del mundo de la biología, que en caso de despertarle algún interés, leía luego en los originales, en el Centro de Documentación del INRA, en el de la Academia de Ciencias, en las hemerotecas de las diferentes facultades de la Universidad o en otros centros de informática.

Para lo que él consideraba su trabajo personal de actualización científica, consagraba semanalmente veinte horas a la lectura de aquellos extractos y artículos, que luego glosaba, seleccionaba y archivaba en la memoria de una computadora del Ministerio, al servicio de Contrainteligencia y de otros sectores.

En 1969, el novel licenciado en Ciencias Biológicas por la Universidad de Leningrado, Fernando Alba Granados, de veintiséis años, ingresaba al MININT con grados de primer teniente, por méritos obtenidos en Girón, con dieciocho años, y después, por su heroica actitud en la lucha contra el bandidismo del Escambray.

Su tesis de grado sobre estructuras enzimáticas había sido aplaudida con entusiasmo por el tribunal, y el académico Ustinov le dedicó inusitados elogios en una publicación científica de la Unión Soviética. Con aquella tesis, Alba culminaba un expediente estudiantil de sobresaliente absoluto, que unido a sus méritos revolucionarios, le valiera el ingreso al Servicio de Contrainteligencia Científica.

Pero el mayor Alba no iba los viernes a leer materiales científicos...

**Mayo 30, viernes**

«El día 27 del corriente mes, la compañera Sara Álvarez Pino, técnico medio en Sanidad Vegetal, al hacer un recorrido por una plantación de naranjos *Washington Navel*, en el plan citrícola Dos de Diciembre, de la región de Guane, observó algunas anomalías en la población de áfidos. En mi calidad de responsable provincial, practiqué el día 28 una inspección ocular *in situ* y he comprobado que se trata de una anomalía populacional, que unida a lo insólito de su distribución me ha inducido a elevar el caso, con carácter urgente, a esa Dirección Nacional de Sanidad Vegetal.

»Como es sabido, el pulgón del melocotón es un áfido común en nuestras plantaciones, que se hospeda fundamentalmente en los cultivos solanáceos, en algunas rosáceas, pero no frecuenta los cítricos.

»La compañera Álvarez Pino detectó en un árbol (el quinto de la décima hilera de norte a sur, según el plano adjunto) una incidencia de trescientos individuos, cosa que le llamó de inmediato la atención. Buscó otros ejemplares análogos en los árboles vecinos y encontró menos de veinte áfidos en los veinticuatro más próximos. Caminó luego de este a oeste y encontró el mismo caso de alta concentración en el quinto árbol de la tercera hilera, y al regresar de oeste a este, en el quinto de la decimoséptima.

»A las cinco de la tarde la compañera completó veintiuna hileras, hasta una profundidad de once árboles, y pudo construir el plano adjunto. Desde su albergue en San Luis, se trasladó de inmediato a mi despacho de Pinar del Río para ponerme al tanto de la situación.

»Ante lo alarmante del caso me he dirigido a la sede de la Dirección Nacional, para poner al corriente de todo esto al compañero director. Tanto la compañera Álvarez Pino como yo, hemos creído del caso manejar este asunto con la máxima reserva. Por lo que a mí respecta, espero instrucciones del compañero director.

»Ingeniero Enrique Cárdenas.

»Director de Sanidad Vegetal INRA.

»Pinar del Río».

... no iba a leer materiales científicos: iba en función estrictamente detectivesca. A olfatear, a husmear, a tratar de adivinar decía él, dentro de una panoplia de lo insólito.

Las computadoras del MININT, en programación conjunta con la IRIS 50 del Centro de Información, compendiaban cada semana el acontecer de sus distintos cuerpos: las pesquisas iniciadas oficialmente, su desarrollo, los nombres de los investigadores; los diferentes informes de los colaboradores civiles; en fin, todo cuanto pudiera interesar al servicio.

Hasta el tercer grado de confidencialidad, cualquier funcionario del MININT debidamente acreditado, podía leer aquella información en la sala de lectura del CIDMI. Del cuarto al séptimo grado las medidas de seguridad y la automatización se extremaban al punto de que solo el primer comandante, director y fundador del Centro, podía saber quiénes leían, qué leían, cuándo y dónde.

Fernando Alba comenzaba siempre por las informaciones del sector civil: Relaciones Exteriores, Azúcar, Academia de Ciencias, Pesca, Salud Pública, Comercio Exterior, INRA, etcétera. Todo hecho anormal, sospechoso, o simplemente singular, reportado por los colaboradores civiles del ministerio, que desde el punto de vista teórico pudiera tener cualquier nexo con ramos técnicos del campo de la biología, era de interés para Alba.

En la guerra moderna, la prevención de un ataque bacteriológico, viral, fungoso, exige la vigilancia esmerada de un frente vastísimo. Para reconocer en él a un enemigo, no se usan anteojos de campaña, sino microscopios, microfilms, instrumentos de laboratorio, y sobre todo, abundantes lecturas sobre el acontecer científico mundial. No se estudian mapas militares. El enemigo es a veces tan pequeño, tan sutil, que puede venir en las flores, en los frutos que se comen los niños, en las ideas... A ese enemigo que no se anuncia con el fuego y el trueno, hay que buscarlo en las bibliotecas, en los extractos científicos, en las noticias sobre el progreso de la cultura humana; y a veces, aparece también en inmisericorde vínculo con la destrucción humana.

Ese era el trabajo que Alba debía realizar como científico; pero como investigador de los Servicios de Contrainteligencia, Alba se informaba asimismo de lo que interesaba en general, a cualquier combatiente del Ministerio del Interior.

¡Helo ahí pues! Como el general que reconoce el frente con sus anteojos de campaña, el mayor Fernando Alba, encerrado en un cubículo, como cualquier «ratón de biblioteca», proyecta su nariz aquilina a los vientos que puedan traer algún hálito del campo enemigo. Sus ojos zarcos, algo achinados, se convierten en dos tajos que le

surcan el rostro moreno. El rostro moreno de Alba se tiñe con el olivo de su uniforme, pero la intensa luz fría arranca de él destellos glaucos.

Para eso necesitaba él su lucidez de los viernes; para olfatear, para ver, para auscultar; para anticiparse, para encontrar el detalle inadvertido, la punta del hilo de la madeja, las huellas en la arena de las zarpas del monstruo.

El MINCEX reportaba una estruendosa caída de los precios de la miel monoflora cubana en el mercado de Alemania Federal, según decían, por «merma de la calidad estándar». Alba le asignó la investigación al capitán Ríos. Que se enterara bien de la cosa con Marrero y Carlos, y si fuera necesario, con el doctor Popescu, en Bucarest.

Desde Brasil se informaba la inusitada instalación de un laboratorio en Minas Gerais, con un formidable sanatorio gratuito anexo, al que habían ingresado más de ochenta casos de encefalitis equina, que pese a los solícitos cuidados de las monjitas, empeoraban todos. Alba anotó: «Pasar un cifrado a Camoens, para que investigue esto». Luego leyó algo sobre intensificación de algunas anomalías meteorológicas registradas por la Academia de Ciencias en Isla de Pinos, y anotó: «Para Méndez: pedir ampliación de estos informes».

A las once terminó con el sector civil. Al día siguiente, sus camaradas subalternos, ejecutarían las iniciativas tomadas por él en esos momentos, y el resumen de aquella información quedaría archivado en la memoria de la IRIS 10 de Contrainteligencia Científica.

A las once y cinco pidió leche, un bocadito de queso; encendió un tabaco y puso al máximo el mecanismo del extractor de aire.

Su gran descubrimiento del día lo hizo a la una de la tarde. El cuerpo de Guardafronteras informaba con fecha del 29 de mayo, el día precedente, que el domingo próximo pasado, en la bahía de Cabañas, provincia de Pinar del Río, alguien decía haber cogido una paloma mensajera herida, portadora de un tubito metálico que contenía unos insectos pequeños.

Alba se paró de un brinco. Comenzó a rascarse la nuca y a peinarse con las manos. Entró un momentico al baño, encendió de nuevo el tabaco, puso un pedido de café en el elevador; volvió a aumentar la extracción del aire y miró la hora. «Puedo estar antes de las cuatro». Tomó el café pensativo, volvió a sentarse, apoyó la frente en la mesa y dejó caer los brazos hasta sentirse relajado. Hizo luego un esfuerzo de concentración y leyó lo que le faltaba. No encontró nada interesante. A la una y treinta y cinco minutos comunicó con la posta y anunció que quería retirarse. El centinela de turno le dijo que podía hacerlo a la una y cuarenta y uno.

**Mayo 30, viernes**

No señor... digo... compañero, era de esos tubitos cerrados por todos lados, como para guardar termómetros... Sí, sí, pero mucho más chiquitos, una cosa así más o menos... No: ¡qué va! Livianito, livianito; parecía plástico, pero muy duro... No: fuerza no tuve que hacer porque venía enroscado... ¿Cómo dice?... No: serían ya como las seis, seis y pico. Yo oí los tiros por vuelta de Punta Jutías y ya estaba llegando a la ensenada que queda por frente al cayo... Sí, al cayo de Juan Tomás, y entonces... ¿Cómo?... Sí, yo desembarco siempre ahí; pero al otro lado de la rompiente. Y entonces oí los tiros y dije, ese es Chicho; porque él recorre el cayo casi todos los domingos, desde Punta Jutías hasta las ruinas del fortín. Sí, es enfermo a eso. Esa es su vida: la cacería. Yo voy mucho con él por ahí y somos buenos socios, pero ese día yo venía de pescar del lado del cayo del Negro, y fue cuando vi la bandada de pájaros y enseguida, ¡fuácata!, la escopeta de Chicho... ¿Mande?... Sí, hace más de veinte años que él vino a trabajar al central... Sí, al Pablo de la Torriente Brau, antiguo Orozco, y, ¡fuácata!, otro escopetazo, y yo vi que uno de los pájaros perdía altura, y dale p'abajo y dale p'abajo, hasta que vino a caer del lado de acá de la rompiente, sobre la costa... ¿Dígame?... Claro: yo tenía el sol a la izquierda y veía todo de lo más bien... Era blanca, pero como con plumas azules, daba la impresión... Sí, como un gris claro y se veía de lo más bien... Bueno, yo nunca desembarco por ese lado. Siempre busco el atracadero que está al otro lado de la rompiente: por ahí me queda más cerca del central, siguiendo el trillo de vuelta de Pepe, y entonces la veo caer y le caigo atrás. A esas alturas yo no sabía si era paloma, perdiz, pato, ni la cabeza 'e un guanajo. Podía ser cualquier otro pájaro, ¿me entiende? Y entonces dije, déjame jugarle una a Chicho. Usted sabe cómo es el guasabeo y la jodedera entre cazadores y el cará: que yo me como en una hora lo que tú caces en un mes, y que tú no cazas naa, y el cará, y dígame, si es una buena pieza, me la hago preparar esta noche y mañana me la llevo de merienda al central, y cuando me la esté jamando le cuento a Chicho dónde la encontré, porque mi compay coge unos encabronamientos del carajo, ¿sabe? No, qué va, compañero: ahí mismítico estaba, acurrucadita y aleteando todavía... ¿Cómo?... ¡Imagínese! Si yo me llego a dar cuenta de lo que era, no hago la burrada esa. Yo no caí en cuenta de lo que había hecho, hasta que un hijo mío que es más apareparao me lo hizo ver. Nada, que él me lo explicó todo. ¡Pero viejo! ¡Le ronca el mango! Y se puso a explicarme lo de la guerra bacteriológica esa y los crímenes del imperialismo en Vietnam y yo decíame, mire que uno es comemierda y el cará... Sí, terminó el tecnológico ese del azúcar, y trabaja en eso mismo de la química aquí en el Pablo... Cuando le dije que me había encontrado con

Pepe y que le había comentado la cosa, dícame, ¡pero viejo!, ¡cómo se te ocurre! Imagínese, compañero: uno no está en nada de eso, qué se va a poner a pensar en sabotajes y el cará, y entonces nos mandamos a correr, p'aguantar a Pepe que no se fuera de lengua, y entonces ran, a avisarle al teniente. Por suerte la mujer de Pepe había ido con las hijas al cine y no había tenido tiempo de hablar con ella. ¡Alabao! ¡Qué alivio! Porque si se llega a enterar la Juana el chisme ya estaría llegando a Santiago de Cuba, y ran, ahí mismítico fuimos los tres al puesto de Guardafronteras y nos recibió el teniente Peralta... ¿Los bichos?... No, no, no, chirriquiticos, pero por tongas... Bueno, yo diría que como tirando a carmelitosos... No, alas no les vi... ¿Mande?... Sí, déjeme explicarle: Yo recogí la paloma, la eché al bote y salí remando p'atrás, a buscar el atracadero del trillo, ¿me entiende? Entonces, después que bordeo la punta de la rompiente, miro p'al piso y le veo el tubo en la barriga a la paloma... No le entiendo... No, no, no, el tubo venía atornillao. De un lado era una rosca larga y del otro la contrarrosca con el empate, ¿entiende cómo es?... ¡Claro que lo abrí! Había un algodón amarillento y estaba tupido de bichos... No, no, no, tongas. Al principio me quedé como pensando. ¡Cooñó, qué cosa más rara! Volví a meter el algodón p'adentro, atornillé de nuevo el tubo y ahí fue que me apendejé, compañero, y óigame, el susto fue del carajo. ¡Me apendejé! ¿Para qué voy a decir otra cosa? Y entonces... ¿Cómo dice?... No, no, ¡qué va! Cuando me entró el apendejamiento ese, boté tubo, paloma, todo voló pa'l carajo... Sí, sí, así mismo, y hasta me lavé las manos con un resto de Coronilla que me quedaba en la botella. ¡Fíjese cómo sería el susto! ¡Imagínese! Yo qué sabía si esos bichos no estaban apestaos, y óigame, por la noche, dice mi mujer que me la pasé rascándome. ¡Claro! Si soñé con una piojera que me tenía loco... ¿Mande?... Sí, el tubo se hundió ahí mismo, después fue que me di cuenta de la brutalidá. Bueno, seguro, seguro no estoy de nada, compañero, pero me parece que no tenían alas... ¿Pa'La Habana? ¿Yo...? Por mi parte no hay problema, compañero.

**Mayo 30, viernes**

«... comparece Silvio González Arce, conocido por *Chicho*, de cincuenta y dos años, domiciliado en el central Pablo de la Torriente Brau, municipio de Cabañas, provincia de Pinar del Río, acreditado ante este puesto de Guardafronteras con carné laboral número 989345, obrero azucarero, estado civil casado, sin antecedentes penales, y declara bajo juramento, debidamente impuesto de las sanciones previstas por la ley para los casos de perjurio, que encontrándose de cacería en compañía de dos amigos, el domingo 25 del corriente mes, en la zona de Punta Jutías, en el extremo noroeste del cayo de Juan Tomás, alrededor de las seis y treinta de la tarde de ese mismo día, hizo dos disparos de escopeta que no dieron en el blanco, sobre una bandada de pájaros que pasaba por encima de un lugar conocido como la Cueva de las Tortugas y que ha identificado sobre un mapa del cayo.

»Los compañeros del declarante, que resultaron ser Álvaro Escudero Sánchez y Zoilo Perdomo Abrantes, ambos obreros portuarios, domiciliados en la ciudad de Cabañas, acreditados respectivamente ante este puesto con carnés de identidad números 4696394 y 3296615, firman como testigos la presente declaración jurada y se manifiestan de plena conformidad con lo expuesto por el declarante Silvio González Arce».

—¿Rosita?

—Ordene, mayor.

—Yo voy a salir de Cabañas alrededor de las cinco y media. Localice al capitán Piedrahíta, en el Instituto de Geodesia, y pídale que me sitúe en mi despacho un técnico en fotogrametría para hoy a las siete.

—¿Y si no pudiera localizar al capitán Piedrahíta?

El mayor se cambió de mano el auricular del teléfono y entrecerró los ojos. Nadie hubiera podido decir si aquellos ojos rasgados expresaban cólera o preocupación. La voz del mayor volvió a oírse con su suavidad habitual, un poco ronca.

—Puede ser que no localice a Piedrahíta, pero al técnico tiene que localizarlo y tenérmelo en el despacho a las siete.

—Entendido, mayor. ¿Eso es todo?

—No.

—Ordene.

—Trate de localizar al presidente de la Asociación Cubana de Colombofilia...

—¿De qué? No le oigo bien, mayor.

—Colombofilia.

—¿Puede deletreármelo, mayor?

—Carmen, Orlando, Luisa, Orlando, Margarita, Benito, Orlando, Felicia, Isabel, Luisa, Inés, Alberto. Co-lom-bo-fi-lia. ¿Entendido?

—¡Ah! Ahora sí, mayor: colombofilia, lo de las palomas mensajeras...

—Dispóngame una entrevista con el presidente o cualquiera de los miembros de la Asociación.

—¿Y no le interesaría un contacto con los colombófilos de las FAR?

—No, porque necesito hablar con el responsable del grupo, y sé que ahora no está en el país.

—Bien, mayor. ¿Dónde quiere la entrevista?

—En cualquier lugar que ellos fijen.

—¿Para qué hora, mayor?

—Para las siete y cuarenta y cinco.

—Bien. ¿Algo más, mayor?

Rosita ya sabía que habría algo más. En tres años al lado del mayor, había aprendido que cuando él quería poner punto final al diálogo, su voz exageraba un poco la inflexión descendente, en las últimas sílabas. Cuando iba a seguir hablando, los finales de sus frases parecían diluirse en una anticadencia monótona.

—Sí, hay algo más. Conciérteme una cita con algún especialista en pesca submarina, del INDER o de la Academia de Ciencias, me da igual.

—¿Hora y lugar?

—Ocho y treinta en el lugar que ellos fijen.

—Entendido, mayor. ¿Algo más?

—Sí, a las diez de la noche, todo el mundo en mi despacho, excepto usted.

—Yo puedo estar también, mayor. Si me necesita, puedo quedarme.

—Muchas gracias, Rosita. No es necesario. Déjeme sobre el buró los nombres de las personas citadas y los lugares convenidos. Cuando yo llegue, alrededor de las siete, podrá retirarse.

—Bien, mayor. ¿Algo más?

Esta vez, Rosita sabía que no habría nada más.

Las dos sílabas finales de «retirarse», no le dejaban lugar a duda.

—Nada más, Rosita. Hasta luego.

—Hasta luego, mayor.



... entonces, como le decía, todo el problema está en el maíz. Si no nos dan un maíz bueno para alimentar a las palomas... ¡Y dale con el maldito maíz! Alba mira la hora. El de fotogrametría quería empezar al otro día a las siete de la mañana. No, era mejor que empezara a las seis. ¿A qué hora sale el sol en esta época? Por eso le digo que ese maíz que vino de la Argentina... Comprendo, compañero, gravísima la situación con el maíz, pero fíjese, yo quisiera concretar porque ya casi me tengo que retirar... A las ocho y treinta en La Víbora, para la cita con el de la pesca. A ese sí que no lo voy a dejar divagar: le entro a boca de jarro: explíqueme esto, esto y esto, y fuera. ¿Usted cree que en esas condiciones se puede encontrar el tubito en el fondo de la bahía? Yo lo que sé, compañero, es que las palomas se orientan por las ondas hertzianas y se valen de un mecanismo como el del sonar. Entonces, compañero, debe ser como yo supongo. En resumen: ¿vuelan o no vuelan en línea recta? ¿Sí o no? ¡Le zumba el mango que el pescador haya botado el tubo! Peñalva, Peñaflor, Peñasco... ¿Cómo se llama el del INDER? ¡Coño! Ocho y cinco y este viejo habla hasta por los codos, pero no me contesta lo que yo necesito. ¿Entonces su opinión es que no vuelan en línea recta? Fíjese, compañero, sí y no... ¡Alabao, ya empezó otra vez! Para que usted vea lo difícil que es responder a esa pregunta... Ocho y cuarto... Una vez soltamos unas palomas en Punta de Maisí, creo que fue hace unos tres años, para un Gran Fondo, así le llamamos los colombófilos al Premio Nacional, que se corre entre Oriente y La Habana; pero no, no fue hace tres años, fue hace cuatro, sí, cuatro exactamente... ¡Dale viejo, háblame, háblame!... Y lo cierto es que cuando los *scooters* soltaron las palomas, todos los que estábamos abajo creímos que habían salido equivocadas, porque parecían alejarse mar adentro; pero los que se hallaban arriba del faro, vieron que aquel era el camino más corto para atravesar la zona rumbo a La Habana. ¡Al fin, concho! ¡Uf, qué cansancio! Cuando llegue a la oficina me voy a tener que dar un baño para poder aguantar la sesión de trabajo de la noche. Y con el de la fotogrametría: ¿Usted cree que alguien puede darse cuenta de que estamos fotografiando la zona? No: el avión puede volar a más de cinco mil pies. Y el de la pesca: ¿El tubito es muy grande? Entre doce y quince centímetros. Bueno, sí, aceptemos que vuelan en línea recta, pero, ¿cómo se explica entonces que cuando uno las está esperando en el palomar a la llegada de una competencia, igual te aparecen por el sur, que por el norte, que por el este, que por el oeste? Y Alba: Debí haber buscado un ornitólogo con formación científica. Este hombre lo único que conoce es su colombofilia artesanal y nada más. ¡Qué embarque! ¿A cuántas brazas se puede sumergir un hombre entrenado? Que alguien se ocupe de eso. Tú, Carlos, organiza la

búsqueda bajo el agua. Y tú, Paco, coordina lo de los escopeteros con Alfonso. Mañana mismo tienen que estar apostados sobre la Cueva de las Tortugas. Entonces, ¿cuánto tiempo de entrenamiento necesitarían las palomas para cubrir una distancia de unos quinientos kilómetros? ¿Cría o palomas adultas? Si son de cría, unos siete u ocho meses. ¡Qué lástima no haber dado con el presidente de la Asociación! Centro de Información y Documentación de la Universidad, hemerotecas científicas, Academia de Ciencias, Instituto de Zoología, Centro de Información y Documentación del INRA: favor localizar datos sobre fisiología de la orientación en las palomas mensajeras esta misma noche. Gracias, compañero, muchas gracias. Discúlpeme que lo haya molestado en su casa y a estas horas. ¿No te miró con mala cara, Alfonso? ¡Qué va! Amabilísimo, se llama Iglesias. Tiene las llaves del Centro. Si encuentra información, antes de la medianoche nos va a confeccionar una lista con fotocopias de lo más importante. Muy agradecido, compañero. Y vuelva por el palomar cuando quiera. Si la resaca no es muy grande y el fondo no es muy arenoso es posible encontrarlo. ¡Uf, qué estropeo! ¡Y qué caliente está esta ducha! Nueve y cuarenta. Ya deben estar llegando. Si es por sonar, seguro seguro que siguen la recta. Pero yo lo que he visto es que no les gusta volar sobre el mar. En esos casos buscan la costa. Pero, ¿si el palomar estuviera, digamos, en Isla de Pinos y las soltáramos en Cienfuegos? ¡Ah, así sí! En ese caso volarían derecho, como un tiro sobre el mar, para pasar cuanto antes el mal rato. ¿En línea recta? Desde luego. ¡Acabáramos! ¡Cómo costaba arrancarle conceptos! Lo atiborraba a uno de detalles, pero no soltaba conceptos. Y el de la pesca: ¿Cuál es el calado junto al embarcadero donde iba a atracar el pescador? No, no, no y no: aquí todos tenemos que repartirnos el trabajo. A Carlos siempre había que andar aguantándolo, recomendándole que se cuidara, que durmiera... De verdad que una ducha vale a veces más que una siesta. Ahora voy con la fría ¡brrr! Diez menos diez. Si el fondo es de arena... No, al sudoeste de la bahía el suelo es bastante rocoso. ¿Cuántos hombres rana podría conseguirmos? Recuerde que tiene que ser gente inobjetable. Bueno, si ustedes les justifican las ausencias al trabajo o a sus estudios, mañana mismo puedo conseguir ocho o diez. Tiene que ser para hoy a las dos de la mañana, compañero. Tiene todavía cuatro horas y media. Podemos darle un carro y un chofer hasta las dos. ¿Es posible que las mismas palomas vayan y vengan? Al palomar donde nacieron y se criaron vuelven siempre dondequiera que estén; pero si usted las lleva pichonas a otro palomar donde las traten mejor que en el suyo... ¿Cómo, mejor? Que les den comida, buenas jaulas, buen maíz, porque si les dan de ese maíz argentino... ¡Alabao! Sí, sí, sí, ya sé. Continúe por favor con lo del regreso al segundo palomar. Aunque en el segundo palomar las traten mejor que en el suyo de origen, ellas vuelven a su hogar natal, quizá por añoranza, ¿verdad? Pero si al regresar al hogar comienza a escasear la comida, les dan maíz del malo, las asustan con algún gato, las hacen pasar sed, entonces vuelven al segundo palomar. De ese modo, alternando el tratamiento, uno les hace saber cuándo quiere que se marchen y logra así que vayan de un lugar a otro. ¿Y con una sola visita al segundo palomar, se

puede conseguir que vuelvan a él? No siempre; pero si el trabajo está bien hecho, un buen porcentaje de las palomas regresa. Alba se quedó pensativo: igual que tía Paquita cuando enviudó. Se quedaba en casa de abuelo hasta que se peleaba con él, y entonces arrancaba para casa de tía Inés, y luego cuando sacaba chaqueta con Inés, volvía a casa de abuelo. Ya veo, ya veo... Sí, al final, cuando la técnica se perfecciona, basta con no darles de comer una sola vez a su hora, para que viajen hacia el otro palomar. Comprendo, comprendo. Tú tienes que conseguir que la guagüita esté en la Ciudad Deportiva a las dos y media o tres. ¡Cojones! ¿Qué fue lo que tú hiciste, Méndez? ¡Este café parece petróleo! Y prendan el extractor, que hay mucho humo. ¿Me entiende lo de la guagüita, Paco? Y además de la gestión con el INIT, averigua si Marina Mercante y Puertos nos puede facilitar alguna embarcación que sirva para hospedar a los hombres rana, de modo que nadie tenga por qué verlos en Cabañas. Encárgate con Guardafronteras de acordonar la zona. Y Carlos que así la gente no pierde tiempo en ir y venir al lugar del buceo. Y si uno no mantiene el palomar muy limpiecito... El colombófilo no lo soltaba y ya eran las siete y veintidós. Ahora le había dado por explicar con exhaustivos pormenores la técnica para limpiar la mierda de las jaulas. Y si a eso usted le suma lo del maíz... ¡Acaba ya con tu maíz, viejo! Cómo no, muy agradecido, sí, sí, otra vez será, suéltame, por tu vida, viejito lindo, cualquier día le caigo por aquí de visita, sigue amando tus pájaros, límpiales su caca, encantado, muchas gracias, extasíate contemplando su vuelo, viejito gentil; sigue con tu mirada ingenua los arabescos que trazan sobre tu cabeza cana; déjalas que se acaricien en el viento, hazles oír el ruido de la latica de maíz cuando quieras que regresen de retozar por los cielos, y vengan a comer de tus palmas el maíz no argentino que con tanto amor tú mismo les procuras. Sin duda, el Centro de Información conseguiría datos más exactos que los de aquel hombre. Compañeros: la situación por el momento es muy incierta. Yo los he reunido aquí para concentrar toda nuestra capacidad en esta tarea, que ojalá no sea más que una falsa alarma, una pesadilla momentánea. Y los otros: ¿pesadilla? ¿Tú sabes lo que es eso? ¿Un tubo con insectos?, ¡no! Lo extraño es que alguien piense en introducir insectos por un método tan absurdo y riesgoso. En fin, que esto no es pesadilla ni falsa alarma, que si sí, que si no, que si por algo será, que Alfonso ponga más fuerte el extractor, que aquí hay mucho humo... Hola, ordene. Del Centro de Documentación del INRA. ¿Tan rápido? ¿Con fotocopias? ¡Magnífico!, y Carlos: ¡Ojalá que no sea más que un estúpido jugando con palomas! Pero, ¿y el tubito, y los insectos? Esto sí que no es un juego... Con tubito o sin tubito, caballeros, una mensajera portadora de insectos es un dolor. ¿Carmen? Dime, mi amor. Espérame un instante, voy a coger la extensión del archivo. Esta noche no me esperes. ¿Cómo te sientes? Seducida y abandonada. ¿Y el niño? Quiere que lo lleves al zoológico. ¡Vaya, qué niño tan original! ¿No ha tenido otra genialidad? Sígueme contando. No te burles. Con cuatro añitos, ya tiene derecho a exigir paseos. Se le darán, se le darán... Si mañana al mediodía estoy desocupado un rato, te llamo al hospital para que

almorcemos juntos. A ver ese niño, un besote muy grande para su Papi. Papi: ¿por qué los monos no vuelan y los elefantes sí? Lo único que me faltaba... Vuelos de palomas, vuelos de aviones... Entonces, compañero, dentro de cinco minutos pasaremos por la lista y las fotocopias. Nos ha prestado usted un servicio inestimable, y felicitaciones por la buena organización del Centro. Y Carlos: Es una amenaza indudable. Y Alfonso: Pero no hay que volverse loco, al fin de cuentas la cosa todavía no es tan grave. Que sí, que no, que hay que esperar, que hagan un poco de café, que lo haga Alfonso, que los orientales tienen buena mano, que caballeros, no abusen, caballeros, vamos a estar aquí y prohibido especular. Ordene, mayor. Haremos un trabajo de fotogrametría para tratar de detectar el palomar. ¡Ojalá las palomas vuelen en línea recta! Si la cosa resulta, creo que antes de mediodía podríamos tener localizado el palomar. Entonces, habrá que disponer un cerco del lugar. Sí, que Alfonso y Méndez se ocupen de la cosa. Sí, compañero, a la salida del sol instalaremos una señal visible desde un par de kilómetros en la Cueva de las Tortugas y otra idéntica en el lugar donde cayó la paloma. Entonces, el avión enfila desde un par de kilómetros antes, y cuando ambos objetivos coincidan en la mirilla, el piloto puede marcar automáticamente el rumbo, y así se evita el trabajo de buscar coordenadas y calcular. ¿Usted cree que resulte así? ¡Claro que sí! ¿Qué distancia hay entre los dos puntos? ¿Qué puntos? Coño chico, cuáles van a ser, donde dieron el tiro y donde cayó la paloma. Unos mil trescientos metros. Entonces no hay problema. Con esos dos puntos podemos marcar un rumbo casi exacto. Puedo asegurarle que para las siete y media tendremos fotografiada toda la provincia de NE a SO. A las ocho podemos estar de regreso en La Habana y estudiar el material. ¿A qué horas podrían estar de vuelta en Cabañas con el helicóptero y las fotos? Antes de las diez. Y Alfonso y Paco: Bueno, pongámonos de acuerdo en lo de los escopeteros. ¿Cómo va a ser eso, mayor?... Podría llevar al niño al zoológico y mientras él corretea yo reflexiono un poco en todo este lío, pero es peligroso... Me imagino que habrá que tirarle a todo pájaro que sobrevuele el lugar... El niño se puede escapar del zoológico, o perderse, son solo cuatro añitos... Y yo creo, mayor, que lo de los escopeteros hay que coordinarlo con alguna unidad del Ministerio... Y si se me va para la calle puede cogerlo un carro... Imagínese que esa gente tiene que cubrir dieciocho horas diarias de guardia, con luz diurna... ¿Y si al niño le da por meterse en una guagua, y yo distraído no me doy cuenta?... Habría que cubrir tres turnos de seis horas, y lo peor sería que se cayera al estanque de los cocodrilos o en la cueva del oso, y al jefe de los escopeteros hay que instruirlo muy bien sobre la reserva de la operación, y si se cae en la cueva del oso yo me tiro enseguida detrás de él, veinte escopeteros, si por negligencia mía se muere el niño, no, veinte es mucho, con quince alcanza, que el oso me jame a mí también, pero yo podría coger al niño y correr con él alrededor de las rocas que hay en el fondo del foso, yo creo que con postas de cinco hombres no se puede escapar ni un solo pájaro que vuele por ahí, al fin y al cabo los osos son plantígrados y no corren muy rápido y daría tiempo a que nos

vinieran a rescatar, y con menos de dos turnos no podría ser, ¿verdad mayor? ¿Cómo? Ah, sí, sí, claro, Alfonso, tienen que ser dos o tres turnos. ¡Mire que uno come gofio! ¡Con esta situación en el servicio y yo fajado con los osos! ¡Cosa más grande! Sí, Alfonso, y si fuera posible, creo que se podrían poner cuatro relevos de cuatro horas y media para tirarles a las aves que vuelen hacia el sudoeste o hacia el noroeste, a las demás no vale la pena. Y el colombófilo decía que no creía en lo del vuelo en línea recta. Y le digo yo: ¿No dice usted que se orientan por las ondas hertzianas? Y dícame: Bueno, no lo digo yo, lo dicen los que saben. ¿Y por qué no hablar con uno de los que saben? Y el capitán Carlos Ríos: Vamos a ver: ¿La línea recta no es la menor distancia entre dos puntos? Bueno, y lo que dice Alfonso también es cierto. ¿Y lo de Einstein sobre el macrocosmos? ¿Acaso el infinito no es curvo, según él? Oye, tú, Euclides, caballeros, ya está bueno de digresiones: al grano. Sí, los granos de maíz... ¡Rica el agua fría, brrr! Eso fue lo que me despertó. Fondo rocoso, veintidós pies, a lo mejor doy mi zambullón yo también; después de todo, no es tan profundo. ¿Y si a la gente no le gusta hospedarse en el barco? ¿Que no le gusta? ¡Muchacho! Esos tipos son mechaos: con tal de poder bucear el día entero, te duermen donde sea, arriba de un árbol, lo que necesitan es buena alimentación. ¡Que pesquen, coño! Jua, jua. El telescopio está resuelto ya. ¿Y a ti quién carajo te pidió un telescopio? ¡Lo que el mayor te pidió fue un teodolito, cojones! Aquí está el teléfono del chofer que va a conducir la guagua: hay que llamarlo a la una y media, porque vive solo y no tiene despertador. La agenda de Alba está llena de garabatos y anotaciones. Tacha por aquí, tira una flecha por allá, del otro lado un asterisco. Esto lo voy a subrayar, mejor con rojo. ¿Cómo se llama el profesor soviético, el de la síntesis de las feromonas específicas? Algo así como Raboski, o Vissolski; no, ese es el chiquito que le guapea a Stevenson, y yo me voy contigo, Méndez, en cuanto me traigan el carro, tacha que te tacha, anota que te anota, lo único que te queda, Fernando, es lo del ornitólogo, pero eso no es tan urgente (¡vuelen en línea recta, palomitas lindas!), la fotogrametría confirmará si mi hipótesis es cierta, se necesita que así sea... ¿De qué otra forma van a volar si no es así? Y eso de que lleguen al palomar de cualquier lado puede ser un hábito de reconocimiento, igual que hacen los aviones, o incluso, ¿por qué no?, algún instinto que las hace bacilar la llegada, o sencillamente señores, el producto de un error despreciable en trayectos de cientos de kilómetros. ¿No será que extenuadas por las grandes distancias, en vuelos de hasta mil kilómetros, pierdan un poco el sentido de orientación como resultado del cansancio? Alba anota: Consultar memoria IRIS 10, nombre académico síntesis ultrarrápida feromonas específicas. ¿Y si yo me diera una escapada a Leningrado?

## 16

### Mayo 31, sábado

Los puntos O y P representaban respectivamente la Cueva de las Tortugas, lugar donde Chicho hiriera a la paloma, y el sitio donde Jacinto encontró la paloma moribunda. Mientras el avión fotografiaba la zona proyectada hacia el sudoeste, a partir de la recta OP, un técnico del Instituto de Geodesia, construyó sobre el punto O dos ejes perpendiculares orientados de N a S y de O a E. La proyección de la semirrecta OP, hacia el interior de la isla, atravesaba íntegramente la provincia de Pinar del Río, desde la bahía de Cabañas hasta Punta de Cartas, en la ensenada de Cortés, un poco al norte del cabo Francés. Aquel rumbo coincidía casi exactamente con la diagonal del paralelogramo formado por los meridianos 83 y 84 de longitud oeste, y los paralelos 22 y 23 de latitud norte. Por ese mismo rumbo había volado un moderno avión diseñado para trabajar con instrumental automático de fotogrametría y cuyas cámaras, montadas sobre estabilizadores giroscópicos, permitían detectar con nitidez un palomar desde cuatro mil pies de altura.

A las ocho y cuatro de la mañana, el avión estaba de regreso en La Habana, después de haber fotografiado una faja de dos kilómetros de ancho entre Cabañas y Punta de Cartas. El estudio inmediato de ese material en el estereométrógrafo del Instituto de Geodesia no permitió detectar ningún palomar en esa franja, pero se señalaron doscientos treinta y seis lugares donde podría haberse instalado uno; y de ellos se señalaron ochenta y cuatro que tenían mejores condiciones para una instalación techada. Por fortuna, el rumbo trazado no pasaba por ninguna población importante. A las catorce horas, un helicóptero comenzó a sobrevolar esos lugares y a tomar fotos con una cámara capaz de detectar un lunar en el pico de una paloma, desde ciento ochenta metros de altura.

**Mayo 31, sábado**

Una oficina en Siboney, La Habana. Dos hombres sentados junto a una mesita baja de mosaicos, toman café, fuman, conversan. Ambos son directores. Uno de Sanidad Vegetal del INRA y el otro de la Estación Nacional de Virología de los Cítricos, también del INRA. El de Sanidad Vegetal se llama Bernardo y el de Virología se llama Alejandro. Bernardo y Alejandro fueron condiscípulos. Hoy ambos son ingenieros agrónomos. Bernardo se especializó en Bacteriología y Alejandro en Virología.

Alejandro saca de su maletín tres frasquitos. Cada uno tiene un tapón cuentagotas, como los colirios o fármacos para los oídos. Pero los frasquitos de Alejandro son diminutos: más pequeños incluso que un dedal. Alejandro pone los frasquitos sobre la mesa. Bernardo lo mira sin decir nada. Alejandro saca luego una cajita no mayor que las de fósforos y una plaqueta de vidrio. Pone la plaqueta sobre la mesa y vierte sobre ella una gota del primer frasquito, otra del segundo y otra del tercero. Las tres goticas quedan dispuestas como los vértices de un triángulo. Alejandro guarda luego sus frasquitos y de la caja extrae, con una pinza, tres pulgones, que coloca en el circucentro del triángulo. A los cuarenta segundos, los tres pulgones están juntos y comen de la misma gotica de cítricos. ¡Han despreciado las savias de papa y melocotón! Todos aquellos insectos son, ni más ni menos que pulgones del melocotón, de los detectados por Sara en Pinar del Río. Bernardo le había dado casi un millar a Alejandro para observar por microscopía electrónica si eran portadores de algún virus u otras amenazas. Por fortuna no lo eran: las pruebas resultaron concluyentes. Pero Alejandro, por su cuenta, había hecho el *test* de la savia.

En el mundo de Alejandro y Bernardo, el hecho de que un pulgón del melocotón desprecie la papa y el melocotón, y prefiera acudir a los cítricos, es tan sorprendente como que un perro prefiera el arroz blanco a la carne cruda, o que un empresario decida, *motu proprio*, doblar el salario de sus obreros. ¡Algo inaudito, contra toda lógica, sensatez o tradición!

Es sabido que en los laboratorios modernos se pueden obrar maravillas. Se puede, por ejemplo, inducir mutaciones; hacer que un ser vivo cambie, mude su apariencia, sus hábitos, su morfología. La aplicación de insecticidas en dosis importantes pero no letales, a determinados insectos, logra que sufran una serie de transformaciones y se tornen resistentes a tales productos. Pero al mismo tiempo, en los insectos se operan alteraciones estructurales, fisiológicas, metabólicas, que los convierten en insectos diferentes, en insectos mutados.

¿Y quién podría tener interés en provocar la mutación de un pulgón del

melocotón? ¿Quién podría querer que el pulgón del melocotón cubano prefiriera los cítricos a la papa? Vamos a ver: ¿quién? Adivina adivinador...

—¡Qué raro! —dice Bernardo.

—¡Extraño! —dice Alejandro.

Vuelven a tomar café, discuten, fuman y acuerdan dos cosas: primero: informar de la situación a la Dirección Nacional del INRA (eso lo hará Bernardo) y al Grupo Nacional de Cítricos y Frutales (eso lo hará Alejandro); y segundo: buscar a marchas forzadas el pulgón del melocotón en los cultivos de cítricos de Jagüey e Isla de Pinos, por si las moscas...



## Junio 1ro., domingo

Molina, Enrique Molina Orozco, compañero. No, nacido aquí mismo, detrás de aquellas ceibas que se ven allá. Esas las plantó mi abuelo. No, nunca me he movido de la zona. ¿A Huidobro? ¡Hace años como loco! ¿No ve que esta finca era de un tío de él? Él ya venía por aquí de muchacho, pero a vivir del todo... No, eso fue antes. Él vino a quedarse ya cuando se jubiló del ferrocarril, por ahí por el sesenta y pico. ¿Con él? Casi todos los días, igual que las mujeres, siempre tenían algo que hacer juntas. Mi mujer la quería mucho, y con esto de que no se sepa de ellos está apenadísima, como si fuera un familiar. ¡Imagínese! A mí se me hizo muy raro porque él es un tipo cariñoso con los animales y nunca se iba de la finca sin avisar. Claro, siempre dejaba a alguien en la casa para que les pusiera comida y eso. No, él salía poco. A veces iba a visitar la familia, la de él o la de Juanita, en La Habana, y ya le digo, en esos casos siempre dejaba a alguien en la casa. ¿No le digo que al ver que no aparecían yo ya estaba por llamar a la policía?

Casi siempre que Huidobro se iba, venía a quedarse aquí un hijo mío, o un viejito viudo que vive solo al lado de la casa de tabaco aquella. Claro, usted ya sabe cómo es entre vecinos, por cualquier caso de enfermedad, o cualquier apuro y eso, es como si fuéramos familia y además quiero que sepa que en más de diez años, entre nosotros no ha habido un sí ni un no... Bueno, así no podría contestarle. Yo sí sé que en una época le gustó mucho eso de las palomas; pero también criaba guacamayos, canarios, cotorras, pavos reales y cuanto pájaro pueda haber. Era locura que tenía por los pájaros y cuando trabajaba en el ferrocarril... No, no, no, él heredó la finca del finado Tomás Huidobro, que en paz descanse, hace ya como veinticinco años, pero estable, estable, no vino a vivir aquí como hasta el 65, cuando se jubiló... Sí, a veces venían los parientes de él, pero eran cuatro o cinco personas, siempre los mismos. No, cuando ellos salían los dos, nunca era por más de un par de días, y como les digo, siempre se quedaba alguien cuidándoles la casa y los animales, aunque por aquí es gente muy sana y nunca ha habido problemas de robo ni nada de eso. Entonces, cuando yo los vi irse el jueves, que pasaron en el carro y me saludaron, yo pensé que irían a dar alguna vuelta cerca. Y eso pensé porque no dejaron a nadie en la casa. Y ahora imagínese: jueves, viernes, sábado y hoy domingo y nada. ¡Tiene que haberles pasado algo! ¿Cómo? Bueno... no... no siendo de la familia no sabría decirle. Que diga... sí, ahora que me acuerdo, hace un par de años estuvo aquí un compañero de él, y pasó como una semana en la finca... Déjeme ver si me acuerdo... Era algo así como Guardado, creo, o Regalado, una cosa así. Puede ser que mi mujer se acuerde, porque para eso de los nombres tiene mejor cabeza que yo. No, ella ya no vuelve

hasta mañana. ¿Cómo dice? Cómo no, con mucho gusto, si ella se acuerda yo se lo paso por teléfono. Anóteme ahí el número. Para servirlo... ¿Mensajeras? No me parece. Mejor dicho, yo de eso no entiendo mucho, pero creo que si hubieran sido mensajeras me lo hubiera dicho. Sí, sí, a él lo privaba eso de las mensajeras. De joven ganó premios y todo, y usted habrá visto por ahí las copas y las medallas que tiene; pero ya hace años que no anda en eso. Decía, digo, dice que no tiene cómo entrenarlas; quiero decir, prepararlas para que vuelen lejos y eso. La verdad es que él ya no está para esos trajines. Cuando estaba en el ferrocarril le resultaba muy fácil. Se hacía soltar palomas en Oriente, en Camagüey y él mismo se las llevaba a amigos que tenía por todas partes. Sí, primero las sueltan cerca del palomar, como a un kilómetro, después a cinco, y a diez, y así van aumentando, según me contó él, hasta que las sueltan en Oriente y llegan a La Habana. Sí, hace ya como año y medio él empezó otra cría en ese palomar, pero no creo que fueran mensajeras. Me lo habría dicho. Además, él era un hombre muy recto y no se iba a andar metiendo en nada que no fuera legal... Además, muy revolucionario también. A mí me dijo un día que criaba palomas para un instituto de La Habana donde se las pagaban muy bien, porque después hacían no sé qué experimentos con ellas. Parece que eran de una raza muy fina... A ver, déjeme que me ponga los espejuelos. Sí, ese es él y esa es Juanita; pero es una foto viejísima. No, nosotros nunca nos hemos sacado fotos con él. No, ¡qué va! Ellos han cambiado muchísimo: ni se parecen a esa foto. ¿Quién? ¿La gente de las palomas? Que yo sepa, solo un par de veces, que llegaron unos señores de La Habana; pero por aquí nadie los debe haber visto, porque estuvieron solo una tarde un rato, y después otra vez que vinieron de noche un momentico. No creo que nadie pueda recordarlos, porque enseguida cogieron la carretera. Bueno, yo creo que él entregaba las palomas en Pinar o en San Juan y Martínez, no sé bien... Él sí las soltaba y las hacía volar, pero como cualquier paloma. No, no, tenga la seguridad que si hubieran sido mensajeras me lo hubiera dicho, me lo decía seguro. ¿Cómo es eso? ¿Un retrato de memoria? ¡Qué va, yo no puedo! Ah, bueno, así sí; pero es mejor que venga el dibujante a mi casa, porque seguro, seguro que mi mujer y mi nuera van a tener más maña que yo. ¿A las ocho? Sí, a esa hora ellas ya están en la casa. Bueno, de nada, que le vaya bien. Hasta mañana. Sí, despreocúpese, si me acuerdo de algo de eso lo llamo esta misma noche. Para servirlo, compañero. ¡Ojalá todo sea para bien y aparezcan de una vez!

## Junio 1ro., domingo

—La verdad, después de ver tanto bicho parecido, ya uno no sabe lo qu'está viendo.

Se encendió la luz. En la sala de proyecciones del Instituto de Entomología de la Academia de Ciencias, se hizo un silencio agradable cuando cesó el ruido del proyector.

—Fíjese, compañero —dijo el teniente Méndez—; nadie quiere forzarlo a que vea lo que no ha visto. Vamos a tomarnos un cinco...

—Y si el licenciado nos invita —dijo Jacinto ofreciéndole un cigarro al teniente — a lo mejor hasta nos tomam'un café, ¿verdá?

—Para que se despeje, ¿eh, Jacinto? —terció el licenciado Cuestas, mientras arrimaba a la mesa unos vasitos y un termo, sonriendo.

—¡Seguro! Si de ver tanto bicho parecido ya confundo las moscas con cucarachas...

Cuando cesaron las risas Méndez insistió en que Jacinto debía actuar con objetividad, pero por la cara del guajiro se dio cuenta de que no estaba hablándole claro.

—Quiero decir, con toda tranquilidad. ¿Me entiende?

Jacinto asintió.

—Usted solo señale lo que se parezca de verdad a lo que vio.

Cinco minutos después, volvió a apagarse la luz y a oírse el ruido cansón del proyector. A estas alturas, Méndez estaba convencido ya de que su trabajo con Jacinto no daría frutos. Era muy difícil que aquel hombre pudiera informar algo cierto. Coño: el propio Méndez, un graduado universitario ducho en observar insectos y microorganismos de todo tipo, reconocía que el cansancio le dificultaba distinguir entre las decenas de áfidos exhibidos en la pantalla. Y si eso le sucedía a él, mucho más entendido en la materia que un viejo obrero azucarero con apenas un segundo o tercer grado de enseñanza primaria, de aquella gestión no iba a salir nada útil.

A las once habían terminado la última bandeja de diapositivas. Méndez llevó a Jacinto a su albergue y luego se dirigió al despacho de Alba, a quien informó sobre el resultado negativo de su trabajo de aquella mañana.

—Yo me lo imaginaba —comentó Alba—. Áfidos «carmelitosos», como dice Jacinto, y de ese tamaño que él indica, hay demasiados.

—Paco quiere verlo, mayor —anunció una voz masculina por el intercomunicador.

—¡Que pase, que pase! —contestó el mayor, apretando el botón del aparato con un gesto rápido. Parecía tener gran interés por aquella visita.

Al entrar Paco, Méndez hizo ademán de levantarse pero el mayor le indicó con la mano que se quedara. Paco se cuadró, y cuando el mayor le devolvió el saludo, comenzó a hablar:

—Vengo del DTI.

—¿Y...?

El carro de Huidobro había aparecido abandonado en las afueras de La Habana. «¿Será posible que este viejo resulte cómplice?», pensó Alba. Sobre el timón predominaban ciertas huellas dactilares que no eran las de Huidobro ni de su mujer. La verdad era que no había rastros.

—... ni de Huidobro ni de su mujer, mayor.

«¿Se habrá ido del país? ¿Por qué razón? ¿Por dónde?».

—¿Y los parientes, Paco?

—No estuvieron en casa de ningún pariente, mayor. Nadie ha sabido nada de ellos.

En el tercer teléfono se enciende una lamparita verde. Alba coge el receptor.

—Hola. ¿Sí? ¡Dime! ¿Qué hay de los buzos?

Méndez y Paco miraron con interés a Alba, y los tres rostros, encendidos al principio por una llama expectante, se ensombrecieron poco a poco.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? Sigamos buscando. Sí, dime.

Alba cogió un lápiz y mientras hacía unas anotaciones en un papel repitió mecánicamente: Pedro, Esther, Ramón, Luisa, Alberto, Daniel, Orlando.

—Sí, está bien. Mantente informado sobre la fiesta y los payasos. Hasta luego.

—Anota ahí, Paco —dijo Alba después de colgar el receptor—: el amigo de Huidobro que pasó una semana en su finca se llama Orestes Perlado, y trabajó junto con él en el ferrocarril. Haz la indagación de rutina a través de la gente tuya. Que averigüen también a fondo la integración de Huidobro, de sus familiares, y sobre todo del hijo.

Paco era miembro del DTI y estaba adscrito desde hacía dos años al Servicio de Contrainteligencia Científica (SCC). No tenía el nivel académico de sus compañeros, pero sí una extraordinaria sagacidad. Era, además, un espíritu profundamente lógico y en general demostraba un férreo sentido común.

—¿Se te ocurre algo? —le preguntó Alba.

Era evidente que Alba estaba de mal humor, y lamentablemente, el sentido común de Paco no era un cofrecito con botones que pudiera botar tarjetas a pedido de los clientes. En aquel momento tenía la mente en blanco.

—¿Y a ti, Méndez?

A Méndez lo único que se le ocurría era proseguir a toda costa la rutina.

«Está en lo justo —pensó el mayor, con rabia—. Esa es la única línea; pero al fin de cuentas tampoco es una idea muy brillante...».

A esos fantoches de las novelas policiales, en aquellos casos siempre se les ocurría alguna idea brillante. ¡Si supieran qué distinta era la realidad!

Pese a su malestar e insatisfacción, el mayor amagó una sonrisa que no engañó a nadie.

Pero en ese momento, a Paco se le ocurrió una idea.

—Mientras el DTI localiza a Perlado, ¿por qué no almorzamos juntos en mi casa? Estos días estoy soltero.

—¿Te botó la mujer? —preguntó Méndez.

—No: se fue a ver a la mamá a Oriente.

En ese momento Alba recordó que él no estaba soltero, pero pensó que aquel estado de inquietud en que se encontraba, por falta de noticias de Cabañas, no le permitiría disfrutar de la compañía de su mujer e hijo. Ya otras veces le había sucedido: no dejaba de pensar como un obseso en los problemas del servicio, y todo intento de descansar o distraerse resultaba un fracaso. Para Carmen tenía que ser muy desagradable notar que su marido ni siquiera la escuchaba. Alba sabía que nada ganaba con aquel empecinamiento tan falible. Es más: sabía que aquello entorpecía su lucidez, su objetividad, pero, ¡le era tan difícil...! Bueno, quizá pudiera estar un rato con ellos y hacer un esfuerzo por olvidarse de los hombres rana y de las palomas. ¿No sería mejor aceptar la invitación de Paco?

—Bueno, mayor, ¿vamos?

Alba lo decidió en ese instante.

—No Paco, muchas gracias de todos modos. Voy a descansar un rato y a ocuparme un poco de los míos.

«Charlo un rato con Carmen, oigo alguna música sedante, juego con el niño...». En ese momento, el deseo de estar junto a ellos se tornó vehemente.

Cogió el teléfono verde y se puso a discar el número de su casa.

—Ustedes dos, llámenme a la casa a las siete, por si hubiera cualquier novedad...

—¿Carmen? No, no me digas nada; era para saber si estabas ahí. Así me gusta. No, ahora no: en diez minutos estoy contigo en la casa. Hasta luego.

Colgó el receptor del teléfono y apretó el botón del intercomunicador.

—Argüelles...

—Ordene, mayor.

—¿Quién lo releva en esta guardia?

—El teniente Álvarez, mayor, a la una.

—Bien, cuando lo releve, dígame que si me llaman de Cabañas, me localice en la casa. Allí voy a estar toda la tarde.

—Entendido, mayor.

El mayor Alba no pasó toda la tarde de aquel domingo en su casa. Llegó a las doce y media y se encontró con la sorpresa de que ese día era su cumpleaños. ¡Claro: 1ro. de junio! El niño le obsequió un dibujo hecho por él (notable ejemplo de arte moderno) y su mujer lo recibió con un beso inocente y un trago helado de Havana Club.

Con el niño encaramado tuvo que hacer maromas circenses, transformarse en tigre, perro, oso Yogui, elefante, payaso Yuri, tío Stiopa, bombero, guitarrista,

Huckleberry Hound y Armando Capiró. Dormido el niño, estimulado su padre por los tragos y despiertos sus instintos, le demostró a Carmen que podía decir tres tristes tigres tragan trigo en tres trastos rotos sin que se le *tabara la lengrua*, y cuando ella salió desnuda del baño él la abrazó por las corvas, la cargó al hombro, la raptó, se la llevó al cuarto de las travesuras adultas y la poseyó bajo llave entre rugidos cavernarios que despertaron al niño, el cual, aunque nacido para ser feliz, debió esperar a que sus progenitores lo fueran primero, y de inmediato pidió ser llevado a la playa, pero manejas tú, que yo estoy muy cansado, muy descarado es lo que tú eres... ¿Teniente Álvarez? Sí, cuando me llamen para asuntos prioritarios, localíceme desde la planta por la micro del carro. Entendido, mayor, y tapando el micrófono, no, no, que Carmen no le diera más tragos, que lo iba a marear, pero a mí me gusta verte borrachito, te pones tan tierno, y además es tu cumpleaños, y como no, mayor, yo le paso el llamado, muchas gracias, teniente, ¿no era que tú bebías mano a mano con los georgianos vodka de noventa? Ay, amor, cómo me gusta ver tu perfil contra los arreboles del poniente, ¿arreboles a las cuatro de la tarde?, ¡uy, qué absurdo, qué picúo!, es verdad que estás borracho, ¿y si el tubito apareciera en la barriga de un pescado? Ya empiezo otra vez, coño, bueno sígueme contando, niño no me cojas los pantalones, lávate las manos, niño no brinques en el carro, niño que estamos llegando, el niño está contento porque le gusta montar en el carro, sí, pero tú acostúmbrale a que le gusten cada día más las guaguas, que se acostumbre a su futuro socialista y pedestre, y a las guagüitas lindas, repleticas de gente, vira por allí Carmen, abajo de aquellos árboles, no nos alejemos que tengo que estar atento a la microonda, y si el teniente me llama y es algo urgente, ¡fuera, fuera!, velas en el horizonte, cielo cerúleo, mar glauco, y si el tal Perlado supiera algo, ¡fuera!, ¿y qué es aquello Papi?, quizá pudiera ayudar en la pesquisa pero no hay por qué hacerse ilusiones, pero el tubito sí, coño, es indispensable, otra vez la matraquilla, fuera, cruz diablo, Carmen dame un beso y otro trago, tú no tomes que tienes que manejar, solo un poquito, bueno, y qué calor tan rico, la careta y las patas de rana están en el maletero del carro, y mira cómo me ha puesto este niño, tengo arena hasta en los dientes, ya las cinco y media y nada, me voy a bañar, quédate tú aquí por si me llaman y al agua pato, veinte metros, treinta metros, cincuenta metros, con patas de rana es un tiro, y por dentro con la careta, imponente, monumental, déjame acercarme a aquellas rocas, catedrales de silencio, abismos trémulos, luz filtrada, eso era lo que él necesitaba para serenarse, todo se embellecía en el silencio abismal, como si se parase el tiempo, y al emerger oye gritos y ve a Carmen que le hace señas, y remeda una llamada, y cerca de la orilla se entera de que hay noticias de Cabañas, y tras un raudo regreso a su despacho le informan que Tomás Trébol, veintiún años, estudiante de Economía, miembro de la UJC y de la preselección nacional de pesca submarina, introdujo a las cuatro de la tarde su mano en un hueco que bien pudo ser la cueva de una morena, pero al sentir unos tentáculos sobre la piel, dedujo que no era más que un púlpito, y tras aferrarse a una saliente de la roca, hundió más la mano y consiguió

despegarlo de su escondite, y junto con él salió un tubo gris, revuelto entre la arena del fondo. Coñoóoo, mayor, te pusiste dichoso.

**Junio 2, lunes**

«... por lo cual, el mismo día 31 de mayo, se trasladaron diez ingenieros de la Estación Nacional de Virología de los Cítricos a la Isla de la Juventud, y tres brigadas con un total de veintisiete personas entre ingenieros y técnicos de Sanidad Vegetal del INRA, a las plantaciones de Jagüey Grande, para realizar una inspección minuciosa de ambas regiones, en busca del pulgón del melocotón.

»En Jagüey Grande se trabajó durante la tarde del sábado 31 de mayo y todo el domingo, desde el amanecer hasta la noche, en que se dio por concluida la búsqueda. En Isla de Pinos se trabajó todo el domingo y hasta hoy lunes, a las dos de la tarde, no se había concluido aún la prospección de todas las áreas, según nos informó por teléfono el ingeniero Alejandro de Sanctis.

»Todo parece indicar que el extraño caso ocurrido en Guane, y del que oportunamente informáramos al compañero director, se halla limitado a esa región, y por el momento, confinado al plan Dos de Diciembre, en una extensión de mil doscientas hectáreas.

»Pese a lo tranquilizador que pueda parecer el resultado de nuestro trabajo en este fin de semana, tanto Sanidad Vegetal como Virología de los Cítricos, proseguiremos esta búsqueda en Camagüey y en otras regiones citrícolas del país. Al mismo tiempo, consideramos imprescindible mantener una vigilancia estricta sobre las demás áreas, lo cual, sin duda, nos demandará una gran cantidad de personal técnico, que se verá forzado a desatender sus tareas de rutina, con el consiguiente perjuicio para el desarrollo de nuestros programas, sobre todo si esta situación se prolonga.

»Si esa Dirección Nacional del INRA considera oportuno poner el caso en manos de los organismos de seguridad, quizá pudiéramos establecer una labor conjunta, menos onerosa..., etcétera».

Al pie, estaba la firma del ingeniero Bernardo Cabral y el cuño de la Dirección Nacional de Sanidad Vegetal del INRA y la indicación de que se había cursado una copia al director del Grupo Nacional de Cítricos y Frutales.

El director del INRA volvió a poner el papel dentro del sobre y se quedó unos instantes pensativo. Volvió a sacarlo, copió unos datos, tomó unas notas, y luego rasgó la carta de Cabral en dos pedazos, luego en cuatro, luego en ocho. Luego hizo lo mismo con el sobre, y pensó en quemar todo aquello allí mismo; pero decidió que no era el *Obersturmführer* Stirlitz de las SS y que podía guardarlos en su maletín y luego quemarlos en su casa, con menos espectacularidad.

—Compañera Norma.

—Dígame, doctor —contestó la secretaria por el intercomunicador.



—Dígale al mensajero de Sanidad Vegetal que se puede retirar. Yo mismo llamaré a Bernardo desde el directo.

—Muy bien, doctor. ¿Alguna otra cosa?

—Sí, cuando el compañero se haya retirado, localíceme al teniente Acuña, y pídale que si puede se llegue hasta aquí, ahora mismo.

—Perfectamente, doctor —la muchacha miró la hora. «¿Acuña estaría en su oficina?».

**Junio 3, martes**

... tenía un aire gitano, y la voz muy grave y muy ronca. Era un imán aquella voz. Nadie podía equivocarse al oírla: revelaba un temperamento sensible y tenaz. La nota sensible la daba una cierta vibración, una especie de armónico que emanaba, paradójicamente, de su ronquera. Y luego, aquella forma de masticar las palabras, aquella articulación lenta y tajante, indicaba a las claras una naturaleza acerada, voluntariosa, como la que se requería para cumplir contra viento y marea, con el severo rito personal que él mismo se impusiera, y con los apremios de su función.

Alba disfrutaba de los bienes de este mundo como cualquier ser humano; pero disfrutaba más, mucho más, cuando esos bienes eran fruto del triunfo sobre la adversidad. (Nunca se había comido unos mangos más ricos que los que le robaba de niño a doña Tomasa, exponiéndose a los dientes de Cantinflas). En la vida, en la guerra, en la Universidad, en el servicio, aquel instinto de gladiador con que viniera al mundo, había sido el talismán de sus éxitos. Luego se había fortalecido con el arsenal teórico de la lucha de contrarios y de la marcha dialéctica del mundo, de la historia. Pero toda esa luz había venido a reafirmar lo que él ya era por instinto: un luchador. Y por eso su rostro era duro, áspero. No era bien parecido. Pero era imponente. Lo era sobre todo, cuando se cuadraba y flexionaba ligeramente el torso hacia atrás, para saludar a sus superiores, como hizo aquel 3 de junio, a la una de la tarde, en la puerta del despacho del comandante López.

—La Dirección Nacional del INRA —comenzó a decir el comandante sin preámbulos, después del saludo de reglamento y con su habitual parquedad— nos ha denunciado un caso que hemos decidido poner en sus manos. Llame a este número —le alargó un papelito— y pida una cita con el director del INRA. Diga que trae para él un carta de Buenos Aires. Lo atenderán de inmediato. Manténgame informado por secretaría, pero no antes de que aparezcan elementos definitivos. Muchas gracias.

Alba sabía que en boca del comandante López, «muchas gracias», significaba que debía marcharse. Cogió su maletín otra vez con la izquierda y volvió a cuadrarse.

—Permiso para retirarme, comandante.

El comandante lo despidió con un leve movimiento de cabeza.

**Junio 3, martes**

«... comparece Orestes Perlado Torres, residente en calle 37, número 4219 entre 42 y 44, Marianao, de sesenta y seis años, casado, retirado del ferrocarril. El susodicho declara haber sido informado por su hijo Ricardo, de treinta y dos años, ingeniero eléctrico, que el 24 de octubre de 1974, se recibió en su casa un llamado de Mario Huidobro Herrera. Al preguntársele cómo recordaba con exactitud esa fecha, al cabo de más de siete meses, responde que precisamente esa tarde no estaba en su casa porque había ido a festejar la boda de una sobrina a los jardines del restaurante 1830, y que por la noche, su hijo le había informado de la llamada. El susodicho Ricardo Perlado no pudo precisar de dónde procedía el llamado, pero asegura que Huidobro manifestó hallarse hospedado en un hotel, cuyo nombre él no recuerda, pero está seguro de que era uno de los grandes hoteles de la capital, probablemente el Riviera, el Nacional o el Capri.

»Las averiguaciones practicadas por nuestro departamento sobre la fecha de la boda, confirman que la noche del 24 de octubre se festejó el matrimonio de Margarita Perlado González, sobrina del declarante...».

¿Los compañeros querían tomar un café? ¿No preferían un jugo de naranja?

En la Estación Nacional de Virología de los Cítricos siempre había cómo preparar un jugo de naranjas. Si no era allí, ¿dónde, verdad? El compañero mayor prefería un café. ¿Y el capitán? Carlos también prefería un café. Todos querían café, Petronila. No, gracias, Bernardo había dejado de fumar hacía unos días. Alejandro sí: era un murciélago. Bueno, que Alejandro prosiguiera hablando del virus de la Tristeza.

Hacía algunas décadas la Tristeza había devastado las plantaciones cítricas del Brasil y allí se estudió por primera vez. Luego, propagado el virus a otras regiones del mundo, en todas arrasó con las plantaciones de agrios...

Que Alejandro dijera cuáles habían sido los países afectados, por favor. Bueno, América del Sur, México, los Estados Unidos, la América toda; luego España, norte de África, Cercano Oriente, Indonesia, Australia, Sudáfrica... ¡Vaya! Se había paseado por el mundo. Pero, entonces, ingeniero, ¿cómo se explicaba que muchos de esos países siguieran siendo fuertes productores de cítricos? Bueno, mayor, porque se habían recuperado, pero al cabo de muchos años y después de haber cambiado los viejos patrones por otros resistentes a la Tristeza... Que Alejandro explicara lo de los patrones, por favor. Muy bien: se le llamaba patrón al árbol sobre el cual se hacía el injerto. Si se quería sembrar mandarinas, por ejemplo, no se criaba directamente una planta de mandarina, sino un patrón, una planta de otro cítrico, probada y resistente a las enfermedades del cultivo, capaz de sortear las dificultades del primer año y medio de vida. Sobre esas plántulas, en unos quince meses, se injertaban las yemas de mandarina, y al desarrollarse, el árbol adulto resultaba un mandarino, aunque el patrón hubiese sido de otro cítrico. Existían variedades que constituían buenos patrones para unas enfermedades y malos para otras. Cuando la Tristeza hizo sus estragos, en la década del 30, el patrón más generalizado en el área tropical y la subtropical era el naranjo agrio que, sin embargo, resultó impotente ante la Tristeza. ¿Los compañeros entendían? Sí, sí, ahora ambos comprendían por qué todos esos países debieron cambiar sus patrones. Bueno, ¿y cuál era la situación de Cuba, ingeniero? Pues, en Cuba... el noventa y nueve por ciento de las plantaciones seguían montadas sobre patrones de naranjo agrio. ¡Conchó! Eso quería decir... Sí, mayor, quería decir que si la Tristeza penetraba en Cuba sin que nadie se diera cuenta, y lograba propagarse durante un par de meses, se podría prever que en pocos años no quedaría ni un cítrico en pie en el país. Pero... pero, ¿cómo era posible que se hubieran expuesto a sabiendas a un peligro tal? Lo que ocurría, mayor, era que el patrón de naranjo agrio era excelente contra todas las demás enfermedades

tropicales... ¡Pero no contra la peor! No, capitán, no: la Tristeza no era la peor. Ahí estaba, por ejemplo, el llamado *Young Tree Decline*, que afectaba incluso a países muy desarrollados, como los Estados Unidos y que nadie sabía exactamente en qué consistía. Existían muchas enfermedades peligrosas, y no solo virales, sino también fungosas, bacteriológicas, y el naranjo agrio era una garantía contra todas ellas. Además, compañeros... Un momento, que Alejandro le permitiera a Bernardo explicar a los compañeros, que las autoridades sanitarias cubanas respetaban mucho a la Tristeza pero no le tenían tanto miedo. Mientras hubiera vigilancia, cuidado, no había por qué temblar ante la Tristeza. ¿Acaso la fiebre porcina no se liquidó en un mes, en Cuba? El mayor debía saber que en muchos países la fiebre porcina era endémica, nunca la habían podido erradicar. No era lo mismo un país socialista, con una gran planificación, donde cuando se decía a matar puercos, pues a matar puercos, y cuando se decía a tumbar árboles, pues a tumbar árboles, y así en todo. Claro, claro, el mayor sabía que en países con otros regímenes de tenencia de la tierra y con una legislación protectora de la propiedad raíz no se podían aplicar medidas sanitarias tajantes, pero, bueno, volviendo al tema, una vez detectada la Tristeza, ¿qué medios había para combatirla? Muchos medios: cuarentenas violentas de las zonas afectadas, anticonceptivos... ¿Cómo anticonceptivos? Sí. A los treinta millones de árboles que había en el país se les podía aplicar productos retardadores de la fructificación para impedir que emitieran brotes tiernos. ¿Y qué se ganaba con eso? Que Alejandro disculpara por favor la ignorancia citrícola de Carlos. Lo que pasaba, capitán, era que los insectos transmisores del virus... ¿Los vectores? Sí, los vectores llevaban el virus alojado en sus órganos bucales... ¿De qué se alimentaban exactamente, ingeniero? De la savia de los árboles, mayor, de la savia. Pero sus órganos bucales no eran suficientemente fuertes como para perforar las hojas adultas y solo podían alimentarse en los brotes tiernos. ¿El mayor comprendía? Claro, claro: privándolos de brotes tiernos morían por falta de alimento... Sí, sobre todo durante las tres grandes brotaciones: en marzo, julio y fines de diciembre. Ya, ya, ¿y qué otros medios de lucha podía haber? Podían hacerse también grandes aplicaciones de insecticidas, un gran trabajo de microscopía electrónica, desmonte de zonas afectadas, en algunos casos pasar buldósers. Un momento, por favor, que Alejandro repitiera lo último para que el mayor pudiera anotarlo. Bien, bien, pero, ¿y si el enemigo introducía ocho o diez mil vectores que fueran ya portadores del virus?, ¿al cabo de cuánto tiempo, Sanidad Vegetal o Virología, podrían detectar la presencia del virus en el país? Por la rutina normal, quizá en un mes, pero estando sobre aviso, en un par de días; pero que el mayor disculpara a Alejandro, él no creía que el enemigo usara un método tan chapucero. Que Alejandro se explicara, por favor. Si él, si Alejandro tuviera que organizar el sabotaje, primero trataría de propagar el vector en grandes cantidades, y hacerlo poco a poco, tratando de no llamar la atención. Solo cuando hubiera una buena propagación del vector introduciría el virus. ¿Y cómo lo introduciría? Existiendo ya el vector, lo más eficaz sería introducir yemas contaminadas en los

viveros. Bueno, pero antes de pasar a eso, que Alejandro y Bernardo explicaran la relación entre el pulgón del melocotón y el virus de la Tristeza. Bueno, mayor, objetivamente... no existía ninguna relación. ¿Cómo? ¿Entonces, aquello de la Tristeza eran nada más que conjeturas de Alejandro y Bernardo? En efecto, compañeros: puras conjeturas. Lo que pasaba era que en Sanidad Vegetal habían estudiado aquel pulgón y no era exactamente igual al de Cuba: tenía antenas de siete artejos, alas demasiado membranosas, en fin, una serie de características morfológicas que hacían pensar en una mutación. ¡Vaya, vaya! Concretamente, compañeros, Alejandro y Bernardo creían que el enemigo había creado un vector, desconocido hasta entonces como portador de la Tristeza. ¿Así era la cosa? Que Carlos le pasara los fósforos al mayor, por favor, ¿y no sería mucha molestia pedir otro café? Por supuesto que no. Que Alejandro prosiguiera. El enemigo sabía muy bien, compañeros, que en Cuba jamás podría introducir el vector natural de la Tristeza. ¿Cuál era ese vector, por favor? El nombre científico era *Toxoptera citricidus* (Kirkaldy)... Que Alejandro se lo anotara en un papelito. ¿Y por qué creían ellos que el enemigo no utilizaría el vector natural? Muy sencillo: porque esa toxóptera figuraba en primer lugar en la lista de los enemigos públicos de la citricultura cubana, y era archiconocido, sobre todo para la gente de Virología. ¡Vaya, que la habrían detectado a los tres días de introducida al país! Habría aparecido de inmediato en los chequeos de rutina. No, no, no, el enemigo no era tonto, mayor, y sabía que con ese vector no podría hacer mucho daño en Cuba. Ya se habían estrellado más de una vez contra la organización de la Sanidad Vegetal cubana y aprendieron a no subestimarla. Alejandro y Bernardo creían que el enemigo hizo quizá un trabajo genético que habría inducido alguna mutación en un insecto común en Cuba, relativamente inofensivo; y aunque comenzara a multiplicarse no alarmaría a las autoridades sanitarias. Aquella mutación podría capacitar a los insectos para vivir en los cítricos y transmitir la Tristeza, aunque, desde luego, no con la eficacia del vector natural. El plan del enemigo podría consistir en lograr primero una buena propagación del vector para luego introducir el virus. ¿El mayor y el capitán comprendían ahora por qué al imperialismo no podía interesarle introducir vectores virulentos, insectos cargados de virus? Sí, sí, ellos empezaban a comprender. ¡Estaba del carajo aquello! Además, mayor, al enemigo no podía interesarle afectar cien mil árboles, ni un millón, a expensas del lío internacional que se buscarían cuando Cuba denunciara el caso. A ellos les interesaban los cuarenta millones de árboles que habría en Cuba para la década del 80. De modo que tanto Sanidad Vegetal como Virología sospechaban que el enemigo pretendía introducir la Tristeza... ¿Y no otra enfermedad? Contra el patrón del naranjo agrio, mayor, lo más eficaz era la Tristeza. Había otras enfermedades que también podían afectar, pero no en forma tan fulminante. Y los compañeros del INRA, en sus búsquedas del fin de semana precedente ¿no habían encontrado ninguna otra anomalía? ¿Anormalidades? Sí, con relación a los insectos presentes. En realidad, no. No habían notado nada de

particular. ¿Y en las rutinas de trabajo? Bueno, el mayor sabía que aquellos trabajos de rutina siempre arrojaban aumentos o descensos populacionales entre los insectos. A veces esas variaciones podían llamar la atención; pero, en general, se relacionaban con los trabajos de control biológico, con el uso de determinados insecticidas, etcétera. ¿No era así, Alejandro? Así era: en las últimas semanas, por ejemplo, en los cítricos se había observado un aumento considerable de la *Toxoptera aurantii*, que también era un áfido, y como tal, podía ser vector de virus. ¿Y ese aumento no era peligroso, ingeniero? En realidad, mayor, la *Toxoptera aurantii* no podía hacer gran daño sobre injertos de naranjo agrio. Había que controlarla, desde luego, sobre todo si aumentaba mucho, pero quizá ese aumento estuviera relacionado con algunas medidas de control biológico aplicadas para combatir otras plagas, y que indirectamente habían favorecido la reproducción de esa toxóptera. ¿Alejandro no tendría la amabilidad de hacerle al mayor un informe por escrito de esa situación? ¡Claro que sí! Con mucho gusto. Bien, bien. De modo que los compañeros tenían la seguridad de que el virus no había entrado aún. Bueno, mayor, seguridad era un término demasiado absoluto; pero casi se podía afirmar, que hasta setenta y dos horas antes, no había entrado. ¿Por qué setenta y dos horas, ingeniero? Setenta y dos horas era el tiempo que requerían los preparativos de las muestras para el microscopio electrónico. Claro, claro. Bien, que Alejandro explicara, entonces, de qué manera creía él que intentarían introducir el virus. Alejandro pensaba que el sabotaje debía de iniciarse en los viveros, durante la época de los injertos. Que se explicara con todo detalle, por favor. Sí, la cosa era relativamente sencilla. El virus no podía lanzarse desde un avión, ni espolvorearse con un aspersor, ni siquiera inyectarse en los árboles de manera mecánica. Había una serie de explicaciones al respecto, pero no valía la pena entrar en detalles. Sí, sí, que explicara solamente lo esencial. La forma más práctica de contaminar una plantación era la introducción de yemas enfermas, portadoras ya de una alta dosis de virulencia. Se las podría alojar clandestinamente en los viveros para que luego se injertaran en las plantas jóvenes, que una vez trasplantadas al campo, se convertirían en focos infecciosos. ¿Y cómo se podría saber si las yemas estaban infectadas? Había varios tipos de *tests*, pero lo más rápido era el examen con microscopio electrónico. Bien, ¿y cómo era eso del corte de yemas? Bueno, cuando se quería iniciar una plantación, lo primero que se hacía era montar un semillero. Eso se organizaba un año y medio o dos años antes de la fecha prevista para la siembra de los árboles en el campo. De aquel semillero nacían pequeñas plántulas, que a los siete u ocho meses de edad, se sacaban de los canteros y se depositaban en bolsas de polietileno. En el plan Dos de Diciembre, por ejemplo, de cerca de ocho mil hectáreas, se proyectaba realizar ese año la siembra de mil doscientas hectáreas de una nueva plantación de naranjos *Washington Navel*. En la plantación, los árboles se sembraban, en general, a distancia de ocho metros por cuatro, por lo que en mil doscientas hectáreas cabrían unos trescientos sesenta mil árboles, y por tanto, en el vivero, tenían que haber trescientos sesenta mil plántulas de

naranja agrio listas para recibir el injerto de las yemas de naranjos *Washington Navel*. ¿Estaba claro? Estaba. Esa era, además, la idea que Alba y Carlos tenían de la cosa. Ambos habían hecho trabajos productivos en viveros. Pero existían siempre detalles que ellos no conocían, como por ejemplo: ¿qué edad debía tener la plántula de naranja agrio para poder recibir el injerto? Entre diez y doce meses, mayor, y además... Un momento, que Alejandro le permitiera anotar. Y otra cosa: ¿a qué edad de la plántula se la trasplantaba al campo, ya con su injerto? A los dieciocho o veinte meses. Entonces, ingeniero, las plántulas de los viveros, ¿eran siempre de naranja agrio? En Cuba, sí. Ese era el patrón. Ahí estaba Petronila con el café del mayor. Gracias, Petronila. ¿Cómo? No, no: Alejandro no podía atenderlo en ese momento, que Nilda cogiera el recado y por la noche él lo llamaría. Entonces, mayor... que Petronila cerrara bien la puerta, por favor... la época ideal para el sabotaje, era la época de los injertos. ¿Cómo era eso, ingeniero? Que volvieran a situarse en el Dos de Diciembre, por favor. Muy bien. Para las trescientas sesenta mil plántulas de naranja agrio que había en el vivero, habría que cortar setecientas mil yemas de naranjos *Washington Navel*, de una plantación adulta. Siempre el doble. ¿Y eso, cuándo se haría? Las plántulas del vivero del Dos de Diciembre... que le permitieran un momento a Alejandro consultar sus notas... sí, cumplían un año el 1ro. de septiembre, de modo que los injertos podrían iniciarse desde el 1ro. de julio. ¿Y el corte de yemas? Dos o tres días antes. ¿Cuántos injertos se podían hacer en un día? Una persona hábil podía hacer trescientos cincuenta diarios, ¿no era así, Alejandro? Sí, pero a las muchachitas de las secundarias se les pedían ciento veinte. De modo que en un mes se podrían injertar fácilmente las trescientas sesenta mil plántulas. Entonces, para julio, cuando comenzaran los injertos, ¿Virología comenzaría también los controles con el microscopio electrónico? Esos controles ya se habían iniciado, mayor. Por el momento, solo sobre los aparatos bucales de los pulgones. ¡Ah, qué bien! Se estaba trabajando en tres microscopios con más de mil muestras diarias, pero en julio comenzarían a observar ejemplares de yemas, y precisamente mayor, Alejandro quería consultar si no sería posible que el MININT les proporcionara personal para la vigilancia de los viveros, y en particular, de la brigada cortadora de yemas. ¿Cuántos miembros integraban esa brigada? Alejandro suponía que entre doce y quince obreros podrían dar abasto al plan de siembra, trabajando solo media jornada diaria. En una jornada de ocho horas, un brigadista cortaba entre ochocientos y mil esquejes, de cinco a seis mil yemas. Si el plan de injertos duraba un mes, el corte debía acompasarse para que las yemas no perdieran vitalidad. En resumen: en un mismo mes, que para este caso podía ser julio, se cortaban las yemas y se hacían los injertos... Y ese era el momento para hacer el sabotaje, ¿verdad? ¡Exactamente! Entonces, las yemas infectadas, que seguramente procederían del exterior, debían primero llegar al vivero, ¿era así o no? Así era. Bien, ¿y adónde se depositaban las yemas cortadas? En un bajareque, o en cualquier lugar sombreado. ¿Cuánto tiempo podían ser viables las yemas en esas condiciones? Recibiendo riego, una semana, sin



problema. A bajas temperaturas, podían conservarse viables durante meses. ¿Y qué se hacía entonces con las yemas? Bueno, los esquejes, o ramitas cortadas de los naranjos adultos, se agrupaban en paqueticos, se amarraban con tela de saco y se amontonaban en lugar escogido, adonde el saboteador tendría que llegar necesariamente. ¿Y qué cantidad de yemas infectadas harían falta para asegurar la contaminación de trescientos sesenta mil árboles? Con cuatro o cinco árboles infectados por hectárea, al cabo de un año la plantación estaría perdida. Para esa época la enfermedad ya se habría propagado incluso a los brotes tiernos de los árboles adultos en las plantaciones vecinas. Valía decir que estarían amenazadas las plantaciones de Pinar del Río, ¿verdad, ingeniero? Bernardo diría, disculpándose por la interrupción, que si eso ocurría impunemente, sin que el INRA se diera cuenta, para el año 78 o 79, la producción de cítricos de Pinar del Río estaría perdida, y la que se vería amenazada sería la producción nacional. Cuando los áfidos virulentos comenzaran a dispersarse por la acción de los vientos, por el mismo tráfico humano, entre las ropas de los trabajadores, de los estudiantes, en los vehículos, si eso ocurría durante todo un año, se podría asegurar la ruina total de los cítricos cubanos para el 80. Bien, el mayor y el capitán pedían mil disculpas a los compañeros del INRA, pero tenían una reunión impostergable a las siete y ya eran las menos cuarto. ¿Los compañeros Alejandro y Bernardo aceptaban continuar la reunión a las nueve de la noche, en aquel mismo lugar? Por supuesto. ¡No faltaba más! Así todos podrían refrescarse un poco e ir a comer, pues nadie sabía a qué hora concluirían.

**Junio 3, martes**

¿Y a qué hora fue eso, Lucho? Hoy a las cuatro cuando cogí el turno, y entonces, el militar me decía: pero fíjese bien compañero, tiene que estar bien seguro. Y yo: ¡claro que estoy seguro! Eso parece película, tú. Coño, como te lo estoy contando. Si tú hubieras estado, a ti también te interrogan. Primero, mandaron a buscar a la gente del bar y, al rato, salieron todos de la gerencia con una cara de misterio del carajo, y Pepe iba diciendo imagínate, yo qué voy a acordarme, y yo: Pepe, ¿cuál es la volá?, y no me decía nada. Después llamaron a los de la cafetería, a los de la carpeta, y Pedro me daba cranque, dale, pregúntale al Curro, ahí viene; y yo: pregúntaselo tú, coño...

Sí, compañero, nosotros le subimos las maletas. ¡Por favor, la llave del 303! Y después pasaron los del ascensor y al final nosotros. Sí, la cosa era en la gerencia. En cuanto me mostraron la foto lo reconocí. Bueno, foto no era, era de esos dibujos que hace la policía, ¿sabes cómo es? Sí, él robó ese. Y yo me acordé enseguida, tú. Era el viejo aquel de la portañuela abierta, ¿te acuerdas que yo te conté? ¡Coñoóo! Lo reconocí enseguida, estaba igualito. ¿Y se lo dijiste? ¿Cómo no se lo voy a decir? ¿Qué pasa? Apaga el cigarro que ahí viene el Rubio. Hola, dígame. No, aquí es el despacho de *bellboys*. Para el *room service* tiene que llamar al 702. Para servirle, compañero. Bueno, como te iba diciendo... ¿Hola? ¿Al 416? Sí, va enseguida. Dale, Pedro, al 416. Y, entonces, el hombre con la portañuela abierta de par en par. ¿Cómo fue eso, Lucho? ¿A ti no te lo conté? Nada, era un viejo que andaba por el *lobby* con la portañuela abierta, y se le asomaba un pedazo de camisa así de largo. ¡Por mi madre! Pregúntaselo a Pedro, cuando vuelva, que él lo alcanzó a ver. ¿Y tú estabas solo? No, estaba Tomás conmigo, meándose de risa. Y yo: déjate de bonche, Tomás, que el pobre está haciendo tremendo papelón. Y entonces el de la policía, pero, ¿usted está bien seguro? ¿Hola? Sí, enseguida. Al 514, tú. Termina el cuento, Lucho. No, no: primero la pincha. Dale, dale, después te lo cuento. Y entonces, como iba diciendo, me dio lástima del pobre... ¡Apaga el cigarro o métete en el baño, coño! Y entonces me acerqué y le dije que se abrochara. ¡Alabao! Cuando aquel viejo hizo así y miró p'abajo y se vio el tremendo pedazo de camisa rosada que llevaba colgando por delante, se puso colorao colorao, y yo tenía más pena que él, tú. ¡Pobre viejo! Y entonces, el policía: ¿y usted no lo volvió a ver más, compañero? Sí, dígame, lo vi el día que se fue. Resulta que él había cerrado y se le quedó la llave adentro, y la camarera del piso no estaba, y yo tuve que subir con una llave maestra a abrirle. Oye, y el viejo aquel al verme, tú, se volvió a poner colorao. ¡Claro, Lucho! El viejo estaría pensando: coño, el sapo este me coge en todos los fallos. Y entonces el guardia: ¿Usted se acuerda, compañero, del número de la habitación? No, teniente,

pero estoy seguro de que era en el tercer piso, por el ala izquierda, al frente, entre el 311 y el 305. Y el teniente: ¿Seguro? Y yo: ¡Como que estoy aquí sentado, conversando con usted! Bueno, dícame, siga. Y entonces yo bajé con la llave y la entregué en la carpeta. Y me dice el teniente: ¿Usted podría reconocer al militar ese? No, eso sí que no. Fue solo un momentico que lo vi. ¿Y tú le cargaste las maletas, Lucho? ¡Qué va! Si el viejo no había traído equipaje: un par de periódicos en la mano, y más na. Bueno, ¿y qué será lo que el viejo hizo p'a que lo busquen tanto? ¿Hola? Va enseguida. Dale pa'la carpeta.

Paco había preguntado:

—¿Este es el último?

—Sí, teniente.

—Les voy a rogar, entonces —y se dirigió al secretario del núcleo y al gerente del hotel—, que ustedes dos, personalmente, me saquen, si es posible ahora mismo, la nómina completa de todos los que permanecieron aquí los días 23 y 24 de octubre de 1974 y que abandonaron el hotel el día 25. ¿Sería posible?

—¿Solo los nombres?

—No, no: dirección, teléfono, centro de trabajo, documentos; en fin, todos los datos que aparezcan.

—¿De los extranjeros también? —preguntó el gerente.

—Sí, también; pero antes que nada, quisiera ver yo mismo los archivos del 74, si es posible.

**Junio 3, martes**

El comandante había citado a Alba a la una de la tarde en su despacho de la Plaza de la Revolución. A las dos y cuarto de esa misma tarde, Alba escalaba en un jeep la Loma del Añil, cerca del poblado de Nazareno, donde tenía su sede la Dirección Nacional del INRA, a cuarenta y tantos kilómetros de La Habana.

Allí, el compañero director del INRA y el jefe del Grupo Nacional de Cítricos y Frutales, le informaron sumariamente del caso y lo remitieron a los ingenieros Bernardo Cabral, director de Sanidad Vegetal del INRA, y Alejandro de Sanctis, de la Estación Nacional de Virología de los Cítricos.

Alba recibió una información sucinta de lo ocurrido en el plan citrícola Dos de Diciembre de Guane; examinó unas fotografías ampliadas de los pulgones y comprendió de inmediato, que aquello se relacionaba nada menos que con el caso de las palomas, en que él y sus compañeros venían trabajando febrilmente. No, no había duda posible: eran los mismos pulgones que aparecieron en el tubito. Desde la Dirección del INRA se acordó una cita entre Alba, Cabral y De Sanctis, para ese mismo martes a las cuatro de la tarde, en la parcela de Virología, ubicada sobre la carretera del Mediodía, a la salida del reparto Siboney.

El teniente Alfonso Cáceres había acompañado a Alba hasta la Loma del Añil, y en el camino de regreso, Alba le encargó que obtuviera en los archivos una información completa sobre los compañeros Alejandro y Bernardo, y sobre sus colaboradores más próximos.

En puridad, aquel chequeo debía haberse realizado antes de la entrevista de Alba con los dos ingenieros; pero de todos modos, el mayor aceptó la cita para las cuatro de la tarde, con miras de ir ganando tiempo. Hasta que Alfonso no obtuviera los datos del MININT, Alba no informaría ni a Alejandro ni a Bernardo, lo que él sabía sobre el asunto de las palomas, ni sobre lo que averiguara el lunes precedente, cuando llevó las muestras al Instituto de Entomología de la Academia de Ciencias. Tampoco pensaba hacerles ver que él en persona, igual que el capitán Carlos Ríos, poseía un alto nivel científico. El objetivo de aquella primera entrevista era recabar la máxima información sobre el caso; pero, además, interesaba determinar qué puntos calzaban los dos ingenieros, técnica e intelectualmente. Si en realidad resultaban gente sagaz, y luego se comprobaba que podían trabajar a nivel de secreto de Estado, se los podría incorporar como miembros de la investigación. Para la Contrainteligencia Científica aquello era lo más deseable, pues el sector necesitaba, más que otros del MININT, la colaboración estrecha del elemento civil. El principio universal de la seguridad — informarse y no informar— no podía respetarse siempre, en el Servicio de

Contrainteligencia Científica. En una investigación meramente policíaca o de espionaje común, el investigador se informa, analiza y actúa por sí solo y excluye casi por completo de la investigación a los civiles; pero en el SCC, quien más sabe sobre el caso en cuestión, es precisamente el técnico, el civil; pues por más que los investigadores del SCC sean en su mayoría universitarios graduados, no pueden comparar sus conocimientos generales con los de un técnico especializado en una rama científica cualquiera. Y si a ese civil, a ese especialista, se le ocultan determinados datos, se le reduce su aporte enriquecedor, su orientación, y hasta se corre el riesgo de desvirtuar o desaprovechar elementos de juicio capitales para la investigación. Por eso lo más deseable es encontrar gente merecedora de confianza, a la que se pueda hablar casi sin reservas.

Cuando Alba comprendió que lo expuesto en el INRA era la punta de la madeja que él buscara con tanto afán desde el domingo, se llenó de alegría, pero no dijo nada. Lo primero sería determinar qué nivel de cooperación podría existir entre el SCC y aquellos dos ingenieros. Debía hacerse un fondeo de ambos, antes de involucrarlos de lleno en la investigación. Alba había convenido con Alfonso, en que luego de la reunión primaria con Cabral y De Sanctis, a la que asistiría él con Carlos, se reunirían en su despacho para analizar los datos obtenidos. Mientras se dirigía a la parcela de Virología, se comunicó con Carlos por la microonda del carro y quedaron en verse a las tres y cuarenta y cinco en la rotonda de la playa de Marianao, junto al Cinódromo, para llegar juntos.

Interrumpida la reunión en la parcela, Alba y Carlos se encontraron con Alfonso a las siete y diez, en el despacho del mayor. Alfonso había reunido la información pedida, y tanto Bernardo como Alejandro eran para los organismos de seguridad, gente de alta confianza. Ambos eran militantes, con una buena integración revolucionaria, el uno desde el 59 y el otro desde el 57. «Era lo lógico», pensó Alba.

A las siete y treinta llegó también Paco y pidió hablar con el mayor. Traía la inesperada noticia de que un *bellboy* del hotel Nacional había reconocido a Huidobro. ¡Increíble! ¿Después de siete meses? ¿Estás seguro, Paco? Sí, sí, sí. Paco estaba seguro de que el hombre no se engañaba, y aunque el nombre de Huidobro no aparecía entre los huéspedes, él estaba convencido de que el viejo se hospedó en alguna de las siete habitaciones de un ala del tercer piso. Al día siguiente se comenzaría la investigación de las personas registradas como ocupantes de tales habitaciones. Quizá se obtuviera algún resultado.

¡Buena esa, Paco! ¡Aquella si era una gran noticia!

Alba no contaba con que alguien pudiera acordarse de Huidobro siete meses después... Pero así eran las cosas, chico. Donde menos se espera, ran, ocurre lo impensado.

Aquel era el resultado de una rutina bien hecha. El campesino Molina dio el

nombre de un tal Perlado, cuyo hijo recordó la llamada desde un gran hotel habanero. Ubicaron la fecha porque Perlado padre mencionó que ese mismo día tuvo lugar la boda de su sobrina, y el *bellboy* nunca olvidó al viejo de la portañuela.

¿Y qué era eso de la portañuela?

Paco explicó, con gran sentido del humor, la anécdota de Huidobro y el muchacho, y se divertieron con lo grotesco de aquella situación. «Ahí tienen ustedes cómo una portañuela puede guardar secretos enormes», comentó Carlos.

A las ocho, Alba se dio un baño en su despacho y al salir sintió hambre. En el refrigerador, Rosa había dejado bocaditos de queso y una jarra de té.

El mayor se había habituado al té en la Unión Soviética. Carlos, que no lo apreciaba y tenía siempre un hambre descomunal, prefirió llegar un momento hasta su casa, en Marianao. Desde allí iría directo a la parcela de Virología para proseguir a las nueve la reunión interrumpida.

Volvieron a encontrarse en la rotonda y, a las nueve menos cinco, el jeep de Alba y el Chevrolet 58 de Carlos, salían de la carretera del Mediodía, atravesaban un portón abierto, flanqueado por dos columnas encaladas, y se internaban en los predios de la parcela. Bernardo y Alejandro vieron, sobre la tierra roja, los faros de los carros, blancos como si fueran tubos de luz fría.

En una vieja casona restaurada estaba el despacho de Alejandro de Sanctis. Era una habitación pequeña, con un buró muy castigado por el tiempo, un armario cojo, un sofá, dos butacas y un librero atestado desde el piso hasta el techo, tan revuelto, que no cabía duda de que estaba en permanente servicio. Esa reflexión la hizo Carlos, el científico; pero Carlos, el policía, observó, además, que no había polvo sobre los libros. Sí, era evidente que aquel librero no cumplía una mera función decorativa.

La única nota grave, severa, que desentonaba con el ambiente *negligé* del despacho, era una pesada caja de caudales situada a la izquierda del buró de Alejandro. «Ahí debe de guardar sus documentos confidenciales», pensó Alba.

—Hagan de cuenta que están en su casa —dijo Alejandro, y les señaló los asientos.

Alba y Carlos notaron, al entrar en la habitación, un aire acondicionado que no vieran durante la tarde, y antes de sentarse, ambos miraron hacia el rincón de donde procedía el ruido, con una expresión de complacencia.

—Yo mismo lo estuve mecaniqueando —dijo Alejandro—. Si no explota, puede ser que nos dé un poco de fresco.

—Se le agradece, compañero —comentó Bernardo—. El calor de la tarde ha sido de anjá.

Una agradable sencillez emanaba de aquellos dos hombres. Alejandro tenía la piel muy tostada, con la marca de los soles del campo, del viento y la intemperie, y con la parte superior de la frente algo más pálida, como los guajiros.

Alba había sentido una simpatía instintiva, desde el primer momento. Su aparente rudeza, su hablar vertiginoso, la energía de sus movimientos, de sus gestos, toda su

personalidad parecía armonizar con el ambiente. Ese mismo hombre, en un despacho más moderno y «presentable», quizá no irradiara tanta simpatía.

—Bueno, ¿qué? —preguntó Bernardo a Alejandro—. ¿Les doy la noticia a los compañeros?

Alejandro, que estaba de espaldas, llenando las tacitas de café en un estante del armario abierto, respondió sin volverse y alzando los hombros:

—Dásela, dásela. Al fin y al cabo tú eres el que trae todas las malas noticias aquí...

Bernardo anunció con gran seriedad:

—El pulgón del melocotón ha aparecido en Ciego de Ávila, compañeros.

—¿El *Myzus persicae*? —se apresuró a preguntar Alba, consciente de que estaba utilizando el nombre científico del pulgón del melocotón, que no había sido mencionado entre ellos.

—Sí, el *Myzus persicae*...

«¡Qué raro!», pensó Bernardo. «Aquí solo se ha hablado del pulgón. ¿Cómo sabe el nombre científico? ¿Habrá ido a buscarlo en un diccionario de entomología al salir de aquí?».

—... apareció con la misma distribución de Isla de Pinos, hoy a las seis de la tarde...

—Y lo curioso —añadió Alejandro— es que fue la misma compañera de Pinar del Río...

—¿Qué cosa fue? —preguntó Carlos inquieto.

—La que descubrió también el pulgón de Camagüey.

Alba y Carlos se miraron aliviados.

—Sí —dijo Bernardo—: nosotros la incluimos en las brigadas de Sanidad Vegetal que realizan la búsqueda.

«De todos modos, a esa muchacha vamos a tener que hacerle un chequeo de tres pares», pensó Carlos Ríos.

—El asunto es ahora averiguar si esos áfidos se producen aquí o vienen de afuera.

—Vienen de afuera —dijo Alba—. Y sabemos cómo los introducen. Nos falta saber quién y cómo los distribuye.

El efecto de aquellas palabras no se hizo esperar. En el rostro de Bernardo se pintó una expresión de esperanza y comenzó a mover la cabeza vigorosamente como diciendo: «¿Ah sí? ¡Qué bien!». Por su mente relumbró la idea de que Seguridad ya tenía resuelto el problema, y de que Alba traía la varita mágica guardada en el bolsillo.

Alejandro se puso en pie de un brinco. Él creía que en aquel mismo despacho, pocas horas antes, el mayor se había enterado por boca suya y de Bernardo, de la existencia del pulgón y del sabotaje. Y ahora salía hablando del *Myzus persicae* y anunciaba saber cómo entraba al país. «¡Coño, ni Mandrake!».

El mayor Alba sacó de su maletín un tubito cilíndrico, del tamaño de medio lápiz,

de color gris oscuro, y se puso a jugar con él, como si tuviera un cigarro entre los dedos.

Carlos disfrutaba la expectativa y el indisimulado estupor de aquellos dos hombres. Alba también disfrutaba como el niño al que un día lo dejan atracarse de dulce...

Carlos y Alba tenían como norma no informar ni comentar ninguno de los hechos insólitos o maravillosos, espectaculares o misteriosos que solían producirse en la esfera de su actividad. No lo hacían ni con sus seres más íntimos. Su profesión les exigía obtener información y no darla sino a la propia gente del servicio, que por hipertrofia profesional habían perdido mucha capacidad de asombro. Y por supuesto ambos bacilaban aquel momento excepcional.

Carlos veía hipnotizados a los dos ingenieros, pendientes del tubito y su molinete entre los dedos de Alba, que demoraba la explicación con circunloquios, encendía un tabaco y se ponía de pie para coger un cenicero.

—Este tubito que ustedes ven aquí... —Y para prolongar el suspense tosió y volvió a encender el tabaco—, se encontró el domingo pasado, con novecientos setenta pulgones del melocotón, ¿y saben ustedes dónde?

Cuando Alba terminó de referir la historia de las palomas y el hallazgo del tubo en Cabañas, los rostros de Alejandro y Bernardo denotaban una deliciosa perplejidad.

Aquella reunión terminó a las once y treinta y cinco de la noche.



**Junio 4, miércoles**

... y de pronto oprime el botón del intercomunicador.

—Rosita.

—Ordene, mayor.

—Pídame a Cartografía un mapa grande de la península de la Florida —la voz ronca del mayor, sonaba más cavernosa por aquel aparato.

—¿Con alguna especificidad, mayor?

—El más moderno que haya, con carreteras y ciudades. Nada más.

—Bien, mayor: en cuanto me lo traigan se lo haré saber.

Una idea le había pasado por la cabeza y quiso comprobarla de inmediato. «No hay peor gestión que no la que no hace», se repitió; aunque en general prefería renunciar antes que incurrir en errores. Y en casos de duda, resolvía el dilema con su inspiración casuista, como cualquier hijo del subdesarrollo.

Para no pensar más en sus incapacidades sobre lo que debe o no debe hacerse, sacudió varias veces la cabeza al estilo de los boxeadores en sus esquinas, tarareó una canción como si hubiera querido ahuyentar una voz interior y cogió de su gaveta mayor un tabaco y dos fósforos de madera. Con uno de los fósforos perforó la punta del tabaco. Encendió el otro fósforo y lo dejó arder un buen rato, sostenido entre el índice y el pulgar de la derecha. Aprisionaba el tabaco entre el índice y el mayor de la misma mano y en la izquierda tenía listo el otro fósforo, cogido por la cabeza. Cuando el fósforo encendido ya estaba por consumirse, encendió el otro por el extremo de la madera, y botó en el cenicero el que retuviera en la derecha. Cogió entonces el tabaco con el pulgar por debajo y con el índice y el mayor por arriba y lo puso a girar con cuidadosa uniformidad.

Aquella liturgia concluía al quitar la vitola después de la primera chupada y así lo hizo. Desde luego, era una variante de entrecasa. En público, el ceremonial del encendido exigía palitos especiales, un perforador de cedro adosado al llavero, y de hallarse en su buró, un sacabocados.

Cuando el mayor Alba pasó su curso de urbanidad anglosajona para la operación *Mayfair*, los instructores le advirtieron que nunca mojara el extremo del tabaco en la copa de *cognac*, típico rasgo *nouveau riche*, repudiado por la auténtica *high* cosmopolita; pero Alba, cuando fumaba en privado, mojaba siempre el tabaco en un vodka con picante que guardaba en un pomito de boca ancha, y le importaba tres carajos la normativa del Carreño Buckingham palaciego.

—Rosita.

—Ordene, mayor.

La voz estridente del intercomunicador empeoraba por días.

—Comuníqueme con Alfonso; o mejor: ocúpese usted misma de que se desmonte la guardia de escopeteros en la Cueva de las Tortugas.

—Entendido, mayor.

—Gracias.

En realidad, descubierto el palomar, aquella guardia ya no tenía sentido. Seguro que ninguna otra paloma volaría ya sobre la Cueva de las Tortugas.

«Deben de haberlas matado a todas, o quizá las hicieron regresar, cuando se dieron cuenta de que los andábamos buscando», pensó.

Alba tachó en su agenda el punto donde decía «escopeteros», y cuando despertó de aquella reflexión volvió a llamar a Rosita:

—Ordene, mayor.

—Su voz me resulta cada día más chillona y quebradiza.

—Lo siento, mayor, pero, ¿qué me recomienda?

—Use de todo su *charm* con el comandante y trate de conseguir un intercomunicador menos desco...

—¿Menos qué, mayor?

—Menos destartalado, Rosita.

Mientras la muchacha se reía sola, Alba volvió a enfrascarse en la lectura del artículo del profesor Mussorski, sobre la síntesis de las feromonas, pero la abandonó a la media hora. Aquella lectura en ruso le estaba dando mucho trabajo. Se trataba de una técnica muy reciente y el vocabulario estaba plagado de neologismos que no figuraban en ningún diccionario.

En varios días apenas pudo leer veintiocho páginas. Decidió no insistir más esa mañana, cerró los ojos, puso la mente en blanco. Disponía de diez minutos hasta las once en que esperaba a Paco para despachar los asuntos del DTI.

Pero tampoco pudo poner la mente en blanco y se entretuvo en hojear el tratado de ornitología que le enviaran de la Academia de Ciencias: *Le sens d'orientation chez les oiseaux migratoires*. En el capítulo xvii, titulado «*Le pigeon voyageur: une boussole vivante*», había una foto deliciosa, cautivadora. El título parecía confirmar lo que él supusiera desde un inicio. Y un subtítulo las tildaba de euclidianas por recorrer siempre la menor distancia entre dos puntos. «Por seguir su congénita compulsión a la rectitud, en la guerras prefieren volar a riesgo de sus vidas, en medio de los más fragorosos cañoneos, antes que apartarse un ápice del rumbo que les traza su instinto. Se han hecho experimentos y, en efecto, desde que se las suelta, cogen el rumbo con una exactitud sorprendente».

En otro vistazo al texto, Alba leyó que al llegar a su palomar de destino, por ancestral instinto solían celebrar la llegada con unos floreos por encima del palomar en todas direcciones. Eso explicaría el señalamiento del viejito colombófilo, de que en las competencias aparecían en la meta desde un lado o por el contrario. Parecía cierto que el viento, o el cansancio tras un largo viaje, podía provocarles un

considerable alejamiento del rumbo exacto; pero en condiciones normales, y en particular sobre el mar, volaban en línea recta. Como es sabido, una recta se obtiene con dos puntos sobre un plano. El punto donde Chicho hiciera el disparo y el punto donde Jacinto recogiera la paloma, determinaron una recta sobre el mapa de Cuba: un verdadero dedo índice que señaló con precisión el rumbo hacia el palomar de destino. Y la finca de Huidobro se hallaba sobre la trayectoria exacta señalada por ese índice. Alba se había dicho entonces: «La misma recta que nos dio un índice hacia el interior de Cuba, ¿no podría darnos también un pulgar, que nos oriente hacia el Norte?».

Aquella era la idea que le había pasado por la cabeza, aquel día a las nueve de la mañana.

—Paco está aquí, mayor —chilló de pronto la quebradiza voz de la teniente Rosa Morales—. También han traído el mapa, mayor. ¿Se lo alcanzo?

—Mándemelo con Paco...

El mapa era tan grande que Paco debió dar dos pasos hacia adelante de la puerta para poder cuadrarse. Alba le devolvió el saludo y le indicó con un ademán, que se sentara en el sofá. Recibió el mapa, y mientras Paco se instalaba y comenzaba a extraer papeles de un maletín, Alba abrió el rollo, lo desplegó a todo lo ancho y se quedó un momento examinándolo. Luego lo cogió del borde superior con una prensa de madera forrada por dentro con una tela verde, y lo enganchó en la pared. De pie frente al mapa, lanzó una bocanada de humo y en sus ojos brilló un inequívoco destello de satisfacción.

—¿Qué hay de nuevo, Paco? —dijo al volverse hacia el uniformado del DTI.

—Para proceder con rapidez, mayor, nos repartimos el trabajo entre varios.

—¿Y eso por qué? ¿No eran seis casos a investigar?

—Sí, mayor —replicó Paco—, pero dos en Oriente, uno en Las Villas y otro en Camagüey.

—Bueno, claro —reconoció el mayor—: y si se hospedaron en un hotel, era lógico que no viviesen en La Habana.

—Hay un solo caso sospechoso: un tal capitán Sepúlveda.

—¿Capitán?

—Sí, mayor, así figura en el registro.

—¿Y? —preguntó el mayor, con interés.

—En todos los cuerpos de las FAR y el MININT aparecen tres Sepúlvedas: dos capitanes y un teniente. Los tres tienen perfectamente justificada su presencia en otros lugares del país en esa fecha, y jamás se han hospedado en el Nacional.

—¿Se ha podido recoger alguna huella? —preguntó Alba.

—No ha habido tiempo, mayor —repuso Paco—: hace solo unas horas que le estamos enfilando los cañones al tal Sepúlveda.

Pese al interés con que oía a Paco, Alba no quitaba los ojos del mapa. Lo devoraba una apremiante inquietud por trazar el rumbo del «pulgar». Hubiera deseado que Paco entrase al baño para salir de dudas. De todas maneras, cuando Paco

terminó de informar sobre sus averiguaciones en torno al caso Huidobro, notó una cierta inquietud en Alba, y supuso que el mapa se la causaba. Guardó los papeles que distribuyera sobre la mesita con movimientos precisos y muy rápidos, se puso de pie y pidió permiso para retirarse. Alba lo despidió con un apretón de manos y le hizo saber que estaba muy satisfecho por la forma como manejaba el asunto Huidobro.

Cuando Paco se hubo retirado, Alba cogió un *fail* de su gaveta central y examinó la fotocopia del mapa elaborado por el Instituto de Geodesia, para la búsqueda del palomar. Sí, allí estaba. El rumbo coincidía casi exactamente con la diagonal del rectángulo formado por los paralelos 22 y 23 norte, y por los meridianos 83 y 84 oeste. Y dentro de ese rectángulo se extendía el extremo sudeste de la Florida.

¿Sería posible tanta belleza?

Alba volvió a encender el tabaco (esta vez sin ritual pero con fósforos de madera) y se quedó un instante de pie junto al mapa, indeciso. Pero no estaba indeciso: prolongaba un instante de satisfacción. Su corazonada parecía certera. Estaba casi seguro.

Por fin se decidió. Cogió una regla larga; la ubicó con energía en el punto donde coincidían los 25 grados de latitud norte con los 81 grados de longitud oeste, y mediante una recta, unió ese punto con la intersección de los 26 grados norte y los 80 grados oeste. Tiró la línea a lápiz, con un trazo muy tenue.

Cuando Arquímedes echó a correr en pelotas y gritaba «*héureka*» por las calles de Siracusa, tenía razón para estar muy entusiasmado. Acababa de parir en una bañera uno de los principios más fecundos de la hidrostática, que luego permitiría determinar, nada menos que el peso específico de los cuerpos.

Fernando Alba no tenía motivos para desnudarse pero ganas de gritar no le faltaban. No obstante, se conformó con dar grandes zancadas por su despacho y botar humo como una locomotora. Sin quitarse el tabaco de la boca, se rascaba la cabeza con inusitado frenesí y sin sentir ninguna picazón. La línea que poco antes trazara, cortaba la Florida apenas en una extensión de ciento treinta kilómetros, desde Florida Bay hasta Miami. Luego, oh maravilla, se internaba en el Atlántico, sin volver a penetrar en territorio estadounidense.

¿Y qué importancia podía tener aquello?

Pues era la certidumbre de que las palomas fueron soltadas en algún punto de aquel brevísimo tramo de ciento treinta kilómetros. Y si en Cuba se localizó sin dificultad un palomar sobre una extensión mayor que aquella, ¿no se podría quizá localizar otro en la Florida?

La corazonada había sido certera. Si aquella línea ahora proyectada hacia el NE, y que tenía como punto de partida el palomar de Huidobro, no hubiese pasado con exactitud sobre Cabañas; si hubiese pasado por ejemplo sobre Bahía Honda, apenas un par de minutos al oeste, al internarse en los Estados Unidos no habría salido al

mar, sino que se habría prolongado a lo largo de miles de kilómetros por todo el continente norteamericano.

Esa había sido la corazonada de Alba. Intuyó que al prolongar el rumbo de las palomas, quizá se pudiera señalar en los Estados Unidos un tramo breve, investigable por la Inteligencia cubana. Por el contrario, sobre una longitud de mil kilómetros, semejante pesquisa, con la discreción requerida, habría sido imposible. Pero lo que más entusiasmó a Alba, fue que la línea por él trazada en la Florida, pasaba en medio de dos importantes líneas férreas al sur de Miami: la número 34, Florida Coast Line y la número 164, Seaboard Line. Esta última, que partía de Miami, recorría localidades como Kendall, Perrine, Goulds, Princeton, Naranja, y terminaba en Homestead, donde se unía con la East Coast Line; y al entrar en Miami por Coral Gables, efectuaba un trayecto casi paralelo al de la primera. Además, una moderna carretera, también paralela a la Seaboard Line por el Este, salía de Miami, pasaba por las mismas localidades que el ferrocarril, y luego continuaba hacia el sur, bordeando los Everglades, para internarse en el mar, de cayo en cayo, hasta llegar a Key West.

En principio, la presencia de esas dos líneas férreas y de la autorruta, aseguraba la posibilidad de recorrer sin obstáculos la zona, servirse incluso del ferrocarril, de los autobuses, o de taxis aéreos, avionetas de turismo, etcétera, y fotografiar todas las instalaciones sospechosas. Un hallazgo muy promisorio.

Alba descartó desde un principio toda posibilidad de que las palomas hubiesen partido de una embarcación en alta mar. El mismo hecho de que se valieran de mensajeras, para introducir áfidos quizá se debiera a un interés por actuar con rapidez, con gran reserva o con participación de poca gente. De lo contrario no habrían procedido con un plan tan rudimentario, antiprofesional casi. Además, si existían dos palomares, y las palomas iban y volvían, las sueltas de palomas en el mar podían crear vacilaciones. No: seguro que no venían del mar.

Otra cosa lógica era que las palomas salieran del mismo lugar donde se efectuara la mutación y la cría masiva de los pulgones citrípagos. Para Alba era evidente que cualquiera fuese el sitio donde se gestara tan siniestra cría, debía estar dotado de instalaciones capaces de proteger a los propios cítricos de la Florida de aquel engendro de la CIA. Lo más probable era que la mutación, o lo que rayos fuese, se hubiera realizado en un gran recinto cerrado, en algún invernadero hermético contaminado de Tristeza, y que garantizara los parámetros lumínicos, térmicos, edafológicos, propios del ambiente cubano. Por tanto, tal instalación tampoco podía estar en la ciudad de Miami, cortada en dos por el vuelo de las palomas. En todo caso, Alba estaba seguro de que la cría debió realizarse bajo condiciones de hermetismo, para evitar la acción dispersiva de los vientos huracanados de la Florida, capaces de transportar cualquier enfermedad a grandes distancias.

La tarea de los agentes cubanos en los Estados Unidos sería pues, detectar todos los invernaderos existentes entre Florida Bay y Miami; pero de preferencia entre Homestead y Kendall. Alba sabía que tanto Coral Gables como South Miami

pertenecían ya al casco urbano, y por allí no habría lugar para tales instalaciones. Sin duda, los invernaderos debían estar situados en los predios de las grandes empresas citrícolas del sudeste del estado, capaces de sostener instalaciones costosas, laboratorios, centros de investigación, etcétera. Y era lógico que tales empresas tuviesen buenos accesos a líneas férreas o carreteras.

Sí, sí, como lógica deducción, el lugar debía hallarse entre Homestead y Miami. Por ahí debería meterse Denis. Quizá su larga experiencia en las mismas entrañas del monstruo le facilitara su misión.

## Junio 4, miércoles

Jerry White terminó de dictar en su grabadora un breve informe. Se sentó enseguida frente a la máquina de escribir y se dispuso a pasarlo. A las once se encontraría con Mr. Murdock, que había venido de Langley. Se reunirían en el Hilton y allí le entregaría el informe. Aquel perro viejo era un maniático de la letra impresa. «Sabe cubrirse y le gustan las cosas por escrito», pensó White.

Eran las nueve y media. En quince minutos Jerry White pasaría el informe. Tenía tiempo de sobra. Puso el papel y fijó los márgenes. Detestaba hacer aquello, pero jamás ponía en manos de su secretaria los informes confidenciales a sus superiores. De pronto, pareció cambiar de idea. Se puso de pie y se dirigió al gran espejo dispuesto a sus espaldas. Contempló su figura aún esbelta a los cincuenta y siete años. Se atusó un poco las puntas de su bigotico blanco y apretó un botón, también blanco. El espejo giró sobre un eje vertical y descubrió un pequeño bar. Era, sin duda, el bar de un *connaisseur*: tres botellas panzonas del inconfundible Napoleón Courvoisier, dos botellas de cristal de Lalique opaco, la una con *scotch* y la otra con *bourbon*; Canadian Club, *whisky* irlandés, ginebra Beefeater's, Bacardí White y Dark Label, *vermouth* Noilly Prat, jugo de lima, y varios *pousse-café*, como el Benedictine, Cherry Heering, Drambuie, etcétera.

De las tres botellas negras de Napoleón, Mr. White cogió la del medio; la que contenía realmente el Napoleón de cuarenta años, y se sirvió un trago generoso en una copa panzona. Las otras dos botellas negras, que también eran de Napoleón Courvoisier, contenían en realidad Courvoisier VSOP (doce años) y Courvoisier Tres Estrellas (seis años), cuyos precios y calidades eran obviamente inferiores a los del Napoleón. White administraba aquellos licores según la categoría en que ubicara a sus invitados. Era muy estricto en no echar jamás perlas a los cerdos.

Jerry White, que en realidad se llamaba Jeremiah White, era de origen puritano, como muchos hombres impuros de su país. Había nacido en Filadelfia, pero su familia por ambas ramas procedía de Nueva Inglaterra. En su niñez pasó necesidades, pero desde muy joven supo batirse en la vida como un tigre. Completó la carrera de Medicina y parte de sus estudios se los costeó trabajando como chivato y rompeshuecos en Chicago y Detroit, en los años de la crisis. En aquel peligroso trabajo demostró valentía y resolución, y fue entonces cuando consiguió sus primeros protectores. Su buena presencia física le permitió también realizar una exitosa carrera por las alcobas de algunos magnates de la industria automovilística. Claro que aquello lo hacía por necesidad, por cálculo. Monógamo convencido, en el sentido amoroso siempre fue un verdadero puritano.

Se graduó como médico en 1936, pero nunca ejerció. De inmediato, ingresó en las filas del Partido Republicano e hizo política hasta que estalló la Segunda Guerra Mundial. Fue condecorado en dos oportunidades.

La caída del Tercer Reich constituyó una victoria por la que él también había peleado y la celebró con sincera alegría; pero no dejó de sentir, según sus propias palabras, «que había una gran dignidad en aquella caída». Le impresionó, sobre todo, la «gallardía dramática, la solemne altanería de algunos de los reos de Nürenberg». Con el correr del tiempo, aquella simpatía se convertiría en devoción.

En 1946 había ingresado al servicio exterior y fue funcionario de las embajadas norteamericanas en Londres, Bonn y Buenos Aires. En esos años se preocupó por adquirir un gran conocimiento de las cosas mundanas y lo logró. Se convirtió en un buen *causeur* de cocteles diplomáticos, y en un entendido en generalidades. Era lo que se consideraba un tipo de éxito. Era además, muy bien parecido.

En 1951 se casó con Catherine Laffitte, dama del patriciado de New Orleans, a quien conoció en el Louvre. La adoró desde el primer instante. Era una mujer exquisita, egresada de la Sorbonne, poseedora de lo que él consideraba «una gran cultura literaria y artística» y que se esforzó durante años por dar a Jerry el barniz verdaderamente chic de que carecía en su época de éxitos mundanos. Además, el contacto con la familia Laffitte, le descubrió «todo un mundo heroico y admirable» que quiso hacer suyo. Llegó a comprender, al igual que Henry de Montherlant, que para preservar la belleza de unas manos de mujer, sus antepasados debieron azotar durante generaciones a sus esclavos negros, en las plantaciones del sur.

Allan Dulles lo reclutó para la CIA en uno de sus viajes a Londres, en 1956, cuando Jerry tenía treinta y ocho años. Trabajó en el Río de la Plata, Guatemala, Cercano Oriente, Egipto y Grecia. Cuanto más viajaba menos conocía los pueblos del mundo; cuanto más viajaba, mayor desprecio sentía por todo lo que no fuera nórdico o francés.

Su vuelta al área latinoamericana se produjo en el 65, cuando la crisis de Santo Domingo. Entre 1965 y 1975 había dirigido siete sistemáticos y dieciocho operativos de la CIA, en Santo Domingo, Brasil, Cuba, Puerto Rico y Colombia.

El plan Joy había sido idea suya, de cabo a rabo, y él, íntimamente, lo consideraba su obra maestra. La sutileza de las palomas también había sido idea suya, aunque en realidad debía al azar, el haberse enterado del descubrimiento del doctor Van Vermeer. Lo demás lo había hecho Dick con su cámara fotográfica y sus genitales.

Cuando Jerry White pudo conocer a fondo el descubrimiento de Van Vermeer y Hunt, su colaborador, en menos de setenta y dos horas elaboró los lineamientos generales del plan Joy.

(Joy era en realidad el nombre de un perfume de Jean Patou, que valía treinta dólares el cuarto de onza en los *Duty-Free Shops* de los aeropuertos internacionales y que su mujer usaba a mansalva, desde el año 1963. Jacqueline, su hija, no había heredado aquel exquisito sentido del perfume que siempre poseyó su madre. Él nunca



le dijo nada, porque no era chic hacerlo, pero desaprobaba que su hija fuera capaz de ponerse a veces, por la mañana un *Cabocharde* de Grès, un *Femme* de Marcel Rochas, perfumes solemnes, y para una noche de gala, aparecerse con un juvenil *Miss Dior*, o un *Débutante de Versailles*. Nunca tendría esa niña el *savoir faire* de su madre. Por su parte, él solo usaba *Vetiver* de Carven).

Cuando estaba en los preparativos del plan, recibió un día una carta de su mujer, a la sazón en San Francisco, y el papel perfumado le había sugerido de inmediato el *charming* contraste de Joy-Tristeza.

Aquel mediodía del cuatro de junio de 1975, Jerry White debía informar a su jefe, Randolph Murdock, sobre la marcha del plan Joy. Cuando terminó de mecanografiar el informe, se puso los espejuelos, encendió un Camel y comenzó a leer:

OPERATIVO RS-347.086/H - Joy - 27 We  
SISTEMÁTICO área: T: 2 0 5

Fase A: Hasta el momento se han logrado todos los objetivos. El enemigo ha hallado el *Myzus persicae* y está haciendo exactamente lo que nosotros queremos. La segunda etapa de la fase A, podrá comenzar con toda probabilidad en la primera semana de julio, junto con el inicio de los injertos.

Fase B: Se ha realizado ya un setenta y seis por ciento del trabajo preparatorio, que se espera esté terminado para fines de junio. Por esa fecha podrá iniciarse la etapa final, coincidente con la brotación de julio. La contaminación total de la isla puede asegurarse para principios de agosto, y se espera que los efectos no comiencen a notarse sino a fines del año 1977.

Mientras la Seguridad cubana siga la línea iniciada con la paloma 47, tendremos asegurado el éxito del plan. Todo indica que están perfectamente desinformados.

ASUNTO VAN VERMEER: El doctor Anton Van Vermeer ha pedido la liquidación de su contrato y manifiesta el deseo de retirarse durante un par de años a vivir en Europa. Estimo que su tarea con nosotros ha sido cumplida lealmente y que se le puede autorizar lo que pide, manteniéndolo, desde luego, bajo vigilancia fotodocumental durante por lo menos dos años.

Jerry White hizo un gesto de complacencia y estampó su firma al pie del documento.

## Junio 4, miércoles

Denis Woods salió de la ducha y se disponía a ver el juego de pelota entre los Medias Rojas de Boston y los Cardenales de Saint Louis, cuando sonó el timbre de la puerta. Era un mensajero de All America Cables que le traía un telegrama de Europa. Denis salió a recibir el sobre en bata de baño y el muchacho se fue encantado con su medio dólar de propina.

El texto del telegrama decía:

*PLEASE QUOTE THIRTY THREE TWENTY ONE HOMESTEAD TYPE STOP NAMES QUALIFIED OPERATORS REQUIRED CORAL GABLES STOP BUSINESS ACCEPTABLE IF MARKET CONDITIONS OKEYED HOMESTEAD STOP NORTH TWENTY FIVE TYPE AVAILABLE FOR EIGHTH ONE TWENTY SIX AND EIGHTH GREETINGS*

WARREN

Warren era el mayor Alba Granados, sobrino de Paco Granados, su viejo amigo y compañero de luchas. Uno de los números que siempre aparecía en la primera línea de los cables de Warren, significaba que aquel texto debía leerse por la secuencia 21.

Denis abrió una pequeña agenda y fue disponiendo las palabras del texto conforme al patrón escogido, en aquel caso para una extensión de treinta y ocho palabras. De ellas solo trece mantenían su verdadera significación, y por la secuencia 21, ocupaban los siguientes lugares:

*twenty five eighty one twenty six eighty Homestead Coral Gables if names qualified.*

El número 33 (*thirty three*), de la primera línea indicaba que las veinticinco palabras restantes (en realidad veintiuna, porque Denis sabía que cuatro eran de relleno, para reforzar el carácter comercial del texto), debían combinarse por la clave 33, basado en un sencillo sistema de transportación de términos en las páginas de un diccionario.

Todas las claves del SCC se basaban en principios casuísticos, para evitar toda posible aplicación de mecanismos lógicos, o matemáticos, que corrían el riesgo de ser desentrañados por los cerebros electrónicos del enemigo. Entre Denis y Warren funcionaban veintisiete secuencias y cincuenta claves, todas ellas casuísticas e irracionales, como para atormentar a cualquier criptógrafo. Para la clave 33, se utilizaba un falso Webster, editado por Joseph Devlin en 1943, y completamente fuera de circulación en los Estados Unidos. De ese mismo diccionario el SCC poseía

otro ejemplar en La Habana. Para los nombres propios se usaban mecanismos de conmutación silábica, que ya estaban previstos en las claves.

Cuando Denis concluyó todas las operaciones de la clave 33, pudo leer:

*FIND LARGE CITRUS GREENHOUSE ALONG 2581 2680 IMAGINARY LINE PARTICULARLY BETWEEN HOMESTEAD AND CORAL GABLES STOP IF POSSIBLE PRODUCE NAMES OF HIGH QUALIFIED SCIENTISTS WORKING RECENTLY THERE STOP GREETINGS*

WARREN

O sea:

*BUSCA GRANDES INVERNADEROS DE CÍTRICOS A LO LARGO DE LA LÍNEA IMAGINARIA 2581 2680 ESPECIALMENTE ENTRE HOMESTEAD Y CORAL GABLES PUNTO SI ES POSIBLE OBTÉN NOMBRES DE CIENTÍFICOS QUE HAYAN TRABAJADO ALLÍ RECIENTEMENTE PUNTO SALUDOS*

WARREN

Denis miró un mapa de los Estados Unidos y comprendió enseguida que las cifras 2581 y 2680 correspondían a dos puntos geográficos: el primero en la intersección de los 25° N con los 81° W, y el segundo en los 26° N con los 80° W. Entre esos dos puntos estaba la línea que él debía explorar.

Además, la penúltima palabra «saludos», significaba, urgentísimo.

Denis sabía que Fernando jamás usaba el término si no mediaba una necesidad. Se quedó un momento pensativo; luego se puso de pie y comenzó a caminar por la sala, con los brazos cruzados. El juego iba cero a cero en el segundo *inning*. Ya no le interesaba verlo. Apagó el televisor y puso en la radio un programa de música. Se sentó en una mecedora y encendió un cigarro; pero notó que tenía hambre. Fue a la cocina y se preparó un *sandwich* de atún, rodajas de huevo duro y mostaza en cantidades libérrimas. El atún y el huevo duro los incluyó porque estaban a mano. Lo que a él le interesaba era el sabor de la mostaza y que el *sandwich* fuera bien gordo.

Cuando estaba destapando la botellita de *lager* volvió a oír aquellas notas, después de tantos años:

Con el Vito, Vito, Vito

Con el Vito, Vito va...

Y prosiguió con su versión preferida, que le brotó incontenible y visceral:

Va toda la flor de España

la flor más roja del pueblo.

Los recuerdos se le agolparon en aquel momento como un alud. «¡Habla, Gallego, cabrón! Mira que si no me lo dices ahora, te las arranco; te juro que te las arranco.

¿Dónde los escondiste? ¡Tráeme la pinza, Bebo!». Y el Dañino te decía: «¡No seas tan bruto, Gallego! Mira que la Fiera te deja sin uñas; y te las va a arrancar p'atrás, pa' que sufras más. ¡No seas tan cuadrado, Gallego! ¿Dónde tienes a la gente escondida? ¿Dónde está Granados?». Y tú: «¡Vete a la mierda!». Y la Fiera: «De verdá qu'es el gallego más bruto qu'he visto». Y tú: «Pero no soy asesino, maricón ni lameculos». Y la Fiera: «¡Voy pa'ti, Gallego! Vamos a ver si eres tan guapo». Y tú: «Ja, ja, ja: mira qué susto tengo». Y la Fiera, enfurecido de verdad: «¡Aguántenlo, aguántenmele las patas, amárrenlo ahí, tú por atrás, Dañino!». La pinza te cogió la uña del dedo gordo, y a ti, Gallego, te dio por ponerte a cantar *El Vito* con la letra del Ejército Republicano: «Con el Quinto, Quinto, Quinto, / con el Quinto Regimiento / va toda la flor de España / la flor más roja del pueblo». Y ellos: «¿Vas a hablar, Gallego, cabrón?». «Con el Quinto, Quinto...». Tú nunca te lo explicaste, pero en aquel momento hasta tenías ganas de que te arrancaran las uñas. Era tanta tu rabia que no sentías deseos sino de apabullar a aquellos miserables con tu hombría. Era tanta tu rabia que no sentías dolor. Recordaste aquellos Miura, que siempre te impresionaban tanto, pues cuanto más hondo les enterraban la pica en la cerviz, en vez de retroceder ante el dolor, embestían con mayor furia. Tú eras un Miura. El dolor se te hacía rabia. «¡Cosa más grande! Le tengo arrancada media uña, y canta el gallego, animal...». «... va toda la flor de España / la flor más roja del pueblo». Y el Bebo: «Démosle guiso ya, Fiera». «Pero antes le voy a sacar todas las uñas». Cuando la pinza ya te había desgarrado casi todo el dedo gordo halando la uña hacia atrás, tú, Rafael Navarro Díaz, alias *el Gallego*, alias *Denis Woods*, te empezaste reír a carcajadas y a decirle a la Fiera que no te hiciera cosquillas que te iba matar de risa. Y en verdad que tú no sufrías. No sentías dolor: sentías la infinita alegría de saberte capaz de morir con dignidad, sin doblegarte en ningún momento. Y la Fiera: «¡Me cago en tu madre, gallego de mierda! A mí nadie me tira guapería». La lluvia de golpes y patadas fue terrible. Con la misma pinza de la que colgaba todavía la uña con pedazos sanguinolentos de carne desgarrada, la Fiera te golpeó el rostro y te hizo esa cicatriz que aún tienes en el pómulo. Los tres te dieron sin piedad, hasta que perdiste el conocimiento y paraste de reír y cantar. Pero oías voces; la del Bebo, de la Fiera, de Krause, el verdugo de Montpellier, que también te había torturado salvajemente. «Pongámosle un trapo ahí, para que no nos cague todo el piso», decía el Bebo; y la Fiera: «Sí, qu'el coronel después se encabrona». Al rato te echaron un cubo de agua en la cara, pero tú ya no estabas allí: Madrid, Guadalajara, el Ejército del Ebro... «El soldado Rafael Navarro Díaz, condecorado por su heroica acción en el combate de Poble de Mataluco...». Luego la Sierra de Gandols, el combate de Villalba de los Arcos... Se te agolpaban los recuerdos, pero no podías abrir los ojos. La hinchazón debía ser enorme. Luego los Pirineos, los maquis. «¿De qué tú te ríes, Gallego?» oías que te preguntaban. Y tú delirabas en francés: «*Même sans couillons je serai toujours plus brave que toi*». «*Was hat er gesagt?*», ladraba Krause. Si no estalla la bomba que pusieron los *maquisards*, ese día Krause te capa, Rafael. «*Parle,*

*cochon! Oú les as-tu cachés?»*. «Mañana sigue el baile, Gallego: si no sueltas dónde escondiste a esa gente, mañana va abajo la uña del otro dedo». «*Je m'en fous*». «¿Qué está diciendo?». «S'enloqueció pal carajo. ¿No ves que ya lo descojonaste, Fiera? Debimos darle guiso». «*Vive la France!*». «¡Mira pa'eso!». «*Du, Schweinehund!*». Golpes de Krause. Golpes y más golpes sobre la nariz, los labios... «¿Sigues tirando guapería, Gallego? Mira que yo sí me vuelvo a remangar y t'entro otra vez a piñazos». «Arriba los pobres del mun...». La patada en el estómago produjo un vómito violento. «¿No te dije que te ibas a cagar, tú?». «Es que me jode que sea tan respondón». Y después te tuvieron más de una semana sin torturarte y tú te preguntabas qué habría pasado. Los dolores en el pie y la cabeza te hacían desear que vinieran cuando antes a rematarte. Y un día, se te apareció el coronel en la celda. Venía todo vestido de blanco: «Estamos seguros de que tú tienes escondidos a Paco Granados y a los otros terroristas...». Que sí, que la cosa estaba clara, y además, las declaraciones de Angelito y Alberto coincidían... En verdad, tú no tenías cómo negar las pruebas: tú habías conseguido las armas, el dinero, las casa para los tres que se escaparon. Pero nadie más que tú conocía la casa: por eso no te mataban. Y tú, lo que querías en aquel momento era que te mataran de una vez. ¿Y el coronel era tan bruto que creía que después de lo que te habían hecho tú ibas a hablar? ¡No hombre, no! Tú no ibas a hablar. Que lo supiera bien. Te volvió a coger la rabia y te pusiste soberbio. Vaya, que sí, que honestamente tú sabías dónde estaban los tres. Y el coronel: ¿entonces...? Y tú: entonces nada; entonces que no te jodiera más el coronelito de pacotilla, coronelito de mierda, coronelito torturador, mequetrefe, marioneta y el coño de su madre. Y el coronel muy tranquilo: no, no, claro. Él sabía que los comunistas fanáticos, adoctrinados por Moscú, no hablaban pero quizá...

Cuando tú viste entrar en la celda a tus dos hijos, de once y trece años, descalzos, mirándote con ojos despavoridos, comprendiste de golpe lo terrible de tu situación. Quisiste morir en ese mismo instante. Hiciste ademán de adelantarte para abrazarlos, pero el guardia que los traía se te interpuso. Tú le viste la pistola terciada por delante en el cinto. Fue una fracción de segundo. La mejor solución era que tú mismo te mataras en el acto. Era la única forma de salvar a los niños, pobres angelitos, de la tortura. Y si manoteabas la pistola del guardia, quizá... Tu zarpazo se produjo con increíble exactitud. Un resto de rabia hizo que antes de darte el tiro le dispararas al coronel, pero erraste. Al otro guardia, en cambio, se la metiste en la misma frente y cayó a un lado agarrándose la cabeza. En otra fracción de segundo, cambiaste de idea: ¡Manos arriba, coronel! Ya no querías matar al coronel ni matarte tú. El coronel más pálido que su dril cien, alzó las manos. Tú mismo lo desarmaste y lo obligaste a morder el caño de tu pistola. Ya no sentías dolor en el pie ni en la cabeza. «Muerde aquí, coronel; muerde». Todo ocurrió en cinco segundos, quizá siete, o diez. Cuando vinieron los demás, ametralladoras en mano, el coronel iba caminando hacia atrás y haciendo gestos expresivos con las manos, para que nadie se interpusiera. Siguió mordiendo el caño escaleras arriba en una posición de lo más ridícula. Los guardias

lo miraban boquiabiertos, impotentes. Lo hiciste cruzar dos patios y saliste al parqueo interior, adonde estaba el carro del coronel. Lo hiciste arrodillarse como un perro. En un momento en que quiso decir algo, el caño le llegó hasta la úvula e hizo una arcada. Ya no intentó hablar. Ahora las órdenes las dabas tú, ¡qué carajo! Él creía estar en manos de un loco furioso. ¿Cómo te arriesgaste a pedir asilo en la embajada de los Estados Unidos? Bueno, al fin y al cabo era tu embajada. El FBI informó enseguida: «Navarro Díaz, Rafael, nacido en Brooklyn, Nueva York, el 1ro. de marzo de 1916. Comunista desde 1934, voluntario rojo en la Guerra Civil Española, combatiente de la Resistencia Francesa entre 1940 y 1943 en Arles, Montpellier y Marsella. Desaparecido en 1944». Volvías a aparecer catorce años después, más rojo y peligroso que nunca; pero si no te ponían en tu país sano y salvo, el escándalo que ibas a formar en la embajada iba a ser del carajo, y el embajador se acobardó, o quizá prefería evitar que se difundiese la noticia de que en la embajada de los Estados Unidos se había metido un revolucionario con dos niños y un rehén de la dictadura. El batistato consideró que lo mejor era echarle tierra al asunto y no dejar que la cosa trascendiera. Decidieron deportarte, con tus dos hijos. Regresaste a los Estados Unidos como repatriado. Tu mujer, Teresita, vieja combatiente contra el machadato, a quien conocieras en México, había muerto en el 55.

Rafael Navarro Díaz había ingresado en Seguridad del Estado en 1961 y desde esa época actuaba con el nombre de Denis Woods. Tenía entonces cuarenta y cinco años y Seguridad no había esperado grandes proezas de su parte. Sin embargo, su condición de hablante nativo del inglés y sus buenas relaciones con el ambiente político y comercial de la Florida le habían servido para realizar una fecunda tarea de información, y sobre todo de enlace.

Nunca se infiltró en los círculos de contrarrevolucionarios cubanos; ni se relacionó en directo con la CIA, pero tenía contactos personales con gente de ambos grupos. Ya contaba casi sesenta años. Era un comerciante próspero, exportador de maquinaria agrícola y propietario de un taller de montajes eléctricos. Gozaba de una magnífica salud. Pelo blanco, cejas negras, rostro enjuto, ojos como dos carbones. Era delgado, nervioso y de estatura media. Comía y bebía como un joven.

Nadie hubiera imaginado quién era aquel hombre, que desde hacía unos años, anunciaba su retiro a una finca que había comprado en California.

## Junio 7, sábado

Alba caminó desde el Ermitage hasta la orilla del Neva. Recordó que en aquellos bancos pasaba muchas horas contemplando el ruidoso vuelo de las gaviotas, y en ese cálido mes de junio, el espectáculo sin par de las noches blancas; pero en sus recuerdos se grabó sobre todo la imagen de la ciudad invernal, cubierta de nieve. ¡Qué punzante nostalgia! ¡Qué angustia, la de aquel primer invierno! ¡Qué abatido se sentía durante los dos primeros meses! Luego, poco a poco, comenzó a mitigarse su angustia, gracias al calor de la gente, al trabajo diario en la Universidad, a los amigos, a los familiares de los amigos. El sentimiento de indeleble amistad que aquel pueblo profesaba a su país, a su Revolución, lo hicieron sentirse mejor. Su angustia se convirtió en una especie de inquietud, en un dolorcillo llevadero, en una leve melancolía, pero que lo llenaba de una paradójica energía y lo forzaba a un estado de vigilia casi alucinante. Cierta música, por ejemplo la de Brahms, la de Beethoven, nunca le había mordido en la carne como allí. Comprendió entonces al Tolstoi de la *Sonata a Kreutzer*, cuando se quejaba angustiado: «*Que me veut, cette musique?*». Era como si durante el invierno boreal se le aguzaran todos los sentidos, como si le crecieran antenas largas y sensitivas receptoras de una realidad más rica. Observaba la coloración de las aguas del Neva, notaba contrastes de luz y sombra que no percibiera antes; veía gradaciones tonales, ritmos de las formas, de los volúmenes; a veces parecía que los gritos afónicos de las gaviotas contrapunteaban con las sirenas de las fábricas. Durante los seis inviernos que Alba pasó en Leningrado sentía una electricidad epidérmica, oía himnos y voces, observaba detalles nuevos en los rostros de la gente, en sus gestos, en sus ropas y su andar; advertía los requiebros más banales en las fachadas del barroco peterburgués; y los cuadros del Ermitage se le movían como cine. Algunos retratos poblaban sus sueños.

Aquella melancolía del primer invierno, volvió a repetirse durante cinco inviernos más. El dolorcillo, seguía, estaba ahí. A la entrada del tercer aniversario, Alba lo esperaba ya. En aquel estado de espíritu le fue más fácil comprender el «alma eslava», los versos de Pushkin, el mundo de Dostoievski.

También la gesta de octubre adquiría allí otra dimensión a sus ojos. El pasearse junto al crucero *Aurora*, frente al *Smolny*, por los jardines del Palacio de Verano; el reconocer lugares frecuentados por sus héroes y contemplar las anchas avenidas de hoy, le apuntaban su confianza en el futuro de la humanidad.

Al volver ahora, al cabo de tantos años y divisar la fachada de la Universidad, sintió de pronto como si nunca se hubiera marchado de Leningrado, como si aquellas torres, puentes, vastas perspectivas, hubiesen estado siempre unidas a su vida. Sin

duda, aquella era un poco su ciudad, su Universidad, que tanto lo había distinguido y de la que tan orgulloso se sentía. En ella había pasado seis años definitivos para su formación científica; pero además, el ambiente y las personas relacionadas con aquel edificio al que miraba ahora con ojos agradecidos, habían hecho de él un hombre culto en sentido general, un espíritu abierto a todos los problemas del mundo, del arte, de la historia; le había dado una perspectiva humanística, filosófica, y mayores razones para servir a su patria en cualquier terreno. ¿Cómo no iba a querer aquella casa veneranda? Los ojos duros y rasgados de Alba (*el Tártaro*, lo llamaban sus camaradas de aula), miraban el viejo edificio con una expresión de inefable cariño, que parecía tanto mayor, por provenir de aquellos ojos duros y rasgados.

Al acercarse, disminuyó el paso para comprobar con fruición si aún guardaba en su memoria todos los detalles de la fachada.

¿Estaría todavía Piotr Efímovich, el viejo conserje? Una verdadera institución, Piotr. Gran admirador de Cuba y de Fidel. El nuevo conserje había ocupado su puesto hacía dos años. Piotr Efímovich se había jubilado en el 73. ¿Qué lástima! Alba no se atrevió a regalarle los tabacos al nuevo conserje. Y por favor: ¿El académico Ustinov estaría en su departamento? Sí camarada, en el tercer piso, sala 311. Muchas gracias.

Subió por la escalera, buscando con la mirada algún rostro conocido. ¡Qué tontería! ¡No era posible! Pero de pronto, a sus espaldas: ¡Fiernanda!

¿Sería él? ¿Y a qué otro Fiernanda iba a ser, si no? Al volverse, vio una figura de oso gigantesco, con una inmensa barba rubia, que se acercaba con los brazos abiertos y que en menos de lo que canta un gallo le había estampado dos besotes en sendas mejillas. No, Alba no podía adivinar. Que el oso rubio dijera quién era, por favor. ¿Entonces él, Fiernanda Alba, no se acordaba ya de sus viejos amigos? ¿Se había olvidado de sus *daraguíye drusiá*? ¿No se acordaba de Nicolai Vasilievich? ¡*Kaniechna*, Nicolai! Que le repitiera el abrazo. Sí, otro abrazo. ¿Y cómo era posible que Nicolai se hubiera puesto tan gordo y tan feo? Pues, para impresionar a los alumnos y lograr que lo respetaran. ¡Vaya, vaya, con Nicolai! ¡Todo un catedrático! ¿Estaba en docencia? Sí, llevaba dos años como adjunto de Oceanología. ¿Y Vania? Vania en Novosibirsk. ¿Y Andrianov? En el Baikal-Amur. ¿Y su mujer, Natasha? Bien, gracias, pariendo en esos días. Nicolai quería esa noche darle una sorpresa a Natasha y llevarle al viejo amigo. ¿Sí, Fiernanda? Fernando lo llamaría antes de las cinco para confirmarle si le sería posible. Todo dependía de una entrevista con Ustinov. Bueno, muy bien: que lo llamara a aquel número y a aquella extensión. *Dasvidania, dasvidania.*

En el 311 estaba el profesor Alexei Ustinov con un grupo de gente. Cuando le anunciaron que el Tártaro estaba allí, salió corriendo con la túnica desabrochada, y le dio tan efusivo abrazo que los presentes lo creyeron su hijo pródigo.

No era su hijo, pero era uno de sus grandes afectos y uno de sus mejores discípulos. Lo único que Ustinov lamentaba era que el Tártaro no se hubiese consagrado a las ciencias puras, a la investigación. Cuando se tenía una cabeza como



la suya, no se debía desperdiciarla en otros menesteres. ¡El profesor Ustinov no podía saber qué bien aprovechada estaba la cabeza de Fernando Alba! ¡Pero profesor! ¿No había acabado de saludarlo y ya iba a empezar otra vez con el viejo sermón? Bueno, pero la candidatura sí la haría, ¿verdad Fiernanda? Eso sí, profesor: incluso ya había escogido el tema y hacía más de un año que estaba leyendo diversos materiales relacionados. ¿Cuál era el tema? Feromonas. Y a propósito, ¿Ustinov le había conseguido la entrevista con el académico Mussorski? Sí, en principio para el día 9, en casa de Mussorski, en Moscú. Pero había surgido un inconveniente. Mussorski había llamado a Ustinov para anunciarle que tenía que viajar de improviso, nada menos que a Vladivostok, de donde no regresaría hasta el día 13. De todos modos, si Alba tenía mucha urgencia, Mussorski lo recibiría gustosamente allá, en el hotel la Perla del Este, o en el Instituto de Zoología de la Academia de Ciencias del Lejano Oriente. Ustinov tenía incluso sus números de teléfono. ¿Alba esperaría el regreso de Mussorski? No, profesor, Alba saldría para Moscú en el primer avión, y de allí trataría de llegar a Vladivostok a mediodía o en la tarde del día siguiente. ¡Tremendo viaje! ¿No habría la posibilidad de regresar a Cuba, vía Canadá, por el Pacífico? ¿No habría algún vuelo Vladivostok-Vancouver, por ejemplo? Si era así, quizá pudiera dar la vuelta al mundo en tres o cuatro días y sin matarse. No estaba mal, ¿verdad?

**Junio 10, martes**

—Llámale como quieras, pero eso no fue lo que hablamos —protestó Elpidio—. Yo te dije que le explicarás bien clarito al coronel, que yo le servía en eso de regar los tubos con los piojos, pero hasta ahí. ¡Los piojos y más na!

—¡Coño! ¿Y de qué te quejas? —replicó Sepúlveda—. Te has ganado cinco mil pesos de jamón, en un ratito, porque no me vas a decir que en esa bobería te has demorado más de una semana...

«¿Cómo se habrá enterado el coronel de que yo estaba aquí?», pensó Elpidio Zamora.

—... y ahora que se te ofrece el doble por hacer otra bobería que nadie se va a dar cuenta...

—¿Ah, bobería? ¿Y quién es que se la juega? —dijo Elpidio con gesto torvo.

—Que te la juegas, ¡¿de qué, chico?! —replicó Sepúlveda, echando hacia delante los dorsos de ambas manos, frente al rostro del otro—. Si lo que tú hagas ahora, no se va a saber hasta dentro de uno o dos años...

«¿Cómo rayos se habrá enterado el coronel?».

—¿Un año o dos? Da lo mismo que fueran diez; porque cuando le quiten la tapa al pomo y empiece a salir olor a mierda, ¿quién va a dar la cara? ¿De quién van a sospechar?

—Estás apendejao, Elpidio. ¡A-pen-de-jao! —dijo Sepúlveda, vaciando de una sentada media botella de cerveza.

—Apendejao, na —contestó Elpidio airado—. Que los primeros sospechosos vamos a ser los del vivero: yo aquí y el otro en Camagüey.

—¿Y por qué ustedes? ¿Por qué no los demás?

—¿Quieres saber por qué? Pues porque en estos planes, todos son una partida de comemierdas sin ningún pasado, y están más limpios qu'el carajo, y hasta hay veintipico de militantes.

—¡Coño, Elpidio! ¿Y tú no dices que eres vanguardia, y todo eso?

—Yo lo que soy es una yegua trabajando y me los he echao en el bolsillo; pero si les da por averiguar, y me chequean de verdá los documentos y el nombre y la libreta de la comida, y se enteran qu'estoy viviendo con los papeles de un muerto que yo mismo m'eché al pico, el paredón que me van a dar va a ser de madre, ¿sabes?

—Pero tú no quieres entender, Fiera...

—¡Llámame Elpidio, coño!

—Lo que yo te quiero decir es que cuando se forme el correcorre tú no tienes por qué estar aquí —dijo Sepúlveda y abrió muy grandes los ojos mientras se golpeaba

rápida y alternativamente palmas y dorsos de ambas manos—. Lo que se te pide ahora es que cueles unas doscientas yemas entre las cuatro o cinco mil que vas a cortar todos los días.

—¡Sí hombre, eso yo lo sé, y pa'mí es botao! Además, yo sé que antes de un año nadie va a notar nada, y vamos a admitir que ustedes me saquen —dijo Elpidio con un gesto escéptico—. Está muy bien; pero, ¿y después qué?

—¿Cómo, después qué?

—Óyeme lo que te voy a decir —anunció Elpidio y se llevó una botella llena a los labios.

Sepúlveda observó con su cabeza apoyada en dos dedos que sostenían un cigarro humeante, cómo la nuez de Elpidio subía y bajaba hasta tomarse unos tres cuartos de botella.

—Yo ya pasé los cincuenta —prosiguió Elpidio, luego de emitir un eructo espeluznante—, y si me piro pa'l Norte, los dólares que me den los gringos no me van a servir de mucho: bolita, trago, mujeres... En dos meses estoy otra vez en cueros, y yo sí no voy a ir a allá a pinchar.

—¡Coño! ¿Y no pinchas aquí?

—No es lo mismo, tú. Yo aquí me siento alguien...

—¡No me hagas reír, Elpidio!

—No, no, no —se apresuró a aclarar Elpidio—; no es lo que tú crees. No es por ser vanguardia, ni ninguna de esas comemierderías. Lo que pasa es que yo me doy gusto haciéndoles daño, ¿m' entiendes?

—No, Elpidio; de verdad que no te entiendo —dijo Sepúlveda mientras le hacía una uve al camarero.

—El daño se lo hago todos los días —prosiguió Elpidio—; gotica por gotica, desde que bajé del Escambray. Vivo para hacerles daño, sin que nadie me mande. Esa es mi vida, ese es mi bacilón, ¿m' entiendes?

«¡Qué clase de aberrado!», pensó Sepúlveda. «Está más loco qu'el carajo».

—Yo les voy a todos los círculos de estudio, opino, hablo; voy a los trabajos productivos, me como los surcos, y fíjate bien lo que te voy a decir...

Se quedó con el dedo levantado y largó otro eructo. «¡Qué asqueroso!», pensó Sepúlveda.

—... no soy ejemplar, porque no me da la gana.

—¿Y eso?

—A todo el mundo le he hecho saber... ¡Oye, tráeme unos Populares!... le he hecho saber que soy santero, y el día de san Lázaro me voy pa' Regla y no estoy pa' nadie.

—Pero, ¿y eso por qué? —preguntó Sepúlveda divertido.

—Es que no quiero pasar de vanguardia, pa' que no me anden averiguando demasiado, ¿m' entiendes cómo es?

«Mientras sigan reclutando tarados como este, nunca vamos a salir de las

chapucerías», pensó Sepúlveda.

—Pero yo les cobro caro la vanguardia, los círculos, los trabajos voluntarios... Todo eso lo tengo tarifado...

—¿Cómo tarifado?

—Por cada círculo que me tengo que disparar, les rompo mínimo, mínimo, dos mil pesos y por cada trabajo voluntario cuatro mil: les enveneno unos puercos, les jodo el motor de una bomba, le quito una pieza a un tractor...

«¡Cosa más grande!».

—Tú lo que me has salido es tremendo romántico, Elpidio, y así no se llega a ningún lado. El trabajo solitario no sirve. P'acabar con esto lo que hay que hacer es unirse.

—¡No me digas! ¡Qué bien! ¿Así que tú también eres de los que van a botar a los comunistas de Cuba? ¡No me jodas, tú! ¡Ni tú mismo te lo crees!

—Y entonces, ¿para qué luchamos? —replicó Sepúlveda.

—Mira viejo: yo no como esa clase de cuentos. Hace diez años me los tragué, pero ya no; y cada vez que oigo hablar de eso me enfermo.

—¡Coño! Tú eres más raro qu'el carajo, Elpidio —dijo Sepúlveda alzando la voz, al ver acercarse al camarero.

—Y además, te voy a decir una cosa —prosiguió Elpidio, abriendo la cajetilla de Populares con la uña del meñique—. Yo odio a esta gente, seguro, seguro, más que tú y más qu'el mismo coronel; pero yo sé que no hay quien los bote de aquí. ¿Y quieres saber por qué? —añadió bajando la voz, y cogiendo a Sepúlveda que había avanzado la cabeza, por la solapa de la camisa—. Porque no tienen ambiciones y se conforman con cualquier cosa. Y a nosotros nadie nos conforma con nada —agregó, tras reclinarse otra vez sobre el respaldo de la silla.

—¡Tú estás adoctrinado, Elpidio! —dijo Sepúlveda—. A ti lo que hay que hacerte es un lavado de cerebro con cepillo de alambre. Además, yo no vine aquí a hablar basura contigo.

—Entonces no me vengas con la mierda esa de que vas a botar a los comunistas. Yo seré cualquier cosa, pero no como cuentos de nadie. Con el teque ese del anticomunismo, la democracia y la libertad, yo he arrancado uñas, ojos, timbales y sé de lo que estoy hablando...

—Bueno, bueno: ya —lo interrumpió Sepúlveda con ambas manos en alto—. Yo no tengo por qué discutir contigo. Tú vas a hacer lo que se te mande y pa'l carajo; y si no, ya tú sabes...

—¡Así sí! Yo voy a hacer lo que ustedes me manden, porque me tienen cogido, porque me conocen la historia; pero no de comemierda ni de regalao.

«¿Cómo cojones se habrá enterado el coronel?».

# 31

## Junio 12, jueves

El comandante López rasgó el sobre y se puso a leer:

«ASUNTO: INRA - HS - 234

»de: SCC/B

»Comandante Luciano López

»E. S. D.

»Confidencial

»Compañero comandante:

»El día 3 de junio tuve la primera reunión con los directores de Sanidad Vegetal y Virología de los Cítricos del INRA. Desde entonces estamos en contacto diario.

»Se teme un sabotaje a escala nacional, mediante la introducción del virus de la Tristeza, que ha devastado los cítricos en distintas partes del mundo, de manera fulminante. En Cuba no ha penetrado nunca, pero nuestras plantaciones están injertadas sobre un árbol patrón, que es el naranjo agrio, muy resistente a las enfermedades tropicales, pero indefenso ante el virus de la Tristeza.

»La totalidad de nuestra producción citrícola está en peligro. No hay alarma, porque pese a las constantes búsquedas, el virus no ha sido observado. Sin embargo, el pulgón detectado primero en Guane y luego en Ciego de Ávila, podría ser la primera parte de un plan, para luego introducir el virus. Virología cree que ese pulgón del melocotón, que inusualmente se comporta como consumidor de cítricos, es el producto de una mutación provocada en laboratorios. El académico Mussorski, una de las altas autoridades mundiales en fisiología de los áfidos, a quien consulté recientemente en la Unión Soviética ha confirmado esa hipótesis, luego de examinar las muestras que pusimos a su disposición. Cree que se trata de una mutación, aunque discrepa respecto a la posibilidad de que sea inducida. Considera que la ciencia actual no está en condiciones de realizar algo semejante, dirigido desde un comienzo a cambiar la base alimenticia de seres relativamente complejos como los áfidos, pero piensa que la mutación pudo producirse de manera casual, y el enemigo se haya valido de ella para perpetrar un sabotaje.

»Ese pulgón, cuyo nombre científico es *Myzus persicae*, ataca habitualmente las plantas solanáceas y rosáceas, y no hay dudas de que tras los ejemplares de Guane y Ciego de Ávila está la mano del enemigo. Virología piensa, con absoluta lógica, que lo han convertido en consumidor de cítricos para que pueda actuar como vector de la Tristeza; y nosotros creemos, que aunque no sea una mutación inducida, sino casual,

a los efectos del sabotaje, es igualmente peligroso.

»Sobre la base de los análisis efectuados por microscopía electrónica, se puede suponer que hasta hace setenta y dos horas, el virus no ha penetrado en nuestro territorio. Ello hace suponer también que no utilizarán por ahora pulgones contaminados con el virus, sino que procurarán obtener una buena propagación, antes de que comiencen los injertos en el mes de julio. Para esa época, probablemente tratarán de introducir en los viveros de Guane y Camagüey yemas contaminadas.

»El enemigo parece haber escogido un método de propagación muy lento, pero muy seguro, quizá con miras de afectar la producción de los años venideros, sin interesarse por realizar un daño que en estos momentos podría ser de consideración, pero solo parcial. La idea sería tal vez destruir toda la citricultura de Cuba para la década del 80. Si hubieran querido hacer un sabotaje rápido, habrían podido lanzar varios cientos de miles de *Toxoptera citricidus* (Kirkaldy), vector natural del virus de la Tristeza, ya contaminados. Pero ese vector, demasiado conocido y vigilado por nuestra Sanidad Vegetal y por nuestros virologos, habría sido detectado en menos de una semana, y quizá en otra semana, controlado por diferentes métodos. Con un sabotaje de ese tipo, nos habrían obligado a destruir quizá uno o dos millones de árboles, pero la evidencia del sabotaje los habría puesto en aprietos ante la opinión pública mundial, con muy pocos resultados. En cambio con un vector que pertenece a la fauna cubana, que ataca sin graves consecuencias distintos cultivos, como la papa y otras solanáceas, no sería descabellado pensar, por parte de ellos, que las autoridades sanitarias cubanas no advirtieran sino demasiado tarde la presencia del virus, cuando ya estuviesen perdidos los cuarenta millones de árboles previstos para 1980. Tratarían de arruinar así el brillante futuro al que pueden aspirar los cítricos de Cuba en esa década. Existen varias razones que justifican ese punto de vista.

»En primer lugar, Cuba parece tener condiciones naturales favorables para el desarrollo de una citricultura sana, y un medio ambiente resistente a las plagas más terribles del cultivo.

»En segundo lugar, la planificación socialista y un eficiente sistema de centralización sanitaria, alejan cada vez más la eventualidad de un revés en el plano patológico. Países como España, Israel y los propios Estados Unidos deben dedicar un enorme esfuerzo a controlar una serie de enfermedades que existen en sus territorios y gravan muchísimo la rentabilidad.

»En tercer lugar, por tratarse de un cultivo muy poco mecanizable y al mismo tiempo de alto nivel agronómico, produce la contradicción de que solo es factible en gran escala en países de elevado desarrollo técnico, en los que, al mismo tiempo, es difícil hallar esa mano de obra abundante que se requiere en los momentos críticos, como el de la cosecha. Cuba es el único país socialista que cultiva cítricos en gran escala, y aparte de que no conoce crisis ni picos, tiene resuelto el problema de la mano de obra.

»En cuarto lugar, y esto sin duda es lo que más preocupa al imperialismo, se

espera para los años próximos una crisis de superproducción, que hará estragos en los mercados capitalistas y en los precios de los frutos. (Son muchos los países abocados a incrementar su producción). En este sentido, Cuba tampoco confronta problemas, pues como miembro del CAME, tiene colocado en los países socialistas el grueso de sus cosechas.

»En fin, no parecería disparatado que el enemigo tratara de privar a nuestro país de esa perspectiva, pues dentro del marco de la agresión económica, los cítricos constituyen un objetivo importante.

»Después de haber discutido la situación con los compañeros del INRA, nuestra sección propone como tareas inmediatas:

- »1º Introducir personal de Seguridad en los viveros de los planes Dos de Diciembre de Guane y Pepito Tey de Ciego de Ávila. (Esto ya se ha hecho.)
- »2º Preparar por lo menos dos agentes para cada uno de los viveros del país, donde se vayan a realizar injertos desde mediados de junio. En julio se necesitarán ciento ochenta compañeros y ya hemos situado la solicitud ante las instancias pertinentes.
- »3º Solicitar a la Superioridad que interceda ante los organismos competentes, para darnos prioridad en el uso de algunos microscopios electrónicos, disponibles en el país, y pedir la colaboración de los países hermanos del campo socialista.

»Por su parte, Sanidad Vegetal y Virología del INRA, en unión de Salud Pública, Universidades y Academia de Ciencias, coordinarán trabajos de vigilancia estricta, dentro de una atmósfera de discreción, con elementos de la máxima confianza de nuestro Ministerio, para la detección del *Myzus persicae* en otras áreas del país. Se supone que el sabotaje no se limitará a Guane y Ciego de Ávila y tenemos la esperanza de que con un buen sistema de vigilancia en los viveros y disponibilidad de microscopios electrónicos, podamos coger a los saboteadores y denunciar enseguida el caso, con pruebas fehacientes, ante los organismos internacionales.

»Por mi parte, sin consultar a los compañeros del INRA, he logrado en la Unión Soviética la colaboración de dos especialistas del grupo del académico Mussorski, que llegarán a Cuba la semana próxima, para estudiar las posibilidades de iniciar un control biológico mediante el empleo de feromonas específicas. Naturalmente, los resultados de este trabajo son hipotéticos, por lo cual omito referir detalles».

El comandante López se puso de pie, caminó hasta una mesita próxima y se sirvió un vaso de agua. «Buen informe», pensó. Volvió a sentarse, contó las páginas que le quedaban por leer y vio que ya iba a terminar. Encendió un cigarro y prosiguió.

«Sobre la base de los antecedentes expuestos, procedo a esbozar los lineamientos

generales del plan convenido, en consulta con los compañeros del INRA, para conocimiento de la Superioridad y su correspondiente aprobación.

»No aplicar por el momento medidas cuarentenarias. No iniciar ninguna campaña para la erradicación del vector, mientras no se detecte la presencia del virus. Esto entraña un riesgo, pero permite alentar la esperanza de detectar a la banda de saboteadores, de conocer a sus instigadores y de poder denunciar el caso ante la opinión pública mundial con pruebas irrefutables.

»Si pese a nuestras medidas de seguridad, en algún momento se constatará la presencia del virus, habrá una sola medida a tomar: la lucha física y frontal, para lo cual hemos previsto:

- »1º Desmontar con buldósers las plantaciones afectadas.
- »2º Aplicar a los treinta millones de árboles actualmente sembrados, productos retardadores de la brotación;
- »3º Iniciar una tenaz campaña contra el vector, a base de insecticidas.

»Esto costaría al país no menos de un millón de árboles y probablemente una gran merma en la calidad de la producción para el próximo año, por los efectos del tratamiento con insecticidas y demás productos químicos aplicados en dosis fortísimas.

»Por último, confiamos en que las gestiones iniciadas por nuestros combatientes en el exterior, puedan proporcionarnos alguna utilidad en esta emergencia. De esto informaremos oportunamente, si logramos obtener elementos concretos.

»Le saluda, revolucionariamente,  
»Mayor Fernando Alba Granados.  
»SCC/B».

El comandante López cogió un lápiz bicolor, azul y rojo, y comenzó nuevamente a leer el informe.



**Junio 12, jueves**

Denis recibió el cifrado de Alba el día 4 por la noche. Eso fue un miércoles. Al día siguiente por la mañana, Denis se dirigió a su negocio, estuvo hasta las diez dando instrucciones para el trabajo de la semana y anunció a Fred Erwin, su empleado más viejo y en ausencia de Denis el gerente del establecimiento, que faltaría durante algunos días. Le dejó varios cheques firmados, incluso los correspondientes a los jornales del taller que debían pagarse el viernes. Convinieron en que Denis lo llamaría diariamente, entre diez y once de la mañana, por si había algún problema urgente o noticias para él.

A las once fue al banco y retiró ochocientos dólares en efectivo. Luego se dirigió a una librería y compró un mapa grande de la Florida. Pasó después por una óptica y compró unos binoculares Zeiss, que le costaron ochenta y siete dólares con cincuenta.

Regresó a su casa; preparó una maleta pequeña e incluyó en ella una cámara Leika para fotografías de larga distancia, con su correspondiente teleobjetivo.

Decidió hacer primero una inspección ocular del terreno, empezando por el tramo entre South Miami y Homestead, tal como le indicara Alba. Cogió el ómnibus de Greyhound a la una y veinte de la tarde en la terminal de Miami. Durante todo el trayecto entre South Miami y Homestead solo vio dos construcciones que quizá pudiesen ser invernaderos, pero muy pequeños. A la una y cuarenta y siete descendió en la terminal de Homestead y penetró en el bar con su pequeña maleta y sus binóculos. Se sentó en la barra y pidió un Bloody Mary. Luego iría a almorzar.

Terry Clay, el *barman*, estaba solo en ese momento y ya había leído tres veces la página de las carreras de caballos y de la pelota, que era lo único que le interesaba del *Miami Herald*, y, ¡qué buenos estaban esos anteojos, señor!, para las carreras de caballos no tenían precio. Bueno, Denis no entendía mucho de caballos, pero en la pelota le resultaban muy útiles, y a propósito Terry, ¿por ahí no había grandes plantaciones de cítricos? ¿Allí, en Homestead? ¡Claro que sí! Allí todas eran plantaciones de cítricos. ¿E invernaderos? ¡Claro! También. Docenas de ellos. Por todos lados. En cambio Sidney Crane, el *barman* de Naranja Station, no conocía en la zona sino dos invernaderos grandes y él había vivido por allí desde niño, y Charlie Brown, el de la cigarrería de Princeton ignoraba si había algún invernadero por allí, en todo caso él conocía bien la zona y nunca había visto ninguno, pero Frank González, sí, señor, cómo no, el *barman* de Goulds sí había visto por allí varios invernaderos, sobre todo uno grandísimo en la Birmingham Citrus Inc. donde él trabajara, pero volviendo al tema, Ted Williams no cogía el bate tan largo como Mike Mantel, sí, señor, ya van los dos Tom Collins, y espéreme que ya le cuento cómo fue

aquel batazo de Ted, míster. En otro momento Frank, que se me va el ómnibus para Perrine, y en la barbería de Perrine la cosa fue de mujeres, mujeres rubias y flacas, mujeres gordas y trigueñas, unas más lánguidas, otras más encorpadotas, amas de casa, colegialas, abuelitas, monjas, pasadas todas por las invictas armas de Al Cansino, un tipo terrible, que además, no sabía qué carajo era un invernadero, y Denis con tremenda rabia por el tiempo que le hizo perder el fígaro y ya era tarde y se quedó a dormir en el hotel de Perrine y al otro día fue a desayunar a la cafetería de la estación y allí estaba Tony Dampflieber, sí, señor, coleccionista de réplicas de locomotoras, y eran todos suyos los cuadritos, sí, señor, no eran de la estación, *no, sir*, y aquella era una Consolidation de la Baldwin de Filadelfia, y que el señor admirara sus líneas; ¡vaya!, que a él lo apasionaban las locomotoras, desde chiquito, sí, señor, y se sabía de memoria cuántos remaches tenía cualquier locomotora del mundo; esa era su vida, las locomotoras, y por eso trabajaba ahí, para estar siempre cerquita de ellas y verlas pasar, ¿y el señor quería saber cuántos pernos llevaba una MOGUL-2-6-0 o una ALC b-b de 1600 HP? Todo había empezado cuando su tío Otto le regaló un ferrocarril de juguete marca Chatanooga Choo Choo, que él todavía conservaba, *yes, sir*, y dale con las locomotoras y los remaches. Denis llegó a pensar que cuando aquel hombre estaba con alguna mujer, chuuu, en sus instantes de éxtasis, seguramente pitaba como los trenes, chuchú, ¡ay, mi amor! chuuu, y por casualidad, ¿Tony no había visto por allí cerca grandes invernaderos? Sí, sí, ¿cómo que no? Allí había varios: uno en la Grace Citrus, otro más grande en la Perrine Orange Ltd., otro más en la Pensola. ¿Y palomares? No, palomares, no, señor. ¿Cómo eran los palomares, señor? *Never mind, forget it*, Tony. En verdad, ¿para qué quería Warren aquellos datos sobre los palomares? ¿Por qué no se los había pedido en el cable del día 4, sino dos días después? Hasta la vista, *so long*, señor, y que volviera pronto para hablar otro poco de locomotoras, y ahí estaba el tren para Kendall, que llegaba con dos minutos de retraso, y luego de Kendall, South Miami, y luego por la otra línea a partir de Coral Gables, aquel trabajo mantuvo ocupado a Denis hasta el día 7 de junio.

El día 8 inspeccionó con su propio carro los alrededores de Miami, el día 9 pasó al norte, a la zona de Ojus y Hallendale, y el sábado 10 regresó a Miami para ocuparse de algunos asuntos relacionados con su negocio.

El 11 se buscó un pretexto para volar en línea recta desde Homestead hasta Florida Bay y no vio ni rastro de un invernadero. El día 12 sobrevoló las zonas que le indicaron los *barmen*, cafeteros, cigarreros, barberos, de las terminales de ómnibus y de la Seaboard Line, y encontró cerca de cincuenta invernaderos de menos de treinta metros, seis invernaderos de alrededor de ochenta, y tres de un tamaño superior a los doscientos.

El mismo día 12, a la una de tarde, se plantó un bigote castaño, una peluca crespa rojiza, unos espejuelos gruesos de carey, con cristales ahumados, se tiñó las cejas con polvos Rugby, se puso un abultador de labios, e intentó visitar los tres invernaderos

mayores, separados entre sí por no más de cuarenta millas, pero al invernadero de Homestead no lo dejaron acercarse. Eso ocurría a las dos de la tarde. A las cinco de esa misma tarde, un taxi aéreo salía de Miami y el piloto recibía cincuenta dólares de propina, por sobrevolar tres veces a baja altura, el invernadero de Homestead, y muy cerca de él, una curiosa construcción en forma circular, con ocho o diez cobertizos dispuestos uno al lado del otro, y formados con alambre de malla. De esta singular construcción, y del invernadero, Denis tomó diecisiete fotos desde distintos ángulos, para copiar el modelo arquitectónico del conjunto, según dijo al piloto.

Por precaución, la avioneta no regresó a Miami, sino que Denis dio por terminado el viaje en el aeródromo de Hallandale, donde ya sin bigote ni peluca, cogió el tren de las seis y quince rumbo a Miami.

**Junio 17, martes**

Bueno, que Dick dijera cuál era el problema. El problema, Mr. White, era que Myriam ya no quería aceptar sus galanterías, y sobre todo desde que «el reno» había vuelto a dedicarse... ¿Desde qué quién? Perdón, desde que el doctor Van Vermeer había anunciado su retiro de Homestead, parecía que Myriam y él estaban otra vez de luna de miel, y ahora, con el proyecto del viaje a Europa, sencillamente, Mr. White, ella lo rechazaba de plano; no quería salir con Dick. Dick lo sentía mucho, Mr. White, pero le parecía haber perdido el control de la situación... En fin, no creía ser la persona indicada para seguirlos a Europa. Pero, ¿era posible que Dick no se diera cuenta de que aquello de las buenas relaciones entre Tony y Myriam era algo efímero y falso? Parecía mentira, Dick, que conociendo como conocía a Myriam, pensara aquellas tonterías que acababa de decir. Dick podía tener por cierto de que en cuanto Myriam se asegurara la casa que Tony le había prometido en Ámsterdam y aceptara vender sus propiedades de Johannesburg para comprarle su *maisonnette* en Chamonix, el sueño de toda su vida, Myriam volvería a ser Myriam. ¡La gente no cambiaba, Dick! ¡El mundo no cambiaba, Dick! Las cosas siempre habían sido así, y así seguirían siendo. Y las mujeres ardientes, como Myriam, seguirían siendo ardientes. Si Myriam no volvía a las andadas apenas pusiera un pie en Europa, Mr. White, dejaría de llamarse White. Era seguro que caería en brazos de cualquier francotirador, dispuesto a darle el rigor que no tenía el esmirriado científico Anton Van Vermeer, su esposo. Lo único que tendría que hacer Dick, era encontrarse por casualidad con ella en París o en Ámsterdam, o donde *the hell* fuera... Si ella no quería reeditar su romance con Dick, cosa que Mr. White dudaba mucho, Dick tendría que asegurarse por lo menos el contacto con ella, como para poder introducirle su reemplazo. ¡Aquello era una carrera de postas, Dick! En cuanto la Agencia tuviera control sobre la vida de los Vermeer en Europa, ya fuera mediante agentes que se le colaran a ella o a él, o en la servidumbre, Dick podría regresar a los Estados Unidos. Mr. White no creía que aquello lo demorase más de un par de meses en Europa. ¿Dick entendía? Bueno..., si Dick había entendido bien, él debía recuperar su posición en la alcoba de los Vermeer o propiciar el acceso a ella de un suplente. Exactamente, Dick: lo importante era que alguien consiguiese acceso a los papeles y notas de Van Vermeer, y pudiera instalar en la casa un buen sistema de escuchas. Eso era todo. Bueno, Mr. White, si la cosa era así, si a Mr. White le parecía... ¡Claro que sí, Dick! Mr. White consideraba que Dick debía comenzar a preparar el terreno de inmediato. De momento, Mr. White aconsejaba que Dick se retirara como un *gentleman*. Que le hiciera un buen regalo a Myriam; que se

comportara como un amante discreto y agradecido, que reconocía haber sido muy feliz con ella; que se comportara con altura, con nobleza; que Myriam se quedara con un buen recuerdo de él. ¿Eh, Dick? *Did Dick understand? Oh, yes, he did.* Todas las mujeres, por arpías que fuesen, tenían un corazoncito romántico, y los grandes gestos caballerescos las conmovían sin excepción, por supuesto siempre que no fuesen muy repetidos, cosa que Mr. White estaba seguro no había ocurrido en el caso de Dick, je, je. Aquella pulsera, por ejemplo, oro macizo, dieciocho quilates, le encantaría a Myriam Van Vermeer. Que Dick se la regalara cuanto antes y no la volviera a ver más hasta que se encontraran por casualidad en Europa, ¿entendido? Entendido, Mr. White. ¿Un trago, Dick? ¿*Cognac, scotch, bourbon? Scotch, please.* Mr. White alargó la mano y cogió una botella de Johnny Walker Black Label, que en realidad contenía Red Label, y disfrutó mucho viendo al *poor devil* de Dick, comer gato por liebre. Él no lo hacía por ahorrar dinero: nunca había sido tacaño, pero engañar gente le parecía un pasatiempo primoroso, y lo hacía sentirse bien. ¿Y para qué fecha debía estar Dick en Europa? Alrededor del 1ro. de julio, Dick. Según Tony Vermeer le había dicho a Mr. White, ellos viajarían el 6 de julio a París, y convendría que Dick llegara unos días antes para preparar el reencuentro. Bien, Mr. White, ¿algo más? No, nada más, Dick. ¿Otro trago? No, Mr. White. Entonces que antes de irse firmara el recibito de la pulsera, por favor, je, je.

## 34

### Junio 17, martes

Alba llamaba a diario por teléfono a Bernardo y Alejandro, a las nueve de la mañana, a la una y a las cinco de la tarde, a sus respectivos despachos. Quienes recibían los llamados para Bernardo y Alejandro, de parte de un tal Renato, tenían instrucciones de pasarles de inmediato sus mensajes, e interrumpir para ello, si era necesario, cualquier trabajo o reunión.

Aquel martes, cuando Alba llamó a las nueve, ni Bernardo ni Alejandro estaban en sus despachos, lo cual quería decir que no había novedades; pero cuando Alba volvió a llamar a la una, el mismo Bernardo salió a su teléfono.

—Dígame.

—Habla Renato, ingeniero.

—¡Ah, buenos días, compañero! Estaba esperando que me llamara.

Aquellas últimas palabras de Bernardo eran las convenidas para indicar que había novedades importantes.

—¿Volvió a repetirse lo mismo? —preguntó Alba con un tono indiferente.

Bernardo comprendió que Alba pensaba en nuevas apariciones del pulgón del melocotón.

—No —contestó Bernardo—; se trata de otra cosa.

—¿Es muy urgente? —preguntó Alba.

—Bueno, yo quisiera que nos reuniéramos hoy mismo.

—¿A qué horas le conviene, ingeniero?

—Fije usted mismo la hora y el lugar, Renato.

—¿Qué le parece a las tres en 13 y 84?

—Perfecto.

Los horarios sugeridos por Alba debían posponerse cuatro horas, y las direcciones mencionadas correspondían a una pequeña clave, elaborada entre los tres. Las calles 13 y 84, indicaban en realidad, un lugar del Estadio Latinoamericano. ¡Qué casualidad! Bernardo había pensado momentos antes, qué bueno sería no estar tan atareado y tener tiempo de ver un juego de aquel final de serie electrizante. Alba, por su parte, sintió gran curiosidad por conocer las novedades del director de Sanidad Vegetal del INRA. Comprendió que no se trataba de otro brote del pulgón del melocotón, y estaba seguro de que tampoco sería nada relacionado con la entrada del virus. Para esa temible eventualidad, la clave convenida era: «Ya llegaron los turistas». En fin, mejor era no hacer conjeturas en el aire.

Aquel día, Carmen estaba libre en el hospital y consiguió una mesa para almorzar en el Emperador. Alba quedó en recogerla a la una y cuarto en 23 y 26. El problema

era que llegando al Emperador a la una y media, difícilmente saldrían de allí antes de las tres y media, y justo a esa hora, él tenía una cita con Paco para examinar la marcha de las investigaciones entre el personal de los viveros. Tendría que agitar un poco a Carmen; aunque en realidad la pobre rara vez podía darse el lujo de hacer una incursión por la *haute cuisine*... No, no: él no iba a ser tan bruto de ponerse a agitarla como si estuvieran en una cafetería.

Alba calculó: «Entramos a la una y media; nos tomamos un trago en el bar; nos sientan a las dos menos cuarto; Carmen pide seguramente sus *hors d'oeuvre* y yo me tomo un jerez. A las dos y diez le sirven el primer plato (seguro que pide mariscos o pollo y vino blanco helado) y a las tres menos diez, el plato fuerte. Si no pide postre y nos traen el café rápido, a las tres puedo estar en la calle; pero si le da por pedir, como siempre, las *crêpes suzettes* y empiezan con la prendedera de fuego, seguro que se tiran hasta las tres y media. ¿Qué hacer?».

—Teniente Argüelles —dijo de pronto y agachó un poco la cabeza para hablar por el intercomunicador.

—Ordene, mayor.

—¿Usted se retira a las seis, verdad?

—Sí, mayor, a las seis.

—Bien. Yo tengo una cita con Paco, hoy aquí, a las tres y media. Si cuando él llegue yo no he venido, dígame que haga el favor de esperarme, que de todas maneras voy a venir.

—Entendido, mayor.

Ya era la una y cinco. Llegaría atrasado a recoger a Carmen; pero como valía más perder un minuto en la vida que la vida en un minuto, condujo la máquina con su lentitud habitual, y al fin y al cabo no llegó tan tarde. Llegó a la una y dieciocho, y en el bar del Emperador ella pidió un daiquirí y él un jerez y luego otro, y a las menos cuarto estaban sentados a la mesa, y qué creía él, después de los *hors d'oeuvre*, ¿qué podría pedir ella? Él no creía nada, Carmita, lo mejor era que por el momento pidiese solo los *hors d'oeuvre* y después vería. ¿Y qué era aquello de la *fondue bourguignonne*? Sí, sí, ¡buenísima! Alba ya la había probado. ¡Qué bueno! Carmen no pediría ni pollo ni mariscos, y si se metía la *fondue* de seguro no iba a poder comer nada más. Qué bien había hecho Alba en sugerirle no adelantar el pedido y dejarla que se hartara de *hors d'oeuvre*. ¡Si siempre era igual! Carmen era glotona con la vista. Aquel lance le había salido bien a Alba. Ahí se había ahorrado por lo menos media hora. En efecto, después de los *hors d'oeuvre*, Carmen no se sintió con fuerzas más que para pedir un solo plato: la *fondue*. ¡Un punto para Alba! ¿Y qué les parecía aquel vino, compañeros? A ver, a ver: Chateau Neuf du Pape, Appellation Controlée. Sí, sí, excelente; pero, ¿por qué servían vino de Burdeos con una comida borgoñesa? El *sommelier* se disculpaba pero el único borgoña que tenían en existencia era clarete y para la *fondue* era preferible un vino tinto. Y Carmen se disparó la *fondue* completa. Muy bien. Aquello sería *knock-out* seguro, uno, dos, tres..., siete, ocho, pero he aquí

que Carmen se recuperara dispuesta a seguir el combate y pide sus malditas *crêpes suzettes*. ¡Cosa más grande! Tres menos diez. Sí, sí, je je, que preparen dos, pero el *maître* se disculpaba porque las *crêpes suzettes* del Emperador se flambeaban tradicionalmente con Armagnac o Prunelle d'Anjou, y en ese momento no tenían en *stock* y él quería saber si los compañeros no tendrían inconveniente en que se las flambearan con Cointreau o con Benedictine. Con Benedictine, compañero *maître*, y los ojos duros de Alba decían: «¡Flambéalas con lo que te dé la gana, chico, ponles Coronilla, pero rápido!», y permiso, mi amor, que voy al baño, y por el camino una seña al *maître* y en el bar, que por favor apurara la cosa, que mandara hacer la *crêpes* bien chiquitas para que su mujer se las comiera rápido, que calentara bastante el Benedictine para que ardiera en seguida y que no complicara demasiado el *show*, que lo de las llamas lo hiciese bien sencillito, que no lo hiciera en tecnicolor, y el *maître* muerto de risa, jua jua jua, y cómo no, compañero, para servirlo, y además que le mandara los cafés, el tabaco y la cuenta todo junto, jua jua jua, y el *maître* tapándose la boca con la mano para que no se le viera un portillo, y todo salió muy bien, y a las tres y veinte en la calle, y a las tres y cuarenta, con solo diez minutos de atraso, en la cita con Paco.

El DTI no encontró nada para preocuparse. Tanto la gente del vivero en el plan Dos de Diciembre de Guane, como la del Pepito Tey de Ciego, luego de un chequeo primario, estaban en regla. Además, los compañeros de Seguridad, ubicados allí, no observaron ninguna anomalía.

¿Y cuál era el plan a seguir, Paco?

Bueno, mayor, terminado aquel chequeo primario, iniciarían otro de fondo con revisión técnica de documentos, huellas dactilares, etcétera, de toda la gente del plan; pero ya el mayor sabía que eso tomaría mucho tiempo, ¿verdad?, máxime cuando debía hacerse con gran discreción. ¿El mayor sugería algo?

El mayor consideraba que el «fondeo» debía iniciarse por orden alfabético, con todo el personal de ambos planes. ¿Cuánta gente cedería el DTI para eso? Cinco compañeros, incluido Paco. ¿Y a cuánta gente había que chequear? Entre ambos planes, sumaban trescientas treinta y seis. Trabajando con gran intensidad, esos compañeros podrían fondear diez casos diarios. La cosa llevaría un mes. ¿Y el mayor no creía que antes de iniciar el trabajo alfabético, se debían fondear los treinta y siete trabajadores de los viveros? ¿Pero no decía Paco que el chequeo primario excluía toda sospecha? Asimismo era, mayor. Entonces, lo lógico, Paco, era tratar de buscar entre el resto del personal. Paco no estaba muy convencido. ¿Y si el saboteador se llamara Zúñiga, mayor? ¿Y si se llamara Abadía, Paco? Bueno, que Paco lo mantuviera informado, y hasta luego, que me voy. Debo llegar a cambiarme a la casa y luego a ir a una cita, y Argüelles que cualquier novedad por la microonda, y si Teodoro no tenía nada que hacer, que le manejara el carro, y allí estaba en el parqueo



del Estadio el carro de Bernardo, y Alejandro sentado junto a él, allá bien arriba, atrás del *home*. ¡Magnífico, estupendo! ¡Cómo le gustaba al mayor el contraste verdirrojo del Estadio! Y ahí estaban prendidos Capiró, Muñoz, Cheíto, Marquetti, por el *champion bate*. ¡Estupendo! Teodoro se quedó en el carro durmiendo. A él no le interesaba ningún deporte fuera del dominó. De paso oía si Argüelles llamaba al mayor por la micro. Allá sobre las gradas, entraba por detrás un fresco riquísimo. ¡Ah, quién pudiera...! ¿Y el mayor se acordaba del pedido que le había hecho a Bernardo y Alejandro? ¿Cuál pedido? El informe sobre la *Toxoptera aurantii*. Sí, sí, ¿cómo no? Era aquel áfido del que Alejandro había comentado que estaba aumentando, sin ser peligroso. El mismo. Pues el mayor había tenido tremenda corazonada. ¿De verdad? ¡Sí, señor! Las *Toxoptera aurantii* no solo siguieron aumentando en los campos, sino que se presentaban también con una distribución rarísima. Bien, que los compañeros se explicaran. Una cosa extraña, mayor: aparecían fuertes concentraciones en algunos focos al borde de las carreteras. ¿Cómo era eso? Así como lo oía, mayor. Las concentraciones máximas se producían siempre en algún árbol situado en las tres primeras hileras. Como los insectos estaban en su fase no alada, en su fase áptera, se desplazaban muy poco y se iban alejando lentamente del foco. En algunos casos, se movieron dentro de un radio de hasta ochenta metros, a lo largo de unas diez hileras de árboles, y en otros, a no más de veinte metros. Y esto ocurría, generalmente, a ambos lados de las carreteras; pero solo de las que conducían a los edificios de las secundarias básicas. ¡Coñó! ¿Y qué era aquel ruido, aquellos aplausos? ¿Cómo? ¿Quién? El Jabao Puente había dado una línea por arriba de segunda con dos hombres en base. ¡El Habana había anotado la primera carrera y no había más que un *out*! En aquel mapita, mayor, se podía ver bien la distribución de los focos: ahí estaban señalados con un círculo y en el esquemita se veía la forma y extensión de la irradiación. ¿Y quién había hecho ese trabajo tan bueno? Ese era el trabajo que Bernardo pidió al ingeniero jefe de la brigada; pero en cuanto el hombre observó los diez primeros casos al borde de una carretera, se puso a mirar en otras y observó lo mismo. Luego se desplazó a otras zonas, donde la distribución era ya más uniforme, pero decrecía siempre desde las orillas hacia el interior de las plantaciones. Aquello lo alarmó, y había venido de inmediato a traer la noticia de viva voz a Bernardo Cabral. ¿Y qué gente estaba trabajando en esos conteos? Seis personas. Todos militantes, bien aleccionados sobre la reserva que debían guardar, pero desconocedores de detalles. Correcto. Habían actuado muy bien. Había que crear más brigadas y comenzar el mismo trabajo en Isla de Pinos. AGUSTÍN MARQUETTI, PRIMERA BASE... Deberían hacerlo también en otras zonas. ¿El compañero Cabral creía que gente profana en entomología, vaya, compañeros del MININT, podrían realizar el trabajo? Desde luego que sí, ¿no es verdad, Alejandro? ¡Claro! Con un mínimo técnico podrían ayudar mucho para localizar los focos, DOS STRIKES Y TRES BOLAS... y luego los especialistas podrían hacer los trabajos de cuantificación. Bien, pero aquello sí le preocupaba al mayor. Era un cambio de onda.

¡LO PONCHÓ! Violento cambio de onda. Él había pedido el informe sobre la *Toxoptera aurantii* por pura rutina, pero ahora, la situación introducía una variante que podría obligar a una revisión del caso. Ya no era lo mismo. No señor. Esa misma tarde, Alba le mandaría un cifrado a María Elena y debía iniciarse de inmediato un trabajo de computación con los datos que se fueron obteniendo a partir del quehacer de las brigadas de conteo.

Sylvia Purcell sale de una librería de Charing Cross. Son las ocho y quince de la mañana. Es una de esas inusitadas mañanas de sol que llena de un humor primaveral a los londinenses. Con paso lento y flexible atraviesa parte del Soho, llega a Picadilly Circus, baja caminando hasta Covent Garden, donde coge un taxi en dirección a Highgate. Se baja doscientos metros antes de llegar al cementerio. Compra en la puerta una flor roja. Una sola, que guarda dentro del libro. En el interior del cementerio, coge la tercera senda de la izquierda y la sigue casi hasta el final. Se detiene frente a la tumba de los Hopkins y contempla, de frente, el rostro imponente de *sir Percival*, cuyos ojos de bronce la escrutan desde su pedestal de mármol negro, con aquella flemática decisión que hiciera tan grande al imperio y a su majestad victoriana. *Requiescat in pace. Sic transit gloria mundi* y todo lo demás. Sylvia Purcell baja la cabeza, abre el libro en el lugar marcado por el tallo de la flor y comienza a leer. Las tapas negras del volumen y un cordoncito dorado que tiene adherido, indican que se trata de un libro de oraciones. Sin embargo no lo es. Quizá Sylvia Porcel —¡perdón!, Purcell— ha querido que así lo parezca. Sylvia da vuelta a una página y termina de leer:

«... y bien puedo decir con orgullo, que si tuvo muchos adversarios, no conoció seguramente un solo enemigo personal. Su nombre vivirá a lo largo de los siglos, y con su nombre, su obra». Eran las palabras finales del discurso de Federico Engels ante la tumba de Karl Marx. Habían sido pronunciadas a ocho metros del lugar donde Sylvia se hallaba. Habían sido pronunciadas en inglés, el 15 de marzo de 1883, en presencia de Pablo Lafargue, Longuet, Lessner, Lochner, Liebknecht, Schorlemmer y Ray Lancaster. El día precedente, a las tres menos cuarto de la tarde, había dejado de pensar una de las más formidables cabezas de la historia del mundo. Sylvia Purcell, volvió a alzar los ojos y miró de frente en dirección a *sir Percival*, héroe de las campañas de la India y el Transvaal, pero sus ojos enfocaron el modesto busto de Karl Marx, situado a ocho metros de allí, en la siguiente hilera de tumbas. Sylvia apretó contra su pecho la flor roja y regresó hacia la puerta. Había satisfecho un viejo deseo.

Al salir del cementerio, hizo los movimientos necesarios para asegurarse de que no era seguida; paró otro taxi y pidió que la llevaran al Victoria and Albert Museum, en Cromwell Road. El chofer captó enseguida, que su bella pasajera era una norteamericana; pero como profesional discreto, no hizo ningún comentario. El chofer se equivocaba. Aquella mujer había nacido en Santiago de Cuba, en 1935, y desde el 39 hasta el 53 había vivido en Los Ángeles. En 1954, muerto su padre, regresó a

Cuba, y como estudiante de la enseñanza universitaria, con veinte años, había formado parte de una célula clandestina que operó hasta el 58, en la lucha contra Batista. Ya en 1957, torturada en dos oportunidades por la gente de Chaviano, y «quemada» al año siguiente para el trabajo en Santiago, subió a la Sierra. Fue una de las primeras mujeres que ingresó en Seguridad del Estado desde 1959. En 1962 se inscribió en la Universidad de Nueva York, con el nombre de Sylvia Purcell. Allí se graduó en Bioquímica en 1967. De inmediato, ingresó en la Dupont, y a los dos años se había revelado como una eficiente *executive*. Mujer de fulgurante personalidad y finísimo tacto, había sido designada para coordinar el trabajo de los investigadores y del personal de alto nivel científico, que trabajaba por cuenta de la compañía en diferentes partes del mundo.

Nunca se había casado ni había tenido hijos. A los cuarenta años era una mujer que representaba cuarenta años y era, además, muy atractiva. Sus amistades consideraban que aquella personalidad tan vigorosa no estaba hecha para el matrimonio. Ella tenía otro criterio al respecto. Para el SCC era la mayor María Elena Porcel Bermúdez, jefe del equipo de Contrainteligencia Científica que operaba en Europa Occidental. Su posición en Bonn, en la coordinación de toda la investigación científica realizada por la Dupont en Europa, le confería una holgada autonomía de movimientos, que siempre aparecían justificados en el interés de la compañía.

Un emisario de Alba había salido el día 15 de Cuba, con todos los datos que obraban en poder del SCC y se entrevistó con la Purcell en Bonn, el día 17. Alba le ordenaba que se trasladara de inmediato con dos de sus hombres a los Estados Unidos, para rastrear al director del *team* encargado de preparar la parte científica del sabotaje.

En Vladivostok, el académico Mussorski había insistido en algo que Sylvia debía tener muy en cuenta. El empleo de aquella mutación, que él consideraba casual, debió ser aprovechada por un gran especialista en el campo de la genética de los áfidos. Mussorski se inclinaba a pensar que detrás de aquel pulgón del melocotón aparecido en Cuba, debía de estar un eminente entomólogo versado en genética o un gran genetista versado en entomología. Pero Mussorski no manejaba en aquel momento todos los datos, y Alba, al enterarse de la aparición de la *Toxoptera aurantii*, con aquella distribución, recomendaba a Sylvia, que no descartara la posibilidad de que se tratase de un virólogo de los cítricos, favorecido por el hallazgo de una mutación casual. La *Toxoptera aurantii* no presentaba ninguna característica que pudiera insinuar la posibilidad de una mutación. Por tanto, habría que pensar en un ataque multilateral de áfidos, capacitados quizá por alguna técnica nueva, procedente del campo de la virología de los cítricos, para convertirse en vectores eventuales de la Tristeza. Además, a Alba no le parecía muy factible la posibilidad de un *team* de gente eminente en una empresa tan inicua como aquella. Sentía demasiado respeto por la ciencia y por los científicos en general; y aun cuando estuviesen bajo la férula del imperialismo, no era fácil reunir un grupo de grandes talentos científicos para que

trabajasen conscientemente en una empresa tan denigrante. Le parecía más fácil pensar en un individuo inmoral, vendido por dinero, o presionado por algún chantaje de la CIA.

De todas maneras, Mussorski confeccionó una lista con veintidós nombres, que constituían la flor y nata de los genetistas entomólogos y de los afidólogos genetistas, dentro del mundo capitalista. El ingeniero Alejandro de Sanctis, por su parte, le proporcionó treinta y ocho nombres de virólogos de los cítricos, dieciocho de los cuales vivían y trabajaban en los Estados Unidos. Después de la reunión en el Estadio Latinoamericano, Alba decidió recomendar a Sylvia que anticipara la investigación de los virólogos. ¿No habrían hallado algún método práctico para hacer virulentos todo tipo de áfidos? Aquello no le parecía del todo coherente a Sylvia, pero se dispuso a hacer lo que su jefe le ordenaba. Primero investigaría a los dieciocho virólogos y luego a los trece entomólogos genetistas y viceversa, que vivían en los Estados Unidos. En total eran treinta y un casos.

El día 18, Sylvia Purcell citó con carácter urgente a Eddy M., que vivía en Zurich, para una reunión en casa de su tocayo Eddy A., que vivía en Londres, en una casa de Cromwell Road, South Kensington. Ese mismo día 18, Sylvia Purcell encontró un buen pretexto para anunciar un viaje de algunas semanas a los Estados Unidos, y reservó un pasaje Londres-New York en BOAC, para el jueves 19 a las tres de la tarde.

Ese día, 19 de junio, salió del cementerio de Highgate a las nueve y cinco de la mañana y a las nueve y veinte llegaba a Cromwell Road, a la hora convenida para la cita.

Discutió ampliamente el plan a seguir con sus colaboradores y acordaron que esa misma tarde, Eddy M. y Eddy A., comenzarían a preparar las condiciones, el uno en su compañía de Zurich y el otro en la sede de su organismo, en Londres, para estar en Nueva York, a más tardar, el día 22. Problemas de papeleos no tendrían, porque los documentos de ambos, al igual que los de Sylvia, los acreditaban como ciudadanos norteamericanos y podían ingresar a su país toda vez que lo desearan.

A mediodía, Eddy A. sorprendió a sus compatriotas con un inesperado almuerzo criollo. Arroz congrí, yuca y carne de puerco. Los cuatro se abalanzaron como fieras. Sí, los cuatro, porque el cuarto comensal era el negro norteamericano Bill Hampstead, chofer y cocinero del *gentleman* Eddy A. Pero Bill Hampstead no era ningún norteamericano: era de Contramaestre y se llamaba Eleuterio Silveira. Había sido marinero de la Grace Line, residente en los Estados Unidos y hablaba el inglés como un nativo sureño, sin acento. Además, en los años 57 y 58 combatió en la Sierra Maestra de donde bajaría con grados de teniente. En el 75, tenía ya cincuenta años, era viudo, padre de dos hombres y ostentaba el grado de capitán de la Seguridad del Estado. Por su jerarquía era un superior de Eddy A., que solo era teniente.

A las dos y media de la tarde, Bill Hampstead entraba al parqueo del aeropuerto de Londres, descendía del Jaguar, se quitaba la gorra, y abría la puerta del vehículo a

la distinguida pareja que ocupaba los asientos traseros; y muy tieso, gorra en mano, les deseaba un feliz viaje, *sir*, y lo mismo para Miss Purcell.

A las tres, el avión de Sylvia Purcell alzaba vuelo rumbo a Nueva York. A las tres y cuarenta y cinco, Bill Hampstead regresaba a Cromwell Road a ponerse nuevamente a las órdenes de su inferior y a las cinco y cincuenta, Eddy M. cogía otro avión de BOAC («el eructo volante», como le llamaba el jodedor de Bill) rumbo a Zurich.

Martín Labrador y su mujer son una pareja de guajiros muy serios. Los niños también, muy calladitos y respetuosos. Hasta Rocambole, el perro de Martín, es un perro serio, reservado. Martín nunca tuvo perros alardosos, bocones; y perras no quería porque le llenaban la casa de cría y después, ¡Ave María!, qué pena le daba desprenderse de los animalitos. La última perra que crio, tuvo que regalarla porque vivía preñada. Martín no sabía por qué, pero el cura de Santiago de las Vegas la llamaba Popea, y le quedó el nombre. Y de todos los hijos de Popea, Martín se quedó solo con Rocambole. Y a Rocambole el nombre se lo había puesto su hijo mayor, que lo leyera en una novela. Pero fuera como fuera la Popea, la verdad era que Rocambole era el perro más serio que había tenido Martín Labrador. ¡Nunca ladraba por gusto! Cuando Rocambole alborotaba tanto usted podía tener la seguridad que algo pasaba. Sí, señor. Y ya se había desgañitado un par de veces al pasar por un bajío que hace la cuneta de la carretera antes de llegar a la finca La Renée. Hundía el hocico en la tierra, escarbaba con las manos y ladraba como un diablo. La segunda vez que lo hizo, Martín Labrador viró en la carreta con la yegua al trote, y en el pueblo cargó un pico y una pala que se llevó a la cuneta. Quería saber qué rayos le jodía tanto la vida a un animalito tan pacífico.

**Junio 19, jueves**

¿A la señora le molestaba el humo? No, no: en absoluto, señor. ¿La señora no prefería que Denis bajara un poco la ventanilla del ómnibus?

Bueno, si el señor era tan amable...

¡Qué gentil, aquel señor! Era la tercera vez que se lo encontraba en esa semana. En veintidós años que ella llevaba viajando por Greyhound, de Miami a Homestead y de Homestead a Miami, nunca había encontrado un *gentleman* tan bien educado, tan cortés, con ese don de gentes.

¿Entonces el señor trabajaba para el *Who's Who*? ¡Qué interesante! ¿Y cuál era su trabajo, en concreto?

El trabajo de aquel señor tan distinguido, con su bigotico a lo Adolphe Menjou, era entrevistar personalidades para tomarles los datos que interesaban a las publicaciones del *Who's Who*. *How interesting!* Y la señora, ¿trabajaba en Homestead? Hacía más de veinte años que ella trabajaba en... No, no, no, no, que no lo dijera. Denis iba a adivinarlo. ¡A que no! ¡A que sí! Vamos a ver, vamos a ver... ¿La señora no era profesora de algún instituto? No, *sir*. ¿Tenía alguna relación con la literatura o la música? No, *sir*; pero ambas cosas la fascinaban. Hacía poco había leído un libro *fascinating* de un señor Erasmo de Ámsterdam que se llamaba *El elogio de la locura*. ¡Algo de lo más novedoso! Bueno, que el señor siguiera adivinando. *Well, well*, vamos a ver... Él hubiera jurado que aquella señora tan... tan suave, tan fina... *Thank you!* Debía de trabajar en algo relacionado con el arte, con las bellas letras. ¡Nada de eso! ¿El señor se daba por vencido? Sí, se daba por vencido: que ella dijera en qué trabajaba. La señora Blake era secretaria jefe de la oficina de personal de la Homestead Citrus Inc.

*How interesting!!!* Entonces quizá Mrs. Blake pudiese ayudarlo en su trabajo para el *Who's Who*...

¿Ella? ¡Encantada! ¿Y cómo?

Muy sencillo; pero ya hablarían de eso. ¿La señora Blake tenía inconveniente en que él la invitara a cenar esa noche en Miami?

*Not at all*. ¡Con mucho gusto! Y a propósito, Mr.

Haigh, Alfred Haigh, pero ella podía llamarlo Fred, si quería.



**Junio 20, viernes**

En el Centro de Documentación de la Universidad de Harvard trabajaban dos personas que conocían a Sylvia Purcell. Aquello podría ser un inconveniente, pero Sylvia no lo creía así, pues esas dos personas sabían que ella laboraba como coordinadora de investigaciones para la Dupont y no tendrían por qué extrañarse de que pidiera información sobre cuestiones científicas. De todas maneras decidió tomar precauciones y no dejarse reconocer. Bastaría presentarse con su peluca roja, los espejuelos grandes y un nombre falso.

En los centros de documentación Sylvia se sentía como el pez en el agua. Sabía manejarse con rapidez y eficiencia. Era parte de su trabajo habitual en la compañía; pero, además, en el mundo moderno, los agentes de la seguridad científica tienen que valerse con frecuencia de distintos centros de documentación. En algunas ramas de la biología, por ejemplo, habría que leer durante meses, a razón de ocho horas diarias, para poder enterarse de todo lo publicado en un solo día. Por eso, cuando el nivel de una misión de inteligencia exige información concreta sobre problemas científicos, los agentes consultan extractos y resúmenes que condensan en pocas horas de lectura, los resultados de años y años de investigación.

Sylvia Purcell sabía, por supuesto, que el primer paso de su pesquisa consistiría en obtener en un buen centro de documentación, la lista completa de las publicaciones realizadas por los treinta y un científicos de su agenda. Luego pediría a la memoria de las computadoras de algún otro centro, como el del Instituto Tecnológico de Massachussets, por ejemplo, toda la información que tuvieran sobre el *Myzus persicae* y la *Toxoptera aurantii*, como resultado de las investigaciones realizadas durante los últimos diez años. Por precaución, este tipo de pesquisas bibliográficas y documentales nunca se completaban en el mismo lugar, pues los centros de documentación son a su vez, centros de Contrainteligencia Científica.

Trataría de tener toda esa información disponible para cuando llegaran los Eddies, el día 22, y poder así comenzar el trabajo de entrevistas, caso por caso. Tocaría a diez por cabeza y llevaría no menos de una semana de correteo por todo el país, aunque en realidad, podrían repartirse el trabajo por zonas. En fin, aquello se podría concretar cuando llegaran los Eddies. Se necesitarían grabadoras pequeñas, micrófonos especiales, cámaras fotográficas, documentación falsa, etcétera. Sylvia, instruida por su centro, debería valerse de la organización de Denis, que tenía unos doce hombres distribuidos en todo el país. Era de lamentar que ninguno de esos hombres pudiese ayudarlos en el trabajo de las entrevistas, pues debían realizarse a alto nivel científico. Sylvia decidió que ella y los dos Eddies, cada uno por su parte, se

presentaran como reporteros de publicaciones científicas internacionales. Para ello necesitaban dos cosas: en primer lugar, tener un resumen reprográfico de todos los trabajos publicados por esos científicos, para saber qué temáticas abordar en el momento de las entrevistas; y, en segundo lugar, contar con el apoyo «logístico» del grupo de Denis, que debía proporcionarles disfraces, documentos, y sobre todo, canales de comunicación directos con el centro, en La Habana.

Cuando Sylvia Purcell bajaba la escalerilla del avión en el aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York, ya era la una y quince de la madrugada del viernes. A la una y cincuenta había un vuelo de Brannif para Boston y Sylvia decidió cogerlo para amanecer en Massachussets y estar cerca de Harvard y el Instituto Tecnológico. A la una y treinta y cinco terminó sus formalidades de inmigración y aduanas, y tuvo incluso tiempo de poner en el despacho de All America Cables un cifrado para Denis, que había redactado durante el vuelo. Denis debería responderle a su P. O. Box personal, en las oficinas de la Dupont en Nueva York, donde ella pensaba encontrarse el lunes por la tarde.

**Junio 20, viernes**

El mayor no podía concentrarse en lo que Paco le decía. Teodoro lo ponía nervioso por su forma de manejar. Y, sin embargo, tenía un historial impecable. Jamás cometía infracciones; jamás lo multaban. Pero Alba detestaba tenerlo de chofer. Tras haber manejado rastras y ambulancias sin el menor accidente, Teo llegó a persuadirse de que el tránsito era un mecanismo de relojería donde cada pieza cumplía a la perfección sus cometidos. Y ahora, tras tanta inmunidad abusaba de sus derechos. ¡Como si las calle no estuvieran repletas de locos!, de «paragüeros», de niños, coño, que te salían por delante de una guagua tras un perro o una pelota. El día que Teo tuviera un accidente tampoco tendría que pagar multa, ni podría contar el cuento. ¡Qué va! Alba iba a pedir que se lo cambiaran. Cuando contornearon la rotonda de Mariano y cogieron por la calle 21, Alba se sintió más tranquilo; pero al cruzar el puente del Laguito, había unos niños jugando y brincando de espaldas a la calle, sobre la angostísima acera del puente, y Teodoro lanzó el carro como una exhalación. Si en ese momento uno de los niños tropezaba, se iba de lado, u otro lo empujaba... A Alba le corrió un escalofrío por el cuerpo y decidió liquidar a Teodoro en ese mismo punto y sin ninguna demora. Pa'l carajo. Le ordenó detenerse y propuso a Paco que lo acompañara a caminar unas cuadras. Así podría concentrarse en el relato que le estaba haciendo, sobre el hallazgo de los cadáveres de Huidobro y la mujer. Paco podría acompañarlo hasta la calle 150, y allí Alba seguiría a encontrarse con Bernardo en Sanidad Vegetal y Paco, si tenía suficiente valor, podría regresar con Teodoro. Alba, por su parte, nunca más montaría en un carro con él. Pediría que se lo cambiaran. Nada había más peligroso en el tránsito que un chofer tan seguro de sí mismo.

—... y entonces se echó a llorar y me pidió que lo acompañara, porque necesitaba hablar conmigo —dijo Paco.

—¿A qué hora salieron del reconocimiento de los cadáveres?

—A las siete, o siete y cuarto.

—¿Por qué tan tarde? ¿El perro no había descubierto los cadáveres por la mañana?

—Sí —dijo Paco—; pero la identificación no se pudo realizar hasta la tarde. Los dos estaban muy desfigurados. El hijo los reconoció más que nada por las ropas y el calzado. Los cuerpos eran una masa putrefacta, informe.

—Sí, claro —admitió Alba pensativo.

—Y entonces —prosiguió Paco—, cuando llegamos a la casa, el muchacho se echó en brazos de la hermana y se soltaron a llorar los dos. Daba pena verlos.

El mayor entrecerró los ojos y apretó los labios.

—Luego, cuando se calmó un poco, me soltó lo que tenía guardado.

—Raro que no hubiese hablado antes, siendo militante y demás...

—Precisamente por eso, mayor —lo interrumpió Paco.

Alba lo miró intrigado. Bajo sus pies crujían las hojas secas de la acera.

—El muchacho estaba convencido de que al viejo lo habían reclutado los de Inteligencia Militar o algo así, para un trabajo con palomas mensajeras.

—Ahí debe estar metido el capitán Sepúlveda ese —comentó el mayor.

—Yo se lo mencioné, y me reconoció que su padre algo le había revelado, pero sin darle nunca un nombre. Parece que alguien fue a verlo a su finca para citarlo en La Habana, nada menos que en el edificio de las FAR, en la Plaza de la Revolución.

—¿Cómo en el edificio de las FAR? —lo interrumpió Alba, sobresaltado. Por su cabeza pasó, como un rayo flagelante, la idea de que su servicio pudiera estar interfiriendo en alguna operación de Inteligencia Militar; pero la desechó enseguida. ¡Hubiera sido el papelazo del siglo!

—Así fue, mayor; pero según cuenta el hijo, Huidobro no alcanzó a entrar porque lo interceptó otro militar en un jeep antes de llegar a la puerta.

—¿Y eso, tú?

—Como lo oye, mayor. Según le dijo el chofer, el oficial que le diera la cita mandó interceptarlo porque no podía estar a esa hora en el edificio del Ministerio, y le ofrecieron trasladarlo al hotel Nacional, donde se vieron por la noche.

—Es evidente que al pobre viejo lo cuentearon.

—Seguro, mayor. Lo citaron en el Ministerio para impresionarlo y darle veracidad a la cosa, y después lo trabajaron en el hotel.

—Por cierto algo muy burdo y poco profesional.

—Sí, mayor —convino Paco—; pero lo cierto es que Huidobro creyó colaborar con la Revolución y trabajó para ellos.

—En concreto, ¿cuál fue su aporte?

—Entrenó unas sesenta palomas para vuelos largos.

—¿Iban y volvían?

—Según dice el hijo, desde finales del 74 las palomas de Huidobro volaban cada semana a un palomar de las FAR, desconocido para él. Y los domingos, a eso de las cinco o las seis de la tarde, comenzaban a regresar las enviadas en semanas anteriores.

—Así que un palomar de las FAR ¿eh? —comentó el mayor. «Sin duda, el palomar de las FAR en Homestead, Florida», pensó.

Cuando llegaron a la esquina de 150 y 21, Paco deshizo lo andado, de regreso al Laguito. Alba dobló a la izquierda y se internó por una callecita alfombrada de hojarasca, que más parecía la alameda de un parque abandonado. Las hojas muertas

sofocaban el ruido de sus pasos.

Hasta Sanidad Vegetal tenía que caminar unos doscientos metros. Aminoró la marcha. Se olvidó de la muerte de Huidobro y de la rabieta que cogiera por culpa de Teodoro.

De pronto, sin saber por qué, lo invadió una ráfaga de optimismo. ¡Mira que el hombre es un bicho complejo! Respiró con fruición el aire dulce y deseó que la oficina de Bernardo no estuviera tan cerca. Se detuvo a contemplar un prisma de sombras. ¿Por qué se sentía de pronto tan eufórico? ¿Sería el espectáculo de aquella orgía de verdes? ¿Serían las palmas altísimas que custodian el silencio de Siboney?

Bernardo lo estaba esperando y qué tal Renato y qué hubo Bernardo, y que el mayor disculpara que lo citase allí, pero no quería alejarse de su oficina porque esperaba noticias urgentes de la Isla de Pinos, y si Renato quería, podían conversar caminando por los jardines de la casona, so pretexto de mostrarle las instalaciones. Alba veía satisfecho que Bernardo había aprendido la lección. Después del primer encuentro entre Alba, Bernardo y Alejandro, convinieron en que jamás conversarían en ningún lugar cerrado, excepto en el carro de Alba. El mayor había insistido enfáticamente. Era un problema elemental de técnica de seguridad. ¿Los compañeros comprendían? No era juego ni ganas de hacerse el misterioso. Era una exigencia metódica, rigurosa, y si no se cumplía, podía echarse por tierra en un segundo, el esfuerzo de mucho tiempo.

Alba había insistido, sobre todo, en que las conversaciones entre Bernardo y Alejandro fuesen al aire libre, y en que jamás hicieran ni una sola alusión, ni la más remota, al asunto de los áfidos y los virus cuando estuviesen en sus carros. Bueno, ¿y qué era lo que había, Bernardo?

Pues que la *Toxoptera aurantii* había aparecido también en la Isla de la Juventud. ¿De la misma forma que en Jagüey Grande?

Igualitico.

¿Y por dónde?

Por la zona de Sigüanea, al sudoeste de la isla. La habían detectado los compañeros de una brigada del MININT y él lo supo por intermedio del jefe, que lo llamara de acuerdo con la clave estipulada.

Bernardo le pidió entonces seguir buscando y señalar los focos, para así adelantar los conteos asignados a los compañeros.

¿Y cuándo creía Bernardo que en Jagüey terminarían el mapeo de la *Toxoptera*?

Se habían propuesto para el día 27.

¿Antes imposible?

¡Eso ya era de por sí una proeza, mayor! Y a propósito, ¿el mayor no creía que ya era hora de detener a esa gente?

No, Bernardo, no: lo que debían hacer de inmediato era tratar de detectarlos; pero cualquier intento por detenerlos con premura, implicaría un despliegue sospechoso y resultados contraproducentes. Alba confiaba en que cuando se tuviera concluido el

mapeo de Jagüey, se podría comprender bien cuál era la forma de actuar de los saboteadores. Además, debían ser consecuentes con el plan acordado: mientras no se detectara el virus, el trabajo no se encaminaría a detener un par de saboteadores, sino a capturar toda una red, con sus cabecillas. Bueno, ¿y dónde se había metido Alejandro, que hacía dos días Alba no podía comunicarse con él? Alejandro andaba fajado con los microscopios electrónicos, persiguiendo sus virus, casi sin dormir. El día anterior había venido a dar un paseo por el jardín con Bernardo, y parecía un facineroso, todo barbudo, con los ojos enrojecidos. ¡Un bárbaro trabajando, ese Alejandro! A ese sí no se le colaba ningún virus. Seguro que no, mayor.

Bueno, Renato se tenía que ir, pero no tenía carro...

Que el mayor no se preocupase. De inmediato, Bernardo le conseguiría uno con chofer para trasladarlo adonde deseara.

## Junio 21, sábado

El sábado aquel, Sepúlveda tenía que hacer guardia en su CDR, de dos a cinco de la madrugada. En general no faltaba a las guardias, y en el año y medio que llevaba en el barrio, casi siempre asumía los trabajos voluntarios de los domingos. No era cederista destacado porque rara vez podía asistir a las reuniones y a los círculos de estudio, pero en general gozaba de buena reputación entre los vecinos que lo suponían especialista en auditorías. Eso lo obligaba a ausentarse con frecuencia de La Habana. Hablaba poco y daba la impresión de ser un hombre muy serio. Con rigurosa puntualidad salía todas las mañanas a las siete y treinta, y cuando estaba en La Habana, solía regresar a la casa alrededor de las ocho de la noche.

Nunca confrontó problemas en el barrio. Parecía ser un hombre sin ningún tipo de vicios. En dos oportunidades participó en fiestas de su CDR y en ambas se comportó como un abstemio total. Vivía en casa de Irma Ferrer Sepúlveda, que pasaba por ser una prima de su padre, jubilada de la telefónica, viuda, de sesenta y dos años de edad. Irma era activista del CDR y estaba bien conceptuada en el barrio, aunque su severidad y su intransigencia en el cumplimiento de las tareas de la organización, le habían granjeado cierta antipatía.

Irma se llamaba en realidad Cándida Villalobos. Hija y nieta de terratenientes de la zona de Trinidad, era una fervorosa anticomunista. Hasta el 65 colaboró con los alzados del Escambray; pero ante la inminencia de su captura, en una oportunidad en que el Ejército Rebelde arrestara a varios de sus protegidos, logró evadirse gracias a un pescador de Caibarién, sobornado por un grupo de contrarrevolucionarios.

En los años 66, 67 y 68, Irma conoció por primera vez en su vida las privaciones. Los veinte mil dólares que consiguiera reunir de prisa antes de la fuga, se le acabaron a mediados del 67. Sintió en lo más hondo la humillación de ver a sus hijos Pedro y Antonio trabajar como simples asalariados en la Florida, en menesteres que ella consideraba propios del «bajo pueblo». A los dos meses de llegar debió operarse la vesícula y desembolsar cuatro mil setecientos dólares; y para colmo de males, los «muchachos» formaron un escándalo en un *cabaret* de Miami, con destrozos por valor de cinco mil y pico de dólares. Esa suma, más la fianza que debió pagar para excarcelarlos, le significó un desembolso de casi seis mil dólares.

Henchida de amor maternal, Cándida perdonó a los pobrecitos, pues comprendía que no habían nacido para hacer aquellos trabajos infames, y con toda razón vivían disgustados y se descontrolaban por cualquier cosa. El uno trabajaba de camarero y el otro de estibador... ¡Ellos, que habían nacido en cuna de oro!

Cándida soportó su amargura en silencio y vio cómo a principios del 67 se le iban

de las manos los últimos dólares, sin que a ninguno de sus hijos se le ocurriera la idea salvadora. En los años 67 y 68 conoció la escasez y se acrecentó su odio hacia los comunistas. Por ellos debió abandonar la tierra de sus mayores y soportar la confiscación de sus propiedades «legítimas»; y ahora, para colmo, la hacían pasar hambre en el extranjero. Pero lo peor era ver a sus hijos convertidos en esa chusma jornalera, que ella tanto despreciara siempre. Su odio del 68 era mucho mayor que el del 65.

Aquella situación la indujo a aceptar, en el 73, igual que Sepúlveda, un plazo fijo de cuarenta mil dólares, pagadero a fines del 78, y una mensualidad de quinientos, abonados a sus hijos en Miami.

El total de contratos ascendía a setenta mil dólares, sin contar los seis mil pesos cubanos que recibía anualmente para costear sus gastos en La Habana. De esa manera satisfacía su irreprimible compulsión a luchar contra los comunistas, y contribuía con quinientos dólares mensuales a que sus hijos no viviesen como pordioseros. Y si lograba sortear todos los escollos hasta el 78, podría pasar sus últimos años sin tanta zozobra.

Cándida traía instrucciones de militar de manera activa en los CDR y la FMC. Para eso pasó un curso de dos meses en Miami, hasta adquirir una serie de nociones básicas, y sobre todo, el léxico de la Revolución.

La casa que Cándida Villalobos, alias *Irma Ferrer Sepúlveda*, fue a ocupar, pertenecía a una legítima Aurora Ferrer que, por algún estímulo en divisas nórdicas, aceptara ser su prima durante un tiempo. Luego, Aurora se retiró a una finca de campo, sin volver nunca más a La Habana. De qué manera consiguieron para Irma Ferrer, alias *Cándida Villalobos*, su libreta de productos alimenticios, ella nunca lo supo.

Irma tenía órdenes de hospedar en su casa a toda persona que llegara con la consigna «sésamo». Debía alojarlos durante el tiempo que fuera necesario y vigilar, asimismo, para que en su casa, por ningún motivo, se pronunciara jamás una palabra contrarrevolucionaria. Tenía órdenes expresas de denunciar cualquier violación de esta norma, ante una persona que la llamaba por teléfono todos los martes, jueves y sábados a las dos de la tarde, para informarse de sus novedades. Desde el 73 hasta mediados del 74 había sido un tal Jiménez; hasta marzo del 75, Angelito y desde entonces un tal Mauricio, a quien solo conocía por su voz.

Aquella noche Sepúlveda le había pedido a Irma que lo excusara con el CDR, pues sentía unos cólicos muy fuertes y no estaba en condiciones de hacer la guardia; y, además, que a su regreso del turno de las mujeres, lo despertase sin falta, pues se sentía agotado y temía no oír el reloj. Consecuente con la norma que ella misma debía preservar en la casa, Irma no demostró el menor interés por saber para qué necesitaba Sepúlveda levantarse a las dos. El hecho es que cuando terminó la guardia, él ya estaba levantado y andaba por el bañito del fondo.

Irma se acostó, y la casa, habitada en esos días solo por ellos dos, quedó otra vez



envuelta en un silencio absoluto.

Sepúlveda salió a la terraza, miró el cielo brillante de la noche de junio; experimentó en su torso desnudo el frescor de aquella hora y volvió a entrar. Preparó un poco de café y cuando eran las dos y cuarto, salió de nuevo a la terraza y se sentó en un pimpampum. A su lado, sobre una mesita, puso un radio Transoceanic de alta fidelidad, del que extrajo enseguida una antena larguísima y luego lo enchufó en el tomacorriente de la pared. Al lado del radio puso una grabadora alimentada por el mismo toma. Sacó después un pequeño auricular y lo conectó a la radio. Luego acopló un cable a la grabadora y dejó el otro extremo listo para insertarlo en la radio, en caso de que necesitara realizar alguna grabación.

El programa comenzaría, como todos los sábados, a las dos y treinta en punto. Era un espacio musical, en español, de una potente emisora del Caribe.

Aún faltaban diez minutos. Sepúlveda sintonizó la estación con el auricular puesto, para que no se oyera ningún ruido. Luego verificó el funcionamiento de la grabación directa. Todo estaba listo.

Se tendió en el pimpampum, encendió un cigarro y se puso a contemplar la Osa Mayor, cuyo carro, a esa hora, comenzaba a hundirse en el horizonte meridional. ¡Cómo hubiera querido él estar montado ya en ese carro! Aún le faltaban cuarenta días para el 31 de julio salvador.

En su época de *yatchman*, Sepúlveda se embulló con la navegación de altura y aprendió los nombres de las principales constelaciones. A la izquierda, más hacia el sudoeste, centelleaba Antares, la rutilante estrella amarilla de la constelación del Escorpión.

Ya eran las dos y veinticinco. Volvió a sentarse, aspiró una bocanada profunda y botó la colilla. Se ajustó los auriculares y se concentró en la emisión. Si al comienzo del programa se anunciaba alguna pieza de Mozart, era porque habría algún mensaje para él y debería quedarse oyendo hasta que le pasaran el mensaje. Captó los acordes característicos del inicio del primer movimiento de la *Quinta sinfonía* de Beethoven: «Tatatatán... Concierto de la Madrugada tiene el gusto de presentar... tatatatán... en su habitual programación de la madrugada dominical... tatatatán tatatatán tatatatán... la *Apoteosis* de Lully por la Orquesta de Cámara de Toulouse, bajo la dirección de Louis Auriacombe; el aria de Cavaradossi, del tercer acto de *Tosca*, de Giacomo Puccini, interpretado por Lubomir Bodurov, tenor, y la Orquesta del Teatro Nacional de Praga, bajo la dirección del maestro Sdenek Chalábala; la *Octava sinfonía* de Mozart, en *re* mayor, índice Koechel no. 48, ejecutada por la Orquesta Filarmónica de Holanda, bajo la dirección del maestro Otto Ackermann, y para finalizar, el oratorio de Alessandro Scarlatti, *Pastorale per la natività del Bambino Gesù...*». «¡Qué jodienda!», pensó Sepúlveda. Tendría que dispararse las dos primeras piezas completas para coger el mensaje cuando el locutor hiciera los comentarios a la sinfonía de Mozart. Supuso que tendría que esperar más de una hora. ¡Si por lo menos hubiera sido una música chévere!...; pero aquel programa era un

velorio, y lo que le entraba era unas ganas locas de dormir.

Volvió a la cocina, calentó un poco de café y encendió otro cigarro. Se le ocurrió entonces que lo mejor sería llevar una lamparita a la terraza, y esperar allí mismo, tomando el fresco y leyendo una novelita policiaca en inglés, adquirida en una venta de libros usados y que de entrada lo cautivara. En las dos primeras páginas el protagonista ya había descalabrado a cinco tipos que trataron de interponérsele, mientras subía una escalera, y antes de llegar al tercer piso, ya se habían abierto dos puertas junto a las cuales se habían desnudado sendos monumentos de mujeres, de esas que para poder encuerarse rápido, usan vestidos divididos en el centro por largos y eficaces *zipers*. ¡Estaba interesante la novela! Lástima que a Sepúlveda todavía se le escapara tanto el sentido. Le costaba leer en inglés; después de tantos años, seguía tropezando con el cabrón idioma aquel. ¡Coño, qué bruto era para las lenguas! Si no hubiera sido por el maldito idioma, estaría lleno de pesos, viviendo como un pachá, de las comisiones de sus ventas, y entonces Mike le metió una patada en plena boca y se oyó el crujido familiar de los dientes partidos, y déjame tomarme otro café, qué bárbaro el Mike, y coño, qué ocurrencia la de la jeba. Los machos debían excitarla con una pluma de ganso silvestre, que ella siempre tenía a mano, colgada de la pared, junto a la cabecera de la cama. Para entrar en materia con ella, Mike también le hizo cosquillitas en la nariz, y a un cómplice que sale de atrás de las cortinas le parte la columna de un solo piñazo, y sigue dando golpes que producen ruidos sordos y patadas, patadas vibrantes, vigorosas, llenas de vida, y vengan más hembras en cueros, todas arrebatadas por Mike, ¡qué tipo de suerte! Y coño, se acabó la música.

Terminada la segunda pieza, iba a comenzar la sinfonía de Mozart. Sepúlveda se irguió en el pimpampum y escuchó con atención: «A continuación escucharemos, por la Orquesta Filarmónica de Holanda, la *Octava sinfonía* de Mozart». Sepúlveda comprobó las conexiones y cuidó de que los cables estuvieran listos para enchufar la grabadora a la radio. «... índice Koechel no. 48, bajo la dirección del maestro Otto Ackermann. Esta sinfonía, compuesta en 1726, marca el cierre del período iniciado en 1714. Es la época más creativa de Wolfgang Amadeo Mozart». El mensaje comenzaba justo después del nombre completo del compositor, que el locutor pronunciaba con lentitud, y después del cual hacía una prolongada pausa. Sepúlveda conectó la grabadora a la radio, esperó cinco minutos, al cabo de los cuales desconectó los aparatos y regresó a su habitación, para descifrar el mensaje. Después de la clave, el texto decía:

Los mejores estudiosos y apologistas de la creación mozartiana proponen la idea de una tendencia especial a la emoción, el calor humano y el dramatismo, ligada a la *Octava sinfonía*...

La palabra «mozartiana» era la señal convenida para el final del texto, que se leía siguiendo la segunda letra de cada palabra, sin contar los artículos determinados.

Sepúlveda subrayó las letras que interesaban y leyó el mensaje. ¿Quién rayos sería Mauricio? Bueno, ya aparecería. Mientras tanto, lo único que a él le interesaba era que transcurriese el mes y los diez días que le faltaban para el vencimiento de su plazo fijo en el First National City Bank of New York. Estaba decidido a no trabajar nunca más para la CIA. Ya estaba bueno de zozobras y peligros. Quería vivir en paz.

De los treinta y seis mil dólares que cobraría a fines de julio, pensaba coger solo cinco mil e irse a alguna capital sudamericana a probar fortuna otra vez en las ventas. ¡Tenía que volver a ser la estrella que fuera en Cuba! Volvería a colocar los treinta y un mil restantes para un plazo fijo dos años después, y solo los sacaría cuando ya tuviera una base creada en Buenos Aires o en Santiago de Chile; en fin, en cualquier lugar donde se hablara español y hubiese garantías para la «libre empresa». Estaba decidido. Ya tenía cuarenta y uno y los fracasos anteriores le servirían de experiencia. No volvería a ser nunca más carne de cañón de la CIA. Debía pensar en echar raíces definitivas y fundar una familia. La soledad era muy triste cuando uno comenzaba a ponerse viejo.

**Junio 21, sábado**

Denis terminó de recortar el anuncio del *Miami Herald* y volvió a leer el texto: «La Homestead Citrus Inc. llama a los interesados en ofrecer presupuestos por la venta e instalación de ciento dieciséis intercomunicadores en los edificios de la compañía, a presentar sus cotizaciones antes del día 26 de junio del corriente año, en nuestras oficinas de la localidad de Homestead, o en el correo central de Miami, P. O. Box 3425. Para cualquier información adicional, llamar a los teléfonos 53622/3/4/5».

Denis se dirigió al buró de Fred Erwin, su hombre de confianza en el negocio, y le pidió que le preparara una factura proforma, con los precios de costo de ciento dieciséis intercomunicadores General Electric, sin incluir recargo alguno ni costos por conceptos de instalación. Fred Erwin pensó que el señor Woods se había enloquecido. ¿El señor Woods planeaba vender e instalar aquellos aparatos sin ganar un centavo? ¡No, hombre no! Denis no era tan tonto. Lo que ocurría, Fred, era que Denis sabía de buena fuente, que la Homestead Citrus proyectaba rehacer dentro de un par de semanas, la totalidad de sus instalaciones eléctricas, y él quería aprovechar esta oportunidad para dejar una buena impresión y acreditarse ante la firma para cuando llegara el negocio gordo. ¿Y Mr. Woods no creía que aquello era un tanto arriesgado? ¿Por qué arriesgado, Fred? Denis, como minorista, tendría de todos modos que sacrificar sus ganancias, para competir con los grandes, incluso con la propia agencia de la General Electric en la Florida. Siendo realista, lo más que se podía ganar en el negocio de los intercomunicadores eran doscientos o trescientos dólares. ¿No era así, Fred? *Indeed, sir.* Okey, pues Denis prefería incluso perder doscientos o incluso quinientos dólares, pero hacerles un excelente trabajo, *right?*, darles un buen servicio y quedarse con las puertas abiertas para ganar diez mil dólares unos meses después. ¿Acaso no valía la pena correr aquel riesgo? En realidad, Fred tenía que reconocer que la idea no era mala, Mr. Woods... *By all means!*

**Junio 21, sábado**

«Nueve de la mañana: Llamar a Educación».

El mayor Alba deja el bolígrafo sobre su agenda y comienza a discar. Casi enseguida: ¿Orlando? Muy bien, ¿y usted? ¿Cómo va eso? Espere: déjeme anotar. ¿Cuándo terminan las clases? ¿Seguro? ¿Se podrá contar con los muchachos para la primera quincena de julio? ¡Ah...!, si es así, magnífico. Yo pensé que iban a necesitar como diez mil. Así es más fácil. ¿Y qué criterio están usando para la selección de los muchachos? Mucho cuidado, Orlando, en la forma como se les explica la cosa a ellos; mucho cuidado con lo que se les dice. Los instructores tienen que quedar plenamente convencidos. Anjá, anjá. ¿Y la coordinación con la gente del transporte? Sí, eso mismo; la utilización más racional. Bien, eso es todo por el momento. Sí, me hacían falta esos datos y me tenía un poco inquieto lo de las fechas; pero esto ya me tranquiliza. Por lo demás, la cosa queda en sus manos. ¿Puedo seguir llamándolo a este número? ¿A esta misma hora? Muchas gracias, Orlando.

## Junio 22, domingo

Aquel vuelo nocturno de BOAC llega los domingos a Nueva York a las nueve de la mañana. Eddy A. es el tercero en bajar por la escalerilla del avión. Gordo, calvo, irreconocible para cualquiera de sus contemporáneos de Detroit, pisa territorio estadounidense como un ciudadano más, muy seguro de sí mismo, o mejor dicho, de su otro yo.

Nacido en 1935 en La Habana, vivió desde 1936 hasta 1955 en Detroit. En 1956 se incorporó de lleno a la lucha clandestina en la ciudad de La Habana. Capturado en julio del 58, soportó torturas en los calabozos del SIM. El 1ro. de enero de 1959 el Ejército Rebelde y el pueblo de Cuba lo rescataron medio muerto de una de las mazmorras más sórdidas de la dictadura.

En 1960 ingresó en la Seguridad del Estado. En 1961 matriculó en la Universidad de Yale, con el nombre de James O'Farrell. En 1966 obtuvo el título de licenciado en Ciencias Biológicas y desde 1968 trabajaba en un organismo internacional, dentro del cual, en más de una oportunidad, actuó como informante de la CIA, por supuesto con la aprobación de sus superiores del SCC.

En 1970 se le nombró subdirector de una sección en Londres y tenía relativa facilidad para desplazarse dentro del hemisferio occidental. En aquella oportunidad no le fue fácil encontrar un pretexto para viajar a los Estados Unidos, pues una semana antes había regresado de una gira de tres semanas por Colombia, Panamá y México.

El día 21, Sylvia Purcell le hizo llegar a Londres un telegrama que decía: «Tía Margaret muy enferma pide verte». El jefe de Eddy comprendió la situación, le autorizó el viaje, y hasta le encomendó realizar ciertas gestiones en las oficinas centrales del organismo, en Nueva York.

Eddy M. bajó por la escalerilla entre los últimos. Era tres años mayor que su tocayo. Había nacido en 1932, en Milán, de padre italiano y madre cubana, que siempre le habló en español. Era hija y nieta de mambises. Mujer sensible, cantaba con gracia, se acompañaba al piano, y supo inculcar en el hijo un gran amor por Cuba. En su imaginación infantil se grabaron como un mural, los vívidos relatos de su madre sobre la Guerra del 95 y aprendió de memoria pensamientos y poemas del Apóstol.

Los cielos cerúleos, la imagen de la palma real, el ansia de la tibieza tropical contrastaban en su infancia con los grises inclementes del invierno lombardo.

A su padre casi no lo conoció. Compañero de Palmiro Togliatti desde comienzos de la década del 20, los *fasci di combattimento* de Mussolini lo obligaron a vivir

escondido desde el 35. En 1938 pasó una noche junto a Eddy y su madre en Milán, y al día siguiente entró en Francia a pie, por los Alpes Savoyanos.

En plena guerra, en 1943, cuando Eddy ya tenía once años, volvió a verlo. Un camión los llevó, a Eddy y su madre, hasta un pueblecito de las afueras de Génova, y a la madrugada bajó su padre, acompañado de otro *partigiano* de luengas barbas. Pasaron juntos aquel día inolvidable, escondidos en un granero. Su padre le enseñó una canción y le pidió que no la cantara en voz alta hasta después de la guerra.

*Fischia il vento,  
infuria la buffera;  
scarpe rote, pur bisogna andar  
sventolando nostra rossa bandiera...*

Siempre la llevó en su corazón. La cantaban los combatientes del Partido con la música de la *Katiusha*.

En 1945 llegó a Cuba con su madre, pero no pudo entregarse a aquella felicidad con que tanto soñara desde su infancia. Se lo impedía la tristeza por la muerte de su padre, caído en marzo del 45 en las calles de Torino. Tenía, además, muy frescos en la memoria los horrendos recuerdos de la guerra. Fue un adolescente taciturno. En Cuba pasaron solo un mes y luego se fueron a vivir en los Estados Unidos, con un primo de su madre.

Hasta que murió ella, en 1955, Eddy vivió a su lado, en Boston. Allí había completado el *high school* y luego trabajó, durante cinco años, en una empresa turística. Era rubio, bien parecido y su apellido piemontés sonaba lo bastante afrancesado como para darle un aire chic y preservarlo de la discriminación a la que lo habría condenado su origen italo-cubano en la rancia Boston.

A Cuba llegó para quedarse en el 55. Tenía veinticuatro años. Hablaba sin acento el inglés bostoniano, además del español, italiano y lombardo. No le fue difícil encontrar trabajo. En el mismo año 55 ingresó como empleado administrativo en la empresa telefónica y como militante en el Partido Socialista Popular. El Partido lo mantuvo en el anonimato, y a medida que escalaba posiciones dentro de la empresa, prestaba al Partido y luego a la Revolución, servicios cada vez más importantes, que le valieron su ingreso en la Seguridad del Estado en 1961.

En 1962 se inscribió en la Universidad de Chicago, bajo el nombre de Peter Lindsay, de veintidós años, aunque en realidad ya tenía treinta, pero no los representaba. En 1966 obtuvo el título de ingeniero agrónomo y en 1968 hizo un posgrado en Bacteriología. Para la Contrainteligencia cubana, era el primer teniente Eduardo Volonté, alias *el Milanés*, residente en Zurich, director técnico de la rama de plaguicidas en una firma norteamericana que elaboraba productos químicos para la agricultura.

A las cinco de la tarde de aquel domingo 22 de junio de 1975, Peter Lindsay se paseaba por el zoológico del Central Park, cuando desde unas mesas al aire libre, oyó una voz femenina que lo llamaba, y al volverse, ¡qué agradable sorpresa! ¡Pero si allí estaban nada menos que Sylvia Purcell y James O'Farrell!... *What a coincidence! Wasn't it marvellous?* ¿Y qué iba tomar Peter? Peter tomaría una cerveza Tuborg, *please*. ¿James y Sylvia habían tenido noticias de Warren? No, aún no; pero estaban esperándolas de un momento a otro. ¡Qué lindo era el comienzo del verano en Nueva York! ¿Cuánto era la cuenta, camarero? No, que Peter no pagara. James lo había invitado, y además, aquel encuentro había que festejarlo y cenar juntos, ¿verdad?

Cenaron en un restaurante alemán de Yorktown. Sylvia se había aficionado demasiado a la comida alemana en Bonn y aquella noche tenía antojo de tomar un poco de vino del Mosela y comerse unos *Wienerschnitzel*, unos *Kartoffelknödeln* y un *Apfelkuchen*. ¡Vaya pa'l carajo! ¡Cómo se cuida la muchacha! El gordo Eddy A. envidiaba de todo corazón a una mujer capaz de comer tanto y de conservar a su edad aquella silueta tan esbelta.

Durante la cena, Sylvia explicó el plan de entrevistas y discutieron cómo se repartirían entre los tres, los treinta y un casos escogidos. El sábado 21, por la noche, ella comunicó a Warren el plan trazado y esperaba su visto bueno a través de Denis.

Decidieron utilizar la mañana del día siguiente para que cada uno se ocupase de sus asuntos personales. Convinieron encontrarse a la una y treinta en el apartamento de John, un miembro del equipo de Denis, que sería su enlace en Nueva York.



**Junio 23, lunes**

Segundo se había criado en el barrio de La Copa, en Miramar. Desde niño recorrió a nado los arrecifes que unen la playita del Ferretero con el Monte Barreto. Conocía palmo a palmo aquella zona. En cuanto a Evaristo, solo tendría que nadar por donde Segundo le indicara. Segundo disponía, además, de toda la información suministrada por Mauricio, que luego de inspeccionar la zona, había pasado un cifrado a Miami, para aconsejar la entrada por el Ferretero o por la poceta de la calle 34, que tenía una salida directa a la avenida Primera.

Segundo prefirió entrar por la poceta. Tanto él como Evaristo debían introducir un bulto del tamaño de una maleta pequeña, más los tubos de oxígeno y el equipo de pesca submarina. Andar con esas cosas por la madrugada era un gran peligro. Segundo prefería esconder los bultos en lugares que él conocía, y luego sacarlos de día, ante las mismas narices de los bañistas. Suponía, además, que como aún proseguían las clases, no habría por allí demasiada gente en la mañana.

El capitán del buque se las ingenió para llegar al canal a eso de las doce de la noche. Pensaba fondearlo a la entrada de la bahía y atracar al día siguiente, por la mañana. El capitán sabía, además, por las luces de referencia en la costa, dónde debían saltar sus pasajeros furtivos, para salir directo a la calle 34, previo cálculo de la desviación por los efectos de la corriente.

Segundo y Evaristo deberían nadar unas cinco millas, que con patas de rana, y sin matarse, les llevaría menos de hora y media en las aguas mansas de junio. Se había escogido una noche sin luna, e iban preparados para nadar bajo el agua, cuando se estuvieran acercando a la costa.

Los bultos que traían Segundo y Evaristo, podrían sumergirse, pero solo lo suficiente para quedar en suspensión, a pocos centímetros de la superficie, gracias a una pequeña capa de aire insuflada en una de las caras rectangulares del paquete para que actuase como flotador.

Segundo alcanzó a reconocer el perfil de la costa cuando ya les faltaban a unos trescientos metros y por los edificios de la avenida Primera, comprendió que se habían desviado hacia la calle 42. Pensó en penetrar por la rampa de yates del antiguo Club de Profesionales, hoy Escuela Nacional de Natación Marcelo Salado. Allí Segundo conocía lugares de sobra donde esconder los bultos, pero pensó que al otro día no le sería fácil entrar, porque de seguro no habría libre acceso...

De pronto, desde el lado del acuario les llegó el temible ruido de un motor. Sin demora, se colocaron los *snorkels* conectados al equipo de oxígeno que llevaban a la espalda; se sumergieron a una profundidad de dos metros y nadaron suave hacia la

izquierda, en dirección a la calle 34, en medio de la oscuridad. A los cinco minutos, Segundo asomó la cabeza y oyó el motor de la lancha, muy distante ya, que se alejaba hacia El Vedado. Se desconectaron las mascarillas del oxígeno y siguieron nadando sobre la superficie, hasta alcanzar el lugar de destino.

Antes de llegar a tierra, a unos veinte metros de la costa, Segundo se sumergió y encendió una linterna, que puso en fuga a numerosos peces. Buceó unas cuatro brazas hacia una hondonada de arena blanca, salpicada de piedras opalinas, ocre y grises, esmeriladas por el tiempo y el vaivén de las aguas. En el hueco del fondo distinguió unas rocas traspasadas por agujeros donde cabía un puño. En esos huecos solía él amarrar sus nasas. Cuánto hubiera dado porque todo aquello no fuese sino una pesadilla. Ojalá nunca hubiese conocido otra vida. Cerró los ojos, se tapó los oídos e intentó oír un zumbido que de niño él llamaba el silencio del mar...

Por un instante olvidó el peligro a que se expondría unos minutos después, cuando intentara penetrar en la ciudad. ¿Estaría allí todavía la cruz que grabaran él y Juanito el Cojo, cuando juraron compartir el cacicazgo en la tribu de los indios Carajos? Nadó unos metros hacia abajo, a la derecha, y ¡allí estaba! De pronto, atragantado por el deseo de soltar el llanto bajo el agua, se reconvino con rabia: «¡A llorar a la iglesia, coño!»; y volvió a subir hacia donde se deslizaba, fragmentaria y trémula, la blanca sombra de Evaristo.

Entre los dos perforaron las capas de aire de los bultos y los amarraron a los huecos de la roca, en el fondo de la hondonada. Allí estarían seguros hasta el día siguiente. Los bultos traían una argolla y un cordel, dentro de un sobrecito de plástico transparente. Tanto la tela como el cordel resistirían el embate de cualquier pez, incluso los dientes de una picúa. Lo importante era hacer un buen nudo marinero.

Al salir, en un lugar a cubierto de cualquier mirada, se quitaron las patas de rana, la careta, la mascarilla, los tubos de oxígeno y una mochila que llevaban a la espalda. De ella extrajeron pantalones, una camisa de mezclilla y unos tenis. En los bolsillos del pantalón, cada uno llevaba una cartera dactilar, un carné laboral, unos pocos pesos arrugados y algunas monedas.

Segundo escondió los tubos y demás implementos de pesca submarina en un pozo que había a unos tres metros del lugar donde se vistieron, y que estaba lleno de basura desde la época en que dejara de servir como registro para las válvulas hidráulicas de una piscina situada en los fondos de una casa abandonada.

Salieron a la avenida Primera, y caminaron por la calle 34 hasta llegar a Tercera. Allí doblaron hacia la calle 32, y se detuvieron a esperar una 96, rumbo a La Lisa.

Se aparearon en la calle 51, caminaron cinco cuadras y llamaron a una puerta. De inmediato oyeron una voz femenina:

—¿Quién?

—Sésamo.

Y la puerta se abrió.

**Junio 25, miércoles**

Denis acudió por la mañana a la Homestead Citrus donde presentara, en la oficina de costos, su oferta para la venta e instalación de los intercomunicadores. Disfrazado con su peluca crespa rojiza, espejuelos gruesos, un bigotico a lo Adolphe Menjou, polvos Rugby para las cejas, se presentó lleno de su habitual simpatía en la oficina de personal, para saludar a Mrs. Blake. Aprovechó la ocasión para regalarle, de parte de la compañía *Who's Who*, aquel bonito juego de lápiz y lapicero Parker, con el nombre de Mrs. Blake grabado en un arito de oro.

Y a propósito Mr. Haigh, mejor dicho, Fred, ahí tenía ella la lista que le prometiera.

*Indeed? Marvellous!* Ella no se imaginaba cuánto trabajo le ahorraba a Fred con aquella gentileza. Él no tenía palabras para agradecerle...

Por, favor, de ninguna manera, aquello era una simpleza, que no, que sí, que por favor, que *not at all*, que ella estaba para servirlo en lo que fuera. ¡En lo que fuera! ¿Fred la llamaría en esos días?

Sí, sí, seguro que sí, sin falta. Bueno, que muchísimas gracias otra vez. Fred se iba para no interrumpirla en el trabajo, y de nuevo *thanks a million. Good bye! Au revoir!* ¡Ahhh!

Los huevos se desparramaron sobre el aceite hirviente.

Denis verificó el cierre en la puerta y ventanas de la cocina que daban al balcón. Luego reflexionó sobre cómo transmitir aquella lista tan extensa. Poner en clave sesenta y siete nombres y apellidos, con los demás datos, le llevaría por lo menos ocho horas. El código casuístico del SCC era archiseguro, pero cuando se trataba de nombres propios, el redactar un texto se convertía en un suplicio y demoraba horas.

Denis retiró los huevos del sartén, volvió a abrir una hoja de la ventana y la ajustó con un ganchito. Puso a girar un ventilador ubicado sobre el escaparate, vertió unas goticas de Mataolores Birmingham, y al salir con la bandeja de su almuerzo, cerró con gran cuidado la ventana y la puerta de la cocina hacia la sala comedor.

Aquello de freír huevos con aceite de oliva, era quizá uno de los pocos hábitos que, como hijo de españoles, Denis no había podido desechar nunca. Y freír con aceite de oliva, para alguien que no fuera de pura cepa mediterránea, y en especial para un anglosajón, era casi intolerable. Como Denis se cuidaba mucho de no denotar su origen latino, siempre que freía algo, procuraba la desaparición del olor; cosa que no le resultaba muy difícil en aquel decimocuarto piso de aquella ciudad ventosa. Y

máxime con ayuda de los famosos Mataolores Birmingham, adquiribles al módico precio de un dólar y treinta y cinco centavos. Según demostraba un exitoso anuncio dramatizado, mediante un par de gotas del milagroso desodorante, se lograba que los genitales de un oso, al salir de su cueva después de seis meses de invernada, olieran como los lirios del campo.

Mientras comía los huevos volvió a examinar la lista, y al cabo de una segunda y de una tercera ojeadas, pensó que en fin de cuentas, el trabajo no tendría por qué ser tan pesado.

De los sesenta y siete diplomados universitarios que contenía la lista de Mrs. Blake, veintidós correspondían a economistas y otros profesionales que en nada se relacionaban con el campo de las investigaciones biológicas. De los cuarenta y cinco restantes, Denis excluyó veintisiete, entre agrónomos, químicos, ingenieros forestales, especialistas en suelos, riego, fertilizantes, que tampoco desempeñaban en la empresa tareas de investigación.

La lista que a Alba le interesaría, constaba de dieciocho nombres y ordenados por fecha de ingreso a la compañía, eran los siguientes:

1. PICKERING, Charles, cincuenta y siete años, biólogo, USA
2. WRIGHT, Edward, cincuenta y nueve años, biólogo, USA
3. REED, Francis, cuarenta años, bacteriólogo, UK
4. REINHARDT, Otto, cincuenta y un años, virólogo, RFA
5. DESSAINTS, René, cincuenta y dos años, entomólogo, Canadá
6. GERSTENFELD, Otto, cincuenta y dos años, virólogo, RFA
7. PRINCIVALLE, Luis, treinta y siete años, químico, Uruguay
8. VILLEGAS, José, treinta y seis años, genetista, Honduras
9. ABDALA, Ismael, cuarenta años, químico, Líbano
10. PERKINS, William, cincuenta y dos años, biólogo, USA
11. FINK, William, cincuenta y un años, bioquímico, USA
12. FRAZER, Robert, sesenta años, virólogo, Neozelanda
13. GONZÁLEZ, Ricardo, cuarenta y ocho años, médico, Cuba
14. VAN VERMEER, Anton, cuarenta y seis años, virólogo, Holanda
15. SEGOVIA, Rafael, cuarenta y un años, ingeniero forestal, México
16. NEALES, Richard, veinticinco años, entomólogo, USA
17. PATTERSON, David, cincuenta y siete años, ornitólogo, USA
18. MEDINA, Juan, treinta y ocho años, entomólogo, Venezuela

A las dos de la tarde, Denis se sentó en pijama a la mesa del comedor, abrió un Webster y se puso a codificar aquellos nombres. Terminó a las tres y cuarenta y cinco, y a la media hora envió el cable por la Western Union vía Europa, para remitirlo de inmediato a Warren. El resto de los nombres los mandaría, de todas maneras, unos días después. Era una cuestión de rutina, o de método, según Warren.

## 46

### Junio 26, jueves

Debí que esperar hora y media para que me atendiera. Ya estaba por irme cuando me hizo pasar... ¿De qué revista, Miss?

Miss Donovan, profesor.

Bien, Miss Donovan, ¿cuál es el propósito de la entrevista?

¡Si tú supieras, viejo, el propósito!...

Sí, profesor Clark; a la revista *World Science & Biology* le interesaba conocer su opinión sobre métodos para esterilizar reinas en los colmenares y, luego, aplicarlas al control biológico de los años próximos, contra insectos dañinos a los cultivos.

¡No Charlie, así no! Cógelo de frente, para que en la foto se vea el microscopio y al fondo la biblioteca.

¿Y tú sabes, Eddy, lo que fue salir de allí a las tres, para estar a las cuatro en Houston y a las ocho de regreso en California?

Tuviste suerte, Sylvia.

Y el otro Eddy desanimado porque solo había podido entrevistar a dos personas en tres días.

Y por fin, ¿al de California pudiste verlo?

Esa noche, no; pero aceptó verme ayer.

La verdad es que para esto de las entrevistas deberían haber formado un equipo de mujeres: a los machos no nos abren las puertas esos vejetes.

Y el otro Eddy: De acuerdo: Yo perdí dos días atrás de un solo tipo, y al final tuve que cogerlo montándole guardia en el parqueo del carro, por la noche.

Y Sylvia: Eso es lo que hay que hacer, muchacho...

Sí, pero a veces uno tiene la impresión de andar atrás de un fantasma.

¡Al revés, chico! Los fantasmas somos nosotros.

¡Claro! El fantasma del *Manifiesto*, que ahora galopa sobre los campos de América, con una cámara fotográfica y una grabadora en el bolsillo.

Sylvia enciende un cigarro y se queda pensativa.

En total, entre los tres *reportearon* a nueve. Les quedaban veintidós.

¿A qué hora regresaba John?

Sobre las dos.

Si el centro no tiene novedad, esa tarde Sylvia saldría para Cleveland y al otro día para Portland, Oregón.

A Eddy A le tocaba Mississippi, Alabama y Kansas, pero antes quería llegar a

New Orleans.

¿Y eso? Ahí había un caso interesante, un tal Palmer.

¿Interesante por qué?

Por ser el presidente de la Asociación de Virología de los Cítricos. Cuando pregunté por él, al averiguar sobre los distintos virólogos de la lista, se me dijo que desde hacía tres años no se sabía nada de él. Vaya, se sabe que está vivo y que sigue en los Estados Unidos, pero para el mundo científico es como si se hubiera muerto.

¿Cómo es eso?

Nada, que según parece, el virólogo ese, desde hacía unos quince años, publicaba incesantemente sus trabajos, asistía a todos los congresos internacionales y nacionales de virología de los cítricos e incluso en una época ocupó cargos importantes en la Asociación. Lo raro es que ya no asistió al congreso del 72, se retiró al sur del país, y desde entonces no ha vuelto a publicar una sola línea. Incluso ha rehuido contestar a las distintas comunicaciones que le han enviado por parte de la Asociación, y una vez que lo entrevistó un colega en New Orleans, se mostró esquivo y no quiso revelar lo que estaba haciendo. No hay que forjarse ilusiones, pero el caso parece interesante. Un hombre que ha publicado durante quince años, debe tener razones muy de peso para enmudecer.

Eddy M. también detectó un caso raro, de un entomólogo, un tipo de lo más evasivo, que cuando se le tocaba el punto de las mutaciones, cambiaba de tema y el cará. Y aquello le llamó la atención. Al ponerse a revisar el *curriculum* y sus publicaciones, el hombre era un bárbaro en genética y había trabajado mucho con áfidos. Es un tal Hill, australiano, de los que figuran en la lista de Vladivostok; pero lo sorprendente del caso es que cuando Eddy se puso a averiguar, aparecía como un hombre progresista, militante por los derechos civiles, con declaraciones antirracistas, antibelicistas y demás.

Bueno, quizá con más razón haya que seguir investigándolo.

¿Y qué hora era?

Todo el mundo estaba impaciente porque llegara John, para terminar la reunión de control y volver a su cacería de científicos por todo el país.

Bueno, ¿y por qué Sylvia no colaba un poco de café?

Sylvia no lo colaba porque era una mujer emancipada y ellos estaban ya bastante crecidos los dos y podían preparárselo sin su ayuda. Además, la que mandaba allí era ella y no le daba la gana de preparar nada, ¿ya?

—¡Coño, jefa, qué recio nos lleva!

Y cuando ellos se ponen a trastear con los cacharros y a formar relajo, Sylvia los bota de la cocina porque le van a alborotar todo al pobre John, que es de lo más ordenadito.

¡Fuera! Ella va a preparar el café, pero he aquí que llega John, y entonces que el café lo cuele John, pero John dice que en el refrigerador tiene un café macanudo.

Y Eddy A., que no sea miserable, que cuele café fresco.

¿Cómo miserable, che? Bueno, ¿qué noticias hay?

Un telegrama de Denis. REÚNAN MÁXIMA INFORMACIÓN POSIBLE SOBRE EL DOCTOR ANTON VAN VERMEER... y Eddy A. dio un brinco como si fuera un atleta y no un gordo calvo de cuarenta años, y no dejó que Sylvia terminara de leer el telegrama. ¡Ese es el tipo, seguro que es él!

¿Qué tipo?

El virólogo desaparecido, el de New Orleans.

¿No dijiste que se llamaba Palmer? No: Vermeer, Vermeer...

¡Pero tú dijiste Palmer!

Me habré equivocado, aquí lo tengo en la lista.

Y Sylvia: Bueno, déjame terminar de leer:...SOBRE EL DOCTOR ANTON VAN VERMEER *STOP* SUSPENDAN TODA OTRA ACTIVIDAD *STOP* PRESÉNTENSE EN MIAMI HOY MISMO *STOP* RESERVACIONES SYLVIA HILTON O'FARRELL FLORIDA LINDSAY VICTORY *STOP* VOLPE.

Y Eddy A. se abalanza sobre el maletín.

Ahí estaba. Anton Van Vermeer. ¡Qué coincidencia! ¿Y cómo era posible que el Centro ya le hubiera enfilado los cañones desde La Habana?

¡No, la gente de Warren está soplá!

¿Y recién te enterás? ¿No sabés que allí el más lerdo se culea un avestruz al trote?

¡Jua, jua, jua!

John era tucumano.

**Junio 26, jueves**

La Habana le había enfilado los cañones a Vermeer unas diez horas antes de que Sylvia y los Eddies recibieran el telegrama de Volpe. ¿Qué había pasado?

Alba recibió la noticia de la llegada del cable con la lista de Mrs. Blake a las dos de la mañana del mismo día jueves. Él siempre se levantaba a las tres para cumplir con su rutina y poder sentirse en óptimas condiciones de lucidez el día siguiente, cuando le tocaba la visita al Centro de Documentación del MININT. Pero esa noche se acostó dos horas más tarde que de costumbre. Había trabajado casi hasta las once y media con Orlando, en lo de la preparación de los instructores. Y para colmo, lo llamaban a las dos, en vez de a las tres. No podía terminar de despertarse y se levantó con grandes esfuerzos. En la ducha daba unos bostezos que amenazaban descoyuntarle la mandíbula. Luego preparó un café bien fuerte y se bebió como cuatro dedos. No obstante, no paraba de bostezar y se sentía estúpido. Los ojos se le cerraban incluso cuando estaba de pie. Alba era a veces un poco extremista consigo mismo y decidió cortar por lo sano. Fue al refrigerador, sacó un botellón de plástico que contenía cerca de un galón de agua helada; se volvió a desnudar, se metió en la bañera y dejó que el agua helada le corriera por la nuca, brrr, las espaldas, ¡ay, mamita!, el pecho, las ¡ahhh!, piernas, hasta que toda la piel se le puso morada. Cuando sintió que respiraba con vigor, se secó, fue a la cocina, hirvió un poco del café que había preparado para que supiera bien feo, le echó una cucharada de sal, lo revolvió y se lo disparó en dos tragos, que le provocaron sendas arcadas. Entonces sí sintió que estaba despierto y podía pensar.

¡Ah sí, el cable de Volpe!

Volperadennis.

¿Qué?

Sí, Volpe era Denis.

Anjá, anjá: Volpe era Denis.

¿Qué quería Volpe?

Ya, ya: Alba había dejado órdenes a la guardia para que lo llamaran a cualquier hora, en cuanto llegase un cable para él. Por eso Manolo Argüelles lo despertó a las dos.

Se vistió rápido, le dio un beso al niño y otro a su mujer, que alcanzó a abrir un ojo y a medio armar una sonrisa de despedida. Antes de salir se tomó otra taza de café, con azúcar, para quitarse el gusto a rayos del café con sal. Apagó las luces y salió.

A las tres menos cuarto comenzó a descifrar el mensaje y a las cuatro y cinco lo



pudo leer completo.

Cuando Alba no tenía nada urgente que hacer, él mismo descifraba sus claves, en vez de enviarlas al Centro de Codificación y Claves de Contrainteligencia. Además, estaba convencido de que él descifraba las claves de su sección con la misma rapidez que cualquiera de los expertos del CCCC, y entendía que si los crucigramas, los acertijos, los problemitas de lógica, constituían un entretenimiento para millones de personas, ¿por qué iba a privarse él del disfrute de aquel inocente ejercicio hermenéutico, que tanto colorido le prestaba a su profesión?

Al cotejar los nombres que aparecían en aquella lista con los que le diera Alejandro de Sanctis, encontró con jubilosa sorpresa, un nombre que aparecía en ambas listas. Era el del virólogo Anthony Vermeer, que, de seguro, era la misma persona que Denis incluyera en su lista como Anton Van Vermeer.

Alejandro de Sanctis lo conocía en persona. Más de una vez coincidieron en eventos internacionales de Virología y sabía que era sudafricano, aunque en la lista de Denis figuraba como holandés. Quizá tuviera ambas nacionalidades. Al fin de cuentas, los *boers*, colonizadores de Sudáfrica, procedían de Holanda. Sí, seguramente era el mismo gallo.

Alba comenzó inmediatamente un mensaje para Denis:

*PIDE A SYLVIA REUNIR MAYOR INFORMACIÓN POSIBLE NÚMERO CATORCE TU LISTA STOP  
COORDINA CON ELLA Y EL GRUPO PLAN PARA CONOCER DETALLES ACTIVIDADES CATORCE  
EN HOMESTEAD STOP SALUDOS*

WARREN

Cuando Alba terminó de redactarlo se echó hacia atrás, lo releyó y sintió que había vencido por completo la modorra del madrugón. Se sintió otra vez en plena vigilia y con el ánimo bien dispuesto para trabajar. Encendió su primer cigarro del día y pensó, no sin legítima vanidad, que su idea de rastrear la procedencia de las palomas, comenzaba a dar sus primeros frutos. Pero todo aquello, ¿no sería una ilusión?

Su olfato profesional, ya bastante desarrollado en más de diez años, le decía que no era víctima de ningún espejismo. Estaban sobre una pista en firme. Pero para no entusiasmarse demasiado, puso una cara muy seria y comenzó a analizar el plan de trabajo del día detallado en su agenda.

A las siete y treinta llegó la segunda buena noticia del día. Paco, al poner en marcha el «fondeo» del personal de los planes Dos de Diciembre de Guane y Pepito Tey de Ciego de Ávila, cumplió las instrucciones de Alba y se guio por un estricto orden alfabético. Él y sus cuatro ayudantes del DTI lograron fondear hasta la C; pero él, por su parte, como trabajo voluntario, y que el mayor lo disculpara, tuvo la idea de revisar todos los expedientes del plan de Guane, donde él estaba trabajando; y de

ellos separó treinta y cuatro nombres de gente que tenía o había tenido cartera dactilar. Luego había hecho que uno de los compañeros de Seguridad de reciente ingreso al plan, cogiera las impresiones digitales de esos treinta y cuatro compañeros. Después pidió un técnico en dactiloscopia para procesar todo aquel material reunido en botellas, vasos, machetes, etcétera, y poder confrontarlos con los archivos dactilares de La Habana. Pues bien, mayor, entre los treinta y cuatro casos del plan figuraba una falsificación. En los archivos de La Habana, a la cartera dactilar número 1236348, expedida en 1960, y que no fue renovada en el 65, correspondían unas impresiones digitales distintas a las del titular. ¿Y el hombre no era chofer? En el plan nunca manejó. Por eso nunca renovó la cartera; pero a su ingreso, ese fue el documento de identificación que presentara. ¿Y a que el mayor no adivinaba cómo se llamaba aquel hombre? Zamora, mayor. Se llamaba Elpidio Zamora, con zeta, mayor.

Alba comprendió que Paco tenía razón al no acoger con entusiasmo la idea del orden alfabético. Si Paco se hubiese limitado a seguir sus instrucciones, habría pasado un mes antes de dar con el tipo. ¡Bien, Paco: muy bien! Aquella partida se la había ganado de calle. ¡Buena esa, Paco! Sí señor. Aunque no hubo apuesta, cuando acabaran aquel caso el mayor lo invitaría a comer.

A Paco, lo que más le gustó fue el gesto de sincera alegría con que el mayor recibió la noticia. Se veía que estaba radiante y lo palmoteaba con afecto. Además, algo bueno debió haberle ocurrido desde temprano porque no era usual encontrarlo de tan excelente humor a esa hora.

Bien. ¿Y cuál era el próximo paso, Paco? Vigilar con cautela a Zamora, en particular cuando comenzaran los cortes de yemas para los injertos.

Por Alejandro de Sanctis Alba supo que las plántulas del vivero de Guane estarían listas para recibir injertos desde los primeros días de julio. ¿Paco volvería a Guane ese mismo día? Claro, mayor. Paco no tenía permiso sino por un día. ¿Permiso para qué, Paco? ¿Cómo? ¿El mayor no sabía que desde hacía tres días, Paco ocupaba una plaza de almacenista en Guane? ¡Lo único que faltaba! ¿Al mayor no le parecía bien? Sí, al mayor le parecía excelente, pero él ya había visto a muchos almacenistas presos. Que Paco tuviera cuidado. Era un puesto difícil, el de almacenista, je, je. ¿Entonces Seguridad había copado el plan? ¿Y qué hicieron con el antiguo director?

Lo designaron para una beca en Francia y desde hacía diez días estaba pasando un curso intensivo de francés en una escuelita de idiomas del INRA.

¿Y quién era el nuevo director?

Un capitán de Seguridad, agrónomo de profesión. Entonces quizá conviniera recomendarle que adelantara lo más que pudiese el trabajo del corte de yemas para los injertos. Tal vez el tal Zamora comenzara a hacer de las suyas.

Eso mismo iba a sugerirle Paco al mayor.

Bien, que Paco lo mantuviera informado de todo, y otra vez felicitaciones por el trabajo con las carteras dactilares. Brillante y Paco más contento que el cará.

Y a propósito, Paco, de Sepúlveda, ¿qué?

Nada, mayor. Precisamente ahí traía él los resultados de las pesquisas y la verdad era que se hallaban en un círculo vicioso.

Lo mejor era entonces destinar toda esa gente a la vigilancia de los viveros, que era lo más apremiante. ¿Paco no lo creía así?

Sí, Paco estaba de acuerdo. Antes de partir para Guane, dejaría instrucciones al respecto en el DTI.

## Junio 24-26, martes-jueves

En la madrugada del martes 24 de junio, después que Evaristo y Segundo dieran el «sésamo» en casa de Irma Ferrer, ocuparon uno de los cinco cuartos de la vieja casona, y pidieron un despertador. Irma les dijo que no tenía más que uno y lo necesitaba ella. ¿A qué hora querían despertarse? Querían levantarse a las seis. Que durmieran tranquilos, ella los llamaría. Necesitaban, además, un par de sacos viejos. También se los conseguiría ella.

Y en efecto, a las seis en punto los llamó y les tenía los dos sacos. A las seis y cuarto estaban en la calle. Desayunaron café con leche y pan con mantequilla en una cafetería de La Lisa, y frente a la plazuela del cine Principal, cogieron una 96 para Miramar.

A las siete y treinta de la mañana ya habían sacado lo que escondieran la noche anterior bajo el mar. En cada saco pusieron un par de tubos de oxígeno y un bulto en forma de libro de cuarenta por treinta por diez centímetros, que podía caber fácilmente en una maleta pequeña. Pero un saco era menos sospechoso. Los paquetes venían envueltos en una lona verde y recubiertos de una tela plástica que para quitarse con facilidad, requería un cuchillo caliente. Tenían órdenes de conservar los tubos de oxígeno, y con los bultos, cuyos contenidos ignoraban, harían lo que Mauricio les indicara, cuando los hubiese llamado, esa misma mañana del martes 24 a las once, según lo convenido en Miami.

Cada uno con su saco al hombro y con su careta enganchada del *snorkel* en la otra mano, caminaron por la avenida Primera, sin llamar en absoluto la atención al vecindario de la Copa. Por ahí, en esa época, se veía desfilar, desde las primeras horas de la mañana, mucha gente con aparatos de pesca submarina, raquetas de tenis, palas de *squash*, pelotas de basket, de polo, etcétera, que le daban al barrio un semblante turístico. Los dos jóvenes, bien tostados por el sol y vestidos con modestia, en nada desentonaban con los personajes cotidianos.

Llegaron hasta la calle 42, tomaron café en El Carretero, desayunaron fuerte en La Copita y a eso de las nueve y treinta, pararon un taxi que los llevó a casa de Irma.

Antes de apearse, metieron las caretas y *snorkels* en los sacos y se dejaron ver con toda naturalidad, seguros de que desde la acera de enfrente no los observaría nadie, pues a lo largo de toda la cuadra se extendían los muros traseros de un parqueo de camiones. Cerca de las casas contiguas a la de Irma no se veía tampoco movimiento.

Bajaron del carro, abrieron con la llave que Irma les diera por la mañana, y cuando ubicaron los bultos en la habitación, Segundo encargó a Irma llamarlo de nuevo a las diez y cincuenta, si veía que no se levantaba. Y ambos se acostaron.

Pero Segundo se levantó a las once menos cuarto y se ubicó junto al teléfono. A las once en punto, por Radio Reloj, llamó Mauricio. Sus órdenes eran muy claras. En primer lugar, debían poner los dos paquetes que trajeran en la parte baja del refrigerador de Irma y esa misma tarde, a la una, Segundo debía ir a la CUJAE, preguntar por la Casa Blanca, penetrar en ella, y buscar entre los numerosos paquetes, recados, cartas, etcétera, que se dejaban allí los estudiantes, un paquetico verde que diría: «Segundo Casas».

Al principio, aquella forma de contacto le había parecido un tanto chapucera a Segundo, que era ya un profesional experimentado; pero cuando estuvo dentro de los predios de la CUJAE, comprendió que Mauricio había escogido un lugar excelente para comunicarse con ellos.

La Casa Blanca era un local que servía como punto de cita, lugar de reuniones, incluso lugar de «descargas» para los estudiantes del instituto, pues allí había un piano de cola, en torno al cual ensayaban o se entretenían a veces los grupos aficionados a la música.

En un lugar tan enorme como la CUJAE, la Casa Blanca era un sitio de paso, obligado para todo el mundo, cómodo, en el cual, con una informalidad típicamente estudiantil, todo el mundo entregaba y recibía recados, libros, cartas, citas, y cuanto pudiese ser objeto de intercambio.

Para los propósitos de Mauricio el lugar era perfecto, pues por allí pasaban a diario miles de personas, y a nadie le llamaría la atención ver a un desconocido hurgando entre los paquetes de la Casa Blanca.

Mauricio le había ordenado a Segundo llegar a la una en punto; pero él, por su parte, llegó a las doce y cuarenta y comenzó a caminar con un rollo de cartulina en una mano y una regla de cálculo visible entre el bolsillo de la camisa. Podía ser un profesor, incluso un estudiante o uno de los muchos profesionales que allí acuden a diario en busca de asesoramiento, a las distintas cátedras, laboratorios, bibliotecas. Su presencia no llamaba la atención a nadie.

Se apostó en un lugar sombreado, a unos cien metros de la entrada a la Casa Blanca, y cuando ya iba a ser la una, se entretuvo en adivinar cuál de los peatones podría ser Segundo. Se equivocó dos veces y aquello lo satisfizo. A pesar de que, según los informes, Segundo tenía treinta y ocho años, su aspecto era el de un estudiante más, con aquellos tenis, con su camisa de mezclilla mal planchada, con su paso un tanto indolente. Le gustó sobremanera el que ya desde el primer día, Segundo llegara al minuto en punto. Además, era evidente que actuaba con gran naturalidad. Cuando salió de la Casa Blanca, silbaba y sostenía el paquetico verde, con el descuido propio de algo sin importancia.

Mauricio comprobó que nadie seguía a Segundo en la CUJAE. Segundo, por su parte, no conocía a Mauricio, y cuando se apeó de la guagua frente al cine Principal, tampoco advirtió que junto a la acera por la cual transitaba para dirigirse a casa de Irma, desde el interior de un carro parqueado, alguien observaba sus movimientos.

Mauricio volvió a comprobar que nadie seguía a Segundo hacia la casa.

Al abrir el paquetico verde, Segundo encontró un sobre que contenía un *ticket* amarillo con el número 78 impreso en grandes caracteres negros, un tubito de vidrio con un líquido y una carta escrita a máquina en la que se solicitaba al compañero Segundo Casas, que rindiera un informe urgente sobre las necesidades materiales del área de becas y que lo entregara una semana después en la Colina, al compañero secretario de Universidad. Segundo aplicó calor al dorso de la hoja mecanografiada y cuando se coloreó la tinta invisible, leyó el siguiente texto:

#### TAREAS ASIGNADAS PARA LOS DÍAS 24, 25 Y 26 DE JUNIO

24. Calentar un cuchillo y quitar la tela de plástico que recubre el paquete señalado con una A, de los dos que ustedes trajeron. Entregarlo a Irma, para que se lo dé a Sepúlveda, quien deberá mantenerlo en el frío hasta que disponga de él.

Coger el *ticket* amarillo con el número 78 y retirar del depósito que hay a la entrada de la Biblioteca Nacional José Martí en Plaza de la Revolución, un maletín con ropas, calzado y algún dinero para uso de ambos.

25. Pedir a Irma que los instruya sobre la situación de ustedes en la casa, en el barrio, en relación con los alimentos y demás y que los ponga en contacto con Mena.

26. Esperar a Mena y hacer lo que él les diga.

#### INSTRUCCIONES GENERALES

Mientras estén en La Habana, uno de ustedes debe esperar mis llamados a las nueve de la mañana, tres de la tarde, y nueve de la noche. Los llamados se efectuarán de conformidad con Radio Reloj, y a esas horas el teléfono debe estar desocupado. Si todo marcha normal, al descolgar el auricular digan «hola». Si algún día el enemigo tomara la casa, contesten «dígame».

El tubito adjunto contiene tinta invisible. Lo usarán cuando deban darme informes extensos que no puedan pasarse por teléfono. Para esos casos deberán servirse de la Casa Blanca o de la Biblioteca Nacional.

Con respecto a las citas, para la entrega o recibo de recados, la puntualidad de ustedes debe ser cronométrica. En todo caso, pueden tolerarse dos minutos de atraso, pero ni un segundo de adelanto con respecto a las horas que yo les fije.

Mantengan la forma física, hagan mucha gimnasia, no salgan a la calle innecesariamente. Dentro de la casa hay que cumplir las órdenes de Irma.

En la Biblioteca Nacional les entregaron, contra presentación del *ticket* número 78, un maletín negro con dos pares de zapatos, seis camisas, cuatro pantalones y dos mil pesos en billetes de veinte. Dentro del maletín una nota les hacía saber que en días próximos recibirían más ropa y calzado. Todo eso lo depositó el propio Mauricio

a las diez de la mañana, antes de dirigirse a la CUJAE.

Irma les explicó que para el CDR y el barrio, serían unos amigos de su familia, venidos de Matanzas para pasar un curso de idiomas en Siboney, pues iban a estudiar a la Unión Soviética. Radicarían en casa de Irma porque allí sobraba espacio y porque desde La Lisa estaban a un paso de la escuela de idiomas. Alguno que otro domingo deberían ayudar en el trabajo voluntario de la cuadra y ella les avisaría cuando debiesen hacer guardia. Dentro de la casa, estaba prohibido hablar de nada vinculado con su trabajo, y sobre todo, prohibidísimo cualquier comentario político.

El miércoles conocieron a Sepúlveda, pero respetuosos del reglamento de la casa, apenas intercambiaron un saludo y sostuvieron un diálogo insustancial.

El jueves, conforme a lo anunciado por Irma, llegó Mena a las dos de la tarde, y los hizo montar en un Volkswagen. Mena era el que hacía los trabajos sucios del grupo. Era un experimentado *killer*, mecánico de profesión. Venido junto con Sepúlveda para desempeñar ambas funciones, consiguió trabajo en la DINAME y vivía en un albergue del INRA, en Línea y J. Él y Mauricio eran los únicos que trabajaban dentro del grupo, pues sus funciones convenían a la organización. Para resolver los problemas de los carros, adquirir piezas, materiales, etcétera, era necesario estar vinculado a algún centro de trabajo. Mauricio también trabajaba, para tener la necesaria cobertura, que siempre exigía la CIA en las tareas de dirección de largo alcance. Los otros cinco hombres del grupo, no podían trabajar, dada su necesidad de ausentarse a veces de La Habana, por tiempo indefinido, para el cumplimiento del operativo Joy.

Quince días antes, Mauricio, a quien ni Mena ni Sepúlveda, ni nadie del grupo conocía, llamó por teléfono a Mena y le informó haberle dejado, en la Biblioteca Nacional, un paquete con dinero para comprar un carro usado. Debía ponerlo en buenas condiciones y luego realizar en el Ministerio de Transporte los trámites para una supuesta venta, a nombre de Segundo Casas. Esa era la diligencia para la cual Mena acudiera a recoger a Segundo; pero antes de que montara en el Volkswagen, le preguntó si traía su cartera dactilar consigo.

Sepúlveda, por su parte, recibió instrucciones de enviar a Elpidio el paquete «A»; y las cumplió el 25. Al mismo tiempo, Mauricio le anunciaba en una extensa carta depositada en la Casa Blanca el inminente fin de su misión en Cuba para el plan Joy. Solo le faltaba coordinar la evacuación de seis personas, incluido él, hacia los Estados Unidos. En lo adelante debería salir a la calle lo menos posible.

El día 10 de julio a las once de la mañana, en el apeadero de la lancha de Regla, debía encontrar a un hombre que aparecería con el cristal derecho de sus espejuelos astillado.

Tras su contraseña: «¿Terminaste?», el hombre respondería: «Hace diez minutos». Si no acudía el 10, Sepúlveda debía insistir a la misma hora los días subsiguientes, hasta el encuentro. Era el oficial del buque encargado de recibirlos a bordo.

Si todo salía bien, alrededor del 20 de julio, Sepúlveda ya estaría fuera de Cuba, a

solo once días de vencerse su plazo fijo por treinta y seis mil dólares.



**Junio 27, viernes**

En la reunión de Miami se acordó que Eddy A., en compañía de John, investigara hasta donde le fuera posible, la vida privada de Van Vermeer en New Orleans. Eddy M., por su parte, trataría de averiguar algo más sobre William Hunt, el colaborador de Van Vermeer, que figuraba como coautor en muchas de sus publicaciones.

Las indagaciones sobre Vermeer fueron rapidísimas. Trabajaba en Homestead, donde permanecía de lunes a viernes, y pasaba los fines de semana con su mujer en New Orleans. Sí, señor, Lupe llevaba tres años trabajando con la señora Myriam, una mujer muy nerviosa que fumaba y bebía mucho; pero no era mala gente; bueno, en todo caso, Lupe conocía algunas mucho peores. Lo que Myriam no podía soportar eran los negros. No los podía ver. Por eso la había hecho venir a ella desde San Diego, pos ni modo de encontrar sirvientes blancos en New Orleans. Y qué casualidad, Abundio, el nuevo lechero, también era mexicano. Pos ándale, a ella no se lo parecía y, ¿qué mango andaba haciendo por ahí Abundio? Pues ganándose la pinche vida y con una nostalgia padrísima de su tierra. Y la plática siguió sobre la comida mexicana que ambos echaban de menos; y después de invitarlo a probar un mole hecho por ella y un guisado de guajolote que le arrancó lágrimas, platicaron sobre el viaje de los patrones para Europa el 6 de julio. Y ese mismo día Lupe se volvería para San Diego. Y cuando el camión del reparto quedó parqueado en el mismo lugar, Eddy soltó al lechero, que se llevara tremendo susto con aquellos tipos del FBI. Menos mal que fue un error. Y como ya se atrasara media hora con Lupe, tendría que apurarse en el reparto.

Por su parte, Eddy M. averiguó que el virólogo William Hunt, colaborador de Vermeer durante más de seis años, murió en un accidente automovilístico a fines del 73.

—A mí siempre me huelen mal estos accidentes automovilísticos, justo cuando uno necesita averiguar algo —dijo Denis.

—Sí, huelen feísimo —comentó Sylvia.

—Valdría la pena investigarlo —terció Eddy M.—, ¿verdad, Sylvia?

—Desde luego.

El grupo acordó que John, Arturo, el que se les sumara desde Houston, y Louis, el de Los Ángeles, seguirían con discreción los movimientos de Vermeer. Entretanto Eddy M., con disfraz, domicilio de emergencia y máxima cautela, trataría de localizar a la viuda de Hunt. Era un inconveniente que aquella mujer siguiera viviendo en Miami. Hubiera sido más seguro chequearla en otro estado.

Denis insistió en la necesidad de tomar las máximas precauciones, pues si en el accidente de Hunt estaba la mano peluda de la CIA, la viuda debería hallarse bajo vigilancia, ¡y Vermeer, ni qué hablar!

**Junio 28, sábado**

Los que se treparon a coger mangos de la mata fueron tres; y un buen observador, cerca del lugar, habría visto apearse solo a dos.

El que se quedó arriba sacó de su mochila unos binoculares y enfocó, a unos cuatrocientos metros, un grupo de hombres trabajando en el campo. Los binoculares, tras un barrido amplio, se posaron primero en un rostro y unos labios que aprisionaban un tabaco. De ahí bajaron a unas manos gordas y diestras que cortaban esquejes con yemas y los acopiaban en un saco terciado al hombro de un trabajador. Sobre ese mismo saco, manos y mocho, se paseaban otros binoculares desde lo alto de una nave.

Aquel hombre llevaba apenas media hora de trabajo cuando se detuvo para coger un cinco. Encendió el mocho apagado, escupió, miró con disimulo a ambos lados, y de abajo de la camisa sacó un paquete que introdujo en el saco de las yemas.

Siguió trabajando otra media hora hasta llenar el saco cuyo contenido vació en el suelo. Tras un breve descanso en cuclillas, comenzó a formar atados de esquejes. Cogía varios y antes de amarrarlos les agregaba otro, de la pilita dispuesta a un lado. Mientras, su compañero más próximo se hallaba a unos veinte metros.

Amarró unos diez paquetes con girones de saco y los dejó apilados junto a un árbol. Luego prosiguió su trabajo.

A las ocho y cuarenta y cinco de la mañana, Seguridad del Estado sabía que Elpidio Zamora estaba jugando sucio. Mezclaba las yemas que trajera escondidas entre sus ropas, con las cortadas en el naranjal.

A las once, la brigada terminó de cortar y todos los obreros comenzaron a acarrear sus bultos hacia una carreta que pasó por la orilla del campo. Los bultos que entregaba Elpidio fueron todos marcados con unas pequeñas manchas de grasa negra, de la usada para lubricar las ruedas de las carretas.

A la una de la tarde, los veintisiete paquetes de Elpidio eran observados con minucia, y en todos se detectó un esqueje de una coloración algo más pálida que la del resto. Con esas yemas se realizó una preparación ultrarrápida, para poder detectar la presencia de virus en un microscopio electrónico, dentro del término de cuarenta y ocho horas.

**51**

**Junio 28, sábado**

¡Cómo no! Mr. Clay se acordaba perfectamente de Bill Hunt. Recordaba, además, que cuando Bill entró al Matterson College, él hacía su debut como profesor de Química. Desde entonces, Mr. Clay se había radicado en Los Ángeles y hacía cinco años lo nombraron director del colegio. Que el señor se fijara en el álbum de las graduaciones. Bill debió salir del Matterson College alrededor del año 50 o 51. A ver, a ver... ¡Sí, allí estaba Bill! Era aquel alto, el del pelo crespo. El otro era su gran amigo Jack Murphy. Inseparables. Jugaban juntos en el equipo de pelota. Hacía pocos días, Jack había matriculado a su sobrino. ¿Seguían viviendo en Los Ángeles? No señor, Jack vivía desde hacía algunos años en el Medio Oriente. Y aquel que estaba atrás, era Richard Presley, muerto seis meses atrás de cirrosis hepática. El pobre... También fue buen amigo de Bill Hunt. No, Bill nunca más volvió a Los Ángeles; por lo menos no al Matterson College. Su familia era de Oklahoma.

**Junio 28, sábado**

Al llegar a su oficina, Fred Erwin le informó sobre un llamado de la Homestead Citrus Inc. donde le comunicaban la adjudicación de un contrato para el negocio de los intercomunicadores.

—*Congratulations!, Mr. Woods!* —le había dicho *Fred*, al verlo entrar—. Parece que usted tiene razón.

—¿No te lo dije? —replicó Denis, jovial—. A veces conviene dar un pasito atrás para poder dar dos adelante.

En cuanto terminó de decir aquello se recriminó por la cita tan inoportuna. Eso era raro en él. Si había algo sobre lo que Denis siempre tuvo control, era su lengua. ¿Qué bicho lo habría picado para citar a Lenin en una reunión de negocios? Pasó revista a su desayuno, y eso le pareció todavía más estúpido. Nadie podía decir, cuando se le ocurría una tontería, que era por culpa de los rabanitos o de las papas fritas. Sin embargo, alguna incidencia debía tener la alimentación en la calidad de las ideas... ¿O no? Y cómo no, Fred, mucha paciencia hay que tener, y ya se disponía a montar en su carro para dirigirse a Homestead, cuando vio llegar a un mensajero de la All America, en bicicleta.

Denis volvió al negocio y abrió el telegrama. Provenía de Eddy A., que había salido para Nueva York tras la pista de Vermeer. El texto decía:

TONY ESTÁ EN OBSERVACIÓN PERO NO SOLO POR NOSOTROS STOP POR EL MOMENTO  
NO HAY NOVEDADES

O'FARREL

Denis comprendió de inmediato que aquel telegrama indicaba el chequeo de Vermeer por la CIA; y con muy buen tino, Eddy A. se apresuraba a informar al grupo. Ahora deberían octuplicar la cautela y cuidarse, por si no existiera la misma situación con la viuda de Hunt.

## Junio 29, domingo

Al hacer las reservaciones, Denis situó a Eddy M., con documentos de Peter Lindsay, en el hotel Victory de Miami. Ya desde la visita al Matterson College, en Los Ángeles, Eddy M. había actuado con uno de los camuflajes de su tercer yo: peluca negra crespa, cejas negras, sin espejuelos y un nombre cualquiera.

El sábado por la tarde, al regresar a Miami, se quitó el disfraz en el carro de Denis, que manejaba Sylvia, y durante veinte minutos retomó su legítimo yo. Para entrar al Victory, del carro de Denis se apeó Peter Lindsay, el segundo yo.

Desde 1962, el personaje de Peter Lindsay fue el protagonista del noventa y nueve por ciento en su vida de relación. Al cabo de trece años, ya Eddy el Milanés compartía con Peter Lindsay su elegante figura. Se había apropiado del personaje. Le resultaba cómodo. Se desdoblaba sin ningún esfuerzo.

Dentro de un maletín pequeño guardó un pijama, una muda de ropa interior, una camisa, unas corbatas y los elementos para el disfraz. Salió de su habitación y se dirigió al baño grande de la planta baja. Allí penetró el segundo yo de Eddy, pero salió el tercero. Así como el primero y segundo tenían sus respectivos nombres, apellidos y una fachada común, el tercer yo de Eddy no tenía nombre fijo y su fisonomía variaba en función de sus clandestinos quehaceres.

Aquel sábado, al baño del hotel Victory había entrado Peter Lindsay y de él salió Jack Murphy, el gran amigo de William Hunt. Con el maletín en la mano, Jack atravesó el gran vestíbulo, lleno de lujosos asientos de cuero y exuberantes plantas de interior. Sylvia lo llevó hasta el hotel Atlantic, donde se inscribió con el nombre de Jack Murphy, y pagó por adelantado tres días en la habitación 321, que daba sobre la avenida 42. Frente al hotel Atlantic estaba el Imperial, donde Sylvia Purcell, con el nombre de Mary Tate, obtuvo la habitación número 410, que daba sobre la 42<sup>nd</sup>. Avenue, y de la cual se podía ver, con binoculares, lo que ocurriera en la habitación de Eddy, en el Atlantic.

Eddy se acostó a dormir. Sylvia, por su parte, tras tomar posesión de la habitación, volvió a salir, pues esa noche no necesitaría quedarse en ella.

Eddy durmió hasta las siete y media, y pidió su desayuno al Room Service para las ocho.

A las nueve de la mañana, Eddy el Milanés llamaba a la puerta de un apartamento del quinto piso, en un edificio del barrio de Coral Gables. Era la casa de Elizabeth Preston, viuda de William Hunt.

Una mujer de rostro seráfico y ojos de novilla, le abrió la puerta. La palidez extrema de su rostro resaltaba por el contraste con el pelo oscuro y lacio. No obstante,

al gesticular para el habla, trasuntaba salud. ¡Vaya! ¡Más que salud...! Parecía vestida para salir y Eddy se alegró de llegar temprano.

—Quisiera hablar con Bill, por favor.

—¿Bill Hunt? —preguntó la mujer con una expresión de perplejidad en el rostro.

—Sí, por favor. Mi nombre es Jack Murphy. Somos viejos amigos.

—Mi marido murió hace un año y medio.

El rostro del falso Jack expresó un balbuceante y consternado embarazo debidamente ensayado, y logró el efecto previsto.

—Pero pase, Mr. Murphy...

—No sé cómo disculparme, señora. Debía haber llamado por teléfono, pero quise darle una sorpresa. Usted no se imagina hasta qué punto nos estimábamos Bill y yo...

—Sí, su nombre me lo había mencionado con frecuencia.

Eddy sintió el temor de que Bill lo hubiera estimado sobremanera y ella hubiese visto demasiadas fotos de la época del colegio; pero no parecía así.

—Sí. En un tiempo fuimos como hermanos, y estaba seguro de que cuando se enterara de que yo estaba aquí, se habría alegrado mucho, igual que yo...; pero... *I'm so sorry!*... ahora esta noticia me deja frío...

Sonó el timbre de un teléfono.

—*Excuse me, please* —dijo la mujer, y se puso de pie.

Sus tobillos tenían una exquisita armonía. Eddy admiró los dos hoyuelos alucinantes, como burilados a ambos lados del tendón de Aquiles. Eran piernas ágiles, nerviosas, sensitivas, de esas piernas que inducen a adivinar sin ver el rostro, un dechado de virtudes amatorias; de esas piernas que a veces originan acres decepciones.

El Milanés alzó evaluativamente la vista mientras ella se alejaba y se acordó de una yegua de carrera que lo había embobado semanas antes en el hipódromo de Longchamps.

—¿Puedo ofrecerle una taza de café? —preguntó Elizabeth, mientras encendía un cigarro.

—Con mucho gusto, *madam*.

—Llámeme Betty, si desea.

—Gracias, Betty. «Claro que lo deseo».

Mientras ella fue por el café, Eddy se puso a pensar en qué lugares de aquella sala se habrían podido instalar escuchas.

—Yo veo, Betty, que usted se disponía a salir, y no quisiera ser inoportuno.

—En absoluto, Jack. Alguien vendrá por mí a las diez menos cuarto. Podemos charlar un rato.

La conversación duró lo que la taza de café: un cuarto de hora. Versó sobre las antiguas andanzas de Bill y Jack en la época del Matterson College, sobre las actividades de Jack en una empresa petrolera de Kuwait, sobre el quehacer científico de Hunt y sobre el accidente ocurrido en noviembre de 1973, en Devil's Horn.

—¿Y usted dónde estaba, Betty?

—Esperándolo aquí, en Miami. Él solía llegar alrededor de las seis, y cuando no podía, siempre me avisaba. Lo esperé hasta las siete y media y al ver que no llegaba llamé a Homestead. Allí me dijeron que había salido a la hora de siempre. Diez minutos después, llegaba la policía y me informaba del accidente.

—Me imagino su situación, Betty.

—Esa misma noche tuve que identificarlo en el hospital.

—¿Muerte instantánea?

—Sí. Yo vi las fotos del carro y tiene que haber sido fulminante.

—Le gustaba correr, ¿no es cierto?

—En absoluto. Nunca incurría en excesos de velocidad ni en imprudencias. Debíó ser una falla del carro.

—¿Estaba asegurado?

—Sí, y no tuve ningún problema. El seguro me pagó la póliza en menos de diez días.

A las nueve y veinte, con la discreción propia de todos los caballeros, exalumnos del Matterson College, Jack Murphy se puso de pie, reiteró sus condolencias a Betty, le dio su dirección en Kuwait, y le preguntó si durante los quince días que él pasaría en Miami, ella aceptaría cenar una noche con él. Betty le dijo que tendría mucho gusto y que podría llamarla cuando quisiera. Por las mañanas siempre la encontraría en su casa.

Al salir, Eddy tomó todas las precauciones propias de un profesional entrenado, para asegurarse de no llevar cola. Lo hizo con el rigor de un científico cuando trabaja en tareas de inteligencia.

Ese domingo no regresó al Atlantic, sino al Victory, a hospedarse en la misma habitación de Peter Lindsay. A las cinco de la tarde, volaría a Nueva York, pasaría allí todo el lunes para cumplir ciertas tareas inaplazables y asistir a una reunión de su organismo. Debía rendir un informe sobre sus trabajos en Zurich para luego fundamentar una solicitud de nuevos recursos, formulada un par de semanas antes por su jefe.

A las cuatro, antes de salir para el aeropuerto, habló con Sylvia Purcell y hasta esa hora, nadie penetró en su habitación del hotel Atlantic.



## 54

### Junio 30, lunes

Denis obtuvo el permiso de libre tránsito por las instalaciones de la Homestead Citrus para él, sus cuatro operarios y una camioneta Studebaker, de esas de techo muy alto usadas en los Estados Unidos para el reparto del pan; pero Denis la empleaba como taller móvil para dar servicio a sus clientes.

A las diez de la mañana, Terry y Alberto terminaron de instalar la línea para el primer grupo de ocho intercomunicadores.

Desde el interior de la camioneta, mientras sus hombres trabajaban en uno de los edificios, Denis observaba con un pequeño telescopio los movimientos en la zona del invernadero. La camioneta, estacionada a casi un kilómetro de distancia, no permitía un buen acceso visual.

Cuando Denis tiró las fotos del invernadero y del palomar, no pudo obtener ninguna información de lo que ocurría en su interior, pues los cristales se hallaban recubiertos de una tela blanca; y ahora, lo único que podía hacer, era observarlo con discreción y de lejos, para no cometer ninguna imprudencia. Se limitó a enfocar a la gente que entraba y salía y a tirarles fotos con su teleobjetivo. Luego trataría de averiguar quiénes eran y qué hacían.

En un momento dado, se abrió una puerta en uno de los extremos del invernadero y un hombre con uniforme amarillo extrajo un tambuche de plástico azul, que, sin duda, sería de basura.

En días anteriores, en oportunidad de una visita a Mrs. Blake, observó que un camión recogía los tambuches y se los llevaba. En aquel momento no pensó cuál podría ser su contenido, pero si era basura, la fábrica dispondría de algún crematorio.

Bajó un momento de la camioneta y a los cinco minutos regresó con una idea en la cabeza. Y entonces averiguó dónde estaba el crematorio.

Era nada menos que Eladio Ceballos. ¿El mayor se acordaba de él? Fue uno de los torturadores más buscados en el 59; pero cuando el triunfo revolucionario se lo tragó la tierra.

El verdadero Elpidio Zamora era un chofer de una hacienda cercana al Escambray, que según Plácido, un hermano suyo, su único pariente por otra parte, desapareció en 1964. El hermano lo supuso emigrado hacia el Norte, porque, aunque nunca lo manifestara, Elpidio estaba en desacuerdo con la Revolución. Por eso Plácido no formuló ninguna denuncia. Si era gusano, que se fuera pa'l carajo.

En el 65, Eladio Ceballos, alias *la Fiera*, quizá tras haber burlado algunos de los cercos del Escambray, se infiltró en la población, y con la cartera dactilar y el expediente laboral de Elpidio Zamora, comenzó a trabajar en un plan citrícola de Camagüey y luego se trasladó a Guane.

¿Y el mayor, por su parte, tenía alguna noticia?

Sí, Paco, el mayor lo había mandado a llamar porque tenía una importante novedad. En el microscopio electrónico del CENIC se detectó sin equívoco posible que las yemas de Elpidio contenían el virus de la Tristeza.

¡Pa' su madre! Entonces la gente del INRA se la comió, ¿verdad, mayor?

Sí, chico, le dieron en la misma costura.

Coñóoo. Tan jóvenes y ya sabían más que las bibijaguas.

¿Procederían a detener a Elpidio, mayor?

Bueno, Paco, justo para eso lo había citado. Podía decirse, que a partir de ese momento comenzaban a jugar con fuego.

Sí, sí, ya estaban jugando al duro.

Así era. Pues bien, tras consulta a la Superioridad, se acordó no detener a Elpidio de inmediato; pero siempre y cuando la gente de Seguridad de ambos planes garantizara que no solo las yemas cortadas por Elpidio, sino absolutamente ninguna de las procedentes del vivero del plan de siembra, fuese injertada.

¿Cómo era eso, cómo, cómo? Que el mayor se explicara, por favor.

Sí, Paco: Seguridad debía impedir que no solo las yemas de Elpidio, sino ninguna criada en el vivero, llegase a sembrarse en el campo. El mayor necesitaba saber si existía la posibilidad de que, durante la noche o la madrugada, todas las yemas cortadas en el transcurso del día, pudieran ser sustituidas por yemas certificadas, procedentes de otra plantación. Si aquello se podía hacer, no solo en Guane, sino también en el plan Pepito Tey de Camagüey, entonces no convenía detener a Elpidio, para detectar la red.

¿Qué creía Paco?

Paco creía que en Guane la operación era perfecta. Los albergues de los trabajadores estaban a suficiente distancia del vivero como para que nadie viera un trasiego nocturno de yemas. La cosa sería cortar yemas sanas de otra plantación del plan e introducirlas por la noche. ¿Y qué se haría con las otras yemas, mayor?

Quemarlas, Paco, quemarlas...; pero de eso se encargarían los técnicos de Virología. ¿Y en Camagüey, Paco?

Bueno, Paco tendría que consultar, mayor, pero en principio le parecía que allí también la cosa era factible.

## 56

### Junio 30, lunes

El camión de la basura ya iba llegando al crematorio cuando se le adelantó una camioneta y una mano le hizo señas al chofer para que se detuviera. ¿Qué pasa, amigo? Nada grave, muchachos: la gente del invernadero les mandaba a decir que no incineraran la basura, porque creían haber botado en ella algo importante por equivocación. Puesto que había prisa y no tenían cómo dar alcance al camión, lo enviaron a él para que les avisase, ¿okey?

*God damned* y, ¿qué era lo que se creía esa gente? ¿Qué ellos iban a perder veinte minutos en regresar al invernadero a devolverles el tambuche? ¡No, *brother*, no! Lo que harían era dejársela al responsable del crematorio, y que los del invernadero fueran a buscarlo allí. *Right?*

*Okay greys*, aunque el señor de la camioneta, si ellos querían, podía llevar el tambuche. De todas maneras iba para allá. Bueno, si era así, *no problem*, que el amigo cogiera el número 17 y se lo llevara para el *fucking* invernadero.

**Junio 30, lunes**

La verdad es que se han tragado el cebo con anzuelo y todo —comentó Jerry White, rebosante de buen humor—. ¿Ha visto usted cómo lo de las palomas nos ha servido, Mr. Murdock?

Al principio, cuando Jerry presentó el plan Joy, Murdock se había opuesto a lo de las palomas: le parecía antitécnico, fantástico; pero en realidad debía reconocer que los resultados eran buenos. *No more objections!*

Toda la gente de Langley, que trabajaba en el área de Cuba, batallaba en los *headquarters* para que se les permitiera elevar la calidad del trabajo. No había que ser Einstein para reconocer que en seguridad interna, prevención, sanidad, etcétera, con sus milicias, sus CDR and *so on*, Cuba se tornaba cada vez más engorrosa. Por eso a Murdock no le gustaba nada el recurso de las palomas. Le parecía *crazy* y demasiado artesanal. Además, incluir en el programa a un sujeto como la Bestia, le ponía a Murdock los pelos de punta. En Cuba debían trabajar ya como en Europa, con profesionales, con técnicos. Y él estaba cansado de tantos fracasos por confiar en batistianos analfabetos y delincuentes. *Shit!* No estaban ya en la década del 60. Claro que cuando Jerry adujo la posibilidad de endilgarle la cosa a Pinochet o a Somoza, debió reconocer que era una buena idea.

—*By the way* —dijo Murdock—: ¿qué pruebas concretas hay de que se ha logrado desinformarlos?

—Los partes de Mauricio son muy convincentes, Mr. Murdock: mucha gente nueva en las dos granjas de la Tristeza: mucho trabajo de microscopía electrónica, mucho desplazamiento de gente en Sanidad Vegetal...

—¿Se han captado más conversaciones?

—Me temo que no, Mr. Murdock. Después de las iniciales entre De Sanctis y Cabral, no se ha vuelto a oír nada sobre el caso.

—Es evidente que Seguridad ha tomado cartas en el asunto.

—Y a propósito —dijo Jerry—: La viuda de Hunt recibió ayer una visita bastante sospechosa. Un tal Jack Murphy, excondiscípulo de su esposo.

—¿Y bien?

—Pues el tal Murphy existe, y en efecto fue amigo de Hunt; pero se sabe que hace quince días tomó un avión para El Cairo y no ha regresado a América.

—¿Seguro?

—*Sure*, Mr. Murdock, *sure*. Por suerte hemos localizado dónde se hospeda y lo vamos a chequear en Miami.

—¿Pero usted cree que la Seguridad cubana haya podido llegar ya hasta la viuda

de Hunt? Eso sería gravísimo, Jerry.

—Por el momento no me atrevería a aventurar ningún criterio, Mr. Murdock —dijo Jerry, y agregó otro cubito de hielo en el vaso—; pero de todas maneras, si en dos años la mujer no ha hecho ni una sola mención al YTD, no hay por qué temer que se ponga a hacerlo con desconocidos. Ha conversado en su casa con varios familiares, ha referido hasta el cansancio su tragedia, y jamás una sola alusión al YTD. Yo estoy convencido de que su marido jamás se lo mencionó. De modo que si fuera un agente cubano el que la visitó ayer, no habría tampoco mucho que temer, Mr. Murdock.

—De todas maneras es inquietante, Jerry. Que no se le escape ese hombre, por favor.

Luego Murdock quiso saber cuál era la situación actual del grupo de la CIA en Cuba.

—Bueno, Mr. Murdock, bajo las órdenes de Mauricio...

—Espere un momento —interrumpió Murdock, y cogió su agenda.

—Bajo las órdenes de Mauricio hay ocho personas —repitió Jerry—: los dos que comenzaron a trabajar en mayo durante la primera etapa de la fase B; los dos que infiltramos luego para la parte final de la fase B; y los cuatro elementos de apoyo y enlace, incluidas las dos mujeres de los alojamientos.

—¿Cuándo comienza entonces la etapa final?

—En la segunda semana de julio, Mr. Murdock. Para esa fecha, la primera parte del programa se habrá cumplido hasta un setenta por ciento y con eso nos basta.

—¿Al cabo de cuánto tiempo podemos tener la seguridad del éxito del operativo? —preguntó Murdock.

—Según los datos de Vermeer, si transcurren ocho días sin tropiezos, puede considerarse que para el 76 la contaminación será total. Eso quiere decir que para el 80 habrán desaparecido los cítricos de Cuba.

Una discreta sonrisa asomó al rostro apuesto de Jerry White. Se tomó un trago largo y encendió un Camel.

Murdock se demoró un momento, hizo un par de anotaciones y preguntó:

—Desmonte del operativo y evacuación del personal. ¿Cómo se ha organizado?

—La oficina marítima de la Agencia nos ofrece una posibilidad para dos personas el 14 de julio y otra de diez personas para el día 20 de julio.

—¿Cuántos hay que evacuar?

—De los ocho solo se quedan las dos mujeres.

—¿Y en qué situación vienen los otros seis?

—Hay tres plazos fijos, dos *blind payments* y un permanente. Dos de ellos van a participar de inmediato en el entrenamiento para el sistemático *Bona Fides*.

—Bien —aprobó Murdock—: ¿Y qué se decidió hacer con la Bestia, el hombre del coronel?

—La Fiera —rectificó White—. Creo que debemos dejar que lo cojan.

—Pero eso es nuevo, Jerry ¡Usted había sugerido traerlo o liquidarlo!

—Sí, en el esbozo del plan así lo propuse; pero he pensado que puede contribuir a dar mayor veracidad a lo de Chile o Nicaragua.

—¿Y sus declaraciones no nos pueden acarrear problemas?

—No veo por qué, Mr. Murdock. Él no tiene idea de lo que ha hecho. Sabe que ha contribuido a diseminar una enfermedad, presionado por su antiguo jefe, el coronel. Además, Mr. Murdock, usted bien sabe que de todas maneras le van a echar las culpas a la Agencia...

—Desde luego —asintió Murdock, sin mirarlo, mientras alisaba unos pliegues del mantel blanco—; pero tampoco me agrada la idea de que se suelte a hablar ante la Seguridad cubana.

—Yo creo que sí, que debe hablar.

White hizo una pausa para que el camarero sirviera los entrantes y luego prosiguió:

—El único agente que ha tenido trato con él no volverá a verlo. Se ha retirado de la circulación para ocuparse de organizar la salida. De manera que si la Fiera habla, solo podrá mencionar a un desconocido, a quien él conoce por Guillermo, y luego al coronel, que desde hace dos meses circula por Chile a la vista de todo el mundo. Cuando dentro de unos días aparezca baleado, los castristas pensarán que trabajaba para Pinochet. Además, por eso fue que nosotros organizamos el lío de la marihuana.

—Pero él cree que está dentro de la Agencia, ¿verdad?

—Claro, el Buró de Estupeficientes lo estuvo persiguiendo, pero nosotros lo escamoteamos y le dimos toda clase de garantías. Fue entonces cuando aceptó la misión que le inventamos en Chile y Nicaragua. Los castristas deben creer que lo botamos por traficante y que lo ha reclutado la DINA.

—Sí, sí, entiendo.

Murdock siempre había reconocido que Jerry era un tipo «creativo», pero le seguía fastidiando aquella mezcla de pedantería y servilismo con que lo trataba.

—¿En qué sentido? —preguntó Murdock.

—Por la forma como se distribuyeron los pulgones: por la misma baja calidad profesional de la Fiera, por lo de las palomas...

—Sí, sí, no está mal, comprendo —dijo Murdock con notorio entusiasmo—. Sin duda, por lo rudimentario del procedimiento van a pensar que no fuimos nosotros. Eso está muy bien, Jerry. Además, me parece muy prudente y oportuno.

—¿Oportuno, Mr. Murdock? —simuló no entender Jerry, deseoso de prolongar unos momentos el disfrute de aquel inusitado elogio.

—Me refiero a que ya es hora de ir limpiando el ambiente de la Florida de ese *bunch of good for nothing* como el coronel y su grupo, que solo saben contrabandear y traficar drogas. Además, la Agencia debe decidirse a trabajar de una vez por todas en Cuba, con el mismo nivel técnico que requiere Europa...

—¡Eso mismo, Mr. Murdock, eso mismo! Hace tiempo vengo diciendo que no podemos seguir operando en Cuba con los métodos y el personal usados para el resto

de Latinoamérica.

En cuanto hubo dicho aquello, Jerry se arrepintió. Debía haber aprovechado la oportunidad para simular ante Murdock lo novedoso de su idea, en la que él ni siquiera pensara.

Un aspecto importante de la filosofía práctica de Jerry White era velar por no tener razón con demasiada frecuencia. Debía procurar que «las piedras» tuvieran razón y «los cántaros» se equivocaran a menudo. Sostenía que los hombres sin yerros fracasan inexorablemente. Además, en todos los casos, un profesional inteligente debía saber a ciencia cierta, cuándo era cántaro y cuándo era piedra. Y ante Murdock, por el momento, él seguía siendo cántaro... Quizá después del plan Joy, si tenía un poco de suerte... Mientras tanto, hasta ese momento, su proceder había sido correcto.

Murdock no era ningún tonto, y por las pullas que a veces le soltaba, no siempre se tragaba sus imposturas. Una vez, por cierto, le hizo pasar soberana vergüenza en presencia de dos subalternos suyos. Jerry le sirvió *whisky* corriente en una botella de Old Parr; y Murdock tras un primer sorbo, le soltó a boca de jarro que él no se enojaba si le servía bebidas baratas en su botella original. White protestó y trató de arreglar la cosa, pero fue en vano. Como un año después, supuso que Murdock ya se habría olvidado del agravio, y se atrevió un día a invitarle unos tragos en su casa; pero su jefe comentó, esta vez sin público y con una sonrisa memoriosa: «Prefiero beber con los Borgia».



## Julio 1ro., martes

—Espéreme un momentico aquí —dijo Alejandro de Sanctis—: voy hasta mi despacho a consultar el diccionario de Roig.

El mayor Alba lo vio alejarse entre los árboles y comenzó a deambular por la plantación. Observó las hojas acaracoladas y pálidas de aquel experimento montado por Alejandro, para el estudio de la *Xiloporosis*, en árboles de limón rugoso. Una hora antes había recibido un mensaje de Denis, donde le informaba sobre contenido de un tambuche de basura, sacado del invernadero de Homestead. Era una relación de materiales comunes en todos los laboratorios: botellas con restos de alcohol, probetas, *ehrlenmeyers*, placas de Petrie, instrumental de química roto o en desuso, restos de papel filtro, restos de comida, pomos de leche, basura de todo tipo. Pero dos cosas llamaron la atención de Sylvia Purcell que inició algunas averiguaciones. Se trataba de un extractor, con un resto de savia y una buena cantidad de hojas algo marchitas, de un árbol cuyo nombre científico era *Colophylum antillarum*. En cuanto Denis le mostró las hojas, Sylvia se desplazó hasta la Universidad de Georgia y en la Cátedra de Botánica le identificaron las hojas y le mostraron el árbol, que formaba parte de la colección forestal en la Escuela de Agronomía. Con todo su *charm* en acción, consiguió también que le proporcionaran una muestra de savia. Luego, en Columbia, South Caroline, promovió el análisis de la savia y la comparó con el remanente del extractor. Se trataba de dos muestras de una misma especie de árboles.

A las diez de la noche del 30 de junio, Denis y Sylvia redactaron el mensaje para Warren, que salió por Western Union rumbo a Londres. A mediodía del 1ro. de julio, el mayor Alba recibía el mensaje en su despacho y a las doce y treinta hacía su entrada en la Estación Nacional de Virología de los Cítricos, para consultar la novedad con el ingeniero Alejandro de Sanctis.

En su despacho, Alejandro abrió por la O el *Diccionario botánico de nombres vulgares cubanos* del doctor Juan Tomás Roig y Mesa, y allí estaba, ¡sí señor! Era el ocuje. Alejandro leyó: «... Tronco recto y la corteza vieja con profundas y anchas hendeduras. Hojas opuestas, elípticas, de siete a quince centímetros de largo, lampiñas, coriáceas, redondeadas o ligeramente marginadas en el ápice, brillantes; las venas laterales muy numerosas y aproximadas; flores polígamas en racimos mucho más cortos que las hojas, de pocas flores; sépalos de dos a cuatro; pétalos cuatro (-dos), imbricados, blancos, olorosos; estambres (-definidos); anteras oblongas, introrsas; ovario uno (-dos) locular, estriado longitudinalmente, más largo que el estilo; óvulos solitarios, erectos; estilo distinto; estigma peltado, lobado; pericarpio drupáceo; embrión ovoide; cotiledones coherentes».

—¡Claro, era el ocuje, mayor! Fui a consultarlo porque no me sentía seguro.

En sus manos Alejandro traía otro libro que el mayor reconoció enseguida, y no pudo reprimir un pequeño gesto de rabia. ¡Era nada menos que *Los áfidos de Cuba!*

—Fíjese —añadió Alejandro excitado—. He traído el libro de Jaroslav Holman, para que vea una cosa...

Sí, sí: el mayor conocía muy bien aquel libro. ¡Demasiado bien, o quizá demasiado mal, por desgracia!

Alejandro abrió el libro en la página 97, donde se ofrece la descripción de la *Toxoptera aurantii* y le dio a leer al mayor un párrafo: «... (se presenta) generalmente en árboles y arbustos, rara vez en plantas herbáceas. Muy abundante en algunos tipos de bosques, como los de la región de Cabo Cruz». Luego, el profesor Holman daba la lista de los principales cultivos frecuentados por la *Toxoptera aurantii*: «... cítricos, anón, café, cacao y especialmente ocuje».

Así como para el pulgón del melocotón la savia preferida era la del melocotón, la savia preferida de la *Toxoptera aurantii* era la del ocuje. Ya Alejandro había tenido oportunidad de visitar Cabo Cruz, y en efecto, las concentraciones eran altísimas. Incluso cuando se encontraban en grandes colonias, y sufrían alguna perturbación, producían un ruido como de raspa.

¿Qué podía significar aquello, Alejandro?

Aquello podía significar algo calamitoso, mayor. Al parecer, el enemigo estaba criando una raza vigorosa de *Toxopterae*, nutridas con su savia predilecta, para así lograr mejores posibilidades reproductivas. Pero eso no era lo peor, mayor; porque luego utilizarían esa misma savia para atraer a los pulgones, que la preferirían a la de los cítricos por haberse criado con ella. Y quizá, mayor, proyectaban lanzar en algún momento savia de ocuje contaminada con los virus. Aquello sí sería terrible, mayor, desastroso. Los insectos, aunque fueran ápteros, le caerían encima como buitres a una carroña. Aquí no iban a trabajar con yemas, mayor, como se pensara: ¡iban a trabajar con savia contaminada!

¡Mira pa' eso! ¿Y cuándo puede ocurrir, Alejandro, cuándo?

En estos días, mayor, muy pronto: al comenzar la brotación fuerte de julio.

**Julio 1ro., martes**

*No, sir*, desde 1970 nadie se ha desbarrancado en Devil's Horn. Sí, segurísimo. Yo vivo aquí desde que abrí el motel en 1955. Antes sí eran muy frecuentes los accidentes, pero desde que hicieron los trabajos de drenaje en la curva... Sí, drenaje, señora. Antes, en esta parte de la carretera que se ve allá junto a la curva, salía una sustancia jabonosa y los carros, aun cuando vinieran venían bien despacio, resbalaban sobre ella. La cosa era tan peligrosa que desde dos kilómetros antes se ponían varios avisos para los choferes, y en esa parte, solo se permitían veinte millas por hora. *That's right, sir*. Ya lo creo, terrible. Desde el 55 hasta el 70 yo he visto no menos de treinta accidentes. Nunca faltaba algún imprudente que corría a pesar de los avisos. Aquello se estaba convirtiendo ya en una atracción turística para el motel. Había gente que se instalaba en aquellos *bungalows* altos... De verdad, *ma'am*, de verdad, como se lo estoy diciendo... Se instalaban en la falda de la colina para ver cómo resbalaban los carros. Desde luego, no siempre se caían, pero a veces algunos que llegaban despacio, daban una vuelta en redondo, de tan resbalosa que estaba la carretera. Mi mujer me decía a veces que debíamos organizar bien la cosa y poner anuncios en los periódicos sobre los grandes accidentes de Devil's Horn, con estadísticas y todo, para que la gente se embullara y viniera a buscar emociones fuertes. «*Thrilling accidents in Devil's Horn*. ¡No se pierda el próximo! El Motel del Diablo siempre le reserva un bonito accidente para sus vacaciones». ¿Cómo dice el señor? ¿La Dirección de Tránsito Público? Bueno, esto corresponde al condado de Perrine y las oficinas están allí, pero le aseguro que no necesita ir a ninguna parte. Les estoy diciendo *the truth, and nothing but the truth*: desde el 70 nadie se ha matado en Devil's Horn; y si lo dudan, *my dear lady and gentleman*, les apuesto mi motel contra ese carro. ¿Okey?

**Julio 1ro., martes**

Con Orlando, por favor. Sí, de Renato. «En cinco o seis días, a lo sumo en diez...». ¿Orlando? Lo llamé por la mañana pero usted no estaba. Así es. ¿Usted podría reunirse con nosotros hoy por la noche? Si le parece bien, a las diez. Correcto, a las diez y media, entonces. ¿Ya hizo los cálculos? Anjá, anjá... Déjeme anotar: doscientos veinte kilómetros; entonces hay que hacer más de cuatrocientos. ¿Esto no es para las dos regiones, verdad? ¿Qué le iba a decir...? Ah, sí: ¿Ya planteó la cosa a la gente de Riego y Drenaje? Anjá, ¿y qué dicen? ¿A qué horas? Perfecto: yo estaré puntualmente. ¿Es en Capdevila, verdad? Anjá, anjá... No, no, no: de los perros nos vamos a ocupar nosotros. Sí, sea como sea: lo del «infanticidio» tiene que ser pasado mañana mismo. En eso no se puede esperar ni un día más. Asegúrese de que no haya problemas con el transporte ni con la comida. Eso mismo: pluviómetros... Sí, pero pueden servir para estudiar la relación entre las precipitaciones y la saturación de los suelos, ¿me entiende? A menos, por supuesto, que a la gente de Riego y Drenaje se le ocurra algo diferente, algo mejor, vaya. Sí: puede llamarme a cualquier hora del día o de la noche, aquí mismo. Sí, permanente. Y si no estoy, mi gente sabe cómo localizarme enseguida. Bien, hasta las diez y media. Ah, otra cosa: lo de la medida de los pluviómetros, decídalo usted mismo. No se puede perder tiempo, porque hay que mandar a hacer las tapas mañana. Sí, sí, sí, de eso nos encargamos nosotros, con la Industria Ligera. No, no: no hay problema. ¿Pensó algo para las comunicaciones de los pluviómetros? Bien: más tarde me lo explica. Falta coordinar la cosa con la gente de Educación. Correcto, pero venga preparado, porque todo eso tiene que quedar decidido esta noche.

**Julio 2, miércoles**

En el momento en que Víctor se dispone a disparar se enciende el bombillo rojo y él se contiene. Siente que Manuel ha disminuido la marcha. «Mayo, junio, julio... Ya va para tres meses». Víctor recuerda que es miércoles y el jueves deberán llamar a Mena a La Habana, para informar de su trabajo en la Isla, y que la gente de allí le trasmita el informe a Muricio, cuando lo llamen. ¡Cómo se cuida Mauricio! Por suerte, todo marchaba muy bien. Ningún tropiezo. En realidad, aquella misión iba mucho mejor de lo que Víctor imaginara al zarpar de Puerto Rico. Desde el mismo momento del desembarco en Oriente, hasta ese día, todo ha salido perfecto. El trabajo en Jagüey se hizo en dos meses. Dos veces por semana, dos escuelas por día. En realidad, en aquello no había casi ningún riesgo. Comparado con lo de Chile y con lo del 70 en Uruguay, era un bacilón. Había estado a un tris de que lo cogieran los Tupamaros. Y en la Isla, quince días más, y matao el gallo. Ni siquiera quince días, menos...; y después, a otra cosa.

Cuando Mauricio los llamó a casa de Irma, el día antes de salir para Isla de Pinos, les anunció que antes de terminar el mes estarían en los Estados Unidos. (En «casa de Lola», como decía Manuel). El único problema era el carro, que comenzaba a chivar y ellos no entendían nada de mecánica. Lo mejor será pedirle a Mena, cuando hablen con él, que se llegue a Nueva Gerona durante el fin de semana.

¡Ya! De nuevo la luz verde. Víctor aprieta el gatillo y sobre los campos de Cuba cae otra cápsula. Los calores de julio la disolverán en menos de dos minutos. De las miles de cápsulas lanzadas no ha quedado un solo rastro; y sobre los campos de Cuba se ha dispersado su contenido, incesantemente multiplicado.

**Julio 3, jueves**

—¡Betty!

Betty mira hacia el carro que acaba de frenar junto a la acera y ve que se abre la puerta.

—*Hello, Jack!* —dice sonriente al reconocer a Murphy, el excondiscípulo de su exmarido.

—Si no está muy apurada, monte; tengo algo que decirle.

Betty sube al carro, que parte veloz. Da varias vueltas y se parquea un poco antes del lugar donde una guagua va a parar.

—¡Venga! Montemos en esa guagua.

Durante diez minutos, Jack Murphy no ha hecho sino declarar que tiene algo muy importante que decirle, pero aún no ha dicho nada y se ha dedicado a correr como un loco con el carro y a virar de la manera más disparatada y violenta en varias esquinas. Betty sintió miedo y él lo advirtió.

—No se asuste, Betty. Temo que nos sigan y no quiero comprometerla.

Al decir aquello había aminorado la marcha para escrutar el rostro de la mujer. El temor parecía haberse trocado en una viva curiosidad, no exenta de simpatía. Parecía divertida.

Al subir a la guagua, Betty y Jack fueron los últimos. Jack se situó en la parte final del pasillo y sin hablar, continuó su vigilancia sobre los carros que venían por detrás. La guagua dobló dos veces y en la tercera parada, Jack y la sorprendida Betty se apearon. Caminaron unos cien metros y penetraron en un bar muy oscuro. Bajaron tres peldaños y se orientaron con dificultad hacia una mesita apartada en un rincón, donde el aire acondicionado no parecía tan fuerte.

—¿Qué desea tomar, Betty?

—¡Tilo!

—*Oh, come on, Betty!* —replicó Jack riéndose—. No me diga que fue tan fuerte el susto.

Ella pidió un Alexander y él un *gin fizz*.

—La cosa es la siguiente, Betty: mi amigo William Hunt, no murió en un accidente automovilístico en Devil's Horn.

Eddy M. había esperado a que sus ojos se acostumbraran bien a la oscuridad para poder apreciar el efecto de sus palabras en el rostro de la bella mujer.

Al oír aquello, Betty adelantó los labios como para pronunciar una O, pero se quedó mirándolo con los ojos muy entrecerrados y la nariz arrugada. Era un gesto de impotencia, como si hubiese perdido la voz. Por fin emitió una especie de bramido.

—¿Cómo dice?!

Aquella reacción era convincente. Eddy hubiera jurado que era legítima. Betty no parecía un ser dotado de habilidades escénicas. Al contrario, su mayor encanto consistía en un tímido retraimiento, carente, además, de toda afectación. No, no, ¡qué va! Aquella íntima unión expresiva de voz, rostro y ojos, que denotaba su incrédula indignación, reconfortó a Eddy.

Sí, aquella mujer no simulaba. No había sido ella quien avisara a los que registraron su habitación del Atlantic. Era probable que en su apartamento de Coral Gables hubieran instalado escuchas y ahí oyeron su nombre.

Lo convenido entre Eddy M. y Sylvia, era que si la reacción de Betty no dejaba ninguna duda, se le debía explicar lo de las escuchas en su casa. Debían tirársele a fondo. Ya no habría más oportunidades de verla y necesitaban impresionarla. Que de una vez dijera lo que supiese, si en verdad sabía algo.

Jack comenzó por mostrarle fotocopias de las estadísticas examinadas en el condado Perrine, donde constaban los accidentes registrados en Devil's Horn: 1965: once; 1966: catorce; 1967: nueve; 1968: diecisiete; 1969: veintiséis; 1970: ocho; 1971: cero; 1972: cero; 1973: cero; 1974: cero; 1975 (hasta junio): cero. La estadística se refería no solo a accidentes mortales, sino a todo tipo con personas heridas, o carros chocados, o volcados.

—Y usted, ¿cómo consiguió eso, Jack, y por qué? —preguntó Betty, sin saber ya qué pensar de Jack Murphy.

—Después le contaré: ahora oiga esto —dijo, y sacó del bolsillo interior de la chaqueta, una grabadora un poco mayor que una cajetilla de cigarros con filtro, a la que le aplicó un auricular para que Betty oyera.

Betty oyó unos cinco minutos y sintió miedo. ¿No estaría soñando? Bebió un sorbo de Alexander para reforzar su convicción de que el mundo exterior constituía una realidad y de que Jack, como asimismo lo que acababa de ver y oír, no eran meros fantasmas, de los que a veces visitaban sus sueños. «... y si lo dudan, *my dear lady and gentleman*, les apuesto mi motel contra ese carro. ¿Okey?». «¿Quién sería la mujer a la que aludía el hotelero? Murphy no dijo que hubiese venido acompañado».

—Lo que no comprendo, Jack, es el motivo por el cual usted ha hecho esta investigación.

—Pura casualidad, Betty; pura casualidad —le contestó Eddy—. Yo tengo una hermana de mi padre en Perrine y decidí ir a visitarla al cabo de más de diez años. Al pasar por Devil's Horn, vi el anuncio de la curva peligrosa y naturalmente recordé a Bill. Paré en el motel para echar un vistazo al lugar y enterarme de detalles que no me hubiera atrevido a preguntarle a usted, por simple tacto.

Betty bebió otro sorbo de Alexander, con la vista gacha.

—Me puse a caminar por el lugar, y el hombre que se ocupa de los caballos del picadero, me dijo que desde hacía varios años no había vuelto a haber accidentes por allí. Como yo no conozco bien la Florida, pensé que quizá hubiese otro lugar que se

llamase Devil's Horn. Luego, durante el viaje a Perrine, me puse a pensar que aquello era muy raro, pues usted me habló de un accidente bastante espectacular, y en el mapa carretero que yo llevaba, vi que la localidad de Homestead, por usted mencionada, figuraba sobre la misma ruta. ¡No era posible que hubiera dos Devil's Horn en un tramo tan corto! Entonces decidí que al regresar indagaría más la cosa. Una hija de mi tía me pidió que la trajera hasta Miami y al pasar de nuevo por el motel la invité a tomar una taza de té. En fin, usted ya oyó las declaraciones del hotelero. No le dije nada a mi prima y seguimos viaje hasta Miami. Ayer miércoles fui hasta la Dirección de Tránsito del condado y confirmé las declaraciones del hombre. ¿No cree usted que todo esto es muy extraño, Betty?

—Tengo miedo, Jack...

—Comprenda que yo no he querido asustarla, y además créame que nunca he tenido vocación de detective; pero en fin, Billy fue mi gran amigo y creí mi deber enterarla...

—Ha hecho muy bien, Jack; pero esto me asusta.

—No debe asustarse, Betty, pero debe tomar grandes precauciones, pues tengo que decirle algo más, bastante inquietante por cierto.

—Cuéntemelo todo, Jack. Siento miedo, pero no soy cobarde —dijo Betty, y lo miró a los ojos.

Eddy se pasó las puntas de los dedos sobre las cejas para buscar concentración. Luego, hizo una seña al camarero y se cogió la punta del mentón. Ella lo miraba expectante, fumando nerviosamente.

—¿Recuerda que el domingo yo estuve en su casa?

—Sí —dijo Betty.

—Pues bien, el lunes alguien registró mi habitación del hotel Atlantic.

—¡No!

—Parece cosa de películas, pero estoy bien seguro: abrieron mis maletas.

—¿Cómo se dio cuenta, Jack?

A esas alturas, Eddy el Milanés no tenía ni la menor duda de la sinceridad de Betty. Su estupor era auténtico.

—Soy enfermizamente ordenado en mis hábitos personales, Betty; en la forma de disponer mis cosas; en fin..., no voy a entrar en detalles, pero tengo rutinas creadas hace ya muchos años, y cualquier alteración se me hace notoria de inmediato. Créamelo: estoy seguro de lo que le digo, Betty.

—No lo dudo, Jack; pero, ¿no podría haber sido el mismo personal del hotel?

—Mmmm —replicó Jack y negó con la cabeza—: No creo que el personal de servicio de un hotel disponga de instrumentos como para abrir mis maletas Sansonite, con sus llaves de seguridad, exclusivas y todo lo demás... ¡Qué va! Eso no es trabajo de camareros ni de mucamas, y por otra parte, en una de las maletas había más de seiscientos dólares en efectivo, algunos objetos valiosos... No, no, Betty. No fue el personal del hotel. Seguro, seguro...



—Entonces, ¿usted supone que eso tiene que ver con su visita a mi casa?

—Al principio no supe qué pensar, Betty. Llegué incluso a imaginarme que la policía o el FBI me habrían tomado por quien yo no era, o anduvieran tras una pista falsa; pero desde que descubrí el fraude de Devil's Horn, estoy convencido de que todo forma parte de una misma cosa y creo sentir detrás los pasos de un animal muy grande.

—¿Por qué, Jack, por qué?

—¿No dijo usted que antes de diez días le pagaron el seguro?

—Así es: cincuenta mil dólares, sin que yo los reclamara.

—¿Y no le parece extrañísimo que le liquidaran una suma tan importante por un accidente que no ocurrió? ¿Usted sabe cómo funciona una compañía de seguros? Yo he trabajado en eso, Betty. Esa gente solo cree en sus propias averiguaciones. ¿Entiende por qué le digo que debajo se oculta algo grande, alguna fuerza poderosa?

Volvió el temor al rostro de Betty, matizado esta vez con un gesto de evocación, como si quisiera atar cabos, recordar algo. Eddy vio con satisfacción que la entrevista iba tomando el curso correcto.

—Quiero que me diga una cosa con toda sinceridad —añadió Eddy, con nuevas señas al camarero, para que le repitiera el trago y para dar tiempo a que Betty saliera de aquel momento de introversión.

—¿Usted es casado, Jack? —le preguntó de pronto ella, sin levantar la vista de su Alexander.

«¡Coño: mira con lo que me sale esta ahora!».

—Actualmente no, Betty —le contestó—. Lo fui hasta hace dos años.

Ella se apresuró a cambiar de tema, como si hubiera tomado repentina conciencia de su exabrupto.

—¿Qué quiere saber con toda sinceridad?

El camarero trajo otro gin fizz y preguntó si la *lady* no deseaba algo más. Betty rehusó con la cabeza y el hombre se retiró.

—Trate de recordar. ¿Usted ha hablado de mí con alguien?

—Sí, una vez —respondió ella sin vacilación, y al parecer sin inquietud.

—¿Cuándo y dónde, por favor? —preguntó Eddy.

—Ese mismo domingo, a la hora del almuerzo.

—Discúlpeme, pero, ¿puedo saber con quién?

—Con un amigo que me había invitado a almorzar ese día.

—¿Lo conoce hace mucho, Betty? —preguntó Eddy, sin mirarla—. Vuelvo a pedirle que me excuse por la impertinencia, pero creo que es importante.

—Un año y medio, más o menos.

Eddy miró hacia un lado, sonrió con un gesto resignado, se rascó la cabeza, encendió un cigarro y de pronto dijo:

—Me temo que estoy metido en un lío...

—¿Sospecha usted algo de Ralph? De verdad que no entiendo, Jack.

—Mire, Betty —la interrumpió Eddy con énfasis—: Yo no conozco a Ralph, y sería una falta de delicadeza atribuirle cualquier mala intención...

En ese momento le pareció notar cierta inquietud en los hermosos ojos de la mujer.

—... pero cuando las autoridades de este país han hecho creer a una mujer que su marido murió en un lugar donde es seguro que no murió; cuando una conocida empresa de seguros le liquida sin objeción una elevada prima por ese mismo falso accidente, y cuando a mí, que no me meto en nada y que soy un ciudadano en regla, me esculcan la habitación del hotel, y no para robarme, un día después de haber visitado la casa de esa mujer, me veo en la penosa obligación de dudar sistemáticamente de todo lo que rodea su vida. ¿Me entiende?

El rostro de Betty se animó como para decir algo, pero calló. Asintió resignada, mas sus ojos de novilla se movían con inusitada rapidez, como si buscara algo, como si tratara de recordar...

Eddy conjeturó que estaba pasando una rápida revista a sus relaciones con Ralph.

«Y ahora, la puntilla», pensó Eddy.

Eddy le cogió una mano y ella alzó con timidez sus ojos, como agradecida por aquel gesto.

—Óigame bien, Betty. Si usted solo ha hablado de mí con Ralph y está segura de ello, lo más probable es que Ralph sea un espía que por algún motivo se ha acercado a usted, o bien, que en su casa haya aparatos ocultos para oír sus conversaciones. De no ser así, nadie tenía por qué hurgar en mi habitación del Atlantic.

«¡Oh cuántas cosas! Y así, tan de golpe».

Todo lo que decía aquel desconocido, a quien ahora sentía tan cerca, que le había cogido con tanta calidez la mano, parecía muy lógico y a la vez extravagante. Betty sintió que necesitaba tiempo y calma para pensar en lo que no se atrevía a decir.

—Por otra parte, Betty —agregó Eddy—, si usted duda de mis palabras, vaya al motel; o mejor dicho, no vaya usted, sino envíe a alguna persona de toda su confianza, que no sea Ralph desde luego, a que compruebe mis datos en la Dirección de Tránsito de Perrine; compruebe además que no hay ningún otro lugar llamado Devil's Horn en la Florida e investigue lo del seguro. ¡A usted la espían, Betty!

Ella parecía no escucharlo ya. Miraba con una fijeza hipnótica el esbelto vasito de vidrio grueso del *gin fizz* y asentía como una autómatas.

De pronto, posó sus dos manos sobre la diestra de Eddy, que en ese momento iba a coger el vaso, y con un tono implorante le pidió regresar de inmediato. Ella necesitaba estar sola y ordenar sus ideas. Tal vez al otro día, o dos después, le explicaría algunas cosas que en ese momento la preocupaban, pero antes necesitaba tranquilizarse y pensar con objetividad.

Eddy comprendió que si seguía presionándola podía echarlo todo a perder. Además, aquella mujer le inspiraba confianza y no tardaría en soltarle lo que guardaba y ya no tenía dudas de que era algo importante.

—Debo confesarle que después de esto, yo también tengo miedo, y no solo por usted, Betty. Creo, además, que aquí en Miami no debemos volver a vernos, y óigame bien, usted me inspira una profunda simpatía y estoy dispuesto a ayudarla en todo lo que pueda...

«¿Simpatía?».

—... y si usted sabe algo, si guarda algún secreto por el cual la vigilan, y ha decidido callarlo, váyase con él a la tumba; pero si en algún momento decidiera lo contrario, no me busque, no me llame por teléfono y jamás mencione mi nombre a nadie. Escríbame a esta dirección.

Eddy sacó un bolígrafo y en una servilleta de papel, anotó: «Mrs. Mary Tate, Imperial Hotel, room 210».

Ella cogió la nota, la leyó y ya se disponía a guardarla en su bolso, cuando Eddy volvió a cogerle la mano:

—No, no lo guarde, Betty —le dijo—. Retenga los datos en la memoria. Se trata de mi prima y estará en esa dirección una semana más. Es importante que la carta no la lleve usted. Debe ser alguien de su absoluta confianza. ¡Absoluta! ¿Me entiende? Un familiar o alguna amiga a quien no vea con frecuencia, pero en quien pueda confiar.

—¿Y usted se marcha, Jack?

—Dentro de diez días saldré para El Cairo.

—¡Escríbame, Jack!

—Quizá algo más que eso, Betty —dijo Eddy, y le dirigió una mirada indescifrable.

Ella bajó los ojos y contempló cómo se retorció en el cenicero el trozo de papel carbonizado.

**Julio 5, sábado**

¿Y qué hubo de los «infanticidas»? Llevan tres días matando.

Mayor, una llamada desde Manzanillo.

Gracias, Rosita.

Y Orlando, desentendido del teléfono: Hemos instalado cuatrocientos cincuenta pluviómetros, distribuidos a partir de los extremos. Vea aquí el mapa, Renato...

Hola, dígame Paco. Repita que no le oigo bien. ¿Setenta litros? Está bien: habíamos calculado que con cincuenta era suficiente.

Y Paco: Voy a mandar cuarenta para Jovellanos y veinte para que los distribuyan desde La Habana.

Y el mayor: Recuerde que mañana empiezan las prácticas de los rastreos. Todos estamos esperando por el material. En cuanto usted lo traiga, podremos empezar el trabajo con las brigadas HPF.

Sí, sí, Carlos personalmente se va a encargar de coordinar el trabajo de las brigadas.

Y Carlos: Dígame que a las ocho de la mañana yo ya estaré en Jovellanos en el puesto de mando.

Y tras colgar, a Orlando: Usted me decía que hay ya cuatrocientos cincuenta pluviómetros. ¿Y el resto? ¿Cómo están repartidos? ¿Y en total, cuánto cubren?

Cubren los doscientos veinte kilómetros. Hay que pedirle el máximo esfuerzo a la gente. Y lo están haciendo, mayor. Los problemas han sido sobre todo de transporte, alojamiento, movilización...

Esto es la guerra, Orlando, y las cuestiones logísticas hay que resolverlas como en la guerra. Búsquese un ayudante, dos, tres, pero lo de la Isla tiene que estar dispuesto mañana mismo.

Y Orlando: Es que también está el problema de la selección de la gente, mayor. Son muchos, son dos turnos, y el trabajo debe hacerse con discreción.

De acuerdo, Orlando, pero agite, agite la cosa, porque si empezaran por el otro lado estamos perdidos. Y a propósito: ¿Ya se coordinó con los jefes de los planes el alojamiento de los encargados?

Sí, mayor, eso ya está hablado, yo mismo me ocupé de eso.

Y Méndez: ¿Cómo vamos a obviar el problema de los estudiantes?

Y Orlando: Después de terminar con el «infanticidio», los van a entretener lejos de las orillas.

Y Carlos: ¿Los «infanticidios» acaban cuándo?

Esperamos que mañana por la tarde. Vea aquí el mapa, mayor: Lo que está en

verde ya está asegurado. Solo nos queda este sector, y creemos que mañana se podrá llegar hasta aquí.

Y el mayor a Carlos: ¿Ya tienes bien planeado el entrenamiento de las HPF?

Sí, mayor. ¿Quiere que se lo explique?

No, Carlos, no, ahora no hay tiempo; confiamos en ti.

Y Méndez: Oye, Carlos: no te olvides de que antes de irte debes coordinar conmigo la comunicación aire tierra.

Sí, lo tengo anotado para ahorita. Ya la gente de comunicaciones va a estar disponible desde esta misma noche, y mañana van a estar conmigo en Jovellanos.

Y el mayor: ¿Pero van a hacer las prácticas en Jovellanos?

Por supuesto que no, mayor.

Desde luego, todo el mundo de acuerdo en que allí no puede ser.

Y otra cosa importantísima en que yo estaba pensando es que los rastreos también deben hacerse lejos de las zonas críticas: en Camagüey y en Guane.

Correcto. Y a propósito: ¿No se ha pensado en instalar pluviómetros en Camagüey y Pinar?

No, Méndez, allí no hay *Toxoptera aurantii*.

Sí, es cierto.

Y Rosita: Mayor, una visita urgente.

«¡Coño! ¿Visita urgente? ¿Quién será?». Para el mayor Alba, «visita urgente» significa «un agente que viene del exterior». «¿Quién podrá ser?».

Bien, señores, quedamos en que mañana nos reuniremos a las diez de la noche en la sala de proyecciones del Abreu Fontán para la última reunión de control. Que todo el mundo lleve los datos actualizados sobre lo hecho hasta ese momento. Méndez, hazme el favor de asegurarte que De Sanctis y Cabral también asistan mañana.

¿No habría que haberlos citado también hoy, mayor?

No, Carlos, yo estuve el martes con ellos y convinimos en que se concentrarían en supervisar el trabajo de microscopía electrónica. Es mejor que sigan enfrascados en eso, imposible para nosotros.

Y Carlos: Sí, mayor, esta es una reunión de seguridad.

Y además, Carlos, ya en la reunión de mañana tendremos datos más concretos para exponerles, y si ellos tienen objeciones todos estaremos en paridad para opinar.

«¿Quién será el que vino?».

Por otra parte, hasta ahora, en lo agronómico, no hemos hecho sino seguir las orientaciones de ellos.

«Esta noche voy al karate, cueste lo que cueste; a ver si me desenchucho de los pulgones. Me hace falta coger un poco de golpes...».

Y Carlos: ¿De Sanctis sigue en el CENIC?

Sí, el pobre está hecho un trapo: come y duerme al pie del microscopio, de los microscopios, porque está trabajando en cuatro aparatos. Es la locura. Y Cabral está igual: supervisa la Universidad y la Academia de Ciencias, chequea las

preparaciones, distribuye los turnos.

«¿Quién demonios será el que vino?!».

El tucumano se acercó con una sonrisa tímida y Alba se puso de pie para darle un caluroso apretón de manos. Aquel era el segundo viaje de John a La Habana en diez años de servicio. El viernes por la tarde voló a Ciudad México y ese sábado aterrizó en Rancho Boyeros, procedente de Panamá.

Informado de la gravedad y urgencia del mensaje que traía, no agregó una sola palabra a las pronunciadas durante el saludo. Abrió un pequeño maletín y alcanzó a Alba un sobre cerrado. El mayor lo invitó a que se sentara y se dirigió a su buró para leer el mensaje.

Era una carta de Betty Hunt a Jack Murphy, fechada en Miami, el viernes 4 de julio y entregada en la carpeta del hotel Imperial para la señora Mary Tate, por Ingrid Sullivan, cuñada de Betty.

«Querido Jack, mi buen amigo:

»Le confieso que ayer me sentí muy confundida y por momentos llegué a dudar de usted y de su salud mental. *Excuse me!*

»No obstante, a las ocho de la mañana, fui al motel y comprobé sus informaciones con varias personas de los alrededores. A las dos de la tarde investigué lo del seguro y me contestaron con evasivas. Por supuesto, no mencioné nada de lo que usted me dijo.

»Jack, me siento acorralada. Si callo la muerte de mi marido y dejo las cosas como están, me voy a recriminar toda la vida el haber sido cómplice de una infamia. ¡Jamás encontraré paz! Sospecho que si me pongo a investigar la verdad, me veré asediada, cercada de peligros. Usted tenía toda la razón, Jack; detrás de esto hay una urdimbre por lo alto, que se ha tejido delante de mis propias narices sin que yo lo advirtiera. Me siento muy mal, Jack. Necesito su ayuda, su consejo, su presencia. Siguiendo sus indicaciones, no he comentado nada, ni con mi propio hermano. Me he limitado a pedirle a Ingrid, mi cuñada y vieja amiga, que le alcanzara esta carta a su prima. Oh, Jack, necesito verlo y volver a hablar con usted. Será lo único que pueda aplacarme.

»En mayo de 1972, el doctor Van Vermeer y mi marido culminaron una serie de investigaciones que les permitieron descubrir y aislar el virus del YTD (*Young Tree Decline*). Es una enfermedad cuyas causas se ignoraban hasta entonces por completo y cuyos efectos han sido desastrosos en muchas plantaciones de cítricos en el mundo.

»Mi marido llegó una noche a la casa, y me confió lleno de entusiasmo, que Vermeer y él estaban a punto de hacer un descubrimiento sensacional. Mejor dicho: ya estaba hecho. Solo faltaban una serie de datos y varios meses de pruebas para

demostrar la validez de sus trabajos. Pensaban presentarlos en el Congreso Mundial de Virología de los Cítricos, que habría de realizarse en Grenoble, en agosto de 1972. Decidieron guardar el secreto y lanzar la noticia bomba en pleno congreso. Estaban seguros de llenarse de prestigio en el mundo científico. Bill me contó todo sin ambages, porque jamás tuvo secretos conmigo y conocía mi reserva en cosas de este tipo. Además, necesitaba justificarse, pues durante varios meses, prácticamente me había abandonado. En junio del 72, un mes después de concluidos los trabajos, cuando solo les quedaba por redactar la ponencia que iban a presentar, noté que Bill iba perdiendo el humor eufórico de los últimos meses y se tornaba cada día más taciturno y sombrío. Traté de averiguar qué le sucedía, pero no logré franquear su hermetismo.

»Un buen día, dejó de trabajar en la ponencia y me sugirió que fuéramos a pasar el *week end* a la finca de un tío suyo en Oklahoma, pero siguió con un humor insoportable, al punto de que tuvimos una discusión muy áspera y yo regresé a Miami, a casa de mi hermano. Tras varios meses de tenerme abandonada, seguía absorto en sus asuntos profesionales y rehusaba hablarme. Había comenzado incluso a tratarme con grosería —cosa que no hiciera nunca antes— y yo decidí no verlo más. Cuando vino a buscarme a los tres días, le mandé con mi cuñada la tarjeta de mi abogado, pues conmigo no tenía ya nada que hablar. Estaba dispuesta a divorciarme.

»Pasaron algunos días, y un sábado, como a las dos de la mañana, se apareció en la casa de mi hermano, que, por cierto, lo estimaba mucho y hacía esfuerzos por reconciliarnos. Venía algo borracho y dispuesto a acampar en la sala hasta que yo accediera a oírlo.

»Fue entonces cuando me contó toda la verdad. Vermeer lo invitó un día a tomarse unos tragos en su *bungalow* de Homestead; y en aquella ocasión, le recriminó el haber comentado el descubrimiento común. Bill negó la acusación y hubo un pequeño altercado. Bill insistió en no haber hablado del asunto con nadie; ni siquiera conmigo. Mentía a sabiendas en lo que a mí se refiere, pero Bill jamás albergó ni un asomo de duda respecto de mi discreción. Y yo, por mi parte, juro que esta es la primera vez que violé el secreto de mi marido.

»Vermeer le preguntó entonces cómo era posible que un magnate de la industria de los cítricos estuviese en posesión de datos confidencialísimos que solo manejaban Vermeer y Bill. Le hizo oír entonces la grabación de un diálogo en el que se oía la voz de Vermeer y de un desconocido, que estaba increíblemente bien informado de los trabajos por ellos realizados en el YTD. Sabía por supuesto que el virus había sido aislado y conocía los detalles más insignificantes del descubrimiento.

»Discutieron con aspereza al respecto y cuando se calmaron los ánimos, Vermeer dijo que a la industria norteamericana de los cítricos le interesaba ocultar el descubrimiento durante tres o cuatro años. Mi marido objetó aquella proposición contraria a su ética científica. Vermeer le dijo que cada uno de ellos podía ganar doscientos mil dólares si consentían en callarse, y él ya había aceptado. Luego expuso

todo tipo de argumentos para convencer a Bill, y lo más que consiguió, al cabo de dos horas de debates, fue que Bill aceptara pensarlo durante algunos días. Esa fue la semana de Oklahoma.

»Luego, mi empeñamiento en divorciarme lo perturbó sobremanera y llegó a sentirse muy mal. La noche en que vino a verme me lo contó todo e hicimos las paces. Un par de días después, me anunció —bastante deprimido, por cierto—, que también él había aceptado. Recibió cien mil dólares y el resto quedó depositado a plazo fijo para diciembre de 1975, acompañado de un contrato confidencial, con la firma Homestead Citrus Inc., que establecía la prohibición de mencionar o divulgar lo relacionado con su descubrimiento. Se le ofrecieron, además, condiciones excepcionales para seguir investigando, que era al fin de cuentas lo que más le interesaba en el mundo: parcelas para experimentación de un par de miles de acres y un invernadero de proporciones gigantescas. Aquello parece haber sido determinante: siempre había codiciado disponer de grandes recursos para sus investigaciones.

»En la Homestead comenzó a trabajar en julio del 72 y en diciembre del 73 tuvo el accidente.

»Lo demás, ya lo sabe.

»Hasta que hablé con usted, Jack, yo creí sinceramente en lo que me dijeron y no sospeché nada; pero ahora he recordado que un par de semanas antes del accidente, volvió a tornarse introvertido, esquivo, como le sucedía cuando sufría alguna contrariedad en su trabajo.

»Necesito hablar con usted, Jack. Iré a buscarlo al Cairo si es necesario. Sugierame alguna forma de contacto a través de mi hermano, George Sullivan...».

«¡Pobre mujer!», pensó el mayor.



**Julio 5, sábado**

—¿De qué manera han organizado la vigilancia, mayor? —preguntó Bernardo, mientras esperaban a Alejandro.

—¿Qué vigilancia, Bernardo?

El mayor no oyó la pregunta porque pensaba absorto en la terrible novedad recibida una hora antes.

—La vigilancia de los viveros en Jagüey y en la Isla.

—Bueno, usted recordará que se convino vigilar solamente los viveros donde se hubiesen previsto injertos para esta época.

Bernardo asintió, se quitó sus espejuelos y se puso a examinar una de sus patas.

—De acuerdo con eso, procedimos a situar gente en todos los viveros que nos señalaron en el Grupo Nacional de Cítricos y Frutales del INRA.

—¿Son muchos, mayor? —preguntó Bernardo.

—Alrededor de cuarenta. En esta época no se realizan muchos injertos, porque los estudiantes salen de vacaciones.

Alejandro se acercó con su perro, que venía haciéndole fiestas, pues desde hacía un tiempo se le había perdido. A veces pasaba varios días sin acudir a la parcela. Estaba afeitado, con ropa limpia y parecía rejuvenecido. Alba hubiera preferido verlo todo desarrapado y barbudo, como anduvo toda la semana. Le parecía, al verlo remozado y pulcro, con aquella camisa impecable, que la terrible noticia le sería doblemente anonadante. De niño le impresionaba saber que a los difuntos, antes de enterrarlos, se los bañaba.

—... y a mí no me extrañaría nada —prosiguió Bernardo—, que a estas alturas también aparecieran brotes de la *Toxoptera citricidus* (Kirkaldy)...

—En eso mismo estaba pensando yo —agregó Alejandro.

—¿El vector natural de la Tristeza? —preguntó el mayor—. ¿Y eso por qué?

—Porque si piensan atacarnos con diferentes vectores, bien podrían incluir también el vector natural.

—¡Exacto! —agregó Alejandro.

Alba advirtió que por segunda vez Bernardo se quitaba los espejuelos y los observaba como si se trataran de un objeto extraño.

—Yo no estoy de acuerdo con ustedes —dijo el mayor.

El perro seguía haciéndole fiestas a su amo, como si Alejandro fuera Ulises de regreso en Ítaca.

—¿Ustedes no han pensado, compañeros, que a veces el enemigo procede como si quisiera enterarnos de sus movidas? —preguntó el mayor.

Los dos ingenieros se miraron y ambos alzaron las cejas. No, no entendían a qué se refería el mayor.

—¿Ustedes creen que la CIA, a estas alturas, con los reveses que ha sufrido últimamente ante nosotros, y conociendo como conoce nuestro actual nivel técnico en materia de seguridad, sea capaz de cometer tantas pifias, tantos errores en una sola operación?

—¿Cuáles errores, mayor?

—En primer lugar: ¿a quién se le puede ocurrir enviar palomas mensajeras para introducir los virus? Sería mucho más fácil introducirlos por el puerto, o por el aeropuerto, y de una sola vez, sin necesidad de poner a volar, quizá cientos de palomas. ¿No es cierto?

Sí, aquello parecía evidente. Vistas así las cosas, lo que el mayor decía sonaba sensato.

—Y luego —prosiguió Alba—, la paloma de la bahía de Cabañas fue capturada un día domingo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Cualquiera sabe, Alejandro, que miles de escopetas de los clubes de cazadores, y de los mismos campesinos, están al acecho. ¿No les parece doblemente absurdo, todo el asunto de las palomas?

Los dos ingenieros asintieron, y volvieron a mirarse, esta vez con aire pensativo.

—Además, y eso ya lo señalaron ustedes en su oportunidad, ¿a quién se le ocurre distribuir el pulgón del melocotón como lo hicieron en Guane?

—Eso es cierto —comentó Bernardo—. Si en vez de concentrar miles de áfidos en unos pocos árboles, los hubieran distribuido en pequeñas cantidades sobre muchos árboles, habríamos tardado más tiempo en notarlo...

—¿No les parece entonces —interrumpió Alba— que eso se hizo para que nos diéramos cuenta?

—Discúlpeme, Renato, pero a eso yo no le encuentro sentido —se apresuró a decir Alejandro—. ¿Con qué intención podrían actuar así?

Que sí, que no, que tal vez, que no puede ser, que les propongo que vayamos ahora mismo a un lugar, y el perro también quiere ir pero lo botan, y siguen la discusión en el carro cuando van pasando el puente del Laguito.

—Ellos han querido desinformarnos, Alejandro —insistió el mayor—. ¡Convénzase!

—¿Pero a usted le parece lógico, mayor, que si pretenden realizar un ataque viral, nos llamen la atención precisamente con virus?

Bernardo volvió a quitarse los espejuelos. «¡Qué raro!», pensó Alba, extrañado de no haber advertido antes aquello que ahora le parecía un tic.

—Con todo respeto, Renato —terció Bernardo—, yo tampoco estoy de acuerdo con usted. Si lo que ellos pretenden es introducir la Tristeza, cualquier cosa que nos alerte sobre ella, tanto a Virología como a Sanidad Vegetal, no debe servir para

desinformarnos. Al contrario, ya ve usted que enseguida nos hemos puesto en guardia, justamente, contra la Tristeza...

—Y ese fue, justamente, el momento en que comenzaron a desinformarnos —dijo Alba, y sonrió con una expresión de amargura.

—¡¿Cómo?! —gritaron al unísono Alejandro y Bernardo.

—Como lo oyen —contestó Alba, y aminoró la marcha del carro, para dejar pasar una guagua hacia Quinta Avenida—. Creo que han logrado desinformarnos durante casi todo un mes.

—Entonces, la Tristeza... —balbuceó Bernardo.

—La Tristeza es una maniobra de desinformación...

—¡Pero Renato! —exclamó Alejandro con brusquedad—. ¿Cómo usted puede decir eso? ¿Qué otra cosa podrían intentar, más dañina para nosotros?

—¡Eso mismo digo yo, Renato! —añadió Bernardo.

Alba parecía no tener prisa; esperó a contornear la rotonda de la calle 90 y enfiló hacia el Abreu Fontán. Parqueó el Volga a mitad de la cuadra y comenzó a dar vueltas a la manivela para alzar el vidrio de la ventana.

Los otros no cesaban de proferir sus negativas: Absurdo, eso no puede ser, imagínate, a quién se le ocurre, mayor, usted ahí no está claro, eso no tiene pies ni cabeza, discúlpeme, mayor, pero, honestamente... y todo lo demás.

Alba se compuso la voz, se ladeó en el asiento, se irguió por encima de sus interlocutores y en excelente inglés, en rabioso inglés, pronunció estas aladas palabras:

—*YOUNG TREE DECLINE*.

El brinco que dio Alejandro no fue poca cosa. Blasfemó, se rascó la cabeza y comenzó a decir:

—¡No, no, no, no y no!

El mayor lo miró con dulzura esperando a que terminara de volcar toda su disconformidad. Iba preparado para aquella reacción del virólogo.

—¡Sencillamente, no, Renato, no puede ser!

—Bueno ¡explícate coño! —interrumpió Bernardo.

—El problema es que el *Young Tree Decline* no es un virus, chico —respondió Alejandro con aparatosos ademanes.

—Sí, Alejandro, el YTD es un virus.

—Discúlpeme, mayor —replicó Alejandro, más sereno—; pero usted está en un gran error. Nadie sabe en el mundo cuáles son las causas del YTD.

—Nadie no —respondió el mayor Alba—. Existen unos pocos privilegiados que saben que el YTD es un virus, y yo tengo el honor de contarme entre ellos.

Alejandro y Bernardo se quedaron mirándolo boquiabiertos. No podía ser que aquel hombre bromeara con una cosa tan seria. ¿Se habría «tostado» por exceso de trabajo? Lo que acababa de decir sonaba a disparate y a farol. No obstante, al agobio pertinaz que por falta de sueño y exceso de trabajo abrumaba desde hacía días al

virólogo, se añadía ahora, ante aquella noticia, una inquietud cervical, una cierta disnea. Aquellos rostros miraban a Alba con una muda y vehemente expresión de súplica. Que por favor se explicara, el mayor.

—En este asunto no estoy hablando como biólogo ni como científico. Hablo con plena responsabilidad, como miembro de los servicios de Contrainteligencia, y poseo documentos inequívocos que me permiten asegurar que el virus del YTD fue aislado a mediados del año 72, por Vermeer y Hunt.

Alejandro se llevó las manos al rostro e hizo un gesto como si quisiera desgarrárselo con las uñas. Bernardo se quedó un instante como petrificado y solo atinó a quitarse los espejuelos y a mirar con detenimiento una de sus patas.

Alba pensó en ese momento que había cometido una enorme burrada. ¡Nunca debió haber comentado aquello con Alejandro y Bernardo! Era su segunda estupidez en el curso de la investigación. El mayor había llevado a los dos ingenieros hacia el Abreu Fontán, con la intención de exponerles sus planes para la prevención del ingreso del virus del YTD a territorio cubano.

Cuando comprendió que había metido la pata, decidió no mencionarles nada al respecto y les pidió que lo esperaran un momento en la puerta. Alba penetró en el edificio y salió a los dos minutos. Invitó a los técnicos a que regresaran al carro y les explicó que pensaba mostrarles algo interesante, pero lamentaba no poder pues no se habían terminado de revelar las diapositivas. Que lo disculparan, que él los llamaría en cuanto todo estuviera listo. Hizo esfuerzos por mantenerse calmado; trató de hacer algún chiste, pero los otros dos estaban de un humor fúnebre. Quisieron algún adelanto sobre el contenido de las diapositivas, pero él les explicó que, precisamente, no les anticipaba nada porque quería recoger de ellos una primera impresión, y si lo hacía, se desvirtuaría la cosa. Quedaron en que Bernardo y Alejandro seguirían su campaña de microscopía en pos de la Tristeza, pues en verdad cabía pensar en que junto con el YTD, el enemigo se valiese de la Tristeza, no solo para desinformar, sino para hacer un daño colateral, en caso de que no se detectase.

Convinieron encontrarse el lunes 7 para discutir la nueva situación. Alba propuso que Bernardo y Alejandro, por un lado y el SCC, por otro, planeasen muy bien la estrategia para defender las plantaciones contra el ataque del YTD. Debían no apresurarse y tomar decisiones muy prudentes para no fallar en aquello; y de la reunión del lunes saldría el plan definitivo. Antes de bajarse del carro, Alejandro preguntó:

—Y dígame, mayor, ¿qué podemos hacer si el virus ya ha ingresado a Cuba desde hace tiempo? ¿Qué nos garantiza que la *Toxoptera aurantii* no esté ya contaminada desde un principio, puesto que nosotros no somos capaces de detectar el virus del YTD?

—Si eso ha sucedido desde un principio, creo que ya no podemos hacer nada para impedir el desastre. A ustedes los del INRA les tocaría tratar de salvar lo que se pudiera...

—Cosa que sería muy difícil —intervino Bernardo—, ante un enemigo invisible y una enfermedad de la cual no tenemos ni la mínima experiencia.

—Así es —asintió el mayor—. Y la verdad es que no tenemos ninguna garantía de que no haya entrado ya el virus; pero de nuestra parte, la única medida realista es considerar que todavía estamos indemnes y tratar de protegernos. De nada nos vale en este momento dejarnos abatir por algo inevitable. ¿De acuerdo?

Aunque no de muy buena gana, Alejandro y Bernardo se manifestaron conformes.

Sí, aquella había sido la segunda burrada de Alba. El mayor tenía muy desarrollado el sentido autocrítico, y mientras regresaba a su trabajo, después de haber dejado en Sanidad Vegetal a Alejandro y Bernardo, se dedicó a sí mismo un verdadero florilegio de insultos.

Pese a la rabia casi irreprimible supo controlarse y condujo su máquina con la lentitud de siempre. Sobre la posibilidad de que el virus hubiese entrado, él tenía sobrados motivos para descartarla. Poseía datos objetivos, estadísticos, para casi asegurar que el virus del YTD no había entrado aún en Cuba.

Su primera burrada la cometió casi por un error de interpretación, al leer *Los áfidos de Cuba*.

Como biólogo, siempre sintió una gran predilección por el campo de la genética general y nunca mostró interés por la entomología. En Leningrado, llamaba «bicheros» a sus camaradas entomólogos, y se burlaba de ellos. En realidad, debía confesar que en esa materia solo leyó lo indispensable para aprobar los cursos de su carrera; y al realizar sus recientes lecturas sobre feromonas, se había ocupado siempre de insectos que presentaban formas sexuadas. Ese fue el punto de partida de su error.

Desde que apareció el tubito en Cabañas, Alba comenzó a documentarse. Según su costumbre, fue a las fuentes y no tardó mucho en dar con *Los áfidos de Cuba* del doctor Jaroslav Holman, un distinguido afidólogo checoslovaco que emprendiera, a mediados de la década del 60, un excelente trabajo sistemático con la fauna cubana. Clasificó ochenta y tres especies de áfidos y detalló las seiscientos ochenta y nueve especies de plantas hospederas, víctimas de sus ataques.

En la vorágine de los primeros días, Alba había leído el libro con cierta ligereza (vaya, con grandísima ligereza, a decir verdad) y cometió lo que él consideraba, luego, un error garrafal.

En su introducción, el autor expone en términos generales las características morfológicas del género, su biología, su importancia económica, los daños que provoca en los cultivos; pero Alba se interesó, sobre todo, por conocer el ciclo de las generaciones. En la página 15 leyó lo siguiente: «La mayoría de las especies de áfidos que habitan en la zona templada es holocíclica. Esto significa que durante una temporada (estación) vegetativa (rara vez dos temporadas) pasan a través de un ciclo de generaciones que comprende por lo común, cinco formas principales: fundadoras,

vírgenes aladas, vírgenes ápteras, sexuales (hembras normales) y machos...».

Aquello fue suficiente para Alba: la presencia de hembras normales y machos, le sugirió de inmediato la idea de la aplicación de las feromonas.

Por cierto, Alba llevaba más de un año leyendo sobre feromonas y estaba maravillado con los recientes trabajos realizados por el profesor Mussorski y su grupo. Mediante la aplicación de feromonas, los científicos soviéticos consiguieron eliminar, de manera fulminante, algunas plagas de áfidos que atacan a los cereales en la Unión Soviética.

La feromona es un producto elaborado a partir de los órganos sexuales de una especie dada para provocar la atracción masiva del sexo opuesto de la misma especie. Se preparan por ejemplo feromonas de machos, que ejercen un efecto «atractante» sobre las hembras y viceversa. Mussorski había logrado con algunas especies de áfidos, un efecto de atracción masiva a grandes distancias, provocando una concentración de áfidos en un mismo punto, que permitía eliminar en pocos días millones de individuos de uno de los sexos. Al desaparecer así las hembras, por ejemplo, los machos no podían reproducirse y al cabo de un tiempo se conseguía la extinción total de la especie.

En el caso del pulgón del melocotón (*Myzus persicae*), que era lo que en aquel momento preocupaba al mayor Alba, quizá se pudiera lograr una feromona eficiente, cuando los pulgones tuvieran ya desarrollados sus órganos sexuales, a partir de la cuarta fase de su evolución. Pero lo más importante era que en la Unión Soviética. Mussorski y su grupo lograron la síntesis de algunas feromonas por procedimientos químicos, con fabulosos resultados para el control biológico de las áreas cerealeras. ¿Por qué no intentar lo mismo en Cuba con el *Myzus persicae*?

Si se lograba una cosa así, quizá se evitara tener que desmontar plantaciones, deflorar árboles, aplicar concentraciones de insecticidas que resultarían tóxicas, cosa que, por otra parte, tampoco garantizaba al ciento por ciento la eliminación total del mal.

A Alba siempre le gustaron los trabajos limpios y por eso se embulló con la feromona. Luego tuvo sus dudas y llegó a pensar que aquello quizá fuera demasiado fantástico, pero como no hay peor gestión que la que no se hace, decidió el viaje a Leningrado que culminó en Vladivostok.

Como las muestras que Alba llevara eran vírgenes ápteras, Mussorski le preguntó si estaba seguro de que en Cuba los áfidos desarrollaban formas sexuadas. Alba recordó lo leído en el libro de Holman y le dijo que sí. ¡Qué disparate! Si hubiera seguido leyendo con atención a la vuelta de aquella misma hoja, en la página 16, habría encontrado lo siguiente: «Casi todos los áfidos de las regiones tropicales y subtropicales... son anholocíclicos. A través del año, solo se desarrollan numerosas generaciones de hembras partenogenéticas (vírgenes) aladas y ápteras. No se efectúa reproducción sexual. En las regiones cálidas, esto es motivado por la temperatura relativamente alta predominante y que impide el desarrollo de hembras normales y de

machos. Además, en los trópicos, algunos áfidos, después de muchas generaciones partenogenéticas, pierden su capacidad de engendrar formas sexuales, aun cuando sean mantenidas a temperaturas bajas».

Sí, comandante, había hecho venir, por pura negligencia, a dos científicos desde la Unión Soviética, para nada. Alba reconocía haber incurrido en un papelazo por su precipitación. De hecho, comandante, pasó totalmente por alto que la referencia al carácter holocíclico se refería a la zona templada. Y lo que más lo mortificaba era aquella sonrisa indulgente del comandante, que no obstante parecía decirle: «Metiste las patas hasta la cadera, viejo».

Bueno, ¿y qué se hicieron los científicos soviéticos, mayor?

Reaccionaron con gran ecuanimidad, comandante; y hasta se ofrecieron para colaborar mientras tanto en la elaboración de alguna otra forma de control biológico. De momento, trabajaban en Sanidad Vegetal, y como uno de ellos, el doctor Mironov, tenía gran experiencia en estadigrafía poblacional, estaba dirigiendo el procesamiento de los datos obtenidos por las brigadas de conteo.

Al timón del Volga, Alba seguía viendo todavía la serena gravedad del rostro del comandante López. Quizá se hubiese indignado por su negligencia, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No era un momento para regaños.

De todas maneras, aquello era insignificante en relación con el error cometido, hacía media hora, con Alejandro y Bernardo. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta antes? ¡Con la experiencia que él tenía!... ¿Cómo era posible? Debió haberlo detectado desde un primer momento.

«A llorar detrás del biombo», se dijo.

Ahora, lo importante era ver cómo salir del lío. Por lo pronto debía eliminar a Alejandro y Bernardo de la reunión prevista para el día siguiente a las diez de la noche. Ojalá Carlos todavía no los hubiera localizado. Media hora antes, Alba les propuso encontrarse el lunes por la noche; y ahora, para no verlos, inventaría cualquier pretexto. Lo importante era arreglar aquella metida de pata. Quién se habría imaginado que a Bernardo y... No, no, no, Alba debía, tenía, estaba obligado a arreglar su burrada. Y en verdad, quizá... Sí, sí: quizá tuviera arreglo todavía.

## Julio 6, domingo

Lo primero que hizo Alba el sábado por la tarde, fue enviar un mensaje urgente a Denis, para que Eddy M. se retirara cuanto antes de la circulación, e incluso de la Florida.

Desde luego, Alba ignoraba que Sylvia Purcell ya había tomado esa medida, tras comprobar, desde su atalaya del Imperial Hotel, la presencia de intrusos en la habitación de Jack Murphy.

Sylvia no vio mucho; pero alguien, que no era Eddy M., cerró con cuidado las ventanas y corrió las cortinas del cuarto. Era un hombre y no vestía como el personal del hotel. Sylvia volvió a verlo cuando salía, poco después, por la puerta principal. En la habitación cerrada habría estado unos diez minutos; y luego descorrió las cortinas y abrió las ventanas para dejarlo todo como dispusiera Eddy.

Era evidente que le inspeccionaron la habitación. Eso ocurrió el mismo domingo en que Eddy viajara a Nueva York para atender los asuntos de su compañía.

Al regresar el lunes por la noche, se dirigió al hotel Victory y nunca más apareció por el Atlantic.

Sylvia se imaginó que una tremenda cacería debía de estar en marcha, para dar con Jack Murphy. Denis propuso retirarlo del Atlantic y alojarlo en una casa segura que él tenía en las afueras de la ciudad. Y así se hizo, el martes por la mañana.

Eddy corrió un gran riesgo para abordar a Betty Hunt en plena calle, donde, sin duda, alguien la vigilaba. Claro que él contó con el factor sorpresa y con el apoyo de tres de los hombres de Denis, que le hicieran un *clearing* previo de la mujer para servírsela en bandeja, cuando salía de una de las tiendas de ropa de la calle 20.

Mientras tanto, Eddy aguardó en un carro de Rent-a-car, hasta asegurarse de que su compañero estaba fuera de peligro. Según pudo constatar Alba, por el relato del tucumano, el riesgo corrido fue enorme; pero valió la pena. Así culminaba su idea de utilizar las palomas como brújula y aplicar la pericia de la gente de Denis y Sylvia. Quedaría en los anales de la SCC como paradigma profesional de coordinación y sagacidad. Sin duda, Eddy M. se había consagrado, y ahora debía dársele la máxima protección. No solo a él. A todo el grupo.

Las órdenes del mayor Alba fueron muy precisas. Sylvia y Eddy M. debían abandonar de inmediato la Florida y dirigirse al lugar donde mejor justificaran su presencia en relación con sus respectivos trabajos. Sylvia debía cuidarse de borrar todo rastro de Mary Tate. Los hombres de Denis debían volver de inmediato a sus respectivas bases. Y sobre todo Denis, el viejo y querido combatiente, debía desaparecer para siempre de la Florida. La historia del tambuche de la Homestead no



tardaría en conocerse y tarde o temprano lo cogerían. John debería manifestarle que ya estaba bueno, que era una orden de Warren. Si estaba empeinado en seguir trabajando y no quería retirarse, pues que viniera a Cuba. Aquí se sabría aprovechar su larga experiencia. Debería coger de inmediato otros documentos, darle un poder a Fred Erwin o a quien él considerara idóneo para liquidar el negocio; debía retirar todo el dinero disponible en el banco y volver a La Habana cuanto antes. John, por su parte, recibiría todo el efectivo que le diera Denis para ponerlo en una cuenta a su nombre. Traspasaría su apartamento de Brooklyn quien llegara, en esos días, con la contraseña: «Milton». Por su parte, John se radicaría en Miami para hacerse cargo del aparato de Denis.

Esa tarde, el mayor y el capitán Carlos Ríos despidieron al tucumano con fraternales abrazos. Ambos recordaban su valerosa actuación en el operativo Cocodrilo. Se llamaba Marcelino Huertas. Era un genuino luchador internacionalista. Carlos Ríos, su viejo amigo, no olvidaría nunca la expresión de dolor que embargara el rostro de aquel hombre, en la noche de la Velada Solemne. Carlos dejó a un lado la habitual parquedad de los militares en servicio y le propinó uno de esos abrazos quebrantahuesos, que dicen a veces mucho más que las palabras.

El domingo por la mañana, Marcelino Huertas volaba de nuevo rumbo a las entrañas del monstruo.

**Julio 6, domingo**

Que Elpidio vaya contigo y te dé una mano. ¿Y dónde está Elpidio? Acaba de pasar hace un momento por aquí. Iba pa' la cafetería. El responsable del vivero silba durísimo. Luego se pone las manos como bocina: Dile a Elpidio que se asome. Y Elpidio queriendo desayunar pero no terminan de freír las tortillas. ¿Quién me llama? Alberto. ¿Y quién es Alberto? Ese nuevo que hay ahora en el almacén. Ah, ya sé. ¿Qué se les habrá ocurrido ahora a estos comemierdas? ¡Dale, abuela! ¿Qué hubo de mi tortilla con pan? ¡Fíjate que yo no tengo más que dos manos, y bastante hago! No vengas aquí a agitarme como siempre. ¡Vieja bolluda! Setenta años y todavía quiere ir a la escuela. Déjame hacerla rabiar un rato. ¡Oye Carmita! ¿Ya te sacaste el muchacho que te hicieron en los carnavales? Y los otros lo celebran. Vive eso, tú: Elpidio bonchando otra vez a la vieja: ¡Vete pa'l carajo, tú! Ahorita le mete un espumaderazo, ya tú verás. ¡Jua, jua, jua! ¡Dame mi pan con tortilla, mi amor! Mi amor se murió hace mucho. ¿Y entonces por qué sales preñada todos los años? ¡Y miren la vieja esta las blusitas floreadas que se pone ahora pa' trabajar! ¿Te gusta la blusita, cabrón? Óyeme: la verdá qu' está de lo más chévere. Pues mira: están vendiendo también pa' hombres. ¡Qué va, vieja! Los tipos duros no nos ponemos blusitas con flores. Y la vieja: Yo te lo decía por si querías comprarle una a tu novio, so maricón. ¡Tremendo bicho la vieja! No se deja joder. Bueno, ¿y qué relajo es este? Esto no es un cabaré, es un centro de trabajo. Tenía que venir el comemierda este a joder la pava. Y Elpidio, decidido a darle coba: oiga, jefe, no lo tome a mal. Fue una ocurrencia mía y la gente se echó a reír. El jefe tira su teque de reglamento y se marcha. Bueno, vieja, trae p'aquí el pan con moco ese, que me lo voy comiendo por el camino.

¡Y tener que irme pa'l Norte! ¡Si el bacilón está aquí, coño! A esta vieja hija 'e su madre la voy a envenenar igual que a un perro. En cuanto salga del lío de las yemas le meto mano. Esta sí que no llega a sexto grado. Dame un cigarro ahí, Barbarito. Otro gil: le pico y le pico y nunca dice que no. ¡Elpidio! Pa' este una sonrisa Kolynos. Dígame, jefe, je, je. Ve al almacén que t'está esperando Alberto, pa' que lo ayudes en el camión a traer unos materiales de Pinar del Río. ¡Coño: se me jode lo de las yemas de hoy! Bueno, da igual: mañana les meto ración doble y pa'l carajo. Está bien, jefe: voy p'allá.

Y en el camión: ¡Cómo no! Años y años trabajando en el campo. ¿Qué tú hacías antes, Elpidio? Pasar hambre, viejo: cortar caña, hacer carbón, ya tú sabes cómo era esto pa'l pobre antes de la Revolución. ¿Y tú eres de dónde? De Oriente. Pero tú hablas como la gente de La Habana. No, no: vira por allá; por aquel lado está mejor el

camino. Sí, yo vine a vivir a La Habana con catorce años y entonces se me pegó el modo de hablar, ¿me entiendes cómo es? ¿Y dónde cortabas caña en La Habana? Bueno, cuando el hambre apretaba me iba pa'l campo a buscar suerte. ¿Y nunca te casaste, Elpidio? Rejuntao estuve muchas veces, pero casao nunca. ¿Y ahora con la Revolución...? ¡Qué va! ¿Con el miedo que le tengo al tarro? Y antes de llegar a Pinar del Río un hombre hace señas desde el camino. El camión para pero Elpidio no se mueve. Hagámosle sitio al compañero, Elpidio. Suba, suba, jefe. ¡Otro comemierda de los que se joden por los demás! Este país ya no tiene arreglo. Y el tratatán del coronel, el Guillermo ese queriendo meterme el cuento de que van a botar a los comunistas de Cuba. ¡Esto está podrido ya! Y entonces, como t'iba diciendo, corté caña como loco pa'l central Toledo. En esos años había que batirse como una fiera, ¿eh, Elpidio? Sí señor, como una fiera. ¿Y al triunfo de la Revolución, Elpidio? Un patrullero se adelanta al camión. Al triunfo de la Revolución seguí en lo mismo de siempre: cortando caña... Yo sé lo que tú cortabas... ¿Cómo dice? Que sí, que te batías como una fiera, que eras una fiera... ¡No digo yo! ¡Coño, qué raro está este tipo! ¿Y esa perseguidora, por qué no se adelanta? Instintivamente lleva la mano al bolsillo de atrás, donde tiene el cuchillo de injertar, pero la detiene. No, no puede ser. Bueno, sígueme contando, Fiera. Yo me llamo Elpidio, compañero. Tú no te llamas Elpidio, tú te llamas Eladio. ¡Me cogieron, coño! ¡Contra esa rastra! Con la izquierda empuja el timón para provocar el choque y con la derecha intenta manotear el cuchillo. En vez del cuchillo se encuentra con otra mano que le dobla el brazo tras la espalda. La izquierda no consigue desviar el timón, que Paco sujeta fuertemente. Dos bocinazos. La perseguidora para. ¡Cómo recoño se habrá enterado el coronel! El traslado del prisionero se hace en forma rápida y discreta. El patrullero parte raudo hacia La Habana.

**Julio 6, domingo**

El «infanticidio» concluyó el día anterior, tal como se previera, y ahora solo quedaba darle mantenimiento; pero eso se hacía con muy poca cosa y no habría problemas; y los perros alcanzaban a cincuenta metros, aunque ya más lejos comenzaban a vacilar; y los pluviómetros de Jagüey estaban listos desde el día 4, y los de la Isla desde el día 5 por la tarde; y todo el mundo toma notas y hace preguntas; y el aparato de Moscú llegó con todos los equipos y todo funcionaba bien, sin problemas, ni de comunicaciones ni de la visibilidad desde tierra. Aquí hay mucho humo y mucho calor. Hagan el favor de prender el ventilador grande y recuerden que lo más importante es el «infanticidio».

Los jóvenes colaboraron con mucha entrega; y en Cabo Cruz todo fue muy fácil, mayor; y el viaje de Manzanillo a Jovellanos rapidísimo, en una avioneta Beechcraft; pero ya en Matanzas debemos andar con pie de plomo, porque cualquier cosa inusitada llamaría la atención y generaría comentarios de la gente. Y el mayor: en ese sentido no habrá más problemas, Paco: ya hemos conseguido una zona reservada para nosotros; coño, qué bien, formidable; para entrenar las HPF; y a propósito, ¿cuántos hombres trabajarán en las HPF? Treinta y treinta con otros tantos animales y doce vehículos; y todo el mundo anota, subraya, tacha y el mayor informa que unas horas antes han detenido a la Fiera; falta saber si el gallo ese sabe algo, pero el mayor no lo espera de un tipo al que lo dejan hacer tanto disparate; y pensándolo bien todos los hacemos; qué bruto soy; pero no hay mal que por bien no venga; porque pensando mejor las cosas, el despiste de Vladivostok ha producido los trabajos formidables de Mironov; pero con el de esta mañana sí le puse la tapa al pomo; y es evidente que el Elpidio ese ha sido un instrumento, y Paco se tendrá que hacer cargo de los interrogatorios, y bien, volviendo al tema de los preparativos, déjame hablar, espera, volviendo al tema de los preparativos, esta misma noche voy a informar a la Superioridad de la marcha del trabajo con las brigadas HPF, pues hoy mismo debe darse la aprobación final después de conocidos los resultados iniciales, y en realidad las primeras pruebas resultaron satisfactorias, con cincuenta metros se puede tener un buen margen de seguridad, y en cuanto a la coordinación de los grupos en dos días más de práctica, no habrá problema, lo único que falta ahora es acelerar la terminación de los cañones y la gente de Suelos y Fertilizantes nos va a dar la cobertura, según dice Cristóbal, y el mayor, bien, ahora quiero pasar a otra cosa, relacionada con los trabajos de estadigrafía poblacional, y todos extrañados de que a la reunión no hubieran asistido ni Alejandro ni Bernardo, ni nadie del INRA, y el mayor explicó la decisión de destinarlos solo a vigilancia en microscopía electrónica,

pero él se reuniría con ellos periódicamente, y que le hicieran el favor de apagar las luces para pasar unas diapositivas.

Antes, algunos se sirvieron café y encendieron cigarrillos. Méndez conectó el proyector y desplegó la pequeña pantalla. Manolo Argüelles apagó la luz y por un momento solo se oyó el zumbido del proyector, mientras un humo polícromo y sinuoso atravesaba el haz lumínico de la proyección en colores.

—Eso que ven ahí es el plano de Jagüey Grande, con sus treinta y seis secundarias básicas —explicó la voz del mayor—. Los números grandes 1, 2, 3, etc., corresponden al presunto orden de aparición de la *Toxoptera aurantii* en Jagüey.

—¿Cómo es eso, mayor? —preguntó intrigado Paco.

—En un centro de cálculo —comenzó a explicar el mayor en un tono involuntariamente didáctico— se procesaron los datos aportados por las siete brigadas de conteo que operaron en Jagüey. Las determinaciones se han hecho con la máxima aproximación, gracias a la ayuda de un experto en estadigrafía poblacional, quien se encuentra trabajando en Sanidad Vegetal...

«Mentira piadosa, para preservar la disciplina...».

—... y entonces, el doctor Mironov ha sugerido que lo más lógico es que los lugares donde se encuentra la mayor densidad de áfidos, deben ser necesariamente donde primero comenzaron los lanzamientos.

—¿Eso quiere decir que comenzaron por aquí? —preguntó Paco y señaló con un puntero las zonas marcadas con los números 1, 2 y 3.

—¿Y cuál es la diferencia de densidades entre dos números sucesivos? —preguntó Méndez intrigado.

—Entre el 1 y el 2, o entre el 3 y el 4, por ejemplo, la diferencia es casi insignificante, pero se ha podido detectar alguna, y se ha conseguido, gracias al doctor Mironov, elaborar un espectro bastante exacto, donde la población disminuye con cierta regularidad desde el 1 al 17. Y entre los extremos, la diferencia de densidades es enorme, y yo estoy de acuerdo con las conclusiones del doctor Mironov, que parecen muy lógicas.

Todos los miembros de Seguridad presentes, excepto Paco y Orlando, tenían buena formación científica y vieron con claridad el fenómeno. Paco y Orlando también comprendieron, en cuanto se les expuso las bases de aquel razonamiento. Hubo murmullos de aprobación ante la sutileza del trabajo. ¡Un filtro, el tipo! ¡Qué bárbaro!

—Otra cosa que debe señalarse —prosiguió Alba, tras interrumpir la catarata de elogios— es que en todos los casos, los vehículos han transitado por las carreteras de acceso a las secundarias. En carreteras como estas que están aquí, pintadas con un rojo más tenue, no se detectó ningún foco infeccioso. ¿Qué quiere decir eso?

—Que los saboteadores han estado justificando su presencia en la zona como supuestos familiares de estudiantes, que con algún pretexto iban a visitarlos.

—Eso se cae de la mata, ¿verdad? —confirmó Alba.

Quitó enseguida la diapositiva del plano de Jagüey y puso otro plano del mismo tipo, con otro diseño.

—Esta es ahora la situación en Isla de Pinos. Con los datos que nos han suministrado hasta hace tres días Sanidad Vegetal y las brigadas del MININT, se ha confeccionado este cuadro.

Igual que en el otro plano, había unos números negros grandes del 1 al 8, y luego unos índices estadísticos de población de áfidos, con caracteres azules, más pequeños. Las carreteras recorridas por los saboteadores estaban coloreadas de rojo y las no utilizadas en verde. Ya habían transitado por más de la mitad del territorio citrícola de la Isla.

—Como ustedes pueden ver —dijo el mayor, mientras desplazaba la punta del bolígrafo sobre una zona del mapa—, aquí también se ha hecho un trabajo en una sola dirección, de norte a sur, a partir de Gerona. Hasta el jueves de esta semana, andaban operando por aquí —y señaló la carretera marcada con el número 8—; y es probable que para esta fecha ya estén por aquí —y volvió a deslizar el bolígrafo sobre la pantalla, dentro de una pequeña zona.

Cuando se encendieron las luces, todos entrecerraron un poco los ojos.

—Creo que esto habla por sí solo —añadió el mayor y encendió un tabaco—. Si vigilamos en directo esa zona que acabo de señalar, me atrevería a predecir que en un par de días los cogeremos.

Alba notó en el rostro de Carlos una gran preocupación. Se mordía las uñas y miraba como distraído a lo lejos. Alba lo conocía y pensó que tardaba en hacer una pregunta que él se sospechaba. Sería la misma que le había formulado Alejandro un día antes. No había terminado de pensarlo cuando Carlos indagó:

—Si el virus del YTD no es visible para nosotros, ¿qué garantías tenemos de que todos esos pulgones no estén ya contaminados desde un principio?

—Ninguna garantía, Carlos —repuso el mayor, con su voz más ronca que nunca. Cabezas gachas, miradas esquivas, manos retorcidas: desánimo en el ambiente.

—No obstante —añadió el mayor, con un pedido de atención en el gesto—, existe un razonamiento bastante lógico que puede resultar alentador.

Todas las miradas convergieron ansiosas sobre el rostro del mayor.

—Se trata del cultivo de ocuje tierno en el invernadero de Homestead...

—¿Y cómo se sabe que es ocuje tierno, mayor? —preguntó Carlos intrigado.

—Son conjeturas mías —se disculpó el mayor— pues las muestras de las hojas que nos trajo el tucumano no permiten dictaminar si proceden de árboles jóvenes o de retoños de árboles adultos; pero en todo caso, el ocuje es un árbol de grandes proporciones y no tendría mucho sentido cultivarlo en un invernadero inferior a los cuatro metros de altura, máxime cuando se da con facilidad en los Everglades de la Florida.

El mayor volvió a adoptar su tono profesoral.

—No sería posible criarlo en un invernadero; y si botan hojas a la basura y las

dejan salir es porque no están infectadas, ¿verdad?

Todos comprendieron que sería absurdo dejar circular hojas contaminadas de una peligrosa enfermedad, por un área citrícola como la de la Homestead.

—¿Y para qué lo crían bajo encierro si se dan en estado natural? —quiso saber Paco.

—Eso mismo me he preguntado yo —dijo el mayor—; y lo único lógico sería que pretendiesen, mediante un control de la insolación y de la temperatura, lograr un tipo de savia muy atractiva para las *Toxopterae* criadas en ese medio...

—Y luego utilizar esa savia, como cebo, en Cuba —se apresuró a decir Carlos, que ahora parecía haber comprendido.

Paco y Orlando se miraron como diciendo: «Esto está del cará: no hay quien lo entienda».

—Claro, muchacho —dijo Méndez, y cogió a Orlando por una rodilla—. Si a ti te han criado comiendo carne de puerco y arroz congrí y de pronto te tienen un año sin dártelo a probar, ¿qué haces el día que te lo vuelvan a poner por delante?

—Le caigo encima, claro.

—Eso es tal vez lo que pretenden —prosiguió el mayor—: lanzar sobre nuestros cítricos la savia de esos ocujes, alimento ancestral de las *Toxopterae*. Y es lógico que los insectos prefieran nutrirse de la superficie de los árboles y no succionar, con gran trabajo, savia de cítricos.

Carlos parecía ahora más animado, después de haber sacado, él mismo, sus propias conclusiones.

—Creemos, además, que la CIA —continuó el mayor—, segura de que nosotros ni siquiera imaginamos cuáles son sus verdaderos planes, ha preferido asegurarse primero una gran propagación del vector, en buenas condiciones de salud, para luego introducir el virus en la savia del ocuje de Homestead, y producir así una infección masiva, una verdadera *Blitzkrieg*.

—Una guerra relámpago —tradujo Méndez.

—Y a fin de cuentas —concluyó el mayor—, estamos obligados a ser optimistas y jugárnosla; porque si ya nos han colado el virus, nada se perderá por lo que nosotros hagamos; pero si no lo han introducido todavía, estamos a tiempo de evitar una catástrofe.

La reunión culminó a las once y treinta de la noche. A la una y diez de la madrugada, Alba terminaba de redactar el informe para el comandante López, y de acuerdo con lo convenido, cuando lo pasó en limpio, llamó por teléfono a su despacho, y a la una y cincuenta y cinco de la mañana del lunes, el secretario del comandante López recogía el informe en la oficina de Alba.

**Julio 8, martes**

«Mi madre era una puta de Guantánamo, pero esa no fue la que me crio. A mí me crio María de la Caridad, que era puta en El Cobre. Ahí estuve hasta los siete años. Después, mi madre me llevó con ella a Guantánamo. Me mandaba a la calle a buscarle marineros y yo se los llevaba pa'l cuarto que ella tenía en el bayú. Por cada uno que le llevaba me daba una peseta y con eso yo tenía que resolver mi comida, y si no conseguía marineros, no había comida. Tuve que aprender a robar y a batirme en lo duro. Después, vino el Chino a vivir con mi madre. El Chino decía que me había cogido cariño. Eso decía. Y me dijo que iba a ser mi padre, y que yo tenía que ser un tipo duro, como él. Una vez, me hizo subir a un escaparate alto que había en el cuarto del bayú. Yo tendría unos nueve años. Abrió los brazos y me dijo: “¡Tírate que aquí está tu padre, pa cogerte!”. Cuando yo me tiré él quitó los brazos y yo caí desparramado sobre el piso de baldosas. “¡Eso es pa' que aprendas a no creer ni en tu propio padre!”, me dijo.

»Anduve como un mes todo descojonao. Desde entonces, no creí en nadie y me hice enemigo de todo el mundo. Eso es lo que yo soy. Al hijoeputa del Chino me lo llevé de un machetazo como a los dos años. Lo cogí durmiendo. Quedó que parecía que estaba mordiendo el machete, como los piratas, pero por la nariz. Como yo ya sabía lo de las huellas por las películas que veía, las borré del machete con un trapo. Le echaron la culpa a Polito el Rubio que había querido matarlo en una bronca del puerto, porque el Chino le había levantado unas pupilas. El pobre Polito murió en la cárcel».

El mayor apagó la grabadora. No resistía aquello.

—Lo único que él sabe —explicó Paco— es que un día llegó a Guantánamo un tal Guillermo, que venía de Miami, de parte del coronel Paredes, y lo presionó para que colaborara con ellos, bajo amenaza de denunciarlo como torturador y alzado del Escambray. Después, dice que le dieron cinco mil pesos por tirar unos cien pomos de «piojos», como les llama él a los pulgones, y por dar las señas de un socio que hiciera el mismo trabajo en el vivero de Camagüey. Al tipo lo cogimos ayer, y sabe menos que Elpidio.

—Me lo imaginaba —comentó el mayor.

—Al tal Guillermo, dice haberlo visto por última vez hace unos quince días, cuando le hizo entrega de las yemas infectadas...

—Oigamos esa parte —propuso el mayor.

Paco volvió a encender la grabadora.

«Sí, como quince días. Me dijo que las guardara en el frío y que aquel sería mi



último trabajo; y que cuando terminara me preparara para salir del país. Yo debía estar el 20 de julio a las diez de la noche en Malecón y Galiano. Allí me iban a dar los dólares y a llevarme al lugar de donde íbamos a salir. Yo pensé que lo que me iban a dar era guiso. ¿Por qué no me citaban en el Capitolio a las diez de la mañana? Aquello no me gustó, pero le dije que sí. No iba a ir nada. Pensaba coger vacaciones en agosto y con un mes de tiempo me iba a echar a cualquier tipo que no tuviera familia, como hice con Elpidio. Lo iba a enterrar bien para que no lo encontraran. Entonces, con los documentos del tipo, iba a ver si conseguía trabajo en algún lugar de la costa, donde hubiera embarcaciones, y con la plata en mano y una pistola... ¡No digo yo si me les pierdo!».

Paco volvió a parar la grabadora.

—De lo que sigue, lo único que interesa es el final, mayor.

«¡Coño! ¿Ustedes se creen que yo me voy a aguantar ahora a que me disparen dos mil narices y cinco mil orejas? ¡No, hombre, no! Ya mismo les estoy diciendo cómo es el tal Guillermo. Coger a ese tipo es lo más fácil del mundo. Búsquense un retrato del flaco ese que es comentarista de pelota. ¿Cuál de ellos? ¡Coño, ese que tiene la cara pa' dentro, como una cuchara! ¿Tony Marcial? No, no: ese es el grandote de las orejas. Yo digo el flaco, ¿cómo se llama ese hombre? ¿Freddy Sorbona? ¡Ese mismo es! Sí señor: Freddy Sorbona. Consíganse un retrato del tipo, que el Guillermo ese es cagao a él. Un poco más gordo y algo bembón pero tiene la misma cara de cuchara que Freddy Sorbona».

**Julio 8, martes**

—¡Estupendo, mayor, estupendo! En verdad que es más de lo que podía esperarse.

El comandante López estaba muy excitado con la noticia. Comenzó a pasearse por el despacho, a rascarse la nuca con movimientos nerviosos y a veces parecía no tomar en cuenta la presencia de Alba. Hablaba sin tregua, y más bien daba la impresión de monologar en voz alta.

—Lo que debe hacerse, mayor, es llamar enseguida a esa gente; porque sin alterar el plan original, se podría intentar algo de mucho más alcance, para trascender el propósito meramente demostrativo, didáctico. Con estos elementos que surgen ahora, se debe aspirar a hacer un trabajo... ¿cómo le diría? Algo... enorme, épico, sí, esa es la palabra: épico; algo que aparte de incontrovertible desde el punto de vista demostrativo, esté lleno de contenido ideológico, como un alegato histórico.

Alba hubiera querido decir algo pero se sentía impotente ante aquella cascada de ideas que generaba el ánimo eufórico del comandante.

—... y hay que tratar de hacer la cosa con el máximo sentido del humor; y con amenidad siempre que se pueda. Así duplicaremos su eficacia, ¿me comprende? Esta es una oportunidad única y debemos sacarle el máximo partido. Tiene que ser un palo internacional. Hay que ponerse a trabajar en eso de inmediato. Lo primero sería documentar toda la primera parte; y no importa presentarla *a posteriori*.

En un momento en que López se calló para encender un cigarro, Alba sugirió una par de ideas. El comandante siguió entusiasmado, y comenzaron a proyectar el trabajo. Él se encargaría de coordinar lo que fuera necesario con la gente del ICAIC; pero se les debía presentar una propuesta estructurada.

—Con estos elementos ya se puede tener confianza en el éxito del plan. Además —añadió el comandante—, el operativo delo por aprobado ya. Tiene carta blanca. Usted siga en lo suyo, que del resto me ocuparé yo; y cuando se vaya a discutir el asunto, lo mandaré a llamar para que aporte sus ideas. Sin desatender su trabajo, vaya pensando algo. Quizá mañana mismo nos podamos reunir con alguien del ICAIC. Gracias.

Alba vuelve a cuadrarse, recibe el saludo del comandante y se dispone a salir. Ya de espaldas, oye otra vez su voz:

—¡Felicitaciones, mayor!

¡Cosa insólita! Era toda una hazaña, obtener un cumplido del comandante López.

Ante la euforia de su superior por la nueva situación, Alba ya se daba por más que felicitado; pero así, verbalmente, en forma expresa, jamás supuso recibir un elogio de aquel hombre. Sin embargo, no ignoraba que tan inesperada benevolencia sería un

nuevo fardo sobre sus hombros y duplicaba su responsabilidad.

**Julio 8, martes**

¡Sí, general! Por recomendación del propio doctor Vermeer se lanzó el vector no virulento. Que Murdock lo disculpara, pero el general Gregg no terminaba de entender aquello. Era un problema técnico, *sir*. ¿El general quería conocer los detalles científicos? Sí, quería. Pues bien: la ciencia no conocía un vector natural del YTD, aun cuando existían muchos eventuales. Que Murdock explicara la diferencia entre vectores naturales y eventuales. El vector natural era el que podía transportar indefinidamente el virus, sin verse afectado por él en su vida, ni en sus capacidades reproductoras. *D’you understand, general?* Vector eventual era, en este caso, cualquier áfido que, como se sabe, puede ser portador de virus, aunque se enferme y muera al poco tiempo como consecuencia de ello. *Right?* Correcto: El general había entendido. Pues bien, los trabajos de Van Vermeer y Hunt, demostraron que de los ochenta y tres áfidos presentes en la fauna cubana, la *Toxoptera aurantii* era el más resistente, el mejor vector del *Young Tree Decline*. Vermeer logró, en algunos casos, la reproducción de áfidos virulentos; aunque en su mayoría, los individuos morían sin reproducirse, víctimas del virus que portaban en su aparato bucal. Entonces, general, para el plan Joy se aspiraba a lograr una reproducción masiva de la *Toxoptera aurantii*, y para ello lo mejor era cultivar una raza vigorosa, sana, bajo condiciones lumínicas que estimularan el desarrollo de formas sexuadas y aseguraran las mejores condiciones de reproducción. ¡Claro, claro! Ahora sí, el general Gregg comprendía: se trataba de asegurar primero la propagación del vector y luego hacerlo virulífero. *That’s it, sir! That was the point, general!* ¿Y en cuánto tiempo calculaba Murdock que se podría asegurar la contaminación total de la Isla? Bueno, general, un solo día de lanzamientos de savia de ocuje contaminada haría estragos enormes. Si se lograba trabajar sin tropiezos durante ocho días, la zona de Jagüey Grande quedaría condenada a perecer un par de años después; y en Isla de Pinos, bastaría con tres o cuatro días para lograr el mismo resultado. Los cálculos realizados por Van Vermeer establecían que un mes después de aquellos lanzamientos de savia contaminada, los virus estarían ya alojados en un veinte por ciento de las plantaciones cubanas y para fines del 76 se podría asegurar la contaminación total... Un momento, Murdock, un momento. ¿No acababa de explicarle que la *Toxoptera aurantii* moría generalmente sin reproducirse una vez contaminada? ¿Quién iba a asegurar, entonces, la propagación del virus? ¡Las otras ochenta y dos especies de áfidos, general! Las mismas *Toxopterae aurantii* que llegaran de otras zonas ayudadas por los vientos y por la propia Agencia, general. ¡Todo el mundo, general! Los estudiantes de las secundarias, los trabajadores de los viveros, las aves. ¡Toda la naturaleza sería aliada

gratuita del plan Joy, general! *Wonderful, Murdock!* ¿Y quién concibió aquel plan, Murdock? Pues... ejem... modestamente general, Murdock lo concibió tras conocer unas informaciones obtenidas por Jerry White, general. ¿Y quién era Jerry? Era uno de sus colaboradores, encargado de la superintendencia del área. Pero lo cierto, general Gregg, era que si los dos hombres destinados para el trabajo de lanzar la savia del *Colophylum antillarum*, conseguían realizarlo sin ser capturados en los primeros ocho días, ya en el 80 Cuba no podría exportar más cítricos a ninguna parte. ¿Y los síntomas de la enfermedad? Los síntomas, general, no se notarían antes del 77. ¿Tan tarde? Sí, general; para el plan Joy se utilizó una línea de virus poco activa, pero persistente. Además, eso daría tiempo para propagar la enfermedad a otras áreas, como Argelia, Panamá, quizá México... ¿Y Siria? No, general; Siria no, por la vecindad con Israel. Lo importante era lograr que la operación no apareciera como un sabotaje exclusivo contra Cuba, con los consiguientes dolores de cabeza para Washington. *Okey? Yes.* Además, general, no había dudas de que la sanidad cubana era muy persistente en su control biológico, y por eso la maniobra de las palomas; para tenerlos intrigados con el pulgón del melocotón y la Tristeza. Aquello les restaría disposición y sobre todo gente para combatir el aumento de la *Toxoptera aurantii* desde un principio, puesto que ya estaban familiarizados con ella y no temerían de su parte ciertos daños mecánicos, insignificantes. Sí, sí: muy bien Murdock, muy bien. Ahora sí, el general comprendía... En realidad, Murdock, el accidente del doctor Clark determinó que el general debiera ocuparse de todos sus asuntos, de un día para otro, y entre ellos, los sistemáticos del Caribe. Y en su momento, Gregg había leído las minutas del plan Joy, pero como no participara de sus inicios, necesitaba documentos sobre sus aspectos oscuros. Pero ahora sí lo comprendía en su esencia y lo consideraba muy bien encaminado. De todas maneras, él necesitaba que Murdock le detallara la situación de Mauricio y su grupo, la situación física del operativo, y sobre todo, el plan de evacuación. Bien, general, en cuanto a eso... No, no; que Murdock le hiciese un reporte por escrito, con la clave N-7, de la situación de Cuba, hasta ese mismo día; y *please*, que no se marchara de Langley hasta terminarlo. ¿Entendido? Entendido, general: esa misma tarde se lo entregaría en su despacho; pero Murdock necesitaba, además, conforme a lo convenido en las bases del programa realizado con el extinto doctor Clark, que se le diera el visto bueno para iniciar de inmediato el lanzamiento del virus. ¿Esa autorización la tenía que dar Langley? *Exactly, general!* La Agencia había dado luz verde para toda la primera etapa de la fase B, pero se hizo hincapié en que el virus no se lanzaría sin la autorización de los *headquarters* de Virginia. *All right, Murdock: Go ahead.* El general Gregg consultaría de inmediato el asunto, y esa misma tarde, cuando Murdock le llevara el informe, tal vez pudiera decidir algo al respecto.

**Julio 8, martes**

Manuel apretó el gatillo, lanzó otra cápsula y enseguida vio encenderse dos veces la luz roja. Guardó la pistola, corrió la tapita del hueco por donde disparaba, y se sentó a esperar. Un momento después, la camioneta detenía su marcha. Víctor preguntaría: «¿Esta es la Secundaria A, verdad?». Y alguien le contestaría: «No, compañero; se equivocó de camino: esta es la Secundaria B». Víctor se lamentaría de su error y de la pérdida de tiempo, y regresaría a la camioneta. Cinco minutos después, volvería a encenderse la luz verde en la cabina; Manuel destaparía el hueco, y recomenzaría el tiroteo sobre el otro lado del camino. Al llegar a una Secundaria trabajaban un borde del camino, y al regresar, trabajaban al otro borde. Cuando llegaran a la Secundaria B, Víctor preguntaría: «¿Esta es la Secundaria C?». Y alguien le contestaría: «No, compañero: esta es la Secundaria B». Y le indicaría el camino para la Secundaria C, por lo cual Víctor se mostraría muy agradecido y se retiraría pidiendo mil disculpas. Así habían hecho en las treinta y seis secundarias de Jagüey, durante los meses de mayo y junio. Trabajaban los domingos, que era cuando podían pasar más inadvertidos, so pretexto de ser familiares de los alumnos, de visita en la zona.

Poco antes de reventar la brotación de julio, iniciaron el trabajo en Isla de Pinos. Como se trataba de aprovechar la abundancia de retoños, Mauricio les ordenó trabajar toda la semana, a razón de tres secundarias por día, y tratar de liquidar el trabajo en doce.

En nueve días completaron el setenta por ciento del trabajo.

Manuel estaba harto de aquel encierro. Al regresar a Nueva Gerona, debía enclaustrarse en el hotel a leer novelitas de las que hiciera buen acopio. Las órdenes de Mauricio eran estrictas: del trabajo al hotel y del hotel al trabajo. Por las noches podían ir al cine, pero a ningún otro lado; y sobre todo no debían beber un solo trago. Víctor y Manuel preferían encerrarse a leer o dormir antes que entrar en un cine de esos, donde no pasaban más que películas comunistas.

Se les prometió el regreso a los Estados Unidos para alrededor del día 22 y aún faltaban dos semanas.

En la tarde del 8 de julio, regresaron al hotel como a las siete, y ya en la habitación, practicaron sus chequeos de rigor. Ese día le tocaba a Víctor.

Entró sin encender la luz y corrió las cortinas del cuarto mientras Manuel cerraba la puerta. En medio de la oscuridad total, Víctor cogió el pequeño portalámparas de la mesa de noche y se introdujo con él en el baño. Allí encendió la luz, recorrió las

cortinas, se quitó la camisa y regresó al cuarto. Se sentó en el borde de la cama, comenzó a desabrocharse los zapatos, e incorporado sobre el piso, se puso a hojear el ejemplar de *Granma*, introducido por debajo de la puerta. Aquella rutina se observaba a diario y con gran rigor.

Víctor y Manuel eran gente escogida con cuidado. Tras pasar ambos rigurosos cursos de entrenamiento en la CIA, estaban bien preparados para cualquier contingencia. Dentro de la habitación hablaban muy poco: conversaciones preestablecidas y rigurosamente ensayadas, con el vocabulario de los trabajadores cubanos. En caso de ser captados por escuchas, no estimularían sospechas sobre su verdadero trabajo.

De costumbre, uno se ponía a leer y el otro dormía o simulaba hacerlo. La camioneta los aguardaba en un parqueo, con buena seguridad. Poseía inviolables mecanismos de cierre; y antes de abandonarla, retiraban siempre una pieza del motor, sin la cual era imposible echarla a andar. Mena realizó el trabajo con los cierres de seguridad y la pieza del motor. Era el tercer operativo en que participaban juntos. El primero fue en Chile en el 73, y luego en el 74 actuaron en Venezuela. Se entendían bien, y en sus trabajos anteriores lograron resultados satisfactorios. Eran hombres de una discreción comprobada, de un elevado coeficiente intelectual según todos los *tests*, y poseían excelentes reflejos. Ambos habían obtenido los más altos puntajes en las llamadas «pruebas de nervios». Durante la primera misión trucada a que lo sometieron, Manuel ni siquiera parpadeó cuando le hicieron el disparo por sorpresa con balas de fogeo. Víctor, convencido de haber caído prisionero en Cuba, cuando en realidad se hallaba en una base de la CIA, resistió sin chistar y sin confesar nada, todos los interrogatorios fraguados.

Ambos pertenecían a los llamados hombres *Premium* de la CIA y figuraban entre los agentes más capaces del área latinoamericana. Por su origen eran también inobjetables: hijos de burgueses acomodados, el uno de Las Villas y el otro de La Habana, ambos odiaban por igual el comunismo. Eran, además, hombres sin vicios y sabían lo que querían en la vida.

Jerry White, pese al desprecio *a priori* que sentía por todos los latinos, hizo comentarios elogiosos sobre Víctor Ribadeneira y Manuel de la Hoz. Según él, actuaban como si por sus venas corriese sangre de raza nórdica.

Aquella tarde, en Gerona, Manuel se enfrascó en la lectura de un artículo sobre el problema del petróleo en los países capitalistas, cuando oyó a Víctor salir del baño, silbando la *Guantanamera*. ¿La *Guantanamera*? Sí, sí: no había duda. Lo que Víctor silbaba era la *Guantanamera*. Manuel siguió simulando leer, pero se sintió anonadado. ¡Aquella era una ominosa contraseña! ¡Los habían descubierto! De seguro les habían colado escuchas en la habitación y hasta quizá una microfilmadora.

Manuel levantó los ojos del periódico con un gesto indiferente, mientras Víctor, con una toalla por los hombros, se peinaba y seguía silbando la *Guantanamera*.

—¿Terminaste en el baño?

—Sí, ya terminé —contestó Víctor.

Manuel dejó de rascarse los hombros con su calma habitual, se calzó las chancletas y con el torso desnudo se dirigió al baño. Al entrar, vio que Víctor le había dejado el proyector de bolsillo sobre el lavabo. Apagó la luz y se puso a ver una película. En primer lugar, una escena que no duraba más de cinco minutos, donde la mucama les cambiaba la ropa de cama y barría el piso. A continuación, pero en realidad tres horas después, como podía verse en el despertador que Víctor colocara ante la cámara oculta en la lámpara portátil, penetraban tres hombres acompañados por el administrador del hotel. Ya solos, los tres hombres efectuaron una requisita profesional y por fortuna no repararon en la portátil. Uno de ellos tomaba fotos. No encontraron nada, sencillamente, porque allí no había nada. El instrumental del sabotaje y los insectos permanecían dentro de la camioneta. Por ese lado podían estar tranquilos, pues nadie penetraría en la camioneta sin romper los cierres, y eso no lo harían. Manuel pensó de inmediato en la posibilidad de huir por el callejón de 22, que les enseñara Mauricio.

Terminada la requisita, instalaron un sistema de escuchas en la lámpara del techo.

«¡Víctor tenía razón, coño!». Si Manuel hubiera instalado la microfilmadora en esa lámpara, como él quería, los de Seguridad la habrían descubierto al colocar allí sus aparatos. De todas maneras, Manuel sintió un cierto alivio al ver que los hombres colocaban escuchas. Aquello quería decir dos cosas: En primer lugar, que no los detendrían inmediatamente, y que la cabeza del grupo, el que debía asegurarles la salida del país, no había sido detectado. ¡Menos mal! Sin duda, no los detenían para tratar de coger a toda la red. Y si la cosa era así, había esperanzas. Quizá pudieran escabullirse.

Si la cosa estaba a nivel de escuchas en el hotel, seguro que los seguirían por todas partes, y quizá los estuviesen espiando por la ventana abierta. ¡Mala suerte! ¡Justo cuando estaban por terminar!

Ahora debían concentrar toda la energía y habilidad de ambos, en burlar el seguimiento y llegar a La Habana, para hacer contacto con Mauricio y esperar el día de la evacuación.

En ese momento, Víctor le pasó por debajo de la puerta un papelito: «Simulemos que nos ha mandado llamar el jefe y debemos estar mañana en La Habana, para una entrevista en su casa. Tal vez de esa forma Seguridad trate de valerse de nosotros para descubrir a Mauricio. Eso nos daría chance de escaparnos por la variante 22».

Sí, eso era lo que debían hacer. Víctor coincidió complacido.



**Julio 9, miércoles**

—... pero si sus cálculos fallan, las consecuencias pueden ser terribles —objetó Alejandro, con una expresión de intensa alarma.

—Y si hacemos lo que usted propone —replicó Alba y blandió un índice conminatorio—, el enemigo sabrá *ipso facto* que estamos sobre aviso. Eso téngalo por seguro, Alejandro. ¿Usted no comprende que debemos valernos de esta coyuntura para coger a todo el grupo? Si ahora, cuando conocemos el plan, dejamos que se replieguen, ¿quién podría prever sus movidas siguientes?

—Pero entonces, Renato —terció Bernardo Cabral—, ¿por qué arrestamos al hombre del vivero de Guane?

—Porque ellos nos lo vendieron, y si no lo arrestábamos, iba a resultar sospechoso. El enemigo estaba seguro de que Elpidio no les iba a comprometer en nada, como en efecto ocurrió.

Alba preconizaba no coger a nadie más hasta no tener bajo control de Seguridad a la totalidad de la red. ¿Bernardo comprendía?

—Pero, ¿y si comenzaban a lanzar el virus, Renato?

—¿Cómo iban a lanzar el virus, Bernardo, si los tenían controlados?

—¿Y si el virus lo lanzan otros y no los mismos de Isla de Pinos? —preguntó Alejandro.

—Eso no tendría ningún sentido —replicó el mayor—. Los que detectamos ayer, son los que lanzarán el virus. Eso es lo lógico, Alejandro.

—Aquí, lo único lógico, Renato, es no correr ningún riesgo; porque si nos equivocamos lo paga el país.

Alejandro de Sanctis, como responsable nacional de Virología de los Cítricos, proponía una movilización masiva de la población, a través de los CDR, la CTC, la UJC, para arrancar los brotes tiernos de todos los árboles del país y reducir así el peligro.

—Pero, ¿usted no comprende, Alejandro, que eso sería proclamar a los cuatro vientos lo que estamos haciendo?

El virólogo hizo un gesto de impaciencia y le dirigió una mirada torva.

Si aquella gente comenzaba a regar el virus, mayor, e infectaba Jagüey e Isla de Pinos sin que ellos lo advirtieran...

¡Eso no era posible, Alejandro!

¿Cómo que no era posible? Si los dejaban actuar durante una semana, mayor, nada más que durante una semana, luego sería demasiado tarde para erradicar la enfermedad, máxime cuando era desconocida en Cuba.

—Pero es que nunca conseguirán introducirla, Alejandro, porque ya sabemos quiénes son y están bajo control.

¿Y si los que lanzaban el virus eran otros, mayor? ¿Y si otros estaban, incluso en ese mismo momento, lanzando ya el virus? ¿Qué decía de eso el mayor?

Pues le repetía que eso no ocurriría, Alejandro.

Sí, Renato, podía ocurrir.

De ninguna manera.

Usted es demasiado confiado.

El mayor le aseguraba que no había ese peligro.

¡Y el virólogo insistía en que sí!

Y Bernardo, que calma, señores, que no se pusieran así, que debían discutir sin perder la serenidad.

—Está bien, mayor. Usted es el que manda; pero yo voy a pasar un informe a mi organismo para dejar bien sentado mi desacuerdo con eso.

¡Aquello era una irresponsabilidad del mayor!

Y el mayor encolerizado:

—¡Usted podrá decir en su organismo lo que le dé la gana, pero cuídese muy bien de los términos que emplea!

—¡Calma, caballero, calma!

¡Porque Alba no le iba a permitir...!

Y al virólogo no le importaba que Alba se pusiera serio, porque él no era el único que tenía deberes y responsabilidades y Alejandro debía pronunciarse, porque veía a las claras que el plan del mayor expondría el trabajo de diez años a un riesgo inmenso, y todo por querer jugar con una sola carta.

—Y usted, sin ningún conocimiento de seguridad, ¿pretende dirigir un plan de contrainteligencia?

—Yo no sabré nada de contrainteligencia y el cará, pero voy a echar el resto para impedir que se cometa ese disparate que usted propone.

—¡Barbaridad y disparate es lo que usted está diciendo! —gritó el mayor, y se puso de pie con un movimiento felino—. Además —añadió, en un evidente esfuerzo por serenarse—, le recuerdo que este plan ha sido aprobado a los más altos niveles.

—Está bien —respondió el virólogo, y se volvió con brusquedad hacia la puerta—. Entonces yo no tengo aquí nada más que hacer. ¡Buenas tardes!

Ese mismo día, Alejandro de Sanctis presentó su informe a la dirección del INRA, y por la noche se le hizo saber que se le agradecía su celo y su preocupación por el caso, pero se le rogaba que se dispusiera a viajar hacia Panamá el sábado siguiente, donde participaría, durante quince días, en una delegación para asesoramiento técnico sobre cuestiones agrícolas.

**Julio 10, jueves**

«Bueno, por fin se acabó esto. ¡Coño, ya era hora! ¿Tú crees que haya dificultad con los pasajes a Batabanó? ¡Qué va! Mañana a las cuatro o cinco de la tarde estamos en La Habana. ¿A qué hora hay que estar en casa del jefe? A las seis y media ¿Y si no llegamos a la hora? Bueno, que nos localice él a nosotros en la casa del Vedado».

—Eso es todo lo que nos interesa, mayor —comentó Carlos Ríos, y apagó la grabadora.

—Bien, Carlos: ¿cuál es el plan?

—Ayer, en cuanto cogimos esta conversación, yo dejé a Argüelles encargado de gestionar en la terminal los pasajes en el *Isla de la Juventud*, que sale hoy a las doce.

—¿Y resultó?

—Sí, mayor: hoy a las nueve ya habían comprado los pasajes. Me lo informaron por la planta.

—Correcto —dijo el mayor—. ¿Y el chequeo?

—Si salen de Batabanó por el Surgidero, un carro los seguirá hasta Quivicán; de ahí un relevo hasta Bejucal, que entregará en Santiago de las Vegas; otro hasta Rancho Boyeros, y el último hasta la ciudad.

—¿Y si salen por San Antonio de las Vegas?

—Hay también cuatro relevos, marcados sobre el camino. Y para controlarlos dentro de La Habana, ya están avisados los grupos especiales.

—¿Dispusieron apoyo aéreo?

—No, mayor: nos ha parecido que si son profesionales bien entrenados, eso podría arruinar todo el trabajo.

—Bien. ¿Y en La Habana, cómo van a hacer? —preguntó el mayor.

—De eso quería hablarle, mayor —dijo Carlos—. Como van a llegar temprano a La Habana, y la cita con el jefe es a las seis y media, lo más probable es que se dirijan directo a esa casa del Vedado mencionada en la grabación. ¿Usted cree que debemos vigilar la casa con mucha gente, o...?

—¡Qué va! —lo interrumpió el mayor, y alzó los brazos por encima de la cabeza—. ¡De ninguna manera! Hay que contentarse con detectar la casa y vigilarla... este... vigilarla...

—... con máxima discreción —completó Carlos Ríos.

A Alba le fastidiaba que otros le cerraran sus frases; pero Carlos, aunque lo sabía, era un hombre impaciente y no podía evitarlo. En aquel caso, Alba quería decir que los encargados de vigilar la casa debían actuar como si fueran duendecillos incorpóreos, y como no podía decir en español «duendemente», que fue lo único que

se le ocurrió, terminó por trabarse. ¡Qué lástima que las lenguas latinas fueran tan poco aptas para la adverbialización de sustantivos! Para salir del paso, optó por decirlo en inglés:

—*Ghostly, Carlos, ghostly! D’you understand?*

—Sí, mayor: fantasmalmente —tradujo Carlos, cosa que también le fastidiaba a Alba. ¡Si usaba la palabra extranjera, era porque no la había encontrado en español, coño! ¡Qué importuno Carlos!

—Ojalá consigan un puesto de observación muy seguro —añadió Alba.

—Entendido, mayor. ¡Ah! Otra cosa: ¿Y si viajaran muy despacio, como para llegar a La Habana a la hora de la cita con el jefe y se dirigieran directamente a su casa, qué hacemos?

—Lo mismo que en la otra, Carlos. ¡Mucha prudencia! Pienso que esa táctica quizá nos permita vislumbrar algo sobre los planes inmediatos del grupo.

**Julio 10, jueves**

Sí, mayor, las HPF están coordinando sin dificultad con el «panzón». La verdad es que ya casi no se necesita del «panzón». ¿Cómo dice? Sí, sí, así es. Además, a cinco mil se confunde por completo, se mimetiza. ¿Ordene? Bueno, al ritmo actual, creo que tengan para tres o cuatro días más. Cómo no: tal cual usted vio en los entrenamientos. Esta noche le enviaremos lo captado en el día. Sí, mayor; Méndez sale para allá a las siete. Como usted quiera. No, no, no: yo lo decía para saber si se puede ordenar el traslado de los cañones a la Isla. Bien, muchas gracias. ¿Usted cuándo viene? ¡Anjá! ¿En el «panzón»? Perfecto, yo le voy a preparar las condiciones. Así podrá verlo todo mejor. Perfecto, yo me quedaré al frente hasta que regrese Carlos. ¿Ordene? Es que la cosa parece ahora tan fácil, mayor, que uno se siente optimista. Sí, sin ningún problema por las dos puntas.

Paco colocó el auricular, entrecerró los ojos con una sonrisa en los labios, y miró hacia el cielo. Aquello de combinar el «panzón» con las HPF era, a fin de cuentas, idea suya. Y en verdad, los resultados eran estupendos.

**Julio 10, jueves**

—¡Atención, atención! Puestos móviles 5, 6 y 7. El objetivo acaba de atravesar la calle 100.

Desde el interior de la camioneta, Manuel observa con un potente telescopio manual el carro que los sigue a treinta metros. Es el tercero en la fila. El acompañante del chofer acaba de hablar por un micrófono. Sin duda, están preparando un relevo. Manuel mira la hora: cinco y diez ¡Perfecto!

Manuel ya ha destruido, en la cabina de la camioneta, todo lo que debía destruir. Le duelen las manos de tanto machacar y limar. Conserva solo los aparatos de escuchas, la microfilmadora, las cápsulas de veneno y todas las menudencias útiles que cupieron en su maletín. Ya puede ponerse a preparar la maleta y a conectar el sistema de explosivos. En menos de media hora se escurrirán por el callejón de 22. ¡Seguro, seguro que lo lograrán! Además, la gente que los sigue viene operando con extrema cautela. Han mordido el anzuelo. Lo más probable es que ni siquiera intenten detenerlos ese día y prefieran esperar a que se produzca el contacto con el jefe, anunciado por ellos.

Víctor, al timón, actúa con su calma profesional de *Premium*. Por el pequeño auricular, embutido en su oreja derecha, oye la voz de Manuel al transmitirle los detalles que observa. La cosa va bien. Él también se llena de confianza. Si sortean con éxito las tres cuadras críticas, en media hora estarán fuera de peligro, a los pocos días del regreso a los Estados Unidos.

—¡Atención, atención! Puestos 11 y 12, prepárense. El objetivo acaba de salir de la Ciudad Deportiva.

El chofer del carro número 12, un Chevy verde, apostado a la salida de la terminal de ómnibus, enciende el motor. En menos de diez minutos, la camioneta pasará por allí. Vuelve a mirar las fotos en colores. No, no se puede confundir. Tiene instrucciones de seguirla durante parte del trayecto, siempre que coja por la calle G o por la avenida de la Universidad, en dirección al Calixto García. Si dobla a la derecha, por la avenida Salvador Allende, deberá comunicarse con el puesto 17, que cogerá el relevo en Infanta.

—¡Atención, puesto 12! El objetivo está detenido en el semáforo de Boyeros, frente al edificio de las FAR. Es el primero de la fila y ocupa la senda izquierda. En este momento se pone en marcha, cambio.

«Si viene por la izquierda, es seguro que va a seguir por G», piensa el chofer del Chevy y entra en la calzada para ocupar la senda del medio.

—Entendido, cambio.

El Chevy avanza lento por la calzada. Adentro van el chofer y dos pasajeros: uno atrás y otro adelante. Cincuenta metros antes de llegar al cruce con la Salvador Allende, la camioneta los pasa por la izquierda. El Chevy toma posición inmediata detrás del segundo carro que lo pasa por la senda izquierda.

La camioneta pasa frente a la Escuela de Letras, atraviesa la avenida de la Universidad y antes de llegar al monumento, se ubica detrás de una 20 que sube jadeante por la calle G.

El pasajero del asiento delantero coge un micrófono:

—¡Atención, atención! Cruces de las calles 19, 15, 11, 7 y Tercera. El objetivo está bordeando el monumento de G y 27, y mantiene la senda izquierda. ¿Todos listos?

Las respuestas no se hacen esperar:

—Listo G y 19, cambio.

—Listo G y 15, cambio.

—Listo G y 11, cambio.

—Listo G y 7, cambio.

—Listo G y Tercera, cambio.

Los grupos especiales de seguimiento actúan siempre con impecable coordinación. Jamás se les escapa una presa... Bueno..., casi nunca.

Cuando la camioneta atraviesa 21 el chofer saca la mano.

—¡Atención, puesto de G y 19! La camioneta va a doblar por 19. Ocupe posición.

La camioneta dobla por 19, pero antes deja pasar a un camión que viene subiendo por la otra senda de la calle G. Cuando el camión ha pasado, Víctor se interna por 19. A mitad de cuadra pasa a un ciclista que se coloca detrás de él. Al verlo por el retrovisor, Víctor sonríe nervioso y piensa: «¡Coño, mire que esta gente inventa!».

Poco a poco, la camioneta comienza a alejarse del ciclista, pero nunca a más de cincuenta o sesenta metros. Atraviesa Paseo, luego la calle 12 y el ciclista sigue atrás, Víctor lo ve llevarse una mano a la boca y mover los labios, sin interrumpir su marcha.

—¡Mira, Mami! —grita un niño desde un balcón—. ¡Una bicicleta con teléfono!

—¡No seas bobo, niño! —le contesta la madre.

—¿No ves que eso no puede ser, niño? —le dice el padre.

El niño es el único, de aquella familia, consciente de que lo maravilloso y fantástico forman parte de la realidad cotidiana. Los bobos son los padres.

La camioneta atraviesa las calles 16, 18, 20, y al llegar a 22 aminora la marcha como para detenerse. El ciclista ha doblado por 16. Ahora tiene atrás, a unos treinta metros, un carrito viejo todo despintado. La camioneta aminora su marcha hasta casi detenerse, y el carrito hace amago de parquearse a mitad de cuadra. Cuando la camioneta comienza a doblar por 22 hacia la derecha, el carrito se dispone a seguirla; pero de pronto la camioneta da marcha atrás. El carrito se parquea en 19 entre 20 y 22, antes de llegar a la esquina. Luego retrocede unos metros, porque observa una

parada de la 57. Mientras tanto, la camioneta atraviesa en retroceso la calle 19 y se estaciona en 22, a unos ochenta metros de 19.

La camioneta permite comunicar la parte de atrás con la cabina del chofer. Manuel abre la puerta de la cabina y coloca una maleta. Víctor baja, con toda naturalidad, le da las buenas tardes a un señor que ha sacado a su perro a hacer pipi, y mientras Manuel conecta los explosivos, penetra por un pasillo largo, y carga una maleta al parecer muy pesada, como para no infundir sospechas de que piensa escabullirse. Manuel, a su vez, baja de la camioneta con un maletín en la mano y penetra en el pasillo con toda tranquilidad.

El edificio por donde se internan ambos saboteadores, es de un modelo muy frecuente en El Vedado. Tiene una vivienda adelante, a la que se ingresa por una puerta frontal; pero detrás de esa vivienda hay otro bloque, con varios apartamentos, a los que se llega por un pasillo lateral.

Lo que ignoran muchas personas ajenas al barrio, es que ese pasillo comunica, a su vez, por un estrecho corredor invisible desde la calle, con un terreno baldío situado a los fondos. Ese solar constituye el borde superior de la inmensa hondonada que interrumpe en ese punto la calle 22, y en cuya parte más baja, se halla el polígono Dos de Diciembre, con acceso por la calle 23, tras bajar una rampa sinuosa.

Cruzado al sesgo el baldío, se llega a la esquina de las calles 21 y 24; y eso lo lograron Víctor y Manuel en un minuto y medio, después de haber penetrado en el pasillo de la calle 22.

Víctor cogió por 24 hacia 23, donde capturó un bendito taxi. Ya adentro se tomó el pulso. Ochenta y dos pulsaciones por minuto. Aceptable: no se había descontrolado casi.

Manuel caminó por 21 hasta 26 y en la esquina de 26 y 23, montó en una 30 en dirección al Vedado. ¡Uff!



**Julio 10, jueves**

Mauricio operaba con extrema cautela. Nadie de su red lo conocía. Todas sus órdenes las daba por teléfono, o depositaba cartas con tinta invisible en lugares como la Casa Blanca, la Biblioteca José Martí, etcétera. Él, por su parte, conocía muy bien a su gente, y ellos lo sabían. Sabían, además, que cualquier intento por tratar de conocer a Mauricio, podría hacerlos sospechosos de trabajar para el contraespionaje cubano, algo de lo que todos se cuidaban mucho.

Mauricio operaba con un sistema estricto. Los miembros de la red solo se ponían en contacto entre sí, cuando él lo autorizaba; pero en general, el grueso de la actividad del grupo, lo dirigía él en persona. Aunque anónimo para todos, no por ello era menos omnipresente en la gestión del operativo Joy.

A las horas de antemano convenidas con cada uno, hacía diarios llamados a Irma, a Hilda la de La Víbora, a Víctor y Manuel, y a Mena, que vivía en su albergue del INRA. Mientras la gente estuviese en La Habana, estos llamados eran la base de su sistema de comunicaciones. Era una rutina sacrosanta y cualquier violación constituía una gravísima falta.

Las conversaciones por teléfono eran muy breves. Cuando la información de una y otra parte requería detalles más o menos extensos, se recurría a los informes en tinta invisible.

Antes de salir Víctor y Manuel, para Jagüey, en el mes de mayo, Mauricio les hizo llegar un plano del callejón de la calle 22. Al mismo tiempo, les dio instrucciones precisas de cómo proceder en caso de que las alarmas indicaran haber sido detectados. ¡Bajo ningún concepto debían regresar a casa de Hilda! ¡Eso ante todo! Mauricio consideraba que si algún día los detectaban a ellos, quizá también la casa estuviese chequeada, y hasta el mismo Mena, que solía frecuentarla, en su calidad de nexos físicos entre los dos grupos. Víctor y Manuel tenían orden de que, forzados por cualquier motivo a regresar a La Habana, acudiesen a la Biblioteca Central de la Universidad y dejaran un mensaje en uno de los ficheros. Si se trataba de un simple caso de contratiempos técnicos, debían localizar la ficha del *Espejo de paciencia* y anotar la palabra «ojo». La marca debía hacerse a lápiz, con un trazo tenue, en el ángulo superior derecho. Una señal análoga en *Hamlet*, significaría para Mauricio: «Sospechamos que nos siguen». Y lo mismo, en *Los pasos perdidos*, indicaría: «Tenemos la certidumbre documentada de que nos han descubierto». En los tres casos llegarían a la Biblioteca luego de pasar por el callejón de 22.

Mauricio llegó aquel jueves, como lo hacía a diario desde que dirigía comandos fuera de La Habana, a las ocho y diez. Miró primero la tarjeta del *Espejo de*

*paciencia* y no halló ninguna señal. Cogió el fichero de la hache y tampoco había nada en *Hamlet*. El de la pe, en cambio, ostentaba un inequívoco «ojo», puesto allí por Víctor y Manuel. No podían ser Segundo y Evaristo, que ese mismo día comenzaran el lanzamiento de los virus, porque su contraseña era otra, aunque en las mismas tarjetas.

Aquello significaba, sin lugar a duda, que la Seguridad cubana conocía la presencia de Víctor y Manuel en la Isla de Pinos, y que ellos lograron evadirse por la calle 22.

Imperturbable, Mauricio llenó una papeleta para pedir *La montaña mágica*, de Thomas Mann, y cuando se la entregaron se sentó en una de las mesas del centro. Hizo un verdadero esfuerzo de concentración y leyó realmente algunas páginas de *La noche de Walpurgis*. Nadie hubiera sospechado nada, de aquel hombre absorto en su lectura.

A la izquierda le quedaban las ventanas que daban a la Plaza Cadenas, y a la derecha el puesto de recepción y entrega de los libros. Mauricio levantó la vista de *La montaña mágica* cuando ya Hans Castorp venía bajando por el ombligo hacia el pubis. Víctor y Manuel habían recibido instrucciones precisas de poner la nota antes de las ocho, pedir un par de libros y sentarse de espaldas a la sala de referencias, hasta las nueve y media de la noche. A esa hora en punto, debían buscar la orden de Mauricio en la página 1234 del tomo 33 de la *Enciclopedia Espasa-Calpe*, a disposición de cualquier lector que quisiera consultarla, en el área de referencias, al fondo de la sala de lectura.

Mauricio se sentó con su libro a las ocho y cuarto, y a las ocho y media, cuando alzó la vista, divisó las conocidas espaldas de Víctor y Manuel. Allí estaban sentados en mesas separadas, tal como él les ordenara; dispuestos de forma que no pudiesen verlo cuando él se desplazara hacia la estantería de la *Espasa-Calpe*, para dejarles sus instrucciones.

Para Mauricio llegaba la hora crucial. ¿Víctor y Manuel lo habrían confesado todo? ¿Explicarían los pormenores de aquella forma de contacto? Quizá hubiera gente de Seguridad al acecho y a la espera de que él se levantara para coger el tomo 33 de la *Espasa*. Además, a Víctor y Manuel podían haberlos seguido sin que se dieran cuenta... Eran las ocho y treinta y dos. Hasta las nueve y media faltaban cincuenta y ocho minutos. Tenía tiempo de hacer una comprobación. Ante todo, no dar un solo paso en falso. Leyó durante unos minutos más y luego salió. Sobre la mesa dejó el libro, una libreta y un lápiz, como hacen los lectores que han decidido cogerse un cinco e ir a tomar algo a la cafetería de Física. Bajó sin prisa la escalera, fue hasta la cafetería y tomó un yogur. Luego caminó unos metros y montó en su Peugeot, que dejara por allí cerca.

Siguió la cuesta del Estadio, pasó frente a la escalinata de la Universidad y enfiló por la calle L hasta 19. Allí dobló a la izquierda y continuó por todo 19 hasta la calle 18. Pensó que si la camioneta había explotado, Seguridad no habría podido echar el

guante a sus hombres. En tal caso, no estarían en la Biblioteca como cebo, para cogerlo a él. Capturados e interrogados, era obvio que no habrían tenido tiempo de volar la camioneta.

Al atravesar la calle 18, vio una aglomeración en la otra esquina. ¡Buena señal!

Parqueó la máquina en 19 entre 18 y 20, y siguió a pie hasta la esquina. Las conversaciones eran hartamente elocuentes: Ocurrió a las seis y pico. No, muertos no hubo. La explosión destrozó los vidrios de varias casas en la cuadra. Solo un señor que andaba por ahí cerca con un perro, sufrió heridas graves. Pedazos de la camioneta cayeron encima de los techos, y una de las puertas quedó colgada de un poste. Fue horroroso. ¡Y ahí, que siempre había niños jugando!

Mauricio regresó al Peugeot. Los muchachos habían actuado en forma impecable, como consumados expertos. Con gente así, valía la pena trabajar.

A las nueve y cinco Mauricio entraba de nuevo al parqueo de la Universidad, y antes de bajarse, anotaba en una hoja mecanografiada por un solo lado, con tinta invisible, lo siguiente: «Diríjense a La Lisa, calle 47, número 11436. Contraseña: “Sésamo”. Esperen allí mi llamado a las once y treinta de la noche. Mientras tanto, preparen informe detallado de lo ocurrido y entréguenmelo en la Casa Blanca mañana a las ocho y treinta».

Eran las nueve y diez. A las nueve y quince debía telefonar a Mena, como todos los días. Llamó desde la cafetería. Mena se encontraba en su albergue del INRA y no tenía novedad. De todas maneras, podía estar chequeado sin notarlo. A sabiendas no lo estaba, pues le habría dado la temida contraseña: «Dígame». Pero no: Mena respondió con su acostumbrado: «Hola». Fuera como fuera, Mena debería abandonar también aquel albergue, no volver más por casa de Hilda y trasladarse a La Lisa, tras previo paso por el callejón de la calle 70, para asegurarse. Tenía que ser esa misma noche. De inmediato.

La misión de Mena, al igual que la de Víctor y Manuel, podía darse por concluida. Ahora deberían concentrarse todos en casa de Irma y esperar el día de la evacuación.

Ya eran las nueve y veinte. A las nueve y veinticinco, Mauricio abrió la página 1234 del tomo 33 de la *Espasa-Calpe* y depositaba en él las instrucciones para Víctor y Manuel. A las nueve y veintisiete reanudaba su lectura de *La montaña mágica*.

Víctor se levantó de la mesa a las nueve y treinta y uno y fue directo a la sala de referencias, de donde salió a las nueve y treinta y tres, para dirigirse al baño. Allí aplicó calor al papel y leyó el mensaje.

A las nueve y cuarenta, Víctor devolvía su libro y salía. A las nueve y cuarenta y dos, salía Manuel.

## Julio 12, sábado

Catherine Laffitte era una mujer culta y fina. ¡Cómo no! Solo ella, lo dudaba a veces. Lo dudaba sobre todo, cuando de pronto la dominaba una irreprimible compulsión a articular horribles palabrotas, aprendidas en la infancia en las plantaciones de su padre, furtivamente oídas de boca de los capataces que azuzaban la gavilla de negros en los algodones. ¿En qué recónditos pliegues de su alma, podían haberse alojado aquellas porquerías que le afloraban una y otra vez a los labios? Nunca las había pronunciado... Bueno, a decir verdad, durante sus primeros años en París, cuando empezó a tomarle el gusto a la *bohème*, para ponerse a tono con la encantadora rudeza del ambiente *sauvage*, aprendió a decir porquerías y obscenidades en argot; pero luego, al frecuentar unos cabaretuchos donde hacía furor el Dixie Land y el jazz neorlanés, trabó relaciones con algunos compatriotas *most exciting*. Eran pintores, escritores, músicos, que repetían las mismas palabrotas de los capataces sureños pero llenas de nuevo colorido, de una vitalidad expresiva que ella no percibiera en su infancia. Aprendió a decir las ella misma, al principio para ponerse a tono, pero luego por puro placer. Sintió que las groserías la desinhibían. Era como un baño interior siempre postergado.

Luego, al alejarse de aquel ambiente, nunca más volvió a pronunciarlas; pero a veces, sobre todo en momentos de furor ante ciertas inconsecuencias de Jerry White, aquellas excrecencias de su espíritu pugnaban por aflorar.

Catherine consagró años y grandes esfuerzos a construirse una vida privada de exquisita armonía, donde el cuidado de las formas ocupaba un lugar preeminente. Ella se lo había dicho muy claro: «Como en un escenario». Todo entre ellos debía transcurrir como si un teatro repleto de aristócratas contemplara sus actos. Esa había sido una de las condiciones para el matrimonio con Jerry White.

Cuando Catherine decidió vivir de ese modo, esperó a encontrar el hombre elegante, sagaz y apto para compartirlo con ella hasta la muerte. Tres veces creyó encontrarlo; pero cuando los tres comprendieron que para Catherine lo del teatro no era un mero juego, sino una comedia loca y despiadada, se alejaron de ella.

Al conocer a Jerry White, ya comenzaba a temer que nunca encontraría al cónyuge indispensable. Jerry no era un hombre fino. Era tan yanqui, tan directo; pero de gran apostura, por lo que ella estimó que podría pulirlo. No era nada tonto, poseía un cierto brillo vivaz en las conversaciones que podía pasar por inteligencia y, por encima de todo, era muy dócil, la amaba de verdad y ella se sintió segura de ocupar siempre un primerísimo lugar en su vida. Con eso le bastaría.

Catherine Laffitte se equivocaba. El primer lugar en la vida de Jerry White lo

ocupaba la Central Intelligence Agency. Mas no por ello dejó Jerry de amar y admirar a su mujer. Nunca le fue infiel. Colaboró con honradez a crear aquella atmósfera refinada que ella reclamaba, y lo hizo de todo corazón, pues estaba convencido de que así compartirían una vida ejemplar. Pero cuando las cosas no andaban bien en la Agencia, comenzaba lo que Catherine llamaba las «inconsecuencias» de su marido.

Hacía dos días que Jerry había vuelto a su mutismo y a sus caminatas por la sala, mientras fumaba un cigarro tras otro. Algo no andaba bien en su trabajo. Catherine valoró la posibilidad de pasar unos días en casa de su hermana Margaret, y se repetía: «Debo mantenerme impasible; soy Catherine Laffitte; miles de ojos me contemplan». Pero en esta ocasión, con una remozada inquina, una catarata de palabrotas estremece su espíritu. Qué va; Jerry no es un *gentleman*; no lo será nunca. ¡Tiempo perdido! Un caballero nunca pierde su clase. Los *gentlemen* se afeitan antes de ser fusilados y soportan sonrientes las peores crisis. Jerry es un fraude, un impostor, un yanqui plebeyo que por cualquier contratiempo en su trabajo exterioriza toda su ansiedad. *Son of a bitch!* Catherine no puede soportar que se pasee por la sala sin mirarla. Y el muy *fucking bastard* sabe que ella está irritada, aunque no lo demuestre, y mantenga su sonrisa gallarda. Catherine delibera. ¿Será mejor partir de inmediato o al día siguiente? ¿Irá a casa de Margaret, en Houston, o a San Francisco?

Catherine sabía que tarde o temprano, Jerry superaría su crisis e iría a buscarla adonde ella estuviese. Llegaría dócil como un perro. Ella por su parte no le haría ningún reclamo, porque miles de ojos críticos contemplaban sus actos; pero durante varios días lo haría víctima de su más cruel ironía. Y Jerry lo soportaría todo con mansedumbre. Una semana después, se apaciguarían los ánimos de Catherine y volvería a reanudarse la comedia frívola que ya duraba un cuarto de siglo.

Sí, en aquella ocasión, Jerry se excedió. De cierto modo, la botó de la casa. El viernes a mediodía comenzó con sus respuestas monosilábicas. Por la noche regresó directo a encerrarse en su despacho, y luego salió sin decir palabra, a dar caminatas por la sala, antes de que sirvieran la cena. Pero ese sábado, a las siete y cuarenta y cinco de la mañana, en la mesa del desayuno, el muy *motherfucker* se atrevió a insultarla como ella jamás se imaginara y comenzó a leer un periódico delante de sus narices, en medio de un mutismo total.

Jamás supuso —¡ella, una Laffitte!— verse víctima de un ultraje tal. «Soy Catherine Laffitte, no lo olvides, *fucking bastard*; pero tú, sonrías displicente y altiva, recoño de su madre; tú, inmutable hasta la sepultura, *noblesse oblige*, que se habrá creído este yanqui arrastrado, contrólate, mujer, contrólate, el *grand connard* no merece tu ira, ¡ya mismo lárgate de aquí!».

A las nueve de la mañana, Catherine Laffitte viaja con su chofer hacia Houston, Texas. ¡Qué lástima! Si hubiera esperado diez minutos más habría vuelto a ver a un Jerry de seda; un Jerry que a veces se daba aires de un auténtico *gentilhomme* y cuyos actos no eran al fin de cuentas una impostura.

A las nueve y diez, Mr. White recibe en su despacho un telegrama de España, y

una vez descifrado le informa que la distribución del virus en Cuba se está operando de manera normal. Durante los días 10 y 11, Segundo y Evaristo han realizado sin ningún tropiezo los lanzamientos previstos. Se le anuncia, además, que Víctor y Manuel fueron detectados por la Seguridad cubana cuando ya finalizaban el trabajo en Isla de Pinos, pero consiguieron burlar un seguimiento y estaban a buen recaudo, listos para abandonar el país con el resto del grupo en la nave *Argos*.

Jerry llama de inmediato a una florería. Quiere hacer llegar a Catherine un ramo expiatorio, que lo preceda en sus ceremonias de reconciliación, pero antes de que le contesten cuelga y llama a su casa. Sí, se lo temía. Ya Catherine se había marchado con dos maletas y su chofer. ¡Mala suerte! No irá a almorzar a la casa. Llama enseguida al FBI y pide a uno de sus compinches que le averigüe dónde está su mujer.

Pese a aquella contrariedad, una enorme alegría embarga su espíritu. ¡El operativo Joy es ya un éxito! Dos días más en Jagüey y tres o cuatro en Isla de Pinos y será entonces un éxito rotundo. El más grande de los éxitos de White en la CIA. Aquel operativo lo llenará de prestigio y le valdrá, sin duda, un ascenso consagratorio. ¡Adiós, reverendo Murdock, con todas tus insolencias y sarcasmos! ¡Abran paso, señores de Langley, que aquí va Jeremiah White! *Yes, sir!*

**Julio 13, domingo**

—Yo espero, mayor —afirmó Paco—, que no tardemos en localizarlo. La reconstrucción es perfecta, según todos los indicios.

—¿Cuáles indicios? —preguntó el mayor extrañado.

—A mí me bastó con ver cómo se echó a reír Elpidio cuando le mostramos el retrato: «¡Ese mismo es! ¡Así mismítico!», se puso a gritar. «¡Ese es el cabrón que me embarcó: cójanlo ya, tráiganmelo aquí pa' cagarme en su madre!».

—¡No me diga! —exclamó Alba sonriente—. ¿Y cómo va a proceder ahora?

—Con la rutina de siempre, mayor: hemos preparado todas las variaciones posibles de corte de pelo, peinado, bigotes, pelucas, espejuelos, etcétera, y ya están en manos de las patrullas de la PNR.

—Yo pienso, Paco —comentó el mayor, con una expresión escéptica—, que el tal Guillermo ese, ya debe estar enterado del arresto de Elpidio y no va a andar regalándose mucho.

—Pero si llegara a dejarse ver nada más que un tantico así —replicó Paco, y se tocó con la uña del pulgar la falangeta del índice—, yo le aseguro que lo cogemos.

El mayor sonrió complacido por el optimismo de Paco, pero su incredulidad procedía de un hecho irrefutable: Las dos personas vinculadas al sabotaje, detectadas por Seguridad, ignoraban la esencia de lo que estaban perpetrando en Cuba. Elpidio, tras regar «piojos» y yemas enfermas, ignoraba la dimensión y complejidad de aquel sabotaje a nivel nacional. El pobre Huidobro, ni siquiera supo de su trabajo para el enemigo. Si cogían al tal Guillermo, como esperaba Paco, lo más probable es que tampoco supiese mucho. Se veía a las claras que el enemigo tomó grandes precauciones, y, sin duda, toda la operación debía estar muy compartimentada. Además, era probable que Guillermo no hubiese trabajado más que en la maniobra de desinformación con la Tristeza, y con toda probabilidad también sería persona de bajo nivel.

Desde luego, Alba no excluía la posibilidad de que fuese algún profesional experimentado, del rango de los que acababan de fugarse con tanta maestría por la calle 22; pero así y todo, sospechaba que por boca de esa gente le sería difícil obtener información directa sobre el conjunto de la operación. El mismo calibre científico del sabotaje casi excluía la posibilidad de que los participantes estuvieran al tanto de su significación real. Pero alguien debía coordinarlo en Cuba, y ese sí necesitaba el nivel técnico y científico a la altura de una misión tan compleja. De todas maneras, era urgente hallar a Guillermo. Quizá él pudiese aportar datos valiosos para descubrir al resto de la red. Además, el ambiente de mal disimulada depresión provocado por el

desastre de la calle 22, quizá se tonificara con la captura de otro de los saboteadores. Lo que más afectó al mayor, fue no haber podido coger ni un solo indicio de los restos de la camioneta. Se sabía que aquellos dos hombres habían lanzado la *Toxoptera aurantii*, pero, ¿y si también hubieran lanzado virus?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Alba.



**Julio 14, lunes**

A Jerry no le quedaban dudas, Mr. Murdock, de que el entrevistador de la viuda de Hunt, era un agente cubano. ¡¿Cómo?! Ya sabía Jerry que aquel *bastard* de Murdock se iba a alborotar. Betty oye el timbre de la puerta. Pero no era para alarmarse, Mr. Murdock... ¡Cómo no iba a ser para alarmarse! Betty se molesta de que siempre vengan a timbrar cuando una se está bañando. ¿Y desde cuándo Jerry sabía lo del agente? Bueno, Mr. Murdock recordaría que él le manifestó sus sospechas cuando la visita a la casa... Sí, sí, eso ya Murdock lo sabía de memoria. Lo que él quería saber ahora era cuándo Jerry confirmó la cosa. Unos días después, Mr. Murdock; cuando el hombre se les escabulló en pleno Miami como solo podía hacerlo un profesional. Betty debe abrir porque quizá fuese el operario de la telefónica, no hacía ni veinte minutos que reportara el desperfecto desde la casa de su vecina; pero en verdad, a veces se demoraban horas en llegar. Y Murdock encolerizado: ¿Por qué no se lo había informado antes? En primer lugar, Mr. Murdock, porque Jerry pensó que no tardaría en cogerlo. Betty sale de la ducha, se pone su bata amarilla de felpa y abre la puerta. En efecto, es el empleado de la telefónica. ¿Y qué era lo que aquella mujer podía saber, Jerry? Eso se ignora, Mr. Murdock, pero las escuchas jamás revelaron ni la menor alusión de su parte a las investigaciones de Van Vermeer y su esposo. Betty informa al telefónico sobre la anormalidad. Todo hacía pensar que la viuda no sabía nada, y además Jerry ya había ordenado su desaparición. Betty dice hallarse sin tono desde la mañana. El hombre saca algunas herramientas y se pone a destornillar la tapa de un *switch*. ¡Qué hembra despampanante! ¡Mamá! Por otra parte, Mr. Murdock, pasara lo que pasara, el operativo Joy era ya un éxito. ¡Dios mío, con esa bata amarilla, así, toda mojadita! ¿Pero Jerry se daba cuenta del alboroto internacional que se formaría si se llegaba a descubrir la *covert action* de la CIA en Cuba? Mientras el operario continúa en su trabajo, Betty regresa al baño. Ya se había llegado al quinto día de dispersión del virus, Mr. Murdock, ¡y sin ningún tropiezo! Además, desaparecida Betty Hunt, y controlados los Vermeer, como estaban, ¿cuál podía ser el peligro? Mr. Murdock sabía muy bien que de todas maneras los cubanos les iban a echar las culpas a ellos, pero, ¿cómo lo probaban? Y el falso telefónico piensa: Aún tengo diez minutos. Charles llegará a las diez y cuarto. Sí, Mr. Murdock, todo iba a ser como siempre fuera. Sí, pero Murdock no se quedaría tranquilo hasta saber qué pudo decirle la viuda al cubano. Ya Murdock estaba casi en plano amistoso. En eso sale Betty a la sala, bellísima, con su trajecito azul. ¡Y tener que secuestrarla! Pero así es la vida, ¡qué carajo! ¿Café? Sí, Jerry tomaría una taza. Y lo que Jerry decía era cierto: igual les iban a echar la culpa a ellos. Betty enciende un cigarro mientras

observa cómo el hombre termina su trabajo. Jerry sigue contando a Mr. Murdock que el vehículo de Rent-a-car desapareció en un dos por tres y a la viuda la abordaron al salir de una tienda de ropas en el centro de la ciudad. Terminado su trabajo el operario le pasa el receptor a Betty para que compruebe que ya está normalizado el tono. Ella escucha un instante y sonríe agradecida. Los hombres de Jerry habían intentado seguirlo pero la maniobra los tomó por sorpresa y el agente logró escabullirse con la viuda. Y el viejo estúpido del Matterson College se tragó la píldora y le sirvió en bandeja toda la información al cubano, para pasar por amigo de Hunt. En el momento en que Betty se dispone a firmar el comprobante del servicio, el hombre cierra el puño. También era indudable que se dieron cuenta del fraude en Devil's Horn, porque anduvieron en averiguaciones por la zona del motel. Con un movimiento felino le golpea la punta del mentón de arriba hacia abajo. Y exactamente el día 3 de julio, la viuda hizo averiguaciones personales en la Oficina de Tránsito de Perrine y en la compañía de seguros. Al enterarse de aquello, Jerry pensó detenerla de inmediato, pero luego prefirió dejarla como cebo por si aparecía el cubano. Es el clásico golpe de *knock-out*, que no falla nunca, cuando lo aplica un profesional a una víctima cogida por sorpresa. No, Mr. Murdock, las escuchas no revelaron nada en los días subsiguientes. En todas sus conversaciones y llamados telefónicos, no hizo la menor alusión al tal Jack Murphy, y, desde luego, él tampoco volvió a llamarla ni trató de reanudar el contacto. ¿Y en sus relaciones con el hombre nuestro, Jerry? ¿Con Ralph? Pues bien, desde que la viuda se encontrara la segunda vez con el cubano, se mostró muy esquiva con Ralph. Pretextó una indisposición y hasta rehusó que él la visitara. Desde luego, Jerry lo instruyó de no forzar en ningún momento la situación. Sin duda, el agente cubano la previno contra Ralph y quizá le habría advertido lo de las escuchas. Y luego del piñazo, una jeringuilla con pentotal. ¿Y qué iba a hacer Jerry cuando tuviera a la mujer en sus manos? ¡Que por favor no se demorara! En absoluto Mr. Murdock: ese mismo día le prepararon el truco del teléfono descompuesto para poder secuestrarla, y luego le harían creer que estaba en Cuba, prisionera de los castristas. Habría que ver cómo reaccionaba ante amenaza de muerte y un poco de tortura. Vuelve a sonar el timbre en casa de Betty. El gigante Charles, siete pies, trescientas libras, penetra en la sala con una maleta enorme. *Got the bird, Sam?* ¿A Murdock le parecía bien aquella parte del plan? Okey, Jerry. El gigante mete a Betty Hunt dentro de la maleta y se la lleva como si nada. ¿Y Jerry relacionaba la aparición del agente con los sucesos de Isla de Pinos? No, Mr. Murdock. A Jerry le resultaba más fácil pensar que alguien observara casualmente algún disparo de la camioneta en los campos de Cuba, y hubiese puesto sobre alerta a la Seguridad. Mientras Charles entra en el ascensor con la maleta, el de la telefónica desconecta el sistema de escuchas instalado en la casa de Betty: ya no es necesario. ¿Y el tal Jack Murphy? ¿El verdadero? Sí. Un agente de El Cairo voló expresamente a Kuwait para entrevistarlo. Le tomaron fotos, impresiones digitales y demás, y se comprobó que no había regresado a los Estados Unidos desde su salida en el mes de

mayo. Lo que a Murdock le preocupaba, Jerry, era que aquella mujer hubiese podido mencionar el *Young Tree Decline*. Sin embargo, Mr. Murdock, Jerry creía que aquella mujer no sabía ni pizca de lo que hacía su marido. Era muy extraño que ni las escuchas, ni la correspondencia, ni Ralph, hubieran podido detectar la menor alusión al asunto. En todo caso, Mr. Murdock, la situación era la siguiente: en dos días más, quedarían distribuidos todos los focos previstos para Jagüey Grande, y en otros tres o cuatro se liquidaría el trabajo en Isla de Pinos. Si llegaba a descubrirse algo o a producirse alguna denuncia concreta, ni Mrs. Hunt ni los Vermeer volverían a circular; y todo el personal de Cuba, excepto las dos caseras, sería evacuado el día 22 de ese mes, en el *Argos*. ¿Qué problema podía afectar a la Agencia, Mr. Murdock?

«Lo que señalaba aquel cabroncito de Jerry no estaba mal. Eso mismo le diría Murdock al general Gregg...».

Por otra parte, Mr. Murdock, Jerry no perdía las esperanzas de atrapar el agente cubano. Se le tomaron fotos muy claras. Sin duda, el hombre era un experto: en el Atlantic dejó un maletín con efectos personales para hacer creer que regresaría, y no volvió a asomar las narices. Tampoco se había dejado ver por la ciudad. Ochenta hombres anduvieron buscándolo por todo Miami, y se lo tragó la tierra. Sin duda, debió moverse disfrazado todo el tiempo. *Anyway*, aunque la persecución no hubiera arrojado resultados hasta el momento, White esperaba que el cubano cayese en algún *airport*, pues su foto, la que se le tomara de frente al salir de la casa de la viuda, se distribuyó en todos los puestos fronterizos, federales y estatales. Y de esa foto se elaboraron todas las variantes posibles, sobre la base de un excelente trabajo del robot. Ya vería Mr. Murdock, cómo todavía lo cogíamos.

## Julio 14, lunes

A medida que adelgazaba, Sepúlveda se parecía más y más a Freddy Sorbona. Un observador sagaz no los confundiría: El parecido era grande, pero el rostro de Sepúlveda era inexpresivo y mucho más tosco. Freddy Sorbona era un poco más pequeño, siempre tenía a flor de labios una sonrisa amable, y sobre todo muy vivaz.

No obstante aquellas diferencias, mucha gente se quedaba mirándolo y Sepúlveda no tardó en comprender la causa: «Oye, Sorbona: ¿Cómo tú vas a decir que hay que sentar a Capiró?, ¡si con el eslún y todo, el hombre está bateando por encima de 280!». Eso se lo había espetado a boca de jarro en una guagua, un fanático del Habana, indignado por unos comentarios de Sorbona.

A veces, sobre todo los niños, lo saludaban como a personalidades del cine y la televisión. Un día, al atravesar el terreno deportivo frente a la iglesia de San Antonio en Miramar, unos escolares que estaban jugando pelota, insistieron en verlo batear unas bolas, a ver si de verdá él sabía de béisbol. Aquello lo había inquietado y comenzó a peinarse para atrás y a usar unos espejuelos oscuros.

Donde menos se espera, salta la liebre. Infiltrar en La Habana un rostro muy familiar para millones de cubanos fue un gravísimo error de la CIA.

Hay pequeños detalles que se le escapan al hombre más sagaz. La popularidad de Freddy Sorbona no llegaba a los Estados Unidos, ni a Jerry White, ni a Mauricio, a nadie se le ocurrió.

A partir de una reconstrucción exacta, como la que hiciera Eladio Ceballos, sobre la base inicial del gran parecido entre Felipe Carmona, alias *Sepúlveda*, alias *Guillermo*, y Freddy Sorbona, el DTI elaboró los diferentes disfraces lógicos que podría adoptar Sepúlveda, para no salir a la calle con el mismo rostro conocido por el saboteador de Guane y todos los cubanos. Y uno de los disfraces lógicos era justamente el que Felipe Carmona escogiera: supresión del bigote, peinado sin raya hacia atrás y espejuelos oscuros.

El DTI preparó también otras variantes, con uso de pelucas y abultadores de labios, pero se recomendó priorizar la búsqueda del original, y en segundo lugar, la del personaje peinado hacia atrás, con el pelo lacio bien tirante y sin bigote.

Cuando Mauricio decidió dar por terminada la misión de Sepúlveda en la parte activa del plan, le confió organizar la evacuación del grupo. Al mismo tiempo, le ordenó no salir a la calle con el aspecto conocido por la Fiera, cuya detención Sepúlveda ignoraba; pero Mauricio, tras procurarse informantes en San Juan y Martínez que conocían a Elpidio e ignoraban estar brindando informaciones a la CIA, supo por uno de ellos que la Fiera había desaparecido el día 6 de julio. De modo que

Mauricio, el 9, confirmó lo que esperaba de un momento a otro. No era posible que después de tantas pifias cometidas adrede en el asunto de la Tristeza, Elpidio siguiera en libertad durante mucho tiempo. Además, al entregarle en Pinar del Río las yemas infectadas, Sepúlveda procedió sin dar la cara. Seguía instrucciones de Mauricio que, para ese entonces, supuso a Elpidio ya detectado por los cubanos, ante quienes, y sin saberlo, fungiría como desinformante. De ahí que Sepúlveda, único del grupo a quien Elpidio conocía, debía tomar las máximas precauciones; pero Mauricio no le comunicó la detención de Elpidio.

La caída de un miembro perteneciente a un grupo clandestino siempre producía malestar e inquietud en el resto. Mauricio tampoco le dijo jamás a Sepúlveda que dentro de los planes de la CIA, pese a la promesa de sacar a Elpidio del país, se dispuso sacrificarlo. Aquello levantaría resquemores y desconfianza en la gente. Mauricio se limitó a recomendarle el mayor cuidado, y atribuyó lo ocurrido en la calle 22, como una prueba clara de que el grupo ya tenía atrás a la Contrainteligencia cubana.

El plan de evacuación contemplaba dos variantes: o abordar el barco desde Cayo Cruz, por vía submarina, o abordarlo en el mismo lugar por donde ingresaran Evaristo y Segundo, en Miramar. Los seis eran buenos nadadores y podían hacerlo, pero solo se disponía de cuatro equipos de oxígeno, ya que Mena y él habían entrado desde la Argentina, como supuestos evacuados chilenos. Disfrazados con los más modernos recursos plásticos para el camuflaje, ingresaron a Cuba en febrero del 74 y una semana después desaparecieron. La Inteligencia cubana sabía que la solidaridad traía muchas veces al enemigo, pero, ¿qué se le iba a hacer?

Era un deber internacionalista y un riesgo que debía correrse. Los dos chilenos «desaparecidos» en febrero del 74, fueron buscados con denuedo, pero sin éxito.

Así pues, Sepúlveda y Mena que carecían de equipos subacuáticos, ¿deberían nadar sobre el agua para abordar el barco? Desde Miramar era arriesgado; pero más peligro se correría al tratar de abordar el barco desde Cayo Cruz. Quizá el puerto ya estuviese dotado de algún moderno sistema de alarmas.

Ante la disyuntiva, Sepúlveda optó por conseguir dos pares de tubos de oxígeno y salir desde Miramar. Para obtener los equipos lo mejor sería establecer contacto con el submarinismo deportivo, o quizá con el Instituto de Oceanología de la Academia de Ciencias.

Para el profesionalísimo Mena, karateca, cerrajero y «politécnico» en artes y oficios del espionaje, sería muy fácil robar los equipos. La operación debería realizarse alrededor del día 20 o 21, y en lo posible sin dejar huellas evidentes, para no provocar un aumento de la vigilancia costera.

Sepúlveda disponía aún de una semana y confiaba en lograrlo. La víspera, tras dos días de espera, Mauricio le dio su visto bueno al plan. Una y otra vez insistió en las enormes precauciones que debían tomar, tanto él como Mena, sobre todo después de lo ocurrido en Isla de Pinos.

Mena tampoco debía volver a asomar la nariz por las calles de La Habana, sino disfrazado, pues su desaparición del centro de trabajo debía haber producido alarma, y aunque no lo parecía, quizá ya lo estuviesen acechando en Línea y J y en casa de Hilda. En cuanto a Sepúlveda, las órdenes eran bien claras: nada más que las salidas indispensables.

Tras una semana de encierro, Sepúlveda respiró con placer el aire puro de aquella mañana. Era el 14 de julio, 186º aniversario de la memorable toma de la Bastilla.

Sepúlveda caminaba optimista a cumplir sus furtivos quehaceres. El envejecido Felipe Carmona ya sentía otra vez sobre las yemas de sus dedos la inefable caricia rugosa de sus «verdes» amados.

Sepúlveda no sabía qué significaba en la historia el 14 de julio. Olvidado de las grandes efemérides de la Primera Independencia cubana, aprendidas en la escuela, sus grandes fechas eran el 13 de enero de 1956, cuando vendió el seguro colectivo de la textilera El Bebito y se ganó de un tacazo veinticuatro mil cocos; y el 2 de marzo de 1954, en que obtuvo por vez primera su título de vendedor estrella del Trust Insurance. La única hazaña que le preocupara en su vida era la independencia personal de Felipe Carmona; y tras varios intentos fallidos en quince años, estaba ahora a diecisiete días de lograrla de una vez y para siempre. Eso creía él. Treinta y seis mil dólares *cash*, de manos del First National City Bank of New York, que lo liberarían para siempre de la zozobra y de la vida azarosa de la CIA.

Cómo no estar contento y silbar eufórico por las soleadas calles de La Lisa. Todo estaba decidido: cogería cinco mil, quizá menos, y se marcharía a Buenos Aires. En cuanto hiciera una sólida base, pondría a funcionar los otros treinta mil para consolidar su futuro.

Para no llamar la atención en el vecindario, Sepúlveda no podía salir de casa de Irma sino con su cara de siempre de Freddy Sorbona; pero al llegar a la calle 51, entraría en el baño de una cafetería muy concurrida, y saldría de él sin bigote, peinado hacia atrás, con sus grandes espejuelos de pata ancha y otra camisa.

El amable comisionado nacional de pesca submarina le había brindado abundantes informaciones, con lujo de detalles, sobre los integrantes del equipo nacional.

El papá y la mamá del subcampeón fueron también muy gentiles con aquel periodista que venía a hacer un reportaje a Albertico, a punto de llegar a la casa.

Y Albertico se prestó gustoso a mostrarle sus copas, medallas y sus magníficos equipos. El par de tanquencillos era muy manuable y bastante moderno.

A las cinco menos diez de la tarde, tras una fructífera jornada, Felipe Carmona caminaba aún más contento que por la mañana de aquel 14 de julio por una calle del reparto Palatino, y en medio de su canturreo *sotto voce*, oyó el chirrido de unos frenos. Dos hombres se apearon a su lado de un patrullero y lo invitaron a que los

acompañara.

Eran las cinco en punto de la tarde. ¡Ay, Felipe!

**Julio 16, miércoles**

En la nueva película se veía con pleno detalle el desplazamiento de los objetivos y el momento en que se producían los disparos. Hasta el día 14 no se pudo lograr una imagen nítida; pero una vez realizados los ajustes con la gente de Riego y Drenaje, el 15 se obtuvieron secuencias irrefutables. A nadie podía ya caberle ninguna duda.

Lo de los cañones resultó otra idea brillante de Paco. Aquello significaba el triunfo definitivo. Alba se sentía radiante. Como nunca en los últimos tres meses. Los cítricos de Cuba ya estaban fuera de peligro.

El capitán Carlos Ríos logró que la gente de Riego y Drenaje instalara otros doce cañones en la Isla de Pinos, en lugares estratégicos, y casi se podía afirmar que se dispondría de un abundante material probatorio.

Por si eso fuera poco, las búsquedas en los archivos demostraron que los dos saboteadores eran nada menos que José Alberto Casamayor y Rodolfo Cifuentes, contrarrevolucionarios cubanos al servicio de la CIA, de sustancioso historial subversivo en el área del Caribe.

«¡Hemos triunfado!», se repite Alba al volante del carro, de regreso a su despacho. «¡Hemos triunfado!».

Ya en la oficina, redacta un mensaje cifrado para Sylvia:

ÉXITO ROTUNDO PUNTO VUELVAN DEFINITIVAMENTE A SUS PUESTOS PUNTO

WARREN



**Julio 16, miércoles**

PAC

El corcho del Mœt & Chandon (brut), cosecha 1971, resonó en el aire tibio de la noche neorlanesa. A los oídos de Jerry White, aquel estampido era una salva en su honor.

Catherine no sabía nada. Para ella el *champagne* no era sino el complemento indispensable de las deliciosas ostras ahumadas del Grand Vatel, el más chic de los restaurantes citadinos.

La exquisita combinación de sabores, sublimada con el condimento del triunfo, hacía sentir a Jerry como si estuviera bebiéndose el sol de Reims y las perlas del Índico.

La noche avanza. La fragancia del Joy armoniza con el hálito finisecular de las magnolias y los azahares. Una luz tenue y verdosa difumina los contornos de la terraza.

—¡Salud, *my darling!*

—*Santé!*

Jerry White ha triunfado.

Quizá Murdock piensa que se va a llevar la palma, pero White se ha guardado una carta bajo las manga.

A esas alturas, poco importa que Betty Hunt hablara. Nada ni nadie impedirá el desastre. La única persona en el mundo que podría, a largo plazo, hacer algo por evitar la catástrofe de los cítricos de Cuba, se llama Anton Van Vermeer; pero en ese momento una dama de la CIA lo apercolla con sus piernas en un hotel de Ámsterdam, a poco de haberle inundado la casa con ubicuas escuchas electrónicas. Se sabe, además, que Vermeer ha guardado el más absoluto silencio. ¿Qué podrían hacer los pobres cubanos, cuando ya han transcurrido ocho días de distribución sistemática del virus? ¿Eliminar los vectores? Quizá pudieran, pero nunca antes de varios meses, y a expensas de enormes aplicaciones insecticidas que dañarían por mucho tiempo sus cosechas. No: esta vez la Agencia ha triunfado en toda la línea. Los ocho días transcurridos significan que ya se ha completado el trabajo en Jagüey y que debe de estar iniciándose en Isla de Pinos. Pese a que se detectó a los que distribuían el áfido, la Seguridad cubana no ha logrado saber nada concreto, y sus últimos movimientos indican un total despiste. Los informes de Mauricio recibidos esa tarde son muy claros. En ninguna de las zonas donde se han distribuido los áfidos, se han visto concentraciones de gente, ni planes masivos de lucha contra el vector. Y contra el virus, por más que quisieran, nada podrían hacer. Ahora solo falta introducir la

enfermedad en otros cuatro o cinco países, donde será fácil burlar a las autoridades sanitarias.

Lo único que enturbia aquella celebración íntima, es la actitud de indiferencia con que Murdock ha recibido la noticia. ¿Qué se creará ese *fucking bastard*?

A Murdock no le hace gracia que la concepción del operativo haya surgido de la mente de White, y está haciendo lo posible por minimizarlo. Es por eso que no le ha dedicado ni un solo cumplido, ni una sola felicitación; pero, sin duda, el muy granuja debe de estar cosechando plácemes ante el general Gregg y la gente de los *headquarters* en Virginia. Sin embargo, Jerry no se chupa el dedo ni va a desaprovechar esa ocasión. Aunque deba violar el orden jerárquico, pedirá una entrevista con Gregg y le hará oír la grabación donde aparece la tenaz oposición de Murdock al esquema inicial del operativo, tal como Jerry se lo expusiera.

¡Ilusiones, puras ilusiones, Jerry!

Si no hubiera sido por el doctor Clark, nunca se habría llevado a cabo.

¡Lamentable desaparición la del doctor Clark! Y misteriosa, por cierto... Pero Jerry esa noche está celebrando y dedicado a oler el Joy de su mujer que siempre le recuerda sus desnudos y ternezas. El plan Joy lo elaboró pensando en ella; dedicado a ella, con toda su devoción de siempre. Era el fruto de sus mejores empeños. Era la sorpresa que le tenía reservada esa noche. Le explica haberlo concebido en su homenaje y, sin darle detalles, le asegura su consagración en los anales de la CIA como una obra maestra. Está seguro de ello. Está seguro de que también le valdrá elevar su rango en la CIA, o quizá la posibilidad de escoger un alto puesto en el servicio exterior. ¿A Catherine no le gustaría pasarse un par de años en una embajada de Europa Occidental? Y el plan se llamaba Joy porque no podía llamarse Catherine.

Aquella sonrisa dulce y franca de la mujer, compensaba con creces todos los sinsabores recientes.

—¡Salud, mi amor!

—Salud, Jerry, *dear*.

¡Clin!

**Julio 16, miércoles**

Felipe Carmona pregunta por el First National City Bank of La Havana. ¿Sucursal Príncipe o Cabaña? Príncipe. El hombrecillo le señala unos matorrales y jaaa, ja-ja-ja-ja-ja-ja. La risa del Pájaro Loco. Felipe sube una cuesta llena de árboles y plantas espinosas, y luego sigue por un camino en espiral, hasta llegar por fin al First National, y el portero es Peter Lore, con sus ojos más vacunos que nunca, que lo palpa en busca de armas y le hace jurar sobre una *Biblia* que respetará la propiedad privada, no codiciará el dinero del prójimo ni girará cheques en falso. Felipe penetra en el banco, y en vez de ventanillas ve grandes celdas con gruesos barrotes, detrás de los cuales los pagadores esperan aburridos, sentados en unos tronos y con las manos llenas de billetes. ¿AHORROS? ¿CUENTAS CORRIENTES? ¿GIROS? ¿AMORTIZACIONES? ¿PLAZOS FIJOS? Todas tienen un cartel con un signo de interrogación por detrás. Al llegar a la celda de los plazos fijos, Felipe presenta un papel y el hombre dice: treinta y seis mil dólares. ¿Cómo los quiere? En efectivo, y en billetes de veinte... Un sacudón. Otra vez la risa del Pájaro Loco. Los pagadores se le ríen en la cara. Felipe ve a su derecha una serie de letreros: PARRICIDAS, VIOLADORES DE NIÑOS, TRAIADORES A LA PATRIA. Se tapa los ojos y sale corriendo. Otro sacudón más fuerte. ¿Adónde quiere ir? ¿Adónde va ese loco? El único que le habla con formalidad es el portero, que ya no es Peter Lore sino Bernabé. El cliente siempre tiene razón: ¿En qué podemos servirle? ¿Dónde queda el cementerio de los vendedores de seguros? Sin duda, la Revolución habría respetado el panteón de los STAR PROMOTERS del TRUST INSURANCE... Y el tercer sacudón más fuerte lo despertó y vio al guardia que le traía el desayuno y, ¿qué, cómo? ¡Ay, Dios mío! ¿A qué horas? A las nueve sería el interrogatorio. Eran las ocho y cuarto.

Felipe trató de encontrar algo en qué pensar durante aquellos tres cuartos de hora. Era su segundo despertar en prisión. No tenía hambre. El lunes, al ingresar, quisieron interrogarlo, pero él se negó a abrir la boca, ni para dar su nombre. Seguridad se había limitado a tomarle fotos e impresiones digitales. Durante todo el martes lo tuvieron incomunicado y no intentaron interrogarlo.

Esa mañana del miércoles, lo habían despertado a las ocho y diez. ¡Qué horrible pesadilla! No obstante, aquella realidad de la vigilia era casi tan espantosa y alucinante.

Le anunciaron que lo interrogarían a las nueve. Si quería bañarse y cambiarse de ropas, el carcelero le facilitaría un pantalón, una camisa, y lo acompañaría hasta la ducha.

Sepúlveda decidió bañarse. Quizá el agua fría lo ayudara a pensar con más

claridad. Debió haberse dormido hacia las cinco de la madrugada. Después de haber analizado, vuelto y revuelto el caos de su tragedia, no encontraba escapatoria. ¿Cómo iba a justificar su presencia en Cuba? ¿Cómo vivía? ¿De dónde había sacado los documentos? No tardarían en descubrir que él era Felipe Carmona. Tarde o temprano tendría que hablar. ¿Echaría p' delante a los demás?

Tal vez en casa de Irma se habrían inquietado por su ausencia. En realidad, no tenían por qué. Él había desaparecido a veces por varios días. Eso era normal.

Se metió debajo de la ducha muy fría casi sin darse cuenta. Los efectos de la pesadilla seguían mortificando su ánimo. Todo lo que le rodeaba se le aparecía difuso: las cosas carecían de contornos definidos, los guardias no tenían rostros: eran meros uniformes. Al mirar los objetos enfocaba a lo lejos, como si no quisiese ver más que siluetas borrosas. Tampoco podía pensar con nitidez. Todo seguía en la tónica de aquel sueño disparatado. Ya tenía cuarenta y un años. Sentía deseos de llorar. Una y otra vez se le aparecía el rostro de su madre, que lo miraba con una amarga indiferencia.

¿Qué estaría pasando en casa de Irma? ¿Cómo lo habrían detectado? ¿Qué fallo pudo cometer? ¿Fallaría él o algún otro? Si no habían descubierto ya al grupo, la alarma surgiría de todos modos el viernes, cuando telefonara Mauricio. Después de concluida su misión, Sepúlveda solo recibía llamadas de Mauricio los lunes y viernes. Si hubiera seguido llamándolo a diario, como antes, ya el *team* estaría en guardia desde su ausencia del día anterior. Felipe no quería delatar a nadie, pero, ¿cómo iba a justificar el domicilio? ¿En algún lugar tenía que vivir! Sí: tarde o temprano debería confesar.

Felipe decidió no hablar nada hasta el lunes siguiente. Era de suponer que ante su ausencia del viernes y del fin de semana, Mauricio ordenara evacuar la casa.

Se vistió con una camisa de mezclilla y un pantalón caqui y regresó a su celda. Solo tomó un poco de café y pidió que le trajeran cigarros suaves.

A las nueve menos cinco llegó el mismo guardia que le trajera el desayuno. Esta vez Felipe lo observó con detenimiento. Era un hombre muy joven, de una corpulencia y un vigor facial como para desalentar cualquier intento de agresión. Con toda la deferencia que podía esperarse, dado el caso, lo invitó a pasar al interrogatorio.

Y al abrirse la puerta de la salita, ¡me cago en Dios! Nada menos que Elpidio Zamora, *la Fiera* y este mismo es el singao que me embarcó, y no sé de qué me está hablando este tipo, ¿y no te acuerdas cuando me querías dar el teque de que ibas a botar a los comunistas de Cuba? ¡Ese es Guillermo!

¿Confieso todo? ¿No será lo mejor para que ya se acabe esto?

Insisto en que no lo he visto en mi vida y es inútil que sigan con esta farsa.

Cuando se llevaron a Elpidio vociferante, me cago en tu madre, y en la madre del coronel, y otra vez el rostro acusador de su mamá, y jua, jua, jua, la risa sádica de aquel monstruo, y el interrogador, mostrándole una ampliación de las huellas

digitales. ¿Serían las tuyas? ¿Dónde las habrían cogido? Y el interrogador: ¿Conoce esto? Silencio. ¿Y esto? ¡Coño, el carro de Huidobro! ¿Y esto? ¡La foto de Huidobro! Me cogieron y no sé nada de todo eso que me muestra, ni de qué me está hablando, y no declararé nada hasta que no me traigan un abogado de mi confianza. ¡Tengo que aguantar hasta el lunes! Lo mejor es callarme y no decir nada. Y el interrogador: Estas impresiones digitales son tuyas, y aparecieron en este carro y este carro es de este compañero. Y ahí estaban las fotos. De uno, dos y tres: me poncharon. Hasta el lunes, solo hasta el lunes. Esta gente no tortura. ¿O de pronto sí? Debo aguantar. Ojalá pueda. Y el interrogador: ¿Y tampoco sabe nada de esto? ¡Me cago en Dios! Los cadáveres descompuestos de Huidobro y su mujer. Horroroso, devorados por los gusanos, con sus huesos al aire, los restos de la misma ropa de aquel día, y eso era el paredón seguro, pero él no iba a cargar con la culpa.

¡Eso no lo hice yo! Eso lo hizo Mena, que vino conmigo de Chile, y ahora está en una casa de La Lisa, en la calle 47, número 11436, y yo no tengo nada que ver, yo vine a organizar el palomar y nada más, a mí no me mandaron matar a nadie, y sin yo saberlo Mena lo hizo, las órdenes de matar al viejo se las dieron a él sin decirme nada y sin estar presente; yo me enteré después, él sí es un asesino, y si quieren los llevo adonde está ahora, para que comprueben sus impresiones digitales, que también deben estar en el carro de Huidobro, porque yo los dejé a los dos con vida, y que se aclare bien esto, porque yo no soy ningún asesino.

¿Por qué me habré metido en esta mierda? Puedo llevarlos ahora mismo para que lo cojan junto con Irma y los escapados por la calle 22; y el oficial interrogador creyendo que Sepúlveda era un duro y él se partió completo como el penco que era.

Yo no soy ningún asesino, y yo no, yo no, yo nunca maté a nadie, y tranquilícese, que si usted no ha sido, todo se va a aclarar, y que el teniente dispusiera un grupo especial de doce hombres para cercar una casa en La Lisa, y venga por aquí, ciudadano, y vire a la derecha, chofer, sí, la tercera puerta, anjá, ahí junto al árbol, la casa de la fachada azul, y al dar el «sésamo», cuando Irma grita ya tres hombres han penetrado también por los fondos de la casa. A Víctor lo cogieron bañándose, y Manuel, que oyó el grito desde el cuarto, salió corriendo, pistola en mano, pero un disparo le acertó en una pierna, y al caer, el teniente se le tiró en picada desde atrás y le alcanzó a coger el brazo y, ¡todo el mundo quieto! Mena ni siquiera se había despertado.

**Julio 17, jueves**

En Londres se recibió el cifrado de Alba en la noche del día 16, y a las diez de la mañana del 17, Sylvia, Denis y Eddy A., lo recibían, a su vez, a través del P. O. Box de John, en una oficina de correos de Brooklyn.

La despedida fue sencilla, emotiva. Un almuerzo criollo preparado por Sylvia, un brindis y una carta para Bratislava, que Denis enviaba a su hijo en manos de ella donde le anunciaba su pronto regreso a Cuba.

Eddy M. salió sin problema por la frontera del Canadá, y desde el día 10 se reintegró a sus labores normales en Zurich. Era de nuevo el pacífico y dinámico Peter Lindsay, director técnico de los plaguicidas Peipy para el área de Europa Occidental. De todos los del grupo, fue sin duda el que afrontó los mayores peligros. Eddy A. y Sylvia no tenían gran cosa que temer, y su salida no ofrecía obstáculos; pero Denis, después de su presencia en la Homestead y del riesgo corrido en el asunto del tambuche, más su ulterior desaparición de Miami, tenía la salida más difícil.

Se decidió que no debía aparecer en ningún puesto fronterizo, y sobre todo, en ningún aeropuerto. El día 19 llegaría a Newark un buque de la Flota Grancolombiana, y el contramaestre lo introduciría clandestino en su camarote. Al muelle y al barco ingresaría vestido con la indumentaria de los trabajadores portuarios, y John ya lo había provisto de los documentos y la chapa de estibador para transitar por allí. Para mayor seguridad, exhibiría su peluca rojiza y un bigote, pero esta vez sin el remate a lo Menjou, sino con el diseño rectangular del modelo centroeuropeo.

Sylvia abordaría a las nueve de la noche el avión de Lufthansa, para Frankfurt, y Eddy A., media hora después, saldría en su habitual «eructo volante» rumbo a Londres.

Se despidieron a las seis. Hubo abrazos. Denis traslucía una emoción inusitada que nadie le viera antes. Quizá lo entristecía la convicción de que muy pronto se despediría para siempre de su vida combatiente y en primera línea, iniciada en los campos de Aragón, casi cuarenta años antes. Sylvia lo notó y al abrazarlo le dijo en voz muy baja, casi al oído:

—Hasta siempre, Rafael, y mucha suerte.

Rafael no la oyó bien, y se apresuró a responder:

—Sí: ¡Patria o Muerte, muchacha, Patria o Muerte!

**Julio 17, jueves**

—Yo solo le conozco el nombre, la voz y la letra de imprenta; pero le juro que nunca en mi vida lo he visto, ni sé dónde vive.

Una joven taquígrafa copiaba casi en simultánea la confesión de Felipe Carmona, alias *Sepúlveda*, alias *Guillermo*. Aquello serviría para firmar después su declaración, que a su vez quedaba grabada en cinta magnetofónica.

—¿Cómo se comunica Mauricio con ustedes? —preguntó Paco.

—Con los demás, yo no sé. A mí me llamaba a diario a las siete y treinta de la mañana y a las siete y treinta de la noche; pero desde hace un par de semanas solo me llama los lunes y viernes a las nueve y treinta de la mañana.

—¿Esa es la única forma de contacto? —preguntó Paco.

El lápiz de la taquígrafa siseaba con una regularidad alucinante. Felipe Carmona se figuró que aquellos trazos sonoros golpeaban algún área recóndita de su cuerpo, donde le penetraba las carnes y las sellaba para siempre.

—Existían algunos lugares como la Casa Blanca, la Biblio...

—¿Qué es eso de la Casa Blanca? —lo interrumpió Paco.

—Vayan a la CUJAE y pregunten: cualquiera les explicará —respondió Felipe.

—¿Y qué otros lugares?

—La Biblioteca José Martí, la Biblioteca Central de la Universidad, las taquillas del Abrantes y otros...

Paco conjeturó que si Mauricio se relacionaba con el estadio Abrantes, la CUJAE y dos bibliotecas, de seguro pertenecería al ambiente universitario.

Cuando Sepúlveda le describió en detalle la operación clandestina dirigida por Mauricio, comprendió que se las verían con un profesional precavido, metódico en sus controles y muy difícil de atrapar. Las declaraciones de Víctor confirmaron luego aquel criterio. La organización del trabajo en el lanzamiento de la *Toxoptera aurantii*, podía considerarse una proeza técnica; y la previsión de tener preparada una fuga como la de la calle 22, indicaba a las claras que Mauricio no dejaba cabos sueltos. Su captura sería muy dificultosa, pero de enorme importancia por el valor de sus declaraciones cuando se iniciara la denuncia internacional del sabotaje.

Era evidente que Felipe Carmona y Víctor Ribadeneira no sabían más de lo que declararon. Resultó evidente que *Toxoptera aurantii*, Tristeza, YTD, nada significaban para ellos. Su trabajo estaba encasillado, como en menor escala lo estuvieran los de Eladio Ceballos y Huidobro.

Cándida Villalobos, alias *Irma Ferrer Sepúlveda*, no pudo declarar por haber sufrido un infarto en el momento en que Seguridad tomara la casa.

Manuel y Mena se negaron a hablar y solo abrían la boca para dar respuestas burlonas.

La esperanza de detener a Mauricio era poca, pero no inexistente. Si todavía no estaba al tanto de la captura del grupo, era posible que al día siguiente, a las nueve y treinta de la mañana, llamara a casa de Irma para hablar con Sepúlveda. Y si se lograba montar un enorme aparato de vigilancia en una buena parte de los teléfonos públicos de La Habana, coordinado con un intenso trabajo de comunicaciones desde la central telefónica, quizá se abriera alguna pista para atraparlo.

«Nadie más que él puede informar sobre los virus», pensó Alba, cuando Paco le dio a leer las declaraciones de Felipe Carmona, alias *Sepúlveda*, alias *Guillermo*.



## Julio 17, jueves

La Vuelta Ciclística de Cuba se corre sobre un trayecto de mil cuatrocientos treinta y seis kilómetros, entre las dos provincias extremas de la Isla, en catorce días.

Para poder participar en esa ardua competencia, es recomendable tener menos de treinta años, una amplia caja torácica, guardiana de rosados pulmones tejidos con elásticos alvéolos; un corazón bueno, sólido, de calidad certificada; y sobre todo, disponerse a soportar la adversidad, el polvo del camino, la fatiga, todo por conseguir las palmas del triunfo.

Segundo y Evaristo tienen ambos treinta y pico largos; poseen amplias cajas torácicas, buenos pulmones, corazones de sólida contextura y poseen, también, piernas jóvenes y fuertes. Aunque detestan la adversidad, el polvo, la fatiga, están dispuestos a enfrentar todo eso por obtener dólares, verdes como las palmas del triunfo y las esmeraldas de la esperanza.

Ninguno de los dos ha sido ciclista, pero desde el 27 de junio hasta el 8 de julio, hicieron un severo *training* por algunos caminos vecinales de la provincia de Matanzas. Mauricio, con anticipación, les reservó un cuarto en una casa particular de Varadero. Allí permanecerían todo un mes, y desde el primer día salieron, sin fallar nunca, a cumplir su programa de entrenamientos.

Su objetivo era estar en condiciones de recorrer sin dificultad, no la vuelta a Cuba, sino unos cuantos kilómetros diarios por caminos de tierra, a veces un poco irrespirables para ciclistas. No obstante, para el 8 de julio, ambos lograron su objetivo. El día 9, por la noche, los llamó Mauricio, y les dio la orden de iniciar la dispersión del producto en las siembras de Jagüey Grande. No imaginaban que en realidad lanzarían la savia contaminada del virus del YTD.

Las suyas no eran bicicletas de carrera, de las que llevan los manubrios vueltos hacia abajo. Los manubrios de aquellas bicicletas salían hacia arriba y hacia atrás; pero, el de la derecha podía girar. Para ello se requería desplazar un pequeño seguro noventa grados hacia arriba, de modo que el extremo del manillar, en vez de apuntar al cuerpo del ciclista, apuntara hacia el borde del camino. En realidad, además de contribuir a guiar la bicicleta, aquel tubo de la derecha era una potente pistola de muelle, capaz de proyectar una cápsula de diez gramos llena de savia de ocuje, a una distancia de sesenta metros. Se cargaban una a una, por el extremo del tubo metálico derecho, e iban impregnadas de una sustancia adhesiva que las fijaba al follaje de los árboles, pero sin impedir el disparo.

En las prácticas realizadas, se comprobó que más de un setenta por ciento de los proyectiles caían sobre el follaje de los árboles. Solo un treinta por ciento caía al piso,

y podía considerarse perdido.

Cuando Segundo y Evaristo salían a hacer su trabajo, retiraban las cápsulas del refrigerador que les autorizaron a usar en la casa de Varadero, y las guardaban en un pequeño depósito, en cuyo fondo colocaban una cubeta de hielo. Sobre el hielo iba una placa de plástico, y encima las doscientas cápsulas que debían lanzar a diario. De esa sencilla manera, el fatídico proyectil se conservaba hasta mediodía a una temperatura que nunca excedía de los 5°C. A más de 20°C las cápsulas se perforaban en determinados puntos, y por ellos comenzaba a gotear la savia. Todos los áfidos que la consumieran se contaminaban con el virus del YTD. Luego, al volver a buscar su alimento en los retoños de los cítricos, al succionar en el envés de las hojas tiernas, propagarían la inexorable enfermedad.

El día 10, Segundo comenzó su trabajo por la zona occidental de Jagüey y Evaristo por la opuesta. Era importante que aquellas bicicletas no aparecieran nunca juntas. Además de ser muy diferentes por la forma de los cuadros y por la pintura, los manubrios eran un poco extraños: terminaban en forma demasiado recta, necesaria para lograr el ángulo balístico requerido. Y como las empuñaduras podían llamar la atención de los curiosos, Mauricio les ordenó no pedalear nunca juntos por la misma zona de Jagüey, ni siquiera durante la etapa de los entrenamientos.

Mena consiguió las bicicletas y luego les acopló los tortuosos manubrios que Segundo y Evaristo introdujeran desarmados por la poceta de la calle 34, sin saberlo.

El trabajo de Segundo y Evaristo comenzó el mismo día en que se produjera la fuga de la calle 22. Mauricio supuso que después de aquello, Seguridad extremaría la vigilancia en las zonas citrícolas, pero confiaba en que los dos ciclistas, vestidos con las ropas habituales de los demás trabajadores de la zona, con papeles que los acreditaban como técnicos medios de uno de los planes, y con un poco de suerte, podrían sortear con éxito todos los escollos.

Por otra parte, cuando ocurrió la fuga de la calle 22, él ya había dado la orden de lanzar el virus desde la tarde precedente. No quedaba más remedio que correr el riesgo. Confiaba, además, en que la mayor vigilancia se concentrara en Isla de Pinos y Guane.

El día 12 decidió hacer una verificación y se apostó en determinado sitio de Varadero, desde donde pudo observar el alojamiento, y comprobó que tanto Segundo como Evaristo regresaban en el carro, con sus bicicletas amarradas a la parrilla del techo, vestidos otra vez como turistas. Tenían instrucciones de cambiarse de ropas en algún lugar del camino de regreso. Aquello lo tranquilizó y comunicó a Jerry White, vía España, el éxito inicial de la operación.

Según lo convenido en el programa, el día 15 de julio volvió a pasar por la tarde frente al alojamiento de sus hombres, y vio, colgada del pomo de la ventana abierta, una camisa azul. Aquella señal indicaba que Segundo y Evaristo habían concluido el trabajo en Jagüey en el tiempo previsto. Por fortuna, no llovió en esos días, y todo debía de haberse realizado conforme al programa.

El carro transferido por Mena a nombre de Segundo, sirvió para el traslado de los dos saboteadores desde Varadero a Batabanó. Allí, en el albergue del INRA, encontraron un sobre que contenía los pasajes y reservaciones para el hospedaje en Gerona.

El miércoles 16, Segundo y Evaristo embarcaron en el *Cometa*, cada uno con una maleta de madera rústica, pero muy grande, como usan muchos trabajadores pineros, y en cuyo interior viajaban desarmadas las bicicletas. Los cuadros los llevaban aparte, envueltos con papel de periódico arrollado en torno a los tubos, y con amarres rústicos de sogas.

El día 17, el jueves siguiente a la detención de Sepúlveda, Segundo y Evaristo iniciaban su trabajo en la Isla de Pinos. Ese mismo jueves, Mauricio encontró razones de trabajo para estar en la Isla, y comprobó con satisfacción que los hombres salían por la mañana y regresaban después de mediodía, cubiertos de polvo y por distintos caminos. Estaban cumpliendo en tiempo y forma los itinerarios prescriptos y regresaban sin novedad a Nueva Gerona. Mauricio contuvo su impulso de observarlos en el campo, pues lo consideró un riesgo inútil. De todas maneras él no podría ver los lanzamientos, ambos ciclistas tenían instrucciones muy precisas de no hacer ningún disparo mientras hubiera cerca de ellos vehículos o personas. Además, Segundo y Evaristo eran gente probada de la CIA, y su recompensa por aquel trabajo estaba condicionada a los resultados que se observaran en el futuro. En el contrato que se estableciera con ellos, recibirían una parte del dinero al terminar el trabajo; pero el grueso lo cobrarían solo cuando se hubiese demostrado la efectividad de la propagación.

Para facilitarles la faena, Mauricio fraguó una carta (con papel membreteado y cuños de una oficina internacional a la que tenía acceso) que les permitió obtener alojamiento en los albergues del INRA.

El plan de Mauricio era infectar solo la parte norte de la Isla. Consideró que una vez contaminados los alrededores de Nueva Gerona, el viento se encargaría de dispersar los áfidos virulentos por el resto de la Isla.

A él también la CIA tendría que reconocerle sus méritos. Su contrato como técnico en Cuba expiraría en agosto, y unos días después, en posesión de una importantísima suma y con un gran prestigio, podría dedicarse a tareas menos peligrosas, pero no por ello menos interesantes. Esperaba salir sin dificultad por Rancho Boyeros, como cualquier técnico extranjero.

Cumplido el operativo Joy, nada ni nadie podría impedir a esas alturas la catástrofe de los cítricos cubanos. Sobre la zona de Jagüey se habían lanzado, para esa fecha, unos dos mil cuatrocientos focos infecciosos de YTD; y en Isla de Pinos, tres días después, se arrojarían unos mil seiscientos más. En medio de la vigorosa brotación de julio, cuando los áfidos se multiplican con mayor intensidad por la abundante presencia de retoños tiernos, se desataría la gran calamidad.

Para coronar aquel éxito ya asegurado y que el Joy adquiriese el sello de una

magistral *covert action*, solo faltaba la evacuación del personal sin tropiezos.

Con respecto al caso de Víctor y Manuel, detectados por el contraespionaje cubano, Mauricio no encontraba explicación; pero como eso ya no le preocupaba, se contentó con suponer que por esas cosas del azar, alguien presenció un disparo de la camioneta e hizo la denuncia. En todo caso, aquel incidente le sirvió para adorno del operativo y distinguirse personalmente. Gracias a su sagacidad y providencia para instrumentar la fuga por el callejón de la calle 22, Víctor y Manuel lograron escaparse ante las mismas narices de la policía cubana. Aquello daría que hablar en Langley; y, por cierto, nadie podría disputarle la paternidad de la idea; como tampoco podría nadie dejar de admirarse ante su sencillísimo y eficaz sistema de comunicaciones, valido de la Casa Blanca, las bibliotecas, etcétera; brillante fue también el recurso de las bicicletas, propuesto por él a White en la reunión de Miami en 1974. Además, previó que las de Segundo y Evaristo llamarían tan poco la atención en la Isla como en Jagüey.

Sus sueños, pues, estaban por cumplirse. A los veintiún años, en 1959, juró que cuando tuviese cuarenta años poseería carros, un yate en la Riviera francesa, casas en Nueva York y París y, sobre todo, se había jurado que esas hembras monumentales que siempre lo miraran con desdén por ser un pelagatos, un estudiante pobre, se agacharían a sus pies y lo contemplarían con mayor interés. Había jurado lograrlo o morir.

Los ciento cincuenta mil dólares los recibiría en septiembre en Londres. Los trescientos cincuenta mil restantes en el 78, cuando se demostrara que los cítricos cubanos estaban irremisiblemente perdidos.

Y justo en el 78, Mauricio cumpliría cuarenta años.

## Julio 18, viernes

Vestidos de civil, ochocientos setenta y dos combatientes del MININT se acercaron, a las nueve y veinticinco de la mañana de ese viernes, a otros tantos teléfonos públicos de La Habana. Todos ellos tomaron la hora exacta en Radio Reloj. Todos recibieron instrucciones muy precisas. A esa hora, cada uno debía ocupar su respectivo teléfono público, y a las nueve y veintinueve, tras sucesivas llamadas infructuosas a un número ocupado, debían simular una pausa y retirarse a cuatro o cinco metros del aparato y observar con discreción las manos de todas las personas que llamaran entre las nueve y treinta y las nueve y cuarenta y cinco. Debían observar con vista de cóndor andino para detectar si alguien llamaba al 20-9766; y en tal caso, detener de inmediato al que fuera, sin ninguna explicación.

Paco y Carlos, los organizadores de la operación, tratarían de detectar el punto de origen de la llamada desde la mesa de prueba de la central telefónica de la calle Águila, a través de una comunicación rapidísima con la planta que daba servicio a La Lisa, donde varios ojos expertos estarían vigilando el *jack* del 20-9766. Varias empleadas muy ágiles en el trabajo tratarían de localizar en segundos, en el registro de la central, la dirección correspondiente a ese número, por si Mauricio llamaba desde un teléfono privado, o desde uno público que no figurase en la lista de los controlados por Seguridad. Aunque en la ciudad hay miles de teléfonos públicos, entre las nueve y nueve y treinta de la mañana del 18 de julio, solo funcionarían ochocientos setenta y dos, distribuidos estratégicamente en Marianao, Vedado, Nuevo Vedado, Centro Habana y Cerro. Se pidió a las autoridades de la Empresa Telefónica que durante esa media hora desactivaran los restantes aparatos. Quizá Mauricio se vería forzado a acudir a uno de los vigilados por la gente del MININT, o bien a un teléfono privado, que ofrecería más posibilidades de seguirle el rastro *a posteriori*, si cometía cualquier negligencia.

El Ministerio había cedido ciento cincuenta vehículos tripulados por seiscientas personas, que apostados en lugares estratégicos, podían llegar en menos de tres minutos a cualquier sitio de La Habana metropolitana.

Se suponía que mientras la planta de La Lisa comunicaba a Águila de qué sucursal procedía el llamado que marcaba el *jack* de la casa de Irma; y que mientras Águila comunicaba con la planta correspondiente para obtener el número; y que durante la búsqueda del número en los registros de la central para detectar de dónde procedía el llamado, transcurrirían unos dos minutos, quizá menos. Con un poco de suerte, antes de transcurridos tres minutos o cuatro a partir del momento en que se iniciara la comunicación, varios hombres de Seguridad estarían junto al teléfono

utilizado, e impedirían la salida de todas las personas que en ese momento intentaran abandonar el edificio, casa o local que fuese.

La Seguridad cubana estuvo de buenas aquel viernes. Unos días antes Mauricio había convenido con Irma que sus llamados ocurrirían solamente los martes y sábados, a las nueve y treinta de la mañana. A Mena, Víctor y Manuel, les ordenó seguir las instrucciones de Sepúlveda para la evacuación y les anunció que no volverían a comunicarse por teléfono.

A Sepúlveda lo llamó el lunes, el mismo día en que fuera arrestado. En aquella ocasión le dio su visto bueno para obtener los tanques de oxígeno. Recibiría nuevas instrucciones el viernes a la misma hora. De Irma se ocupó el martes siguiente, día 15, a las nueve y treinta de la mañana, conforme a lo convenido. Ese día, ella madrugó mucho para coger un turno en el policlínico y regresó a la casa a las nueve. Como la noche anterior no se sintiera bien a causa de unas palpitaciones, se acostó a las ocho sin cenar y se quedó dormida. Cuando Mauricio llamó, el martes a las nueve y treinta, ella no sabía en realidad si Sepúlveda estaba o no en la casa. Irma tenía instrucciones de comunicarle si alguien no regresaba a dormir, cosa que los demás no sabían. Cuando todo estaba normal, se limitaba a decir: «No hay novedad». Si alguno de los «muchachos» salía por varios días, como a ella no se lo informaban, siempre notificaba a Mauricio quiénes eran los presentes y ausentes en la casa. Con ese sistema, Mauricio pretendía evitar que la gente pudiera comunicarse entre sí, y sobre todo, reservarse el control de la situación conjunta, de modo que nadie cometiera imprudencias ante una alarma eventual. Si alguien desaparecía de la casa sin justificación, él quería ser el primero en inquietarse.

El martes siguiente a la detención de Sepúlveda, cuando Mauricio llamó a Irma, la cogió por sorpresa. Al llegar del policlínico se puso a trastear en la cocina, y sin darse cuenta, entró el llamado. Ya Víctor y Manuel estaban jugando dominó con Mena en la mesa del comedor, y aunque no lo verificó, dijo a Mauricio que Sepúlveda dormía en su cuarto. Aquella indisciplina de Irma daría por tierra con el sistema de seguridad de Mauricio. Cuando Irma le dio su habitual «sin novedad», Mauricio colgó despreocupado el receptor. Todo marchaba bien. «No puede ser de otra forma», pensó ufano. Si Irma hubiese tenido el cuidado de mirar dentro de la habitación de Sepúlveda habría visto la cama tendida, señal de que no había regresado a dormir; y si se lo hubiera comunicado a Mauricio, este habría ordenado de inmediato evacuar la casa hacia otro lugar que tenía reservado para casos de emergencia, en Luyanó.

Hasta mediodía Irma no se dio cuenta de que Sepúlveda no había regresado; y el próximo llamado de Mauricio no lo recibiría hasta el sábado. Se reprendió por su aturullamiento y premura, pero no se alarmó, pues otras veces, cuando ella le anunciara a Mauricio la ausencia de cualquiera de los «muchachos», él se había limitado a comentar con toda calma: «Correcto».

Por aquel desliz de Irma, todo el grupo de La Lisa caería en manos de la

Seguridad ese mismo día.

Cuando las declaraciones de Sepúlveda y Víctor proporcionaron un bosquejo sobre los procedimientos de Mauricio, Paco y Carlos alentaron la esperanza de que no llamara antes del viernes; pero al mismo tiempo, como Irma no pudo ser interrogada por prohibición médica, temieron que Mauricio ya supiese por ella que Sepúlveda no regresó el lunes a dormir a la casa, y él renunciara a llamarla el viernes a las nueve y treinta. Por otra parte, según afirmaba el personal de guardia en el interior de la casa, entre el miércoles y el viernes no se recibió ninguna llamada. Aquella noticia era buena. O quizá mala. ¿Quién podría saberlo?

Pese a la considerable dosis de escepticismo que embargaba a los organizadores de la operación Mauricio, en veinticuatro horas se logró montar el enorme aparato de vigilancia, y a las nueve de la mañana de ese viernes 18 de julio, los tres encargados de vigilar la casa, abrían las puertas a Carlos y Paco, venidos con Sepúlveda para esperar el llamado. Desde allí verificaron si las grabadoras fueron conectadas en la central, y se dispusieron a aguardar la hora acordada.

A las nueve y veintinueve Sepúlveda pidió un cigarro suave y uno de los guardias le alcanzó una cajetilla de Aromas. Al encenderlo pensó con horror que quizá nunca más volvería a fumar sus Pall Mall, *King Size, filtered*.

A las nueve y treinta el llamado no se produjo. Sepúlveda se olvidó de los Pall Mall, y aspiró ansioso una bocanada de Aromas. ¡Ojalá Mauricio no llamara! Tenía instrucciones de comunicarle que aún no había conseguido los tubos de oxígeno pero ya los tenía localizados y esperaba recibirlos en Varadero el domingo siguiente, para lo cual necesitaba a Mena y un carro.

A las nueve y treinta y uno el llamado no se había producido. Carlos y Paco se miraron y alzaron las cejas. Sepúlveda fumaba con la cabeza gacha. Deseaba con fervor que Mauricio no llamara. Nueve y treinta y dos. Nada.

Según dicen algunos, lo último que se pierde es la esperanza. Sepúlveda esperaba que algún azar lo librara de aquel infortunio. Quizá un día pudiera salir; quizá lo salvara una guerra; quizá los gringos se decidieran de una vez por todas... Y para ese día, quizá fuera mejor que los gringos lo considerasen un duro, firme y silencioso, incapaz de traicionar. Sí. Si Mauricio llamaba, él le daría la alarma. Tal vez eso le sirviera algún día para limpiarse un poco. Nueve y treinta y tres.

¡Rin rin!

Carlos miró a Sepúlveda y le hizo un gesto con las cejas.

Sepúlveda cogió el receptor.

—Dígame.

Al otro lado de la línea, el terror se apoderó de Mauricio. ¡Aquella era la alarma! ¡La maldita alarma! ¿Qué habría pasado? La casa estaba tomada, y seguramente la línea intervenida. Estuvo a punto de colgar y salir huyendo, pero se dominó. Después de todo, en treinta segundos podría averiguar mucho sin comprometerse.

—¿Es que Víctor y Manuel están contigo?

—Sí, están conmigo. Óigame, Mauricio...

—¿E Irma? ¿Y Mena?

—¡También están aquí, conmigo!

—¡Muy bien! ¿Entonces todo marcha perfecto?

—Sí, quería decirle que el aparato ya lo tengo medio conseguido...

—¡Qué correcto, qué correcto! Entonces, ¿cuándo van a comenzar las prácticas?

—Espero que sea el domingo...

—Está bien, luego te llamo.

—Oiga, oiga.

Era evidente que Sepúlveda había dado la alarma a Mauricio. Estaba previsto. Todo el mundo lo esperaba.

La conversación había durado veinticinco segundos y Mauricio colgó en cuanto supo lo que necesitaba: todo su grupo de La Lisa se hallaba detenido.

Carlos y Paco, y asimismo Alba, desde la mesa de prueba en la calle Águila, supusieron que Mauricio se les escaparía. Solo habló durante veinticinco segundos y no dio tiempo a que las patrullas móviles lo contactaran. La única alternativa era que hubiese llamado desde un teléfono público, pero lo dudaban.

Las operadoras de la planta del Vedado anunciaron el número desde el cual se había llamado al 20-9766, a los cuarenta y siete segundos de producido el timbrado. Las empleadas situadas junto a Alba, en la mesa de prueba, encontraron la dirección de donde procedía el llamado a los cincuenta y cinco segundos, ocho segundos después de conocerse el número. Esto ocurría, pasados treinta segundos desde que Mauricio colgara.

La primera patrulla llegó al lugar a los dos minutos y diez segundos, y la sorprendida recepcionista de la carpeta de una oficina situada en Rampa y P, declaró haber autorizado un llamado desde su teléfono a un señor trigueño, vestido con una camisa a cuadros, de espejuelos, estatura media, ni gordo ni flaco, con una perita, ¿con o sin bigote?, no se acordaba; y en realidad antes de que los compañeros de la Seguridad penetraran en el edificio, ya había salido por la puerta principal un señor calvo, sin espejuelos, ni bigote ni perita, con un suéter de malla color marrón. Su camisa a cuadros azules y blancos quedó botada en la papelera de un baño.

La operación Mauricio había fracasado.

Ninguno de los ochocientos setenta y dos vigías vio a nadie discar el 20-9766, y la patrulla de Rampa y L llegó con algunos segundos de retraso. Se calculó que Mauricio, al discar desde un segundo piso, tuvo tiempo de entrar al baño, despojarse de su camisa y de su disfraz en quince segundos, y en otros quince, sin prisa, pudo pasar por la puerta, entregar su papeleta de salida, y mezclarse con el tráfico de la calle 23.

En total, no debió necesitar más de un minuto en la oficina. La patrulla llegó con



veinte, quizá con treinta segundos de retraso.

Durante una hora, la recepcionista observó, piso por piso y oficina por oficina, a todas las personas presentes, y nadie se parecía al hombre que llamara desde su teléfono.

Cuando se descubrió la camisa a cuadros, la perita y el resto del disfraz en el cesto de un baño, ya habían transcurrido cuarenta y cinco minutos.

Mauricio era solo una voz, un nombre sin rostro.

**Julio 18, viernes**

Clíqueti clac.

Los cañones quedaron emplazados a ochenta metros. Los hombres que los manejaron estaban cansados. Durante la tarde precedente, trabajaron con denuedo para emplazarlos donde quedaron. Y eso mismo hicieron la víspera y antevíspera. Llevaban tres días en ese trajín.

Cuando la señal llega, los cañones se convierten en periscopios. Giran y escupen agua. Mejor dicho, asperjan agua. A veces no asperjan agua, pero giran. Giran muy despacio. Son casi imperceptibles y acechan.

Clíqueti clac.

La señal parte del puesto de mando del «panzón».

La señal llega también a los carros de las HPF.

Las HPF se comunican entre sí y también con la gente de los cañones.

—¡Qué limpieza, qué nitidez! —exclama Alba.

—Mírelo ahora a cámara lenta, mayor —dice Carlos.

Cuando un cañón abandona su objetivo por la derecha, otro lo coge por su izquierda. El resto lo harán los perros. El resto lo hará el fuego. Y el agua.

—Ya están otra vez ahí —dice Carlos.

La coordinación del trabajo es tal, que ya las HPF van sobre seguro. Los perros hacen su trabajo en segundos. Y los que vienen tras ellos, son peores que Atila.

## Julio 18, viernes

Once de la mañana.

Despacho del comandante López.

Una hora y media antes, Mauricio, el hábil y escurridizo Mauricio, ha conseguido burlar la enorme trampa que se le tendiera. ¡En mala hora! La inapreciable información que habría podido brindar el jefe del grupo de saboteadores, se ha perdido para siempre.

¿Y quién lo va a coger ahora? ¿Quién podrá atrapar algo tan etéreo como una voz? ¿Cómo atrapar un mero nombre, un nombre falso? Mauricio es viento, Mauricio es nada.

Aunque los hombres del SCC prepararon la cacería gigantesca con bastante escepticismo, en el momento en que se produjo la llamada, todos se llenaron de esperanza. Minutos después, al comprobar que la presa se les escurriera de entre las manos, maldita sea, coño'e su madre, se sintieron invadidos por un rabioso desconsuelo.

Al escuchar la grabación por tercera vez, el comandante López, que se mantuviera en silencio, profirió su sentencia: «¡Este hombre no es cubano!».

López fue uno de los cuadros más destacados de la Inteligencia cubana en los primeros años de la Revolución. Sin ninguna formación técnica en materia de espionaje, a base de sagacidad e inspiración, prestó servicios invalorable durante los años calientes del 60 al 63.

Ya desde su época de combatiente en la clandestinidad habanera, se destacó por su aguda perspicacia en la lucha cotidiana contra la tiranía. Los dirigentes del Movimiento 26 de Julio sabían desde entonces que cuando la Revolución triunfara, la Inteligencia cubana tendría en López una verdadera muralla. Y así fue.

A un valor personal probado, unía una vastísima cultura general. Era doctor en Filosofía y Letras y poseía una imaginación fecunda pero sosegada. Su parquedad resultaba, a veces, demasiado cáustica, casi agresiva. Nadie hubiera supuesto que fuese un hombre de letras. Parecía hecho a la medida para las tareas de contrainteligencia. Reunía en su insólita personalidad la imaginación especulativa de los humanistas y la disciplina a rajatablas de los militares profesionales. Esa insólita combinación había sido la clave de sus éxitos en los trabajos del SCC.

En el 63 pasó unos meses en la Unión Soviética, donde recibiera un curso de alto nivel técnico, que a juicio de sus instructores asimiló por encima de toda medida previsible. Desde entonces, se abrió camino por sí solo, y logró organizar un servicio eficiente, con un personal muy capacitado, que en doce años se acreditara resonantes

éxitos.

A veces participaba en breves encuentros internacionales con sus colegas del campo socialista, a quienes, en más de una ocasión sorprendiera con inesperados aportes. Era un hombre todavía joven en el gremio, como decían ellos.

López tenía treinta y dos años al triunfo de la Revolución, y su primer curso de seguridad lo recibió con treinta y seis. A los cuarenta y ocho era el más joven de los directores de la contrainteligencia civil, en el campo socialista.

Alba sentía una franca admiración por el comandante López. Lo deslumbraba, sobre todo, su vasta cultura general, la naturalidad con que se paseaba, en sus raros momentos de locuacidad, por los más disímiles campos de la cultura, a los que Alba, como biólogo muy requerido por sus empeños, no había podido dedicar suficiente tiempo.

Sí. Aquella severa parquedad desaparecía a veces del rostro de López, que se iluminaba para exponer de manera diáfana hechos históricos, conceptos sociológicos, filosóficos, literarios, y, en general, de cualquier rama de las ciencias sociales.

Consciente de su responsabilidad, asumida en el 63, hasta el año 70 asistió a diversos cursos universitarios para ponerse a tono con el nivel científico que requería su cargo. Oyente anónimo, que jamás pronunciara una palabra en las clases, aquel «veterano», como lo llamaba la muchachada, se empapó de los conceptos fundamentales de la biología, de los más intrincados laberintos de la física teórica, e hizo gran parte de la carrera práctica de Ingeniería Electrónica.

En el 70 consideró que ya tenía una buena preparación básica, y fue entonces cuando se puso a estudiar en serio, con la avidez de los grandes autodidactas.

Aquel viernes en que se reunieran para escuchar la cinta de la conversación entre Mauricio y Sepúlveda, Alba volvió a sorprenderse de la erudición de López. «¡Era una caja de sorpresas el comandante!».

—¡Oiga bien! —dijo López, y manipuló él mismo la grabadora—: Oiga cómo pronuncia esas eses, cuando dice «están» y cuando dice «las prácticas». Tengo la seguridad de que ese hombre no es nativo del Caribe.

—¿Y cree que sea hispanohablante nativo? —aventuró Alba.

—Eso sí. Desde luego. Y me atrevería a decir... ¡Oiga eso! —exclamó el comandante de pronto.

Con extraordinaria nitidez, el aparato repitió una de las frases de Mauricio: «¿Entonces todo marcha perfecto?».

—¿Usted percibe cómo sube el tono de la penúltima sílaba? —preguntó López—. Oiga otra vez la sílaba «fec», en la palabra perfecto.

«Estaba claro: a ningún cubano ni a nadie del Caribe se le ocurriría formular una pregunta en ese tono», pensó Alba.

—Entre nosotros —explicó el comandante y apagó un momento la grabadora—, el intervalo musical que marcan las dos sílabas finales en una cadencia interrogativa de este tipo, es mucho más breve, y a veces hasta se produce una anticadencia del

tipo...

López comprendió que Alba no iba a poder seguirle aquel razonamiento y como no quería teorizar en balde, prefirió hacerle comprender con ejemplos.

Para sorpresa de Alba, el comandante López se puso a imitar de manera impecable, la forma en que harían la misma pregunta en La Habana, en Santiago de Cuba, en Madrid, en México, en Buenos Aires. En verdad que el comandante era una caja de sorpresas. Aquella imitación tan perfecta del argentino y del mexicano estuvo a punto de provocarle risa y debió esforzarse para evitarlo.

—Por la inflexión tonal, tenga la seguridad de que no es del Caribe, ni español ni mexicano —pontificó el comandante.

—¿Habría que pensar entonces en un sudamericano? —preguntó Alba interesado. Una tenue chispita de esperanza comenzaba a encenderse en su ánimo.

—Sí: eso es lo que yo creo. De todas maneras —añadió luego de un instante de introversión—, vamos a conseguir ahora mismo una entrevista con la dirección del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias...

La chispita comenzó a dilatarse en el ánimo del mayor Alba.

—... y también con los lingüistas de la Escuela de Letras —agregó López.

Llamó a su secretario por el intercomunicador y le pidió que consiguiera las entrevistas, si era posible para esa misma tarde.

—Como le decía —prosiguió el comandante—, la inflexión de la interrogación es, a mi juicio, sudamericana; pero esa forma tan marcada de pronunciar las eses, me induciría a descartar el Cono Sur.

«Es cierto», pensó Alba. «Ni rioplatenses ni chilenos marcan esas eses».

—En expresiones como «están», «las prácticas», la gente del sur también aspira las eses, como nosotros. Yo me inclinaría a pensar —añadió López— en un ecuatoriano, peruano, colombiano, boliviano; en fin, en un nativo de un país andino.

—¿Y mexicano, comandante? —preguntó Alba.

—No, no: de ninguna manera. Ya le dije que el tono de la interrogación es típicamente sudamericano. Los mexicanos pronuncian las eses, pero no entonan así las preguntas.

Un cuarto de hora después, el intercomunicador dejó oír la voz del secretario de López.

—Dígame teniente —dijo el comandante, oprimiendo el botón.

—El director de la Sección de Lingüística propone una cita a las cuatro, en la sede del Instituto.

El comandante miró a Alba, que le hizo un gesto de asentimiento.

—Dígale que a las cuatro estará allí el mayor Fernando Alba.

—Entendido, comandante. En cuanto a la directora de la Sección de Lingüística de la Escuela de Letras —se oyó por el intercomunicador—, no tiene teléfono. De inmediato enviaré a alguien a localizarla en la casa.

—Bien. Trate de que la cita sea para hoy mismo, a la hora que ella designe.

La jefa de la Cátedra de Lingüística de la Escuela de Letras fue localizada y se dispuso para asistir a la reunión de las cuatro en el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias.

Después de oír la grabación por primera vez, ambos lingüistas expresaron su absoluta unanimidad: No es cubano, ni del Caribe. ¿Y entonces qué es? Volvieron a oír la grabación. Hispanohablante nativo, seguro, seguro. ¿Y qué más? Pues, vamos a ver... vamos a ver... sudamericano de la región andina. Y el mayor Alba, envalentonado: ¿Y mexicano por qué no? Por la inflexión, mayor, por el tono de la pregunta. Coño. ¡Qué bárbaro el comandante! Y la doctora Reyes: Se me ocurre que quien podría ayudarnos mucho es el licenciado Montoya, que ha vivido en varios lugares de Sudamérica. Y el director del Instituto: ¿El dialectólogo? Sí, sí, me parece magnífico, y hola, sí, del Instituto, y qué suerte que lo encuentro licenciado, y haría falta que viniera al Instituto, y muchísimas gracias, enseguida iremos por usted, y a la media hora el licenciado Montoya: ¡Peruano, peruanísimo, no me cabe la menor duda! Y oigan eso: «¡Qué correcto!». Eso es limeño de pura cepa. Limeño, muy limeño. Quiere decir: «¡Qué bien!». No lo he oído más que en Lima. Pero el hombre no es limeño. Eso sí que no. Ha vivido en Lima, pero no es limeño. Oigan cómo pronuncia las palabras «Víctor, perfecto, prácticas». A ver: ¿Qué oyen ustedes? Y el mayor metiendo su baza: Parecería que dijera VíStor, perfeSto, como si pronunciara una ese en vez de la ce, y hasta se lo escribe para sí mismo sobre la agenda. Vuelva a oír bien, mayor. Todos vuelven a oír. La grabación es magnífica. Se ha hecho con un aparato ultrasensible, especial para captar conversaciones telefónicas. Y la doctora: ¡Ya lo tengo! Está contentísima, la doctora, porque descubrió la cosa. Aspiración de las oclusivas sordas en posición implosiva. ¡Exactamente, doctora, exactamente! ¿Qué rayos será eso? ¿Y usted conoce, doctora, el trabajo del doctor Almagro sobre la aspiración de las oclusivas sordas? Sí, sí, sí, claro, todos lo conocen menos Alba. ¿Qué demonios será una oclusiva sorda? Muy fácil, mayor, muy fácil. El sonido de la K, que debe oírse en palabras como «Víctor, perfecto», etcétera, ante la T en este caso, se pronuncia como una aspiración, casi como una jota. Y el director: Aquí, en la hemeroteca del Instituto debe de estar el trabajo del doctor Almagro. ¿Usted recuerda dónde se editó, doctora? En una revista de la Universidad de San Marcos. Permítame un momento. ¿Hola? ¿Juanita está? Gracias. Las llaves de la hemeroteca, Juanita. ¿En cuál gaveta? Gracias, Juanita. No, no hace falta que venga. Y aquí tienen ustedes el trabajo: «La aspiración de las oclusivas sordas en posición implosiva, en Perú y Bolivia». El doctor Almagro colaboró en la elaboración de un mapa lingüístico organizado por la Universidad de San Marcos. «En el Perú el centro del fenómeno parece localizarse en Puno, donde ha llegado a invadir el dominio de la norma culta. Tiene un relativo desarrollo en Arequipa y Cuzco, pero cede en la región de

Andahuaylas y comienza ya a desaparecer en las cercanías de Ayacucho. En oposición a lo que propugna el equipo de la Universidad de Columbia, dirigido por el doctor Harris, no parece tratarse de un substrato quechua, sobre todo si se tienen en cuenta, como demuestra este trabajo, que el fenómeno se propaga por el altiplano boliviano y tiene su epicentro en la ciudad de La Paz. Nosotros creemos que se trata más bien de un substrato aymara...». ¿Habría que pensar entonces en un nativo de Perú o Bolivia? Correcto, mayor; pero si se trata de un hombre culto, convendría situarlo en La Paz, Arequipa o Cuzco, que son centros universitarios. ¿Sería Mauricio un hombre culto? Qué lince el comandante López. No obstante, mayor, el hombre ha vivido en Lima. «¡Qué correcto, qué correcto!». Y tal vez en muchos otros lugares. Oiga esto: «¿Es que Víctor y Manuel están contigo?». Eso es un galicismo, mayor. Un galicismo sintáctico adquirido quizá en el Río de la Plata o en la misma Francia. Y el cónclave de lingüistas delibera que te delibera y conjetura que te conjetura y Alba calla que te calla. ¡Zapatero a tus zapatos! Bueno, y en resumidas cuentas, ¿qué? Pues nada: que el hombre es un nativo de los Andes peruanos o bolivianos, ha vivido en Lima y en países del Río de la Plata o de habla francesa. Si es peruano, debe de ser oriundo de algún lugar de la sierra meridional, al sur de Ayacucho, de preferencia de Arequipa o Cuzco. Si es boliviano, casi seguro que es paceño. El licenciado Montoya está convencido de lo que dice. ¡Se juega la cabeza, vaya!

El mayor Alba voló hacia la Dirección de Inmigración. Todavía estaba por verse si en realidad la operación Mauricio era un fracaso como se pensara unas horas antes.

Algo le decía a Alba que estaba otra vez sobre una buena pista.

¡Qué bárbaro el comandante! ¡Qué oreja!

Alba volvió a alentar esperanzas de echarle el guante a Mauricio, gracias al comandante López, a tres lingüistas cubanos y a San Marcos de Lima.

**Julio 18, viernes**

¿Qué diablos pudo haber fallado? No es posible que hayan detectado a Víctor y Manuel. ¿Y si los hubieran dejado escapar adrede? No, no, no, no. Eso sí que no... pero, ¿y qué tal si los hubieran detectado y luego decidieron darnos cuerda para tratar de atrapar a todo el grupo? Pero es que no, tampoco... ¿No los habrán chequeado por aire, con teleobjetivos? Tampoco. Mis muchachos lo dijeron bien clarito en el informe. Durante todo el seguimiento no vieron un solo avión.

Seguro que Víctor y Manuel no fueron. ¿Habrá sido el tonto de Sepúlveda? ¿Lo habrán cogido robándose los tanques de oxígeno? Ese pendejo debe de haber hablado hasta por los codos. Está claro que lo de Varadero lo dijo él porque se lo mandaron; y si así fue, ya habló de los tanques y de todo lo que sabe. ¿Y si no qué otra cosa puede haber fallado? ¿Alguna imprudencia de Irma?

Lo que más mortifica a Mauricio es no saber si sus viróforos, como llama a Evaristo y Segundo, también fueron cogidos. Ellos tenían orden de no regresar hasta el domingo 20, para disponerse a evacuar el país en el *Argos* el día 22. ¡Maldita sea! Eso ya no es posible.

¿Y ahora qué hago para evacuarlos? ¿Telegrafiar al centro para que me den otra vía de salida? Imposible asistir a la cita con el de los espejuelos rotos. Sí, sí; debe de haber sido Sepúlveda, aunque quizá no, porque conmigo fue leal y me dio la alarma.

Hacer contacto con el del barco sería un suicidio. No, no, ni pensarlo siquiera. Y yo no me puedo marchar de aquí hasta no evacuarlos. Qué tan de malas, carajo.

Pues sea lo que sea, hay que mandar el cable al centro. De todas maneras el operativo se ha cumplido. Ya la enfermedad la tienen metida hasta los tuétanos, y a mí me tienen que dar lo mío.

¿Cómo se lo pongo al viejo? TODO EL MUNDO CAPTURADO STOP... No: todo el mundo no. Aún no sé qué pasa con Hilda, ni con Segundo y Evaristo. CAPTURADO TODO EL GRUPO DE LA LISA STOP IGNORO CAUSAS STOP DÍA DIECISÉIS SE COMENZÓ SIN TROPIEZOS TRABAJO ISLA DE PINOS STOP IMPOSIBLE UTILIZAR SALIDA PREVISTA DÍA VEINTIDÓS STOP ESPERO ÓRDENES NUEVA EVACUACIÓN SEGUNDO Y EVARISTO STOP MORRIS.

¿Y si Segundo y Evaristo hubieran sido cogidos? Pues nada: de todas maneras hay que ir ganando tiempo, por si regresan el domingo. ¿Y si les diera por regresar antes? ¡Qué peligro! Mr. White se va a poner furioso. Por mí, que se ponga. Yo no he cometido ni una sola falla. De eso estoy seguro. ¿Quién demonios habrá metido la pata? Si han cogido a Segundo y Evaristo el alboroto va a ser tremendo. Bueno, qué carajo, y al fin de cuentas, ¿a mí qué? Si ha de haber escándalo internacional, pues que lo haya. A mí no se me puede achacar ningún error. Yo no he dejado ninguna



pista y lo de la Tristeza no fue responsabilidad mía; y ahí puede estar la causa del desbarajuste.

Yo le dije a White que no me gustaba mezclar las dos acciones. De modo que si falló Sepúlveda, la culpa es de White por endilgármelo contra mi voluntad. Allá él. Además, toda esa idea de querer enjaretarle lo de la Tristeza a la DINA es un disparate. Arriba no se lo van a tragar.

En fin, al grano: ¿Qué hacer con los viróforos? Lo primero es ponerles la señal ahora mismo; pues si se les ocurre adelantar el viaje van a caer como unos chorlitos en la casa de La Lisa. Sí: tengo que ir ahora mismo a poner la señal en la Biblioteca; o mejor espero diez minutos y me sedo con unos ejercicios de control.

Han pasado dos horas y todavía me tiembla el pulso, vaya susto, y doctor Bohórquez, teléfono por la línea tres, y hola, sí, Bohórquez al habla, cómo no, con muchísimo gusto, ingeniero, ya sabe usted que aquí estamos para servirle pues, pero ahora mismo no podría, le ruego que pase mañana, así me dará tiempo a completar los datos que me faltan; y tras un ademán de mal humor, mire la vaina pendeja esa de venir a citarlo ahora para reuniones, y cómo no, con mucho gusto, y al rato ya más tranquilo, Margarita, si alguien me llama diga, por favor, que no regreso hasta mañana por la tarde. Sí, anjá, cualquier citación pásemela para el lunes, que todo el fin de semana voy a estar en el interior, y aun cuando yo no vuelva, téngame lista la copia del informe para la Dirección, que a las nueve y treinta va a venir el ingeniero Julio Valdés a buscarlo; y muy bien, doctor Bohórquez, y hasta mañana, Margarita, y hasta el lunes, doctor, y el Peugeot se dirige a las oficinas centrales del INIT y de ahí al Habana Libre, y por fin a las cinco y diez, Julián Bohórquez penetra en el recinto de la Universidad y camina bajo los añejos árboles. Silba distraído *La flor de la canela*; pero cosa rara: entona la canción de la limeñísima Chabuca Granda con una cadencia monótona de huainito andino, que no evoca en absoluto las juguetonas aguas del Rímac ni el encanto bizarro de la Alameda de los descalzos.

A las cinco y trece, en la tarjeta de *La caída de la casa Usher*, de Edgar Allan Poe, en el ángulo superior derecho anota «G. S. 187», que quiere decir «*Gramática del Sánscrito*, página 187». Con muy buen tino, Julián Bohórquez ha escogido una obra de escasísima demanda, que nunca está ocupada. La pide y se la dan. Se la lleva al baño y en un retrete escribe en la página 187, con tinta invisible: «Bajo ningún concepto volver a casa de Irma. Desde hoy, viernes 18 de julio, hasta el día 25, tienen reservada la habitación número 516 del Habana Libre, a nombre de Segundo Casas. Desde mañana, sábado 19, busquen instrucciones mías para la salida del país, en la Casa Blanca».

Segundo y Evaristo tenían órdenes estrictas. Mauricio, previsor como siempre, les había ordenado no dirigirse nunca al albergue cuando regresaran de una gira. Debían pasar primero por la Biblioteca Central de la Universidad y consultar en el archivador de autor y materia, la ficha que a cada uno le indicara antes de la partida. Solo podían regresar a sus respectivos albergues cuando en las tarjetas indicadas no encontraran

ninguna señal. Aquello significaría que nada los amenazaba. Pero cualquier anotación en el ángulo superior derecho de la tarjeta con las iniciales G. S., los obligaría a pedir el citado texto, sentarse con él en la sala de lectura y simular el asentamiento de alguna anotación. Pasados dos minutos debían dirigirse al baño, arrancar la página 187, aplicarle calor y leer el mensaje.

Mauricio esperaba impedir que sus viróforos cayeran en manos del contraespionaje cubano. Mientras transcurría el tiempo necesario para que llegaran de los Estados Unidos las instrucciones sobre la evacuación, pensaría cómo hacer para verificar con la máxima cautela, si Hilda también estaba chequeada. Era muy difícil y peligroso, pero indispensable.

Cuando salió de la Biblioteca se dirigió directo a su casa y se puso a codificar el mensaje, en términos periodísticos, según lo convenido. Esa misma noche, un hombre de la UPI escribiría un artículo en inglés sobre las perspectivas del deporte cubano en las próximas Olimpiadas, y a las diez de la noche, o a las once, Langley conocería los terribles sucesos del día 18 de julio en La Habana.

Aunque con bajas, Mauricio estaba convencido de haber realizado un buen trabajo. Si hubiera podido evitarse el escándalo internacional, habría sido perfecto; pero él, Julián Bohórquez, no firmó un contrato para realizar un trabajo perfecto. Se comprometió a dirigir una *covert action* en Cuba, y los objetivos estaban plenamente cumplidos. Tras multiplicar suficiente *Toxoptera aurantii* y lanzar con todo éxito el virus del YTD sobre los campos de Cuba, ¿qué más podía pedírsele?

Desde luego, la CIA no dejaría de pagarle su trabajo. Aquello lo tranquilizó un poquito más. Sin duda, le abonarían hasta el último centavo, conforme a lo convenido. Y en cuanto al alboroto, eso era un problema de Washington, no de Mauricio. Él había cumplido su parte con precisión. Que la CIA cumpliera ahora la suya. Pero, ¿qué hora era? ¿Ya las seis y treinta? A las siete y media tendría codificado su mensaje.

**Julio 19, sábado**

Cuando el aparato se detuvo ante la terraza del aeropuerto, el teniente Méndez y el capitán Carlos Ríos bajaron a ocupar sus puestos. Al compañero de Inmigración ya se le había explicado la situación. El hombre tendría que pasar por allí.

El hombre era Alejandro de Sanctis, director nacional de Virología de los Cítricos.

Ese mismo día, el cónsul cubano en Panamá se presentó a las siete y treinta de la mañana en la zona del golfo de Mosquitos, donde se encontraba Alejandro en compañía de otros cubanos. Para él, como virólogo, aquel viaje era más de turismo que de trabajo. Los otros compañeros sí estaban realizando una labor efectiva: los pedólogos recogían muestras de suelos, los ingenieros apícolas estudiaban la flora melífera, los ingenieros de riego hacían estudios topográficos...; en fin todo el mundo tenía algo que hacer, menos Alejandro. Por la especificidad de su trabajo, por la carencia de instrumental, por la ausencia de plantaciones de cítricos, Alejandro no podía contribuir en nada. Era evidente que lo habían mandado de paseo, a instancias de Alba. Todo provenía de aquella situación desagradable, de aquella discusión famosa. ¡Cuánta ansiedad! ¿Qué estaría pasando en Cuba? ¿Qué estarían pensando de él? ¿Se habría introducido el virus?

El cónsul llegó en una máquina, acompañado de otro cubano. Un desconocido. Debían de haber salido de la capital hacia las cuatro de la mañana, para poder estar allí a esa hora. ¿Y para que tanta prisa? ¿A santo de qué lo iban a buscar con semejante urgencia? La ansiedad de Alejandro fue mayor al notar que el cónsul, un hombre que lo recibiera efusivo y jovial siete días antes, ahora parecía evitarlo. ¿Y Bernardo Cabral? No: el cónsul no sabía nada de Bernardo Cabral. ¿No sabía siquiera si todavía estaba en Panamá? No, el cónsul no sabía nada. Y el desconocido no abrió la boca en todo el trayecto.

Hacia las once de la mañana, la máquina penetraba en Ciudad de Panamá. A las once y quince, el desconocido lo ayudaba a cargar sus maletas en una máquina del consulado. A las once y treinta y cinco, Alejandro y el desconocido penetraban en el aeropuerto de Tocumen, donde luego de cumplir unas sencillas formalidades, montaban en un avión civil cubano, evidentemente fletado para trasladar a Alejandro. A las dos y media de la tarde, el avión detenía sus motores en el aeropuerto de Rancho Boyeros.

¿Y ahora qué? ¿Qué carajo estaría pasando? Alejandro de Sanctis había salido para Panamá el día 12 de julio. Allá pasó una de las semanas más desagradables de los últimos años. Un tormento. Horrible. Y ahora, ese misterio que envolvía su

precipitado regreso lo angustiaba aún más. ¿Y por qué no mandaron a buscar también a Bernardo Cabral? La cosa era con él, evidentemente.

Paco bajó del avión delante de Alejandro. Cuando ambos se acercaron al puesto de Inmigración, Argüelles y Ríos cruzaron una mirada significativa con Paco.

**Julio 21, lunes**

—Doctor Bohórquez, teléfono por la línea dos.

Mauricio cerró la gaveta del archivo que consultaba en las oficinas de la WAF. Se dirigió luego a la carpeta y cogió el receptor que Margarita le dejara descolgado sobre la mesa.

—¿Aló?

—¿Doctor Bohórquez?

—A sus órdenes. ¿Con quién tengo el gusto?

—Lo llama el profesor Héctor González, de la Escuela de Biología, doctor.

—¿En qué puedo servirle, profesor?

—La Escuela proyecta organizar un acto en homenaje a Carlos J. Finlay y nos interesa la participación de algunos científicos extranjeros, residentes en el país.

—Ya comprendo, profesor, ya comprendo. ¿Y en qué consistiría el *ajto*?

—Pensamos en un pequeño fórum; una especie de conversatorio, en el que, además, vamos a dar a conocer algunos materiales inéditos... En fin, en otra oportunidad yo podría darle más detalles; ahora lo que nos interesa es elaborar la lista de los participantes, y concretamente nos interesa saber si podemos contar con usted.

—¿Cómo no! ¡De mil amores! Soy un profundo admirador de Finlay. ¿Para qué fecha sería?

—Para el mes de septiembre, doctor.

—¡Ah, *perfejto*! Pueden contar conmigo.

—Muchísimas gracias, doctor Bohórquez.

Y al otro lado de la línea, después de despedirse amablemente, el teniente Méndez dilata su rostro con una expresión de triunfal placidez. Bohórquez era el decimotercer residente peruano al que llamaba. De los bolivianos se ocupaba Carlos Ríos.

—¡Ese es el cabrón! —exclamó después de desconectar la grabadora—. ¡No cabe la menor duda! ¡Es la misma voz!

Los dos combatientes del SCC que se repartieran los llamados entre los residentes peruanos y bolivianos, conocían al dedillo la voz de Mauricio. La habían oído hasta en sueños.

**Julio 25, viernes**

A Richard Helms le fastidia que el presidente le trate de Dick. Es uno de los tres hombres más poderosos de los Estados Unidos y está acostumbrado a que lo invoquen por su apellido. Solo su mujer y su hermano pueden llamarlo Richard. Amigos que lo frecuenten, no tiene. Nunca los tuvo. Siempre consideró que la amistad era un obstáculo para su carrera. Toda su vida fue un solitario. Desde que se graduó y comenzó su vida profesional nunca aceptó siquiera que lo llamaran Richard; pero al presidente se lo tiene que aguantar, y aguantarse incluso la rabia que le produce el acordarse de Nixon, el infausto gángster presidencial al que tanto le gustaba que lo llamaran Dick. ¡El muy demagogo! ¡Cuáquero cretino! Con Watergate lo hizo envejecer diez años. ¡Claro! Un imbécil se pone a revolver mierda y salpica a todos los que tiene cerca.

Otra cosa que fastidia a Helms es que lo citen para una reunión en la Casa Blanca a las dos de la mañana, justo cuando acaba de terminar la tediosa reunión trimestral presupuestaria del NSC (Comité Nacional de Seguridad), que él preside, en su triple condición de director de la CIA, de la USIB (Junta de Inteligencia de los Estados Unidos) y de la IRAC (Comité Asesor para los Recursos de Inteligencia).

La reunión terminó a la una y cuarto. Helms recibió el llamado de la Casa Blanca a las dos menos diez de la mañana. Detestaba tener que tomar pastillas pero se sentía agotado. Para estar lúcido en la reunión con el presidente no tendría más remedio que doparse un poco.

Tomó una *lucidine*, fármaco de reciente creación, que solo circulaba a altísimos niveles oficiales y producía, sin crear hábito, un notable aumento de capacidad analítica y bienestar físico. La pasó con un té helado y salió de Langley a las dos en punto.

Hizo el viaje solo, con su chofer particular. Mientras recorría las ocho millas que lo separaban de Washington aprovechó para oír la transcripción grabada por su secretario, de un informe sobre el Asia Sudoriental, enviado ese mismo día por el vicealmirante Noel Gayler, director de la NSA (Agencia Nacional de Seguridad). Ese era el otro monstruo de la Inteligencia norteamericana: el amo del espionaje electrónico, del criptoanálisis, de la computación, de la cibernética y la mar en coche, que manejaba un presupuesto de mil millones de dólares anuales y vivía parapetado en un edificio de cuarenta millones en Fort Meade, Maryland, protegido por marines y tres murallas de alambres electrificados. Ese tipo, que manejaba un presupuesto dos veces mayor que el de la CIA, era el otro de quien se dejaba decir Dick; pero Richard Helms, a su vez, lo llamaba Mr. No, también para fastidiarlo. Podía hacerlo. A fin de

cuentas, sus fuerzas estaban equiparadas.

El poder de Helms radicaba en su mayor intimidad con el presidente. Conocía como nadie en el mundo lo que hacía, pensaba y quería el presidente de los Estados Unidos; y aunque eso en realidad, poco le importaba, era fundamental para vislumbrar las intenciones de los verdaderos amos de los Estados Unidos que manipulaban al gobierno. Todas las necesidades de Inteligencia del presidente norteamericano, eran transmitidas de inmediato a Richard Helms.

Noel Gayler, en cambio, era el poderoso director del ultramoderno y costoso engranaje de la NSA, proveedora del ochenta por ciento de la inteligencia efectiva consumida por la presidencia de los Estados Unidos; integrada por quince mil personas con elevadísimos coeficientes intelectuales, y pertrechada de una red de computadoras, mezcladoras y descifradoras, evaluadas en tres mil millones de dólares.

Aunque el director de la NSA dependía del secretario de Defensa, y el director de la CIA del presidente, de hecho los dos monstruos se mantenían en constante cooperación, lo cual no obstaba para hacerse zancadillas y celarse de ida y vuelta. De todas maneras, la cooperación entre los dos organismos era tan frecuente, que se daban casos de transferencias de funcionarios, como el del general Marshall S. Carter, que en 1966, de director adjunto de la CIA, se convirtió en director de la NSA. Todo caía, al fin de cuentas, en el mismo saco.

Y ya en la Casa Blanca el presidente lo recibe en la sala de Jefferson y *shit!* ¿Qué estaría haciendo ahí Mr. No? Y también el secretario de Defensa, cordialísimo como siempre, de labios para afuera el muy *son of a bitch*, deja que se te acabe el mandato, *good evening gentlemen*, ya verás cómo te descojono, buenas noches, señor presidente, señor secretario, mis respetos, encantado, vicealmirante, buenas noches, Mr. Helms, no es correcto darse apodos delante del presidente, y bien Dick, el presidente desearía saber qué relajo es ese que se ha formado en París con la película de los cubanos. ¿Qué película, *sir?* ¿Así que Dick no sabe lo de la película de París? ¿Y para qué le sirven entonces sus quinientos millones de dólares anuales? Y el secretario de Defensa, portador de la información, en persona, acompañado por Noel Gayler, quien se la proporcionó, no puede evitar una sonrisita indulgente para el pobre Helms, deja que se te acabe el mandato cabrón. *What the hell* sería lo de la película. La filmaron en colores, Dick, y la exhibieron el día 24, a las ocho de la noche hora francesa, en la sede de la Asociación Mundial de Virología de los Cítricos, y todos afirman, Dick, que allí se documenta de manera inequívoca, probatoria, un sabotaje de la CIA contra los cítricos cubanos, y el presidente quería saber si ese era el bellísimo plan del que le hablara unos meses antes, tremenda mierda lo que formaron, y un científico cubano, con una documentación que nadie se imagina de dónde la pudo obtener, un tal Alejandro de Sanctis, nos ha puesto en ridículo, de modo que ya Dick podía ver en qué había concluido toda aquella fantasía de las palomas y el virus nuevo, y un sudor frío recorre el cuerpo de Helms, y ya en

su despacho de Langley se mete otra *lucidine* y convoca urgente al Deputy Director y al Director for Community Relations y al Directorio en pleno for Clandestine Services y al asistente para Foreign Intelligence y al asistente para Counterintelligence y al imbécil del asistente general para las *covert actions*, y el pobre Jo solo oye hablar de *omissions*, *stupid carelessness*, falta de *planning*, y ya suman muchas pifias. Helms lo tiene entre ceja y ceja, y muy malhumorado por la descarga, se siente engañado, me van a botar, esta vez sí que me botan, y convoca para las ocho de la mañana a Daniel Fitzgerald, responsable de las *covert actions* para el hemisferio occidental, sí, que fuera con todo el informe completo del *damned* operativo Joy de mierda ese, que ya hasta el gato se ha enterado del ataque de la CIA a los cítricos cubanos, y Danny siente deseos de decapitar a alguien, pero no puede, porque el general Gregg, auxiliar para América Latina, no tuvo ninguna responsabilidad en el proyecto, la culpa la tuvo el doctor Clark, con su fantasía y sus palomas y maldita sea, cómo se le ocurrió a él aprobar ese plan disparatado, y Gregg no tiene la culpa, porque incluso unos pocos días antes le pidió el visto bueno para el lanzamiento del virus, y entonces Danny la emprende contra Murdock, responsable de Centro América y el Caribe, y manda a buscar al reverendo, y cómo le jode a Murdock que el malas pulgas de Fitzgerald la emprenda contra él, precisamente contra él, que desde un principio se opuso al plan, porque la verdad era que toda esa porquería la habían urdido Jerry y el doctor Clark, y él, Murdock, no tenía ahora por qué cargar con las culpas, pero cuando la cosa pintaba bien, unos días antes, él tuvo la *fucking idea* de revelar a Gregg su participación en la tramoya del plan: y el viejo de seguro se lo había soplado a Fitzgerald, y ahora sí que estaba bien jodido, pero ya se las pagaría el óctuple *son of a bitch* de Jerry White; y si usted es un hombre, Jerry, lo único decente que puede hacer ahora es darse un tiro, pero como yo sé que no tiene *guts* para hacerlo, le sugiero que se consiga un puesto de secretario de algún cónsul, lo más lejos posible Jerry, en las islas Fidji, o en Tonga, o de asesor en Paraguay para que pueda darse gusto hablando mierda con Stroessner, y usted ya no pertenece más a esta institución, piérdase Jerry, piérdase cuanto antes, y al llegar a la casa, Catherine Laffitte lo está esperando con su sonrisa escénica en los labios, dispuesta, como siempre, a esa hora para los aperitivos que marca el ceremonial doméstico, y él, déjame en paz, y ella, que jamás en su vida imaginó escuchar una grosería de tal calibre por boca de su marido, se enloquece de furor, de un furor malsano que emponzoña su corazón y sus entrañas y tú, yanqui plebeyo, asqueroso, al que nunca debí traer a esta casa, chusma, *bastard*, *fucking son of a bitch*, y Jerry la oía pálido, muy pálido, atónito ante aquella cascada de obscenidades, y en sus pupilas centellearon unos aritos ígneos y centrífugos, se le agarrotó el plexo abdominal, perdió toda noción de quién era, se acordó de Francis y extravió la conciencia de su propio yo, no supo dónde estaba ni qué pasaba, y sus ojos se desmesuraron ante aquella boca inverosímil que escupía blasfemias roncadas, y el galletazo se lo sembró en plena oreja y luego se quedó como petrificado, con la mano en alto, temblando, ya



no de ira, sino de estupor ante su intemperancia, y la patricia neorleanesa, que cayera despatarrada sobre el sofá, ante un teatro lleno de la más rancia nobleza que reía a mandíbula batiente, se levantó y corrió hacia la gaveta donde Jerry guardaba su pistola, y ya se disponía a abrir fuego cuando vislumbró en la mirada de Jerry que él no deseaba otra cosa, y comprendió de golpe que algo irreparable había ocurrido en su vida.

—Fracasaste en la Agencia, ¿verdad?

—Me botaron.

Entonces ella comprendió que Jerry deseaba morir cuanto antes, y que todo se acabara de una vez; pero era tanta la furia de Catherine que le descerrajó en pleno rostro una carcajada de júbilo y luego cogió la pistola por el caño, se la puso en sus manos y, ¡fuera de aquí!

Jerry ni siquiera intentó disculparse.

Tres días después aparecería muerto, en una taberna de Portland, Maine, víctima de una intoxicación alcohólica con *bourbon* barato.

**Julio 25, viernes**

Bernardo Cabral, el director de Sanidad Vegetal, llegó a Rancho Boyeros en un avión con varios funcionarios cubanos acreditados ante el gobierno de Panamá. Venían también personalidades del país hermano, invitados a participar en la celebración del 26 de Julio, previsto para el día siguiente en Pinar del Río.

Cuando Bernardo penetró en el salón grande, salieron a recibirlo el mayor Alba y el capitán Carlos Ríos. El mayor Alba, antes de dirigirle la palabra, le extendió una tarjetica, que Bernardo leyó sorprendido: «No diga una palabra. Quítese los espejuelos y démelos». Bernardo, sin saber qué pensar de aquello, hizo lo que se le pedía. El mayor cogió los espejuelos y se los entregó a Carlos, que los introdujo en un maletín y se retiró del lugar sin decir palabra. Luego, el mayor Alba, con una amplia sonrisa, sacó del bolsillo de su camisa otro par de espejuelos idénticos y se los alcanzó a Bernardo.

—Pruébese estos, a ver si le quedan bien.

Bernardo se los puso y comprobó más sorprendido aún, que veía con igual nitidez. Sin duda, estos espejuelos estaban preparados para sus propios índices de miopía, que, por cierto, eran muy distintos en ambos ojos. ¿Qué significaba todo aquello?

El mayor se limitó a reír complacido y sacó de su bolsillo otra tarjeta, más grande, que contenía una invitación, expedida a su nombre, para participar al día siguiente en la tribuna, en el acto de Pinar del Río. Bernardo estaba ansioso porque el mayor se explicara.

Cuando le entregaron sus dos maletas, Alba lo ayudó a transportar una de ellas, y lo condujo a su carro, que esperaba en el parqueo.

Al salir del aeropuerto, el mayor se ofreció para llevarlo a la ciudad; y si Bernardo no tenía reparos, en cuanto dejara el equipaje en la casa y se reencontrara con su familia, por cierto deseosísima de verlo e ignorante de su llegada, ¿le parecía bien conversar juntos un rato? Si no se sentía demasiado cansado... ¡Qué va, mayor! Al cabo de dos semanas de preocupaciones, angustia, incertidumbre, tras aquella precipitada salida, Bernardo no deseaba otra cosa sino hablar largo y tendido, sencilla y francamente. Nada en el mundo podía serle más necesario en aquel momento que conversar con el mayor.

Alba, por su parte, sintió que en las precipitadas palabras de aquel hombre tan parco, se escondía el eco de un reproche. Se dispuso, entonces, a dar a Bernardo la primera explicación. Él también pasó unos días muy angustiosos, con muchos altibajos y sobresaltos. Una de sus preocupaciones constantes, fue el tener plena

conciencia de que por una iniciativa suya, dos magníficos técnicos como él y Alejandro, se hallaban fuera del país, soslayados y marginados en el momento cuando más se requería de ellos. Qué útiles le habrían sido ambos en esos días, como sucediera desde el inicio.

Aquellas palabras del mayor, pronunciadas con su cálida y vibrante ronquera de siempre, cayeron como un lenitivo en el ánimo de Bernardo Cabral. Comenzaba a hacerse la luz. En realidad, la luz había comenzado a hacerse desde que Alba le entregara en el aeropuerto la invitación oficial para celebrar el 26 de Julio en la Tribuna donde hablaría Fidel. Y aquel tono conmovido, con el que Alba parecía querer disculparse por algo que Bernardo ignoraba, contribuyó mucho a tranquilizarlo. ¿Qué habría pasado? ¿Y qué sería todo aquel lío de los espejuelos?

¿Bernardo recordaba aquel día en que Alba lo citara a él y a Alejandro de Sanctis, para pasarles unas diapositivas en el Abreu Fontán?

Sí, mayor, la cita que al final no se pudo realizar...

Anjá, y ese día Alba les expuso lo del *Young Tree Decline*...

Sí, en efecto, cómo no, mayor, Bernardo se acordaba muy bien. Después, durante dos semanas él trató una y otra vez de reconstruir aquel coloquio en sus detalles. Bernardo apreció que ese día algo muy importante debió decirse. Algo que tal vez generó un equívoco muy irritante para el mayor, al punto de provocarle desde ese momento una actitud evasiva hacia él y Alejandro. Pero, por más que tratara de recordar, no pudo hallar siquiera una remota sospecha de algún justificativo para la repentina agresividad del mayor. Que Renato lo disculpara, pero Bernardo llegó incluso a pensar en cosas terribles, entre ellas, una repentina obnubilación del mayor.

Sí, Bernardo, sí: el mayor se imaginó todo eso. Era lógico.

Bernardo pensó también cosas terribles de Alejandro, pero era imposible, monstruoso, no, no, de ninguna manera, no podía ser, Bernardo conocía a De Sanctis hacía catorce años, y si de alguien no se podía tener ninguna duda era de él. No, no, no: tenía que ser alguna otra cosa.

No, Bernardo, no. El problema no había sido con Alejandro. Había sido con él, con Bernardo.

¡¿Cómo?!

Así como lo oía, Bernardo, así como lo oía.

Que el mayor se explicara, por favor.

Bernardo recordaba con claridad todas sus palabras y debía ser algún error, alguna mala interpret...

No, no, Bernardo, no. No se trataba de lo que Bernardo expresara ese día. Se trataba de lo que hizo...

¿Y qué había hecho? Él no recordaba nada anormal. Estaba seguro...

Pues bien, si Bernardo hacía un poco de memoria, recordaría que durante aquella conversación, transcurrida al inicio en la parcela de Virología y luego en el carro de Alba, él, Bernardo Cabral, se pasó todo el tiempo quitándose y poniéndose sus

espejuelos para mirar con un gesto de extrañeza la armazón del entrecejo y las puntas de las patas. ¿Bernardo recordaba? ¿No había sido así?

Sí, sí: claro que se acordaba. Eran unas cosquillas y luego un poco de irritación en la piel, con una mancha rojiza detrás de la oreja derecha. El dermatólogo diagnosticó una alergia por contacto con aquel material.

¿Y qué había hecho Bernardo?

Se puso una pomada que el médico le recetara y santo remedio. Luego siguió usando los espejuelos sin la pomada y ya no le volvieron a molestar.

¿Y no era cierto, Bernardo, que unos días antes, al salir de un cine en El Vedado, un hombre que hiciera un gesto brusco a su lado, le tumbó los espejuelos, y otro se los había desbaratado de un pisotón?

Sí, sí. Así había sido. Bernardo lo había contado a sus compañeros y...

¿Y no era cierto que el del pisotón le pidió mil disculpas y le ofreció mandárselos arreglar de un día para otro con su tío, director de una óptica?

Sí, sí. Un tal Miranda, muy atento por cierto: al otro día le llevó los espejuelos con una armadura nueva, causante de las cosquillas.

Anjá, y gracias a esas benditas cosquillas el mayor pudo sospechar...

Solo en ese momento Bernardo cayó en cuenta por dónde venía la cosa. Cerró los ojos y se dio una palmada en la frente.

¡Coño, mayor! ¿Escuchas? ¿Sería posible?

En efecto, Bernardo. Al principio, al mayor le había extrañado la cosa. Él era un hombre bastante observador y no recordaba haberle notado antes aquello que parecía un tic nervioso. Pero en realidad no sospechó nada hasta que ya estaban llegando al Abreu Fontán. Cuando vino a caer en cuenta, el mayor ya había metido la pata hasta la cadera. Si la cosa fue realmente así, de lo cual el mayor no estaba seguro, era una pifia cósmica, porque a esas alturas ya había mencionado lo del *Young Tree Decline*; y ante la inminencia de que el enemigo se le hubiera infiltrado ya en sus conversaciones, a través de un transmisor instalado en los espejuelos de Bernardo, el mayor buscaba con desesperación una réplica salvadora, una salida.

Al comienzo no podía siquiera pensar con serenidad. Una rabia insana y repentina se apoderó de su voluntad. ¡Cómo era posible que a él, un profesional, no le llamara la atención de inmediato aquel quita y pon de los espejuelos de Bernardo!

¿Pero era posible, mayor, instalar un transmisor en el interior de las patas de unos espejuelos?

Para un alcance de un kilómetro a la redonda, demasiado posible, Bernardo. La secretísima industria del espionaje elaboraba transmisores del tamaño de la cabeza de una tachuela, disparables con una pistola; y a una distancia de hasta doscientos metros, los proyectiles se incrustaban en una pared y abastecían un sistema de escuchas. La transistorización y los circuitos integrados representaban un avance fenomenal en el campo de la electrónica. De los mil millones del presupuesto anual de la NSA, un par de centenares se dedicaban a la investigación y a la secreta

producción de ingenios minielectrónicos. ¿Bernardo no oyó nunca mencionar el micrófono y pistola 902?

No. ¿Qué era eso?

Era un condensador direccional capaz de captar conversaciones al aire libre, con solo apuntar, mediante una mira telescópica, a los labios de los hablantes. Además, poseía un amplificador tan potente que se «chupaba», como por un tubo, conversaciones sostenidas a ciento veinte metros de distancia.

¡Alabao!

Sí, Bernardo, la cosa era muy seria. Y eso fue lo que obligó al mayor a variar su actitud hacia Alejandro y Bernardo.

Al regresar aquella tarde fatídica a su despacho, Alba se reconcomía los hígados en pos de una solución. Maldecía el haber comentado, y justo en esos momentos, lo del *Young Tree Decline*. Al principio pensó en hacerle saber a Bernardo su situación mediante una carta, para evitar comentarios comprometedores; pero luego decidió optar por lo que cualquier profesional en su mismo aprieto: aprovecharse de las escuchas enemigas para desinformarlos. Pero ellos no tenían un pelo de tonto, y desinformarlos, requería habilidad. Se debía crear una situación veraz; y después de mucho pensar, Alba prefirió engañar al enemigo con el comentario de que la Seguridad cubana impediría el lanzamiento del virus, por haber detectado a los ciclistas lanzadores de áfidos en Isla de Pinos. ¿Bernardo recordaba el giro de aquella conversación?

Desde luego, Bernardo recordaba, por ejemplo, que el mayor insistió en no arrancar los brotes tiernos de los campos para no llamar la atención y poder coger a la red completa de los mercenarios. Y aquello, tanto a Bernardo como a Alejandro, les parecía un riesgo inmenso, casi suicida... Eso era justo lo que el mayor pretendía para engañar al enemigo. Pero para inducirlo a creer que los cubanos se empeñarían en aquel disparate, era necesario que los técnicos reaccionaran con una auténtica y natural indignación, como hiciera Alejandro. Ese, ni más ni menos, fue el motivo de aquella absurda discusión entre Alba y Alejandro, que acabó por sacar de quicio al virólogo, y determinara su intempestivo viaje hacia Panamá. Alba lamentaba en el alma haber apelado a un procedimiento tan drástico, pero la Superioridad lo consideró idóneo para respaldar los argumentos de la falsa disputa, y lograr que el enemigo se tragara el cuento del completo despiste. Y luego de la áspera discusión con la que se intoxicó al enemigo, parecía creíble que Bernardo y Alejandro fueran enviados al exterior y dejaran de crear problemas al personal de Contrainteligencia Científica.

Además, como Bernardo y Alejandro no eran actores, mal hubieran podido representar de manera realista y convincente su actuación de los días 9 al 12 de julio, cuando presas de la mayor incredulidad e indignación, veían cómo los militares se proponían enfrentar un gran peligro con un plan disparatado. Los argumentos sinceros y vehementes que ambos especialistas esgrimieran en la Dirección del INRA

y la de Cítricos y Frutales, debieron convencer al enemigo de que la Inteligencia cubana andaba orinando fuera de la taza. Pero lo más grave, Bernardo, era que toda aquella monstruosa simulación, de la que él y Alejandro fueran víctimas inocentes, se llevó a cabo por si las moscas...

¿Cómo por si las moscas?

Sí, Bernardo. El tal Miranda, sobrino del director de la óptica, sometido a permanente vigilancia, parecía limpio. Nunca había salido del país, y durante los días de su chequeo no incurrió en nada sospechoso. Además, la forma como se rompieran los espejuelos, las cosquillas en la piel, y otras cosas más que ya el mayor le referiría, daban a pensar que lo del transmisor pudo ser perfectamente factible. Para averiguarlo, se debería desmontar los espejuelos, pero se perdería una excelente oportunidad de desinformar al enemigo, pues se daría inmediata cuenta del desmonte. En la reunión con la Superioridad se decidió analizar el caso a fondo: chequeo discreto de la óptica, indagación de todo el personal y revisión exhaustiva del despacho de Cabral.

La segunda sorpresa que Alba tenía para Bernardo, databa de la madrugada del 10 de julio: Seguridad del Estado encontró un transmisor del tamaño de un clavito, incrustado debajo del buró de Bernardo.

¿Cómo?!

Como se lo estaba diciendo, Bernardo...

Pero... pero... ¿y quién habría podido colocarlo?

El doctor Julián Bohórquez, Bernardo.

¿El subdirector de la WAF?

Ese mismo, el microbiólogo. ¿Acaso Bernardo no despachaba algunos asuntos con él?

Sí, sí. En dos o tres oportunidades Bohórquez pidió entrevistar a Bernardo para recomendar algunos productos patrocinados por su organismo. En todo caso, las visitas de Bohórquez le habían parecido a Bernardo más que justificadas, y jamás se le habría ocurrido sospechar nada de él.

Pues así era la cosa, Bernardo, y en tal situación, con la evidencia de un micrófono bajo el buró de Bernardo, con la sospecha de otro aparato en el interior de sus espejuelos, era obligatorio suponer también, que el mismo trabajo debía habersele preparado a Alejandro de Sanctis.

¡Ave María! ¡Alabao sea el Santísimo!

¿Bernardo comprendía ahora lo útil que resultó no celebrar reuniones en su despacho?

Claro, claro. Y a propósito, mayor, ¿a Alejandro también se le encontró algo?

Nada en el despacho, Bernardo, pero podía estar controlado en su casa, o llevar un transmisor en un bolígrafo, en cualquier parte. Debían tomarse las máximas precauciones. Bueno, mayor, y el tal Bohórquez...

Julián Bohórquez era el cabecilla y organizador del grupo de

contrarrevolucionarios que actuaba en el interior del país.

¿Estaba detenido?

Estaba.

¿Y el sabotaje, mayor? ¿Y Alejandro?

La máquina había llegado a la puerta de la casa de Bernardo. El mayor se apeó para abrir el maletero.

¿A Bernardo le parecía bien que el mayor pasara a recogerlo a las diez?

Sí, sí, muy bien. Con respecto a lo del sabotaje y a Alejandro, el mayor le explicaría todo a las diez.

Cuando Fernando Alba montó en su máquina y se alejó unos metros, pensó que no tenía derecho a seguir con aquel *suspense*, especialmente ante un hombre que pasara catorce días en el exterior, presa de una verdadera angustia.

Dio marcha atrás, tocó bocina, y Bernardo, que aún no había cogido el elevador, se acercó a la ventanilla de la máquina.

—Alejandro viajó a París, tres días después de su regreso a La Habana, para presidir una delegación de alto nivel científico y exhibir una película de dieciséis milímetros, en colores.

—¿Película sobre qué, mayor? —preguntó Bernardo, intrigado.

—Sobre el sabotaje —le contestó el mayor con una sonrisa; y al marcharse lo dejó más perplejo todavía.

Bernardo permaneció de pie y solo atinó a rascarse la cabeza en medio de la acera.

¡Era del carajo, el mayor!

**Julio 25, viernes**

Cuando el mayor Alba llegó a su casa, Denis, tirado en el piso, jugaba con el niño.

—¿Qué hubo, Rafael?

Antes de que Rafael pudiera contestar una sola palabra, el niño obligó a su padre a ponerse un gorro de papel que acababa de fabricar, con ayuda de tío Rafa, y luego, en medio de tremenda gritería se puso a llamar a la madre para mostrarle lo bien que le quedaba el gorro a su Papi.

Durante diez minutos nadie pudo hablar en la casa. Debían atender a las urgencias y malcriadeces del niño, los que, con permiso del Apóstol, también habían nacido para la frecuente infelicidad de los adultos. ¡Cómo jodían!

Exhibidos los progresos realizados en el círculo, visto que ya sabía darse vueltas de carnero en el piso sin almohadones, y respondida una metralla de preguntas incoherentes, llegó la afortunada hora de la comida del niño, ya estaba servida sobre la mesa de la cocina y, en cuestiones de disciplina infantil, Carmen era de una intransigencia prusiana, y qué bendición tener una mujer así, que se imponía sin fajarse de igual a igual con el niño, sin gritar ni pelear, y qué tipo afortunado ese Alba, y por fin el niño se marchó a lavarse las manos y a sentarse calladito para comer como los niños buenos.

—Te tengo una noticia —anunció Rafael, mientras se arreglaba con las manos los cabellos revueltos.

—¿Cuál? —quiso saber Alba, intrigado.

Rafael le explicó que al mediodía, el comandante López lo había invitado a almorzar y le entregó una invitación para el acto del 26. Pasaron un rato agradable, hablaron de su retiro, y como Denis se negara, el comandante prometió buscarle ubicación en el servicio interior. Recordaron los viejos tiempos, la época de Paco Granados, y ya como a las dos de la tarde, cuando Rafael estaba por retirarse, el comandante le leyó la copia de un cable recibido momentos antes en el MINREX, procedente de la embajada cubana en Ámsterdam. Sin más comentarios, Rafael le alcanzó a Alba una copia del cable que el comandante le enviaba por su intermedio. Era la traducción de un suelto aparecido en un periódico progresista de la capital holandesa:

**LA MANO PELUDA**

Tras el revuelo formado en París por la divulgación de un film cubano, en el que se demuestra de manera irrefutable el intento de la CIA por contaminar los cítricos cubanos con un virus recién descubierto en los Estados Unidos; y tras haberse



divulgado en la capital francesa, la participación en el caso de un científico sudafricano, nacionalizado holandés, una verdadera legión de periodistas nacionales y extranjeros trató en vano de localizarlo. Aunque la prensa oficialista no ha publicado ninguna noticia, trascendió que el mencionado científico y su señora murieron anteayer en un extraño accidente automovilístico cerca de Amberes, del que, por misteriosas razones, las autoridades policiales se muestran reacias a brindar información.

—¿Qué te parece? —preguntó Rafael, cuando Alba terminó de leer.

—Era de prever —contestó Alba, encogido de hombros—. Y lo más lamentable del caso es que la esposa de Hunt, debe de haber corrido ya la misma suerte.

—Pobre mujer... —comentó Rafael.

**Julio 25, viernes**

La película comenzaba con un primer plano de la carta manuscrita, en inglés, enviada por Betty Hunt a Eddy M., y cuya traducción al español era leída por una voz femenina.

—Ahí están en pleno «infanticidio» —comentó Alba, al aparecer las primeras tomas de campo.

Se veía una multitud de estudiantes trabajando en una plantación de cítricos. Vistos de lejos, sus movimientos inducían a suponerlos arrancando frutos; pero arrancaban otra cosa que en las primeras imágenes no se alcanzaba a discernir.

Luego, venía una secuencia aérea, tomada a gran altura, a juzgar por la extensa franja que se divisaba a ambos lados de la carretera. Entre los verdes árboles y la tierra roja se destacaban los uniformes grises y azules de los estudiantes en plena faena. Desde aquella altura se veía con nitidez el bullicioso hormigueo de los jóvenes, enmarcado entre los bordes de la carretera y la duodécima hilera de árboles por ambos lados.

Alba mandó detener la proyección y pidió le inmovilizaran una de las últimas secuencias. Sentado entre Bernardo y Rafael Navarro, en aquella pequeña sala del ICAIC, Alba parecía un director con sus asistentes.

Bernardo y Rafael debían ver que los muchachos estaban desparramados entre los bordes del camino y la duodécima hilera de árboles, por ambos lados; y si observaban bien, verían que más allá de las doce primeras hileras, paralelas al borde de la carretera, no trabajaba ningún estudiante. Que se fijaran bien. Así era, sí, se veía bien clarito. ¿Y por qué procedían así? Muy sencillo. Que Méndez encendiera la luz por favor. Se supuso que la savia virulenta sería lanzada en cápsulas termosensibles, como las empleadas en el lanzamiento de las *Toxopterae*. Y se comprobó que la emisión de las cápsulas cargadas de áfidos, nunca sobrepasaban la séptima hilera de árboles, unos sesenta metros del borde del camino. Por eso se consideró que con arrancar los retoños hasta la duodécima hilera, se podía tener ya un buen margen de seguridad. A esa distancia, los virus presentes en la savia de ocuje no serían transferidos de inmediato a ningún árbol, precisamente por la ausencia de brotes tiernos. Aquella operación masiva para arrancar los retoños, los hijos de los árboles, mereció el macabro apodo de «infanticidio» y así se le siguió llamando. La campaña se inició el 3 de julio, dos días después de que Alejandro de Sanctis vaticinara el propósito enemigo de proyectar el virus sobre la savia del ocuje y no con yemas contaminadas. Como Bernardo podía comprobar, la primera medida tomada no era otra sino la prescrita por Alejandro y por él. Dos días después, el 5 de julio, el mayor

Alba se propuso pasar a Bernardo y Alejandro las primeras secuencias de aquel rodaje e informarles de la situación. Para eso, entre otras cosas, los invitó al Abreu Fontán; pues ellos, absortos en sus trabajos de microscopía, no estaban al tanto de lo ocurrido en los últimos días. Aquel 5 de julio, Alba tenía el propósito de informarlos no solo del «infanticidio» sistemático en las franjas contiguas a las carreteras de Jagüey e Isla de Pinos, sino también de los excelentes estudios sobre dispersión populacional realizados por los dos compañeros soviéticos, y sus deducciones sobre el desplazamiento geográfico del sabotaje. Pero entonces, el quitaipón de los espejuelos de Bernardo lo obligó a dar marcha atrás y a abstraerse de todo comentario.

Alba apagó la luz y Méndez continuó la proyección del film. Unas tomas en primer plano mostraban ahora unos rostros sonrientes y tostados por el sol, en la tarea de arrancar los retoños. El primer plano cogía luego las manos de una muchacha pelando una rama y agregándola al contenido de un saco que llevaba terciado al hombro.

Venía luego otra vista a vuelo de pájaro, sobre el trabajo de los estudiantes en distintas carreteras de Jagüey que culminaban todas en una secundaria básica. La secuencia se realizó con un ritmo magistral. Como música escogieron una gavota de Bach, interpretada por Andrés Segovia, y cada vez que en la pantalla aparecía el edificio de una secundaria, coincidía con un acorde vibrante de la guitarra. La idea de que aquella película, aparte de servir como testimonio para la denuncia internacional del sabotaje, fuera también una obra de buen gusto, la concibió el comandante López; y logrado el apoyo de los niveles correspondientes, él mismo colaboró en el guión con los documentalistas del ICAIC.

Lo que ya se había expuesto en París, que Bernardo y Rafael veían en ese momento, no era más que un ensayo; pero luego se trabajaría la edición y el montaje, con miras de transformar aquellos materiales en una película ambiciosa.

El acorde final de la gavota coincidía con una puesta de sol en Jagüey. Seguía una escena con excelente apoyo sonoro, en que aparecían dos hombres dando pico y pala dentro de un hueco, al borde de una plantación. Se oía el ruido seco del hierro al horadar la tierra y el jadeo rítmico de los hombres.

—Ahí estaban cavando los pluviómetros —comentó Alba.

¿Los pluviómetros?

Sí, ese fue el nombre que recibieron aquellos huecos. Bernardo nunca había oído hablar de pluviómetros excavados en la tierra.

Alba tampoco.

¿Y entonces?

En realidad no existían tales pluviómetros. Los huecos eran puestos de observación, pero hubo que inventarles otra función. De ahí el nombre.

¿Cómo, cómo, cómo?

Muy sencillo. Eran puestos de observación para acechar a los saboteadores.

¡Mira pa' eso!

Los huecos se excavaron a una profundidad de un metro y ochenta centímetros, para que desde ellos, un hombre con anteojos, pudiera explorar los movimientos de cualquier vehículo sobre una extensión de doscientos cincuenta metros a su derecha.

¿Y cuántos kilómetros había que vigilar en Jagüey?

Teniendo en cuenta que en la distribución de los áfidos, los saboteadores solo recorrían las carreteras principales con acceso a las secundarias básicas, debían vigilarse unos doscientos veinte kilómetros. ¡Eso quería decir, más de cuatrocientos huecos!

¡Tremendo trabajo!

Fueron exactamente cuatrocientos cincuenta y dos huecos, y se emplearon cuatrocientos cincuenta y dos hombres.

¡Ah, así sí!

Los hombres trabajaron por parejas, y a cada una se le asignó la excavación de los dos huecos correspondientes a un kilómetro, que ellos mismos ocuparían como vigías.

¿Y en cuánto tiempo se hizo?

En dos horas.

¿Cómo dos horas?

Sí. Los cuatrocientos cincuenta y dos hombres se distribuyeron en veintidós brigadas de veintipico. Cada brigada, dotada de un camión, se encargó de hacer los veinte huecos correspondientes a un tramo de diez kilómetros. Se trabajó con reclutas del Ministerio que un día antes recibieran un mínimo técnico sobre cómo construir los huecos, a partir de determinadas especificaciones. Se procuró ubicarlos siempre en lugares desde donde pudieran controlar, sin obstáculos, los quinientos metros de alcance asignados por puesto.

En fin, cada brigada disponía de un coordinador y un chofer, además de los veinte vigías. El trabajo en el campo comenzó el 4 de julio a las ocho en punto; y a las diez y treinta de la mañana todos los huecos estaban construidos.

Luego, los mismos combatientes que construyeron los huecos ocuparon sus puestos allí mismo.

¿Dentro de los huecos?

¡Qué va! Eso habría sido imposible. Los vigías recibían instrucciones de permanecer a unos cien metros de su hueco, en el interior de la plantación. Cada uno, al ocupar su puesto antes del amanecer, llegaba con un porrón de agua, su comida, sus anteojos y un *walkie-talkie* para comunicarse con el resto de la gente.

¿Y a quién se le ocurrió llamar pluviómetros a aquellos huecos?

Ocurrió que se hizo creer, a la gente de la zona, en una operación conjunta de la Dirección de Riego y Drenaje y de la Dirección de Suelos del INRA, para medir, por un lado, los índices de saturación de los suelos con aguas pluviales, y por otro, para obtener perfiles del terreno, con miras a un trabajo de mapeo edafológico para la

provincia de Matanzas. A ningún campesino de la zona le llamó la atención aquello; máxime que al proyectarse la construcción de los huecos, los jefes de los planes recibieron instrucciones de buscar ocupación para su personal y los estudiantes, lo más lejos posible de las carreteras. Además, unas vez contruidos los huecos con una medida estándar en la boca, se les colocó encima una tapa de madera, elaborada de antemano; y sobre ella se paleaba tierra húmeda y con hierbas. Y una vez tapado el hueco, ningún caminante inadvertido se caería en él.

¿Y dónde se escondían los vigías?

A unos cien metros de su hueco, en una pequeña tienda de campaña, muy bajita.

¿Pero eso no era sospechoso para los campesinos y los trabajadores de los planes?

No. Al personal y a los estudiantes asignados a los distintos planes se los mantuvo alejados de los bordes de las carreteras. A los pocos que el azar llevara a dar con alguna tienda, el compañero allí situado les pedía el favor de llevar un recado urgente al director del plan más próximo; y allí los compañeros de Seguridad se encargaban de que el trabajador, o estudiante, o lo que fuera, no tuviese oportunidad de hablar más con nadie de la zona.

¿Y desde la carretera no se divisaban las tiendas?

No, imposible. Estaban muy bien escondidas tras alguna pequeña elevación natural o artificial del terreno, y recubiertas con ramas y hojarascas; pero lo mejor era que Rafael y Bernardo siguieran viendo el film.

En efecto, mediante un magnífico trabajo de cámara se enfocaba desde el centro de la carretera una plantación compacta. Allí la cámara quedaba fija en un punto dado; y sobre ese punto solo se veían unas ramas secas y un pequeño montículo de tierra roja. Luego, detrás del montículo aparecía un hombre sonriente, con unos anteojos colgados del cuello y su transmisor-receptor en la mano. El hombre emitía unas pocas palabras, se arrimaba el aparato a la boca y luego comenzaba a avanzar rápido hacia la carretera. Al acercarse a la cámara fija, su volumen aumentaba poco a poco; y cuando llegaba al falso pluviómetro, levantaba la tapa, se introducía en él y comenzaba a atisbar hacia su izquierda la anunciada aparición del enemigo.

Alba pidió que encendieran la luz. Se puso de pie y se acercó a una pizarra con miras de dar una explicación a Bernardo y Rafael.

A Bernardo lo consumía la impaciencia y Alba no podía evitar el bacilarlo un poco con su información por cuentagotas.

—¿Y el enemigo apareció por fin? —preguntó Bernardo impaciente.

Alba sacó un cigarro, lo encendió, buscó un cenicero e hizo todo lo posible por demorar la respuesta. Por fin dijo sonriendo:

—¡Claro que apareció!

—¿Y lo detectaron rápido? —volvió a preguntar Bernardo, con ansiedad. Ya estaba calculando cuántos miles, o decenas de miles de árboles podrían haberse perdido.

—Se lo detectó desde la primera mañana —anunció Alba triunfal.

—¿Y fueron ellos los que lo detectaron?

—¿Quiénes?

—Los vigías de los pluviómetros.

—No, no —contestó Alba—. Los que detectaron a los saboteadores fueron los del «panzón» —dijo y esperó nuevamente el efecto de sus palabras.

—¿Y eso qué es?

Alba ya se disponía a explicar lo del «panzón» en la pizarra, pero cambió de idea, apagó la luz y pidió a Méndez que continuara la proyección.

La escena siguiente mostraba un paisaje de los bosques de Cabo Cruz, y una secuencia didáctica en que el locutor proporcionaba datos sobre la *Toxoptera aurantii* y sus plantas hospederas. Cuando llegaba al ocuje, la cámara proyectaba desde abajo un tronco recto y altísimo, con una música de órgano, verdaderamente catedralicia, pero de pronto se rompía en una tanda de fragmentos disonantes, dodecafónicos, que acompañaban un vertiginoso repertorio de vistas fijas. Y para Rafael Navarro también había sorpresas, pues aquellas vistas fijas eran ni más ni menos, las diecisiete fotos que él mismo tomara desde el aerotaxi, cuando sobrevolara el invernadero de la Homestead, y que enviara con el tucumano el día 5 de julio.

La cámara volvía luego al ocuje. Mostraba una escena de extracción de savia, y su embotellamiento. De pronto se oían unos ladridos furibundos, como de una jauría famélica. Un hombre caminaba y esparcía savia sobre el suelo del bosque; y tras él, un grupo como de treinta perros, con sus correspondientes bozales y vigorosamente sujetos por sus entrenadores, que los seguían casi a rastras, aguzaban su olfato en seguir la huella del ocuje.

Con los perros se había efectuado un intenso entrenamiento de varios días y se los sensibilizó al máximo para la percepción de la savia del ocuje; pero como se suponía que el lanzamiento del virus se haría con cápsulas, luego se realizaron ensayos para que los perros detectaran la savia, no ya siguiendo un rastro en tierra, sino en forma aérea, a partir de puntos fijos, emplazados en medio del follaje de una plantación de cítricos. A cincuenta metros, la mayoría de los perros detectaba la savia de ocuje antes de un minuto. A mayor distancia comenzaban a vacilar.

Aquella insuficiencia de los perros dio lugar a la creación de las brigadas HPF.

—¿Hache pe qué?

«¡Hostia! ¡Qué manera de inventar nombres esta gente!». HPF quería decir: «Hombre-perro-fuego».

—¿Y eso pa' qué?

El vigía del hueco, aunque no veía el disparo, se daba cuenta cuando este se producía, por un detalle que después se explicaría. Luego, cuando el mercenario se perdía de vista por su derecha, el vigía daba la señal a la camioneta de los perros, y salía al camino a indicar el lugar aproximado desde donde se lanzara la cápsula. Los perreros cumplían la doble función de controlar a los animales (cinco en cada camioneta) y de quemar, con un pequeño lanzallamas manual, a manera de soplete,

no solo la cápsula detectada por los perros, sino toda la parte del árbol sobre la cual podían haber caído gotas de savia de ocuje. En caso de que la cápsula hubiese caído en el centro del árbol, se le incineraba completo y de inmediato apagaban el incendio con un potente extinguidor que llevaban a la espalda.

Toda aquella operación, desde que bajaban de la camioneta hasta que regresaban a ella con los perros, no duraba más de tres o cuatro minutos. Como había seis brigadas HPF, y los sabotadores eran dos, que actuaban en distintas zonas, se habían formado dos grupos de tres brigadas, de modo que mientras la una detectaba la savia o quemaba los árboles contaminados, las otras proseguían alternando la persecución de los ciclistas desde una distancia prudencial.

¿Cuáles ciclistas? ¿Alba ya empezaba otra vez con los nombretes?

No, no, nada de nombretes. Aquí se trataba de ciclistas verdaderos. Ya verían, ya verían.

La película pasaba de pronto a proyectar una serie de fotos de distintos actos de sabotaje perpetrados en Cuba por el imperialismo norteamericano. *La Coubre*, El Encanto, ataques artillados a humildes aldeas costeras, quemas de cañaverales, etcétera; y el locutor, en un tono de moderado dramatismo salpicaba una serie de comentarios hilvanados con las dramáticas imágenes. De pronto, tras unas escenas de los combates de Girón, se veía la captura de los mercenarios, algunas fotos de niños «bitongos» de la época de la dictadura, y en ágil edición las fotos de José Alberto Casamayor y Rodolfo Cifuentes, alias *Segundo* y *Evaristo*, de frente y de perfil. El locutor refería con sobriedad los hechos más sobresalientes de los dos connotados criminales, su vinculación a grupos intervencionistas de mala entraña, su participación en las *covert actions* de la CIA en distintas latitudes de América Latina, y como para que no quedara ni la menor duda de su identidad, aparecía una serie de imágenes alternas en que se veía a Segundo y Evaristo pedaleando durante el sabotaje, y luego sus mismos rostros tomados de los archivos de Seguridad y de Inmigración. En determinados momentos se contrastaban las fotos de antes y después, y una mano con un lápiz señalaba las identidades evidentes en los rostros de ambos. ¡Para que no hubiera la menor duda, vaya! Para que el mundo entero reconociera en ellos a dos mercenarios profesionales.

De pronto, la cámara focaliza a Segundo en acción, pedaleando por una carretera de Jagüey. Va disfrazado con una camisa de mezclilla, botas y sombrero. Pedalea y pedalea con un aire inocente en su rostro. Por momentos resopla. De pronto, otra cámara lo coge a distancia, a unos doscientos o trescientos metros y enfoca sus rodillas en acción y sus manos apoyadas en los manubrios de la bicicleta. En un momento dado, su mano izquierda afloja un seguro ubicado entre los dos manubrios, y hace girar hacia afuera la mitad derecha. En ese momento, la cámara enfoca la punta del manubrio-pistola, pero el disparo no se percibe. Se ve en cambio cuando Segundo vuelve el manubrio a su sitio y continúa pedaleando. Luego, una escena idéntica se repite con Evaristo en otra zona de Jagüey.

La película muestra luego un hombre que emerge de un pluviómetro y se ubica en un punto de la carretera. A los dos minutos aparece una camioneta, y los perros y el fuego hacen su trabajo.

Bernardo quiere saber dónde estaban las cámaras que tomaron esas fotos, porque el ángulo de las tomas no corresponde a ningún pluviómetro, y además porque parecen haber sido tomadas desde una distancia de cien metros. El mayor le explica que fueron tomadas exactamente desde ochenta metros.

Solo desde ochenta metros, Bernardo; y las tomas se efectuaron desde unos cañones de riego emplazados cada tres kilómetros. En su parte superior se había instalado una filmadora de dieciséis milímetros, diminuta y ultrasensible. Más adelante, Alba explicaría los detalles del funcionamiento.

El film mostraba luego a Segundo y Evaristo abordando el *Cometa*, desembarcando en Batabanó, llegando a la Biblioteca Central, penetrando en el Habana Libre. Luego, se oía la conversación telefónica del 21 de julio entre Méndez y Julián Bohórquez, en que este aceptaba una invitación para participar en el homenaje a Finlay. Posteriormente, una serie de tomas con teleobjetivos captaban a Mauricio tras una ventana de su apartamento, en su trabajo en la WAF, y finalmente en una celda de Villa Marista, una amable y eficiente fortaleza de la Seguridad del Estado. En su confesión no tuvo reparos en describir los detalles de la operación. Era un verdadero inmoral. Una vez caído él, que se derrumbara el mundo. Como albergara sus dudas sobre si lo ejecutarían o le meterían treinta años de prisión, y en este caso prefería la muerte, optó por cantarlo todo. Narró en forma pormenorizada todas las sutilezas del plan, y se jactó de que la enfermedad por él propagada ya sería irreversible. Los críticos de Cuba no subsistirían.

Según las noticias recibidas por Alba, el efecto producido por aquel film en París fue enorme; y el anuncio de una película con todos los detalles levantó mucha expectación. La CIA cogida *in fraganti* era una gran noticia y un *thriller*. A la segunda exhibición, ofrecida en la embajada cubana de París, asistieron periodistas, escritores, críticos y realizadores de cine (Jules Perrault, Costa Gavras y Jean Costeau entre ellos); y un rotativo de gran circulación publicó un artículo a cuatro columnas con el siguiente título: «La embajada cubana exhibe film sobre atentado de la CIA contra críticos de Cuba. Una obra de arte y un documento político para la historia».

En la parte final se exhibía el «panzón», un helicóptero diseñado en la Unión Soviética para rastreos de gran altura. Pintado de color celeste mate, se hacía casi invisible, y en su parte inferior llevaba un revestimiento de fibra de astracán sintético polarizado, de un color gris claro, de modo que a determinadas alturas podía mimetizarse a manera de nube. En su enorme panza llana contenía ocho puestos de observación telescópica. Ante esos telescopios, desde el mismo día 3 de julio, se instalaron ocho expertos vigías que se repartieron la observación de todos los vehículos en tránsito por Jagüey en esos días. Otro «panzón» hacía el mismo trabajo en Isla de Pinos. La operación era onerosa, pero mucho más lo habría sido permitir



que el sabotaje se produjera. Cualquier gasto era insignificante en aquellas circunstancias.

El «panzón» oficiaba, además, como puesto de mando y enlace directo con las brigadas HPF para anunciarles cualquier detalle concerniente al movimiento de las bicicletas, en especial cuando viraban hacia atrás, para iniciar su trabajo por el otro borde del camino. En esos casos, las camionetas de Riego y Drenaje, que siempre se mantenían a un par de kilómetros detrás de las bicicletas, debían replegarse y desaparecer en el primer desvío del camino, para luego reorganizarse y continuar su trabajo en dirección contraria.

Además, el «panzón» se comunicaba de modo directo con cuatro puestos de observación de vehículos, ubicados en los lugares obligados de entrada a la zona, por el sur y por el norte, por el este y el oeste. En esos lugares se hallaban apostados otros tantos expertos conocedores de la zona, de los vehículos, de la gente, que recomendaban priorizar la observación de los vehículos desconocidos para ellos.

Sin necesidad de esa orientación, el telescopio número 3 detectó, a las diez de la mañana del 7 de julio, una extraña bicicleta que articulaba uno de sus manubrios en un ángulo de noventa grados. Aquello le llamó de inmediato la atención al vigía y la siguió en todo su recorrido de aquella mañana. El ciclista repitió la maniobra tres o cuatro veces más; pero lo más extraño del caso fue que su bicicleta no iba a ninguna parte de Jagüey.

Por fortuna, los días 7, 8 y 9 de julio de 1975, fueron días de cielo muy despejado, como es habitual en esa época del año, y las nubes no interfirieron con el trabajo del «panzón», que pudo operar desde gran altura, a cubierto de toda mirada indiscreta.

En un determinado punto de Jagüey, el ciclista montó en un carro y amarró su bicicleta a la parrilla del techo, donde, ¡cosa extraña!, había otra atada de igual forma.

Acto seguido se organizó el seguimiento de aquel vehículo, que se dirigió a Varadero. Al descender del carro, los dos hombres, para sorpresa de todo el mundo, ya no vestían sus botas y camisas de mezclilla, sino mocasines, camisetas playeras y *shorts*.

Parquearon el carro en un cobertizo que oficiaba de garaje en el fondo de una casa, a la que luego entraron con las bicicletas por la puerta trasera. Media hora después, volvían a salir y se sentaban en un bar. El camarero que les atendiera el pedido de cerveza y mariscos, y otros dos que trabajaban en el local, fueron trasladados al Habana Libre, en la capital, y sus puestos los ocuparon otros tres camareros, muy chéveres ellos, por cierto. El administrador y las otras dos personas de servicio en el barcito, recibieron vacaciones por una semana, y esa misma tarde entregaron lo que debían entregar e hicieron sus maletas.

El que trajo las cervezas les vació el cenicero, que tenía algunas colillas y les puso otro limpio, al que acababa de instalársele un potente transmisor, con un alcance de quinientos metros a la redonda.

La conversación de los dos hombres resultó algo críptica, pero pronunciaron dos frases que produjeron un enorme alivio en el ánimo de la gente del SCC, y en particular del mayor Alba.

En determinado momento uno de ellos comentó: «Por mi madre, no veo la hora de que nos den la orden de empezar». Y el otro había añadido: «Sí, hombre: ya está bueno de tanto entrenamiento. Lo que hay que hacer es matar esto en una semana y pirarse pa'l carajo».

Cuando Alba oyó aquello, en la misma tarde del 7 de julio, se sintió renacer. Era la bendita evidencia de que aún no habían lanzado el virus. Pero no demorarían en hacerlo, porque la brotación estaba cogiendo cada vez mayor fuerza.

El 9 de julio, ya bastante seguro del éxito, Alba urdió la famosa discusión con Alejandro, y promovió su salida inmediata hacia Panamá en compañía de Bernardo Cabral. Ambos debían ignorar lo que estaba ocurriendo en Jagüey y en la Isla; pues si realmente llevaban transmisores encima, el enemigo se enteraría de todo. Alba insistió con cierto exceso para que solo se ocuparan de sus controles mediante microscopía electrónica.

El día 8 de julio, el «panzón» proyectaba cuatro de sus ocho telescopios sobre los dos ciclistas y los otros cuatro, por siaca, continuaban sus tareas de prospección general sobre los demás vehículos.

Los dos ciclistas se desplazaban por zonas opuestas de Jagüey. La potencia de los telescopios permitía verles las manos desde nueve mil pies de altura. Esos días el clima colaboró con largueza. En la diafanidad de la mañana del 8 de julio, ni una sola nube rompió la monotonía de aquel cielo insoportablemente azul pero transparente para los telescopistas del «panzón» y para la salud de los cítricos cubanos.

Detrás de ambas bicicletas, a una distancia controlada desde el «panzón», avanzaban las camionetas de las HPF. Cada vez que uno de los ciclistas enfilaba el manubrio derecho hacia los campos (y eso lo hicieron solo dos o tres veces en la mañana, quizá a modo de práctica), los pluviómetros registraban el lugar donde ocurría el caso, y enseguida las camionetas se detenían allí mismo para que los perros buscaran la savia del ocuje. Sí, era evidente que aún no habían recibido la orden de los disparos masivos.

El día 8 por la tarde, se tomaron sus cervezas con mariscos en el mismo bar del día anterior, en el que ya todos los ceniceros estaban limpiecitos y preparados, no solo para servirlos allí, sino en cualquier lugar de Varadero donde quisieran sentarse a tomar un trago. ¡Qué bueno hubiera sido que se robaran uno de esos ceniceros y se lo llevaran para la casa!

Alba no quiso arriesgarse a colocarles escuchas en la habitación. Con aquello ya los tenía controlados, y penetrar en la casa era exponerse a algún sistema de alarmas con minifilmadoras automáticas, que podrían desbaratar aquel excelente trabajo. Se aspiraba no solo a impedir el sabotaje, sino también a coger a la CIA con las manos en la masa.

Fue ese día, 8 de julio, cuando el comandante López decidió que en lugar de un simple film demostrativo del sabotaje, debía hacerse un guión para una película, testimonio irrefutable de las fechorías de la CIA. Quería ofrecer una visión categórica de la canallesca *covert action* enemiga; y si quedaba bien, podría ser un palo que no liquidaría a la CIA, pero la llenaría de infamia y moretones.

Fue entonces cuando se decidió iniciar la película con el manuscrito de Betty Hunt; y cuando comenzaron a filmarse las escenas de Cabo Cruz, aunque ya el entrenamiento de los perros había concluido. Luego, se añadieron las escenas de la construcción de los pluviómetros, todo en color, y así con un montaje primario, muy sencillo, se preparó la copia exhibida el 23 de julio en París, en cuya parte final se recogían incluso las declaraciones de Mauricio, detenido el día 21.

El 9 por la noche, durante el *show* del hotel International, el cenicero de la mesa 33 registró, entre mucha hojarasca, el característico ruido del choque de dos vasos en un brindis, y luego el siguiente diálogo: «Bueno, ¿y qué mi socio? ¿Cómo te sientes para lo de mañana?». Y la voz inconfundible de Segundo respondía: «¡Figúrate! Con las ganas que yo tenía de pichearles al duro a esta gente...».

El 10 de julio fue el día del gran contraste. A las nueve y treinta de la mañana, los vigías apostados en los pluviómetros de dos zonas opuestas de Jagüey, detectaron que cada doscientos metros los ciclistas mercenarios giraban los manubrios de sus bicicletas y producían un disparo. Tras ellos, los perros y los lanzallamas anulaban su trabajo. Todo funcionó perfecto. El mecanismo preparado llegó a operar con tal regularidad, que en los días siguientes se prescindió por completo del «panzón», limitado a informar del viraje de las bicicletas al emprender su camino de regreso. Ya a partir del segundo día, los perros se bajaban de las camionetas e iban casi directo al lugar donde cayeran las cápsulas. ¡Era la confirmación del éxito! El ambicioso plan del SCC triunfaba en toda la línea, y quedaba documentado para demostrar al mundo el monstruoso plan de la CIA.

Pero para contraste, ese mismo día 10 de julio, por la tarde, se produciría el deprimente caso de la calle 22.

El resto de la película presentaba el interrogatorio a Mauricio, que se mostró sorprendentemente locuaz y dispuesto a cooperar, pero sin ahorrar jactanciosas afirmaciones sobre lo irremediable de la enfermedad propagada. En un interesante trabajo de primeros planos aparecían los rostros de Sepúlveda, Víctor, y sobre todo de Elpidio, con abundantes comentarios suyos sobre su macabra carrera de torturador. (Rafael Navarro no pudo evitar un estremecimiento al verlo, y se llevó la mano al pómulo). Luego se veía a Mena, a Manuel, a Cándida Villalobos en el hospital, todos renuentes a declarar. Por confesión de Mauricio, se capturó a Hilda, la de La Víbora. Segundo se negó a hacer declaraciones, pero Evaristo demostró ante las cámaras el funcionamiento de las bicicletas, con sus refrigeradores y sus manubrios especiales. Los nombres de Jerry White y del coronel Paredes fueron mencionados en primer lugar por Mauricio, y luego todo el grupo se soltó a hablar de ellos. (Al coronel

Paredes lo habían asesinado a balazos en un rincón del parque Santa Lucía, en Santiago de Chile, y *El Mercurio* le echaba las culpas a los castristas).

La película terminaba con escenas de una secundaria básica, donde se veía a los estudiantes en el trabajo, en el estudio, en el deporte.

Al terminar la proyección, los tres hombres salieron en silencio.

Al día siguiente, se encontrarían para viajar juntos a Pinar del Río.

¡Era una lástima que Alejandro no pudiera estar con ellos!

Los tres montaron en el carro de Alba luego de despedirse del teniente Méndez.

Cuando ya estaban por llegar a la casa de Bernardo, al mayor lo llamaron por la micro del carro para informarle que dentro de los espejuelos de Bernardo no existía ningún transmisor, ni nada que se le pareciera.

Cuando Alba, un poco cohibido, se lo contó a Bernardo, este lanzó una carcajada estruendosa. Alba se quedó un instante sorprendido ante aquella reacción, y luego él también se echó a reír, con tanto gusto y vehemencia, que debió arrimar el carro a la acera. Y aquella risa era tan contagiosa, que el propio Rafael Navarro, sin comerla ni beberla, también se echó a reír.

Cualquiera que los viera en ese trance los habría supuesto tres juerguistas de parranda.

Cuando el mayor pudo hablar, le preguntó a Bernardo:

—Pero tú comprendes que debía hacerlo, ¿verdad, Bernardo?

—Claro viejo, por siaca, ja, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja, ja, ja.

En eso llegó un caballito que acababa de fajarse con su novia y al verlos en semejantes risotadas los reconvino por negligencia en la conducción del vehículo.